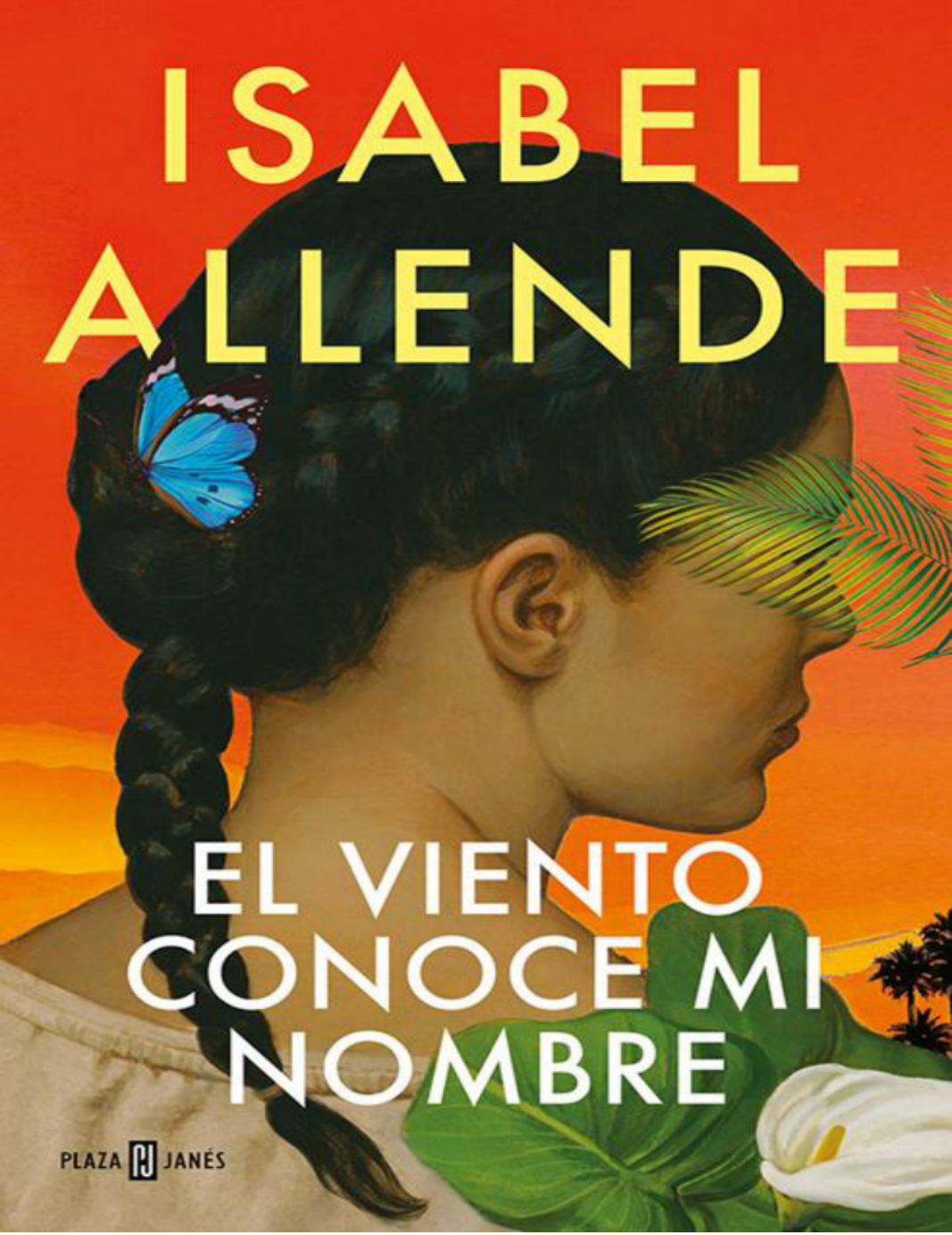


ISABEL ALLENDE

EL VIENTO CONOCE MI NOMBRE

PLAZA JANÉS

ISABEL ALLENDE

EL VIENTO CONOCE MI NOMBRE

PLAZA JANÉS

A Lori Barra y Sarah Hillesheim
por su corazón compasivo

He aquí mi secreto, que no puede ser más simple: sólo se puede ver bien con el corazón; lo esencial es invisible para los ojos.

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY,
El Principito

Hay una estrella donde toda la gente y los animales están contentos y es mejor que el cielo, porque no hay que morirse para ir allí.

ANITA DÍAZ

Los Adler

Viena, noviembre-diciembre de 1938

Había en el aire un anticipo de desgracia. Desde temprano, un viento de incertidumbre barría las calles, silbando entre los edificios, introduciéndose por los resquicios de puertas y ventanas. «Es el invierno que ya está aquí», murmuró Rudolf Adler para darse ánimo, pero no podía atribuirle al clima o al calendario la opresión que sentía en el pecho desde hacía varios meses.

El miedo era una pestilencia de óxido y basura que Adler llevaba pegado en las narices; ni el tabaco de su pipa ni la fragancia cítrica de su loción de afeitar lograban atenuarla. Esa tarde el olor del miedo agitado por la ventisca le impedía respirar, se sentía mareado y con náuseas. Decidió despachar a los pacientes que esperaban su turno y cerrar la consulta temprano. Sorprendida, su asistente le preguntó si estaba enfermo. Trabajaba con él desde hacía once años y en todo ese tiempo el médico nunca había descuidado sus obligaciones; era un hombre metódico y puntual. «Nada serio, sólo un resfrío, frau Goldberg. Me iré a casa», replicó él. Terminaron de ordenar el consultorio y de desinfectar el instrumental y se despidieron en la puerta, como cada día, sin sospechar que no volverían a verse. Frau Goldberg se dirigió a la parada del tranvía y Rudolf Adler se fue caminando a paso rápido las pocas cuadras que lo separaban de la farmacia, con la cabeza enterrada entre los hombros, sujetándose el sombrero con una mano y su maletín con la otra. El pavimento estaba húmedo y el cielo encapotado; calculó que había lloviznado y que más tarde caería uno de esos chaparrones de otoño que siempre lo pillaban sin paraguas. Había recorrido esas calles miles de veces, las conocía de

memoria y nunca dejaba de apreciar su ciudad, una de las más hermosas del mundo, la armonía de los edificios barrocos y *art nouveau*, los árboles majestuosos en los que ya empezaban a caer las hojas, la plaza de su barrio, la estatua ecuestre, la vitrina de la pastelería con su despliegue de dulces y la del anticuario, llena de curiosidades; pero en esa ocasión no levantó la vista del suelo. Llevaba el peso del mundo en los hombros.

Ese día los rumores amenazantes empezaron con la noticia de un atentado en París: un diplomático alemán asesinado de cinco tiros por un muchacho judío polaco. Los altavoces del Tercer Reich clamaban venganza.

Desde marzo, cuando Alemania había anexado a Austria y la Wehrmacht desfiló con su soberbia militar por el centro de Viena, entre los vítores de una multitud entusiasta, Rudolf Adler vivía angustiado. Sus temores habían comenzado unos años antes y aumentaron en la medida en que el poder de los nazis se fortaleció con el financiamiento y las armas de Hitler. Recurrían al terrorismo como arma política, aprovechando el descontento, especialmente de la juventud, por los problemas económicos, que se arrastraban desde la Gran Depresión de 1929, y el sentimiento de humillación que produjo la derrota de la Primera Guerra Mundial. En 1934 asesinaron al jefe de Gobierno, Dollfuss, en un fallido golpe de Estado, y desde entonces habían matado a ochocientas personas en diversos atentados. Amedrentaban a sus opositores, provocaban disturbios y amenazaban con una guerra civil. A comienzos de 1938 la situación de violencia interna era insostenible, mientras al otro lado de la frontera Alemania presionaba para convertir a Austria en una de sus provincias. A pesar de las concesiones que hizo el Gobierno ante las demandas alemanas, Hitler ordenó la invasión. El partido nazi austríaco había preparado el terreno y las tropas invasoras no sólo no encontraron ninguna resistencia, sino que fueron aclamadas por la mayor parte de la población. El Gobierno claudicó y dos días más tarde el mismo Hitler entró triunfante en Viena. Los nazis establecieron un control absoluto

en el territorio. Toda oposición fue declarada ilegal. Las leyes germanas, el aparato de represión de la Gestapo y las SS, y el fanatismo antisemita entraron en vigor de inmediato.

Rudolf sabía que también Rachel, su mujer, quien antes había sido racional y práctica, sin la menor tendencia a imaginar desgracias, ahora estaba casi paralizada por la ansiedad y sólo funcionaba con ayuda de drogas. Ambos procuraban proteger la inocencia de su hijo Samuel, pero el niño, que iba a cumplir seis años, tenía la madurez de un adulto; observaba, escuchaba y entendía sin hacer preguntas. Al principio Rudolf medicaba a su mujer con los mismos tranquilizantes que les recetaba a algunos de sus pacientes, pero como le hacían cada vez menos efecto, reforzó el tratamiento con unas gotas poderosas, que conseguía en frascos oscuros sin etiqueta. Él las necesitaba tanto como ella, pero no podía tomarlas porque habrían interferido en su habilidad profesional.

Las gotas se las entregaba sigilosamente Peter Steiner, el dueño de la farmacia, que era su amigo desde hacía muchos años. Adler era el único médico a quien Steiner confiaba su salud y la de su familia; ningún decreto de las autoridades que prohibía las relaciones entre arios y judíos podía alterar la estima que los unía. En los últimos meses, sin embargo, Steiner debía evitarlo en público, porque no se podía permitir líos con el comité nazi del barrio. En el pasado habían jugado miles de partidas de póker y ajedrez, compartían libros y periódicos y solían ir de excursión a las montañas o a pescar para huir de las esposas, como decían entre risotadas, y en el caso de Steiner, escapar de su manada de hijos. Ahora Adler no participaba en los juegos de póker en la trastienda de Steiner. El farmacéutico recibía a Adler por la puerta trasera y le daba la droga sin anotarla en su contabilidad.

Antes de la anexión Peter Steiner jamás había cuestionado el origen de los Adler, los suponía tan austríacos como él. No ignoraba que eran judíos, como otros ciento noventa mil habitantes del país, pero eso nada significaba. Era agnóstico; el cristianismo en que se había formado le parecía tan irracional como todas las demás religiones, y sabía que Rudolf Adler también lo era, aunque practicaba algunos

rituales por consideración a su mujer. Para Rachel era importante que su hijo Samuel tuviera el sostén de la tradición y de la comunidad judía. Los viernes por la tarde los Steiner solían ser invitados al *shabat* en casa de los Adler. Rachel y Leah, su cuñada, se esmeraban en los detalles: el mejor mantel, las velas nuevas, la receta de pescado heredada de la abuela, las hogazas de pan y el vino. Rachel y su cuñada estaban muy unidas. Leah había enviudado joven y no tenía hijos, de modo que se había apegado a la pequeña familia de su hermano Rudolf. Insistía en vivir sola, aunque Rachel le había rogado que se mudara con ellos, pero los visitaba a menudo. Era muy sociable, y colaboraba en varios programas de la sinagoga para ayudar a los miembros más necesitados de la comunidad. Rudolf era el único hermano que le quedaba, desde que el menor había emigrado a un kibutz en Palestina, y Samuel era su único sobrino. Rudolf presidía la mesa del *shabat*, como se espera del padre de familia. Con las manos sobre la cabeza de Samuel pedía que Dios lo bendijera y protegiera, que le diera gracia y le concediera la paz. En más de una ocasión Rachel sorprendió un guiño entre su marido y Peter Steiner. Lo dejaba pasar pensando que no se trataba de un gesto de burla, sino sólo de complicidad entre ese par de descreídos.

Los Adler pertenecían a la burguesía secular y culta que caracterizaba a la buena sociedad vienesa en general y a la judía en particular. Rudolf le había explicado a Peter que su gente había sido discriminada, perseguida y expulsada de todas partes durante siglos, por eso le daba mucho más valor a la educación que a los bienes materiales. Podían ser despojados de todas sus posesiones, como había ocurrido constantemente a lo largo de la historia, pero nadie podía quitarles la preparación intelectual. Un título de doctor era mucho más respetado que una fortuna en el banco. Rudolf provenía de una familia de artesanos orgullosa de que uno de ellos fuera médico. La profesión otorgaba prestigio y autoridad, pero en su caso no se traducía en dinero. Rudolf Adler no era uno de los cirujanos de moda ni profesor en la antigua Universität Wien, era un médico de barrio, estudioso y desprendido, que atendía gratis a la mitad de sus pacientes.

La amistad de Adler y Steiner se basaba en profundas afinidades y valores: ambos tenían la misma curiosidad voraz por la ciencia, eran amantes de la música clásica, lectores impenitentes y simpatizantes clandestinos del partido comunista, que estaba prohibido desde 1933. También los unía una repulsión visceral por el nacionalsocialismo. Desde que Adolf Hitler había pasado de ser canciller a proclamarse dictador con poderes absolutos, se juntaban en la trastienda de la farmacia a lamentarse por el mundo y el siglo en que les tocaba vivir y a consolarse con un brandi capaz de corroer metales, que el farmacéutico destilaba en el sótano, un socavón de múltiples usos, donde guardaba en perfecto orden lo necesario para preparar y envasar muchos de los medicamentos que vendía. A veces Adler llevaba a su hijo Samuel a ese sótano a «trabajar» con Steiner. El niño se entretenía durante horas mezclando y embotellando polvos y líquidos de colores que el farmacéutico le daba. Ninguno de sus propios hijos gozaba de ese privilegio.

A Steiner le dolía en la propia alma cada ley destinada a aplastar la dignidad de su amigo. Le había comprado nominalmente el local del consultorio y su apartamento, para impedir que se los confiscaran. El consultorio se hallaba muy bien ubicado en la planta baja de un edificio señorial y Adler vivía con su familia en el primer piso; en esas propiedades estaba invertido todo el capital del médico, traspasarlas a nombre de otro, aunque fuera su amigo Peter, fue una medida extrema que tomó sin consultarlo con su mujer. Rachel jamás lo hubiera aceptado.

Rudolf Adler procuraba convencerse a sí mismo de que la histeria antisemita se calmaría pronto, ya que no tenía cabida en Viena, la ciudad más refinada de Europa, cuna de grandes músicos, filósofos y científicos, muchos de ellos judíos. La retórica incendiaria de Hitler, que había ido subiendo de tono en los últimos años, era una manifestación más del racismo que sus antepasados habían soportado, pero que no les impidió convivir y prosperar. Por precaución había retirado su nombre de la puerta del consultorio, lo cual era un

inconveniente menor, ya que había ocupado ese local durante muchos años y era bien conocido. Su clientela se redujo, porque los pacientes arios tuvieron que abandonarlo, pero suponía que cuando se enfriaran los ánimos en la ciudad, volverían. Confiaba en su habilidad profesional y su reputación bien ganada; sin embargo, a medida que pasaban los días y el clima de tensión empeoraba, Adler comenzó a sopesar la idea de emigrar a otra parte para escapar del temporal desatado por los nazis.

Rachel Adler se metió una pastilla en la boca y la tragó sin agua, mientras aguardaba que le dieran el cambio en la panadería. Iba vestida a la moda, en tonos de beige y burdeos, con chaqueta ajustada en la cintura, sombrero ladeado, medias de seda y tacones altos; era bonita y todavía no había cumplido los treinta, pero su expresión severa le echaba varios años encima. Trató de ocultar el temblor de sus manos en las mangas y responder en tono liviano a los comentarios del panadero sobre el atentado en París.

—¿Qué pretendía ese muchacho idiota que mató al diplomático? ¡Polaco tenía que ser! —exclamó el hombre.

Ella venía de darle la última clase a su mejor alumno, un chico de quince años que estudiaba piano con Rachel desde los siete, uno de los pocos que tomaban la música en serio. «Perdone, frau Adler, usted comprende…», le había dicho la madre al despedirla. Le pagó tres veces el valor de la clase y estuvo a punto de darle un abrazo, pero se contuvo por temor a ofenderla. Sí, Rachel lo comprendía. Estaba agradecida, porque esa mujer le dio empleo durante varios meses más de los debidos. Hizo un esfuerzo por contener las lágrimas y retirarse con la cabeza en alto; le tenía cariño a ese chico y no lo juzgaba por llevar con orgullo el pantalón corto de color negro y la camisa parda del uniforme de las Juventudes Hitlerianas, bajo el lema de «sangre y honor». Todos los jóvenes pertenecían al movimiento, era prácticamente obligatorio.

—¡Mire usted el peligro en que ese polaco nos ha puesto a todos! ¿Ha oído lo que dicen por la radio, frau Adler? —siguió pontificando

el panadero.

—Esperemos que esto no pase de las amenazas —dijo ella.

—Váyase pronto a su casa, frau Adler. Andan grupos de muchachos alborotados por las calles. Usted no debe andar sola. Enseguida va a oscurecer.

—Buenas tardes y hasta mañana —balbuceó Rachel, colocando el pan en su bolsa y el cambio en su monedero.

Una vez afuera aspiró el aire frío a pleno pulmón y trató de desprenderse de los oscuros presagios que la asaltaban desde el amanecer, mucho antes de escuchar la radio y los rumores alarmantes que circulaban por el barrio. Pensó que las nubes oscuras anunciaban lluvia y se concentró en lo que le faltaba por hacer. Debía pasar a comprar vino y velas para el viernes, su cuñada vendría a su casa para el *shabat*, como hacía todas las semanas, y también los Steiner con sus hijos. Sintió que a pesar del medicamento que acababa de tomar, los nervios podían traicionarla en plena calle —necesitaba sus gotas—, y decidió dejar las compras para el día siguiente. Dos cuadras más adelante vio el edificio donde vivía, uno de los primeros de puro estilo *art nouveau*, construido a fines del siglo XIX. Cuando Rudolf Adler compró un local a pie de calle para su consultorio, y un apartamento para su familia, las líneas orgánicas, las ventanas y balcones curvos y los vitrales de flores estilizadas habían escandalizado a la conservadora sociedad vienesa, acostumbrada a la elegancia barroca, pero el *art nouveau* se impuso y en poco tiempo el edificio se convirtió en un punto de referencia en la ciudad.

Rachel tuvo la tentación de pasar un momento por el consultorio a saludar a su marido, pero la descartó de inmediato. Rudolf tenía bastantes problemas propios y ella no podía agobiarlo con sus aprensiones. Además, Samuel la estaba esperando desde la mañana en casa de su tía. Leah Adler era maestra y se había ofrecido para darles clases a varios niños. Samuel era un par de años menor que los otros, pero no se quedaba atrás en el aprendizaje. Muchos niños judíos habían sido maltratados en la escuela y algunas madres de la comunidad se habían organizado para enseñarles privadamente a los menores, mientras los mayores recibían escolaridad en la sinagoga. Se

trataba de una medida de emergencia, pensaban. Rachel siguió de largo a buscar a su hijo y no se fijó en que la consulta de su marido estaba cerrada a esa hora inusitada. Por lo general Rudolf atendía pacientes hasta las seis de la tarde, excepto los viernes, en que llegaba a cenar antes de la puesta de sol.

El apartamento de Leah, modesto pero bien ubicado, consistía en dos cuartos con muebles de segunda mano y decorado con fotografías enmarcadas del marido prematuramente fallecido y recuerdos de los viajes que alcanzó a hacer con él antes de enviudar. En los días en que recibía a sus alumnos, el aire olía a galletas recién horneadas. Rachel Adler encontró a otras tres madres, que habían ido a buscar a sus hijos, pero se habían quedado tomando té y escuchando a Samuel tocar el *Himno a la alegría*. El niño resultaba conmovedor, tan pequeño y delgado, con sus rodillas arañadas, su melena indómita y su concentración de sabio, meciéndose con la música de su violín, ajeno por completo a la sensación que causaba. Un coro de exclamaciones y aplausos estalló con las últimas notas. Samuel demoró unos segundos en despertar del trance y volver a ese círculo de mujeres y niños. Saludó con una breve reverencia y, mientras la tía corría a besarlo, su madre disimuló una sonrisa de satisfacción. Era una pieza relativamente fácil, que el niño aprendió en menos de una semana, pero Beethoven siempre resultaba impresionante. Rachel sabía que su hijo era un prodigio, pero sentía horror por cualquier forma de jactancia y nunca lo mencionaba, esperaba que otros lo hicieran. Ayudó a Samuel a ponerse el abrigo y a guardar el instrumento en su estuche, se despidió deprisa de su cuñada y las otras mujeres y partió de regreso a su casa, calculando que tendría el tiempo justo para poner el asado al horno antes de la cena. Desde hacía un par de meses no contaba con ayuda doméstica, porque su empleada húngara, que tuvo durante varios años, fue deportada y ella no tenía ánimo para buscar otra.

Madre e hijo pasaron frente a la puerta del consultorio sin detenerse y entraron en el amplio vestíbulo del edificio. Las lámparas de vidrio

pintado con motivos de nenúfares estaban encendidas, iluminando el ambiente en tonos de verde y azul. Subieron al primer piso por la amplia escalera doble, saludando al pasar a la portera, quien a todas horas vigilaba desde su cubículo. La mujer no respondió. Rara vez lo hacía.

El apartamento de los Adler era espacioso, cómodo, con muebles pesados de caoba, destinados a durar la vida entera, que no calzaban en esa arquitectura de líneas livianas y simples. El abuelo de Rachel había sido anticuario y sus descendientes heredaron cuadros, alfombras y adornos de excepcional calidad, aunque pasados de moda. Rachel, criada con refinamiento, procuraba vivir con distinción, aunque los ingresos de su marido y de sus clases de música no podían compararse con los de sus abuelos. Su elegancia era discreta, porque la ostentación le repugnaba tanto como la jactancia. Le habían inculcado en la infancia el riesgo de provocar envidia en el prójimo.

En un rincón de la sala, cerca de la ventana que daba a la calle, estaba el piano de cola, un Blüthner que había pertenecido a su familia a lo largo de tres generaciones. Era su instrumento de trabajo, ya que lo usaba con la mayoría de sus alumnos, y era también su único disfrute en las horas de soledad. Lo tocaba desde chica con maestría, pero en la adolescencia, al comprender que carecía del talento necesario para convertirse en concertista, se resignó a enseñar. Era una buena maestra. Su hijo, en cambio, poseía el genio musical que se da muy rara vez. Samuel se había sentado al piano desde los tres años y tocaba de oído cualquier melodía que hubiera escuchado una sola vez, pero prefería su violín, porque podía llevarlo consigo a todas partes, como decía. Rachel no pudo tener más hijos y había volcado en Samuel todo su amor de madre. Lo adoraba y no podía evitar mimarlo, porque el niño no daba problemas, era amable, obediente y estudioso.

Media hora más tarde Rachel oyó un tumulto en la calle y se asomó a la ventana. Estaba oscureciendo. Vio pasar a una media docena de jóvenes que parecían ebrios, gritando consignas del partido nazi e improperios contra los judíos —¡chupasangres!, ¡malditos!, ¡asesinos!—, los mismos epítetos que había escuchado otras veces y había leído

en la prensa y en los panfletos alemanes. Uno de ellos llevaba una antorcha y otros iban armados de palos, martillos y trozos de cañerías metálicas. Apartó a Samuel de la ventana, cerró las cortinas y se dispuso a bajar a llamar a su marido, pero el niño se aferró a sus faldas. Samuel estaba acostumbrado a quedarse solo, pero parecía tan asustado que su madre decidió esperar. Afuera el bullicio disminuyó y ella supuso que la turba se había alejado. Sacó el asado del horno y empezó a poner la mesa. No quiso encender la radio. Las noticias eran siempre muy malas.

Peter Steiner recibió a su amigo en la trastienda de la farmacia, donde los esperaban el juego de ajedrez, que habían comenzado la tarde anterior, y la botella de brandi, que ya iba por la mitad. El local de la célebre Farmacia Steiner había pertenecido a la misma familia desde los tiempos del bisabuelo, en 1830, y cada generación se había preocupado de mantenerlo en perfecto estado. Aún conservaba las estanterías y mesones de caoba tallada, los accesorios de bronce traídos de Francia y una docena de antiguos frascos de cristal, que más de un coleccionista había pretendido comprar y que según su dueño valían una fortuna. Los escaparates que daban a la calle estaban enmarcados en guirnaldas de flores pintadas, el suelo era de baldosas portuguesas, algo gastadas por más de un siglo de uso, y los clientes se anunciaban con un repique de campanillas de plata, que colgaban sobre la puerta. La Farmacia Steiner resultaba tan pintoresca que era visitada por turistas y había aparecido en artículos de prensa y en un libro de fotografías, como símbolo de la ciudad.

A Peter le llamó la atención que Rudolf Adler llegara tan temprano en un día de trabajo.

—¿Te pasa algo? —le preguntó.

—No sé, me estoy ahogando. Creo que me va a dar un ataque.

—No, hombre, aún eres muy joven para eso. Son nervios, estás estresado. Tómate una copa, eso lo cura todo —replicó Steiner sirviéndole una medida doble.

—Ya no es posible vivir en este país, Peter. Los nazis nos tienen

cercados. La represión se va imponiendo en círculos cada vez más estrechos y precisos. No podemos entrar en ciertos restaurantes y tiendas, amenazan a nuestros hijos en las escuelas, nos quitan los empleos en oficinas públicas, confiscan nuestros comercios y propiedades, nos prohíben ejercer nuestra profesión o amar a alguien de otra etnia.

—Esta situación es insostenible, pronto tendrá que mejorar —dijo Peter sin mucha convicción.

—Estás equivocado. La situación será cada vez peor. Se requiere ceguera selectiva para pensar que los judíos podemos seguir existiendo con cierta normalidad. Es imposible evitar la violencia que nos amenaza. Cada día promulgan nuevos edictos.

—¡Lo lamento tanto, amigo mío! ¿Cómo te puedo ayudar?

—Ya has hecho mucho por mí, pero no puedes protegerme. Los nazis nos consideran un tumor maligno que debe ser extirpado de la nación. ¡Mi familia ha vivido en Austria durante seis generaciones! Las humillaciones van sumándose. ¿Qué más nos pueden quitar? La vida, no nos queda otra cosa.

—Nadie puede quitarte tu título de médico ni tus bienes. Fue buena idea poner tu consultorio y tu apartamento a mi nombre.

—Gracias, Peter. Eres el hermano que nunca tuve. Estoy muy preocupado. Los instintos más bajos andan desbocados. Hitler tiene para rato en el poder y tratará de adueñarse de Europa. Creo que nos llevará a la guerra. ¿Te imaginas lo que eso sería?

—¡Otra guerra! —exclamó Steiner—. No, eso sería un suicidio colectivo. Aprendimos la lección con la guerra anterior. Acuérdate del horror… la derrota…

—Los judíos somos los chivos expiatorios. La mitad de la gente que conozco está tratando de escapar. Tengo que convencer a Rachel de que nos vayamos.

—¿Irte? ¿Adónde? —preguntó Steiner, alarmado.

—Es casi imposible conseguir visa para Inglaterra o Estados Unidos, esas serían las mejores opciones, pero sé de varias personas que se han ido a Sudamérica…

—¡Cómo te vas a ir! ¿Qué voy a hacer sin ti?

—Supongo que sería sólo por un tiempo. Además, todavía no lo he decidido, primero debo convencer a Rachel. Será difícil que acepte dejar esta vida que hemos formado con años de trabajo, dejar incluso a su padre y su hermano. Tampoco será fácil convencer a mi hermana Leah, pero no podría dejarla aquí.

—Es una decisión muy drástica, Rudy.

—Debo pensar en Samuel. Mi hijo no puede crecer como un paria.

—Espero que no te vayas, pero si lo haces, cuidaré de lo tuyo, Rudy. Cuando vuelvas, todo estará intacto, aguardándote.

Iban por la segunda copa de licor cuando oyeron un alboroto afuera. Se asomaron a la puerta y vieron a una horda que invadía la calle, hombres, muchachos y algunas mujeres vociferando amenazas y consignas del partido y enarbolando martillos, garrotes y otros objetos contundentes. «¡A la sinagoga! ¡A la judería!», gritaban los que iban delante. Volaron algunas piedras y oyeron el ruido inconfundible de cristales rotos, que fue acogido por un clamor de celebración. La turba era un solo animal enardecido actuando al unísono con una alegría asesina.

—¡Ayúdame a cerrar la farmacia! —exclamó Steiner, pero Adler ya estaba en la calle corriendo en dirección a su casa.

El terror invadió la noche. Rachel Adler tardó diez minutos en calcular la gravedad de lo que ocurría, porque tenía las cortinas cerradas y la estridencia de afuera le llegaba en sordina. Pensó que había vuelto la pandilla de muchachos que había visto antes. Para distraer a Samuel, le pidió que tocara algo, pero el niño parecía paralizado, como si presintiera la tragedia que ella todavía se negaba a admitir. De pronto algo se estrelló contra la ventana y el vidrio cayó al suelo en mil pedazos. Su primer impulso fue calcular cuán costoso iba a ser reponer esa ventana curva de cristal biselado. De inmediato un segundo peñasco rompió otro vidrio y la cortina se desprendió del riel y quedó colgando de una esquina. Por la ventana destrozada vislumbró un fragmento de cielo anaranjado y le llegó una bocanada de olor a humo y a chamusquina. Un clamor salvaje entró como un ventarrón en el

apartamento y entonces comprendió que se trataba de algo mucho más peligroso que un grupo de chicos ebrios. Oyó gritos furiosos y otros de pánico en medio del estrépito continuo de vidrios hechos trizas. «¡Rudolf!», exclamó aterrorizada. Tomó a Samuel de un brazo y lo arrastró hacia la puerta. El niño logró coger el estuche de su violín.

Sólo la ancha escalera de mármol con su pasamano de madera y bronce separaba el apartamento del consultorio, pero Rachel no la alcanzó. Theobald Volker, su vecino de un apartamento en el segundo piso, un militar retirado con quien rara vez había cruzado más de dos palabras, ya estaba en el pasillo y se le puso por delante, sujetándola con firmeza. Rachel se vio aplastada contra el ancho pecho de ese viejo gruñón, que le decía algo incomprensible, mientras ella se debatía llamando a su marido. Le tomó más de un minuto darse cuenta de que Volker trataba de impedirle que bajara, porque un grupo había destrozado a golpes la puerta de madera tallada y vitrales del edificio y ya estaba en el vestíbulo.

—¡Venga conmigo, frau Adler! —le ordenó su vecino con el vozarrón de quien sabe mandar.

—¡Mi marido!

—¡No puede bajar! ¡Piense en su hijo! —Y la empujó escalera arriba hacia su propio apartamento, donde ella nunca había puesto los pies.

La vivienda de Volker era idéntica a la de los Adler, pero nada tenía de su claridad y elegancia, resultaba sombría y helada, con muy pocos muebles, sin más adornos que un par de fotografías sobre una repisa. El hombre la condujo a la fuerza hacia la cocina, mientras Samuel, aferrado al violín, los seguía, mudo. Volker abrió una puertecita angosta que daba a una alacena y les indicó que se ocultaran allí sin chistar hasta que él viniera por ellos. Después de que cerrara el gabinete, Rachel y Samuel quedaron de pie, abrazados en un espacio muy estrecho, sumidos en una total oscuridad. Oyeron que Volker arrastraba un mueble pesado.

—¿Qué pasa, mamá?

—No sé, mi amor, quédate quieto y calladito… —susurró su madre.

—Aquí no nos va a encontrar papá cuando llegue —dijo Samuel en el mismo tono.

—Es sólo un rato. Hay unos hombres violentos en el edificio, pero se van a ir pronto.

—Son nazis, ¿verdad, mamá?

—Sí.

—¿Todos los nazis son malos, mamá?

—No sé, hijito. Debe de haber buenos y malos.

—Pero los malos son más, creo —dijo el niño.

Theobald Volker ya era un militar de carrera cuando le tocó defender al Imperio austro-húngaro en 1914. Provenía de una familia de campesinos sin ninguna tradición militar, pero se destacó en el ejército. Medía casi un metro noventa, tenía la fortaleza física y el carácter disciplinado de alguien nacido para esa profesión, pero en secreto escribía poesías y añoraba una existencia apacible en el campo, plantando y criando animales, acompañado de la mujer que había amado desde la adolescencia. En los cuatro años de la guerra perdió todo lo que le daba sentido a su vida: su único hijo, que pereció en el campo de batalla a los diecinueve años, su mujer adorada, que se suicidó de pena, y su fe en la patria, que a fin de cuentas no era más que una idea y una bandera.

Cuando terminó la guerra tenía cincuenta y dos años, grado de coronel y el corazón roto. No recordaba por qué había luchado. Enfrentó la derrota atormentado por los fantasmas de veinte millones de muertos. No había lugar para él en esa Europa en ruinas, donde se pudrían en fosas comunes los despojos mezclados de soldados, mujeres, niños, mulas y caballos. Durante algunos años se mantuvo mediante diversos empleos indignos, soportando la mala suerte de los vencidos, hasta que la edad y los achaques lo obligaron a retirarse. Desde entonces vivía solo, ocupado en leer, escuchar la radio y componer versos. Salía sólo una vez al día a comprar el periódico y lo necesario para preparar su comida. Sus medallas de héroe todavía estaban prendidas en su viejo uniforme, que se ponía cada año para el aniversario del armisticio, que selló la disolución del imperio por el cual había peleado durante cuatro años terribles. Ese día sacudía y

planchaba el uniforme, les sacaba brillo a las medallas y limpiaba sus armas; después abría una botella de aquavit y se emborrachaba metódicamente maldiciendo su soledad. Era uno de los pocos vieneses que no salieron a vitorear a las tropas alemanas el día de la anexión, porque no se identificaba con esos hombres que marchaban con paso de ganso. Por experiencia, desconfiaba del fervor patriótico.

En el edificio los adultos evitaban al coronel, que ni siquiera respondía a un saludo, y los niños le tenían miedo. La excepción era Samuel. Rachel y Rudolf permanecían ocupados gran parte del día en sus respectivos trabajos y la mujer, que antes acudía a diario a hacer las labores domésticas de los Adler, se retiraba a las tres de la tarde. Si no estaba con su tía Leah, el chico pasaba algunas horas solo, ocupado en sus tareas escolares y su música. Pronto se dio cuenta de que cuando él practicaba el violín o el piano, su vecino bajaba discretamente al primer piso con una silla y se sentaba en el pasillo a escucharlo. Sin que nadie se lo pidiera, Samuel comenzó a dejar su puerta abierta. Se esmeraba en tocar lo mejor posible para esa audiencia de una sola persona, que lo escuchaba en respetuoso silencio. Nunca hablaban, pero al cruzarse en el edificio o en la calle intercambiaban una inclinación de cabeza tan leve que Rachel no se había enterado de la delicada relación de su hijo con Volker.

Después de encerrar a su vecina y al niño y de disimular la puerta de la alacena con la mesa de la cocina, el coronel se vistió deprisa con su uniforme gris de charreteras doradas y su colección de medallas, se colocó la cartuchera con su Luger, anticuada pero en perfecto funcionamiento, y esperó en la puerta de su apartamento.

Peter Steiner demoró varios minutos en proteger el escaparate de la farmacia con la persiana de madera y bajar la cortina metálica de la puerta. Se puso el abrigo y salió apurado por la puerta de atrás, dispuesto a seguir a su amigo Rudolf, pero incluso en esa angosta calle lateral pasaban revoltosos profiriendo amenazas. Se aplastó en el rellano de una casa para ocultarse de un grupo de asaltantes y allí esperó a que desaparecieran al doblar la esquina antes de asomarse.

Era un hombre corpulento, con la piel colorada, el pelo rubio, corto y tieso como un cepillo, los ojos tan claros que parecían nublados, y brazos de levantador de pesas, que le permitían ganarle a cualquiera en una prueba de fuerza. Excepto su mujer, nadie podía intimidarlo, pero decidió evitar a aquella incontrolable horda de bárbaros y dar un amplio rodeo, rogando que Rudolf Adler hubiera hecho lo mismo. A los pocos minutos el farmacéutico comprendió que el vecindario estaba invadido y no había forma de eludir el tumulto para acercarse al consultorio de su amigo. No lo pensó dos veces. Se unió a la muchedumbre. De un empujón le arrebató un estandarte del partido a un muchacho, que no se atrevió a protestar, y se dejó llevar por la marea humana enarbolando la bandera.

En esas pocas cuadras Peter Steiner tuvo una idea cabal del caos que se había desatado en ese barrio tranquilo, donde tradicionalmente vivía y trabajaba una parte de la numerosa comunidad judía de la ciudad. No quedaba un solo vidrio intacto en las tiendas; ardían hogueras donde los amotinados tiraban lo que sacaban de casas y oficinas, desde libros hasta muebles; la sinagoga ardía por los cuatro costados ante la mirada impasible de los bomberos, dispuestos a intervenir solamente si las llamas amenazaban con extenderse a otros edificios. Vio cómo arrastraban a un rabino por los pies, la cabeza ensangrentada rebotando contra el empedrado; vio cómo golpeaban a los hombres, cómo les arrancaban la ropa y mechones de pelo a las mujeres, cómo abofeteaban a los niños y pisoteaban y empapaban de orina a los ancianos. Desde algunos balcones los mirones avivaban a los agresores y en una ventana alguien saludaba con el brazo derecho en alto y una botella de champán en la mano izquierda, pero la mayoría de las casas y edificios de apartamentos estaban cerrados y con las cortinas corridas.

El farmacéutico se dio cuenta, espantado de su propia reacción, de que la energía bestial de la multitud era contagiosa y liberadora, de que él también sentía el impulso de destrozar y quemar y gritar hasta ahogarse, que se estaba transformando en un monstruo. Jadeando, cubierto de sudor, con la boca seca y la piel erizada por la descarga de adrenalina, se acuclilló agazapado detrás de un árbol tratando de

recuperar el aliento y la cordura. «Rudy… Rudy…», musitó y siguió repitiendo en voz alta hasta que el nombre de su amigo lo ayudó a volver a sus cabales. Debía encontrarlo antes de que cayera en manos de la turba. Se puso de pie y continuó avanzando protegido por el estandarte y por su aspecto de ario puro.

Tal como Steiner temía, el consultorio de Adler había sido destrozado, las paredes estaban pintarrajeadas de insultos y signos del partido, la puerta arrancada de cuajo y todos los vidrios rotos. Muebles, estanterías, lámparas, instrumentos médicos, frascos, todo el contenido de la consulta yacía desparramado en la calle. No encontró señales de su amigo.

El coronel Theobald Volker recibió a los primeros asaltantes plantado de brazos cruzados en el umbral de su apartamento. Habían pasado menos de quince minutos desde que rompieron la puerta de entrada y se repartieron como ratas por los pisos. Volker supuso que la portera o alguno de los inquilinos había denunciado a los judíos, tal vez incluso había marcado sus apartamentos, porque más tarde, al recorrer el edificio, se dio cuenta de que los asaltantes echaron abajo algunas puertas y dejaron otras intactas. La de los Adler no fue destrozada porque había quedado entreabierta.

Una media docena de hombres y muchachos borrachos de violencia, con brazaletes del partido, apareció en el rellano de la escalera vociferando insultos y consignas. Uno de ellos, que parecía dirigir a los otros, se encontró de cara al coronel en el pasillo. Llevaba un tubo de hierro y ya lo había alzado, dispuesto a golpear, pero se quedó momentáneamente paralizado ante ese anciano gigantesco en un uniforme anticuado, que lo miraba desde arriba con aire autoritario.

—¿Judío? —ladró.

—No —replicó Volker sin alzar la voz.

En eso oyeron los gritos de los otros, frustrados porque no encontraron a los habitantes del apartamento de los Adler. Dos hombres, algo mayores, aparecieron en la escalera y se enfrentaron a Volker.

—¿Cuántos judíos viven aquí? —le preguntó uno de ellos.

—No sabría decirle.

—¡Hágase a un lado, vamos a revisar su apartamento!

—¿Con qué autoridad? —replicó el coronel llevándose la mano a la cartuchera de su Luger.

Los hombres se consultaron brevemente entre ellos y decidieron que no valía la pena molestarse con ese viejo. Era tan ario como ellos y estaba armado. Bajaron al apartamento de los Adler y ayudaron a los demás a destrozar todo lo que pudieron, desde la loza hasta los muebles, y tirar por las ventanas lo que se les antojó. Entre varios arrastraron el piano al balcón con la intención de lanzarlo a la calle, pero resultó más pesado de lo esperado y optaron por destriparlo.

El vandalismo duró escasos minutos y el efecto fue como si hubiera estallado una granada. Antes de retirarse vaciaron el cubo de basura sobre las camas, acuchillaron los tapices de los muebles, robaron los objetos de plata, que Rachel Adler atesoraba, echaron gasolina en la alfombra y le prendieron fuego. Bajaron en tropel y se mezclaron con la muchedumbre feroz de la calle.

El coronel esperó apenas lo suficiente para asegurarse de que se habían ido y bajó a la vivienda saqueada de los Adler. Comprobó que el fuego todavía se limitaba a la alfombra y, con la precisión y calma que lo caracterizaban, la tomó por una punta y la dobló, sofocando las llamas. Enseguida cogió las frazadas de un dormitorio y las aplastó encima de la alfombra para cerciorarse de que no seguiría ardiendo. Enderezó un sillón, que estaba volteado en el suelo, y se sentó, luchando por respirar. «Ya no soy el de antes», murmuró lamentando el paso de los años.

Se quedó allí, esperando a que se tranquilizara el tambor que retumbaba en su pecho y tomándole el peso a la situación. Era mucho peor de lo que había imaginado unas horas antes, cuando oyó por la radio que llamaban a la gente a manifestarse contra la conspiración de los judíos. El ministro de Propaganda de Alemania, hablando en nombre de Hitler, había anunciado que las manifestaciones en represalia por el asesinato del diplomático en París no serían organizadas por el partido, pero serían permitidas. La indignación del

pueblo alemán y austríaco estaba plenamente justificada, dijo. Era una invitación al saqueo, la destrucción y la matanza. El coronel dedujo que la multitud enloquecida, que a primera vista parecía una horda sin otro propósito que la violencia, no actuaba por un súbito impulso, sino que estaba preparada, tenía identificado al blanco y contaba con impunidad. Los asaltantes debían de tener instrucciones de no tocar la propiedad de quienes no eran judíos, eso explicaría que en el edificio sólo saquearon el apartamento de los Adler, los Epstein y los Rosenberg. Volker no se dejó engañar por la ropa de civil de la canalla. Sabía que eran grupos de jóvenes milicianos nazis, los mismos que habían impuesto la violencia como estrategia política en los años recientes y el terror como forma de gobierno desde la anexión.

Estaba recuperando sus fuerzas cuando oyó pasos en el pasillo, y un instante después se encontró frente a un energúmeno armado de un estandarte nazi, que blandía como una lanza. «¡Adler!, ¡Adler!», llamaba a voz en cuello. El coronel se levantó con alguna dificultad y desenfundó la Luger.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? ¡Este es el apartamento de Rudolf Adler! —lo increpó el desconocido.

Volker no respondió. Tampoco se movió cuando el otro lo amenazó con el asta del estandarte a dos centímetros de su nariz.

—¿Dónde está? ¿Dónde está Adler? —repitió el hombre.

—¿Se puede saber quién lo busca? —preguntó Volker, apartando el palo con el revés de la mano, como si fuera una mosca.

Recién entonces Peter Steiner se fijó en la edad del coronel y en el uniforme de la Gran Guerra, y entendió que no se trataba de un oficial nazi. A su vez Volker vio que el otro soltaba el estandarte y se llevaba ambas manos a la cabeza en un gesto de desesperación.

—Busco a mi amigo, mi amigo Rudolf. ¿Lo ha visto? —preguntó Steiner con la voz ronca de tanto gritar.

—No estaba aquí cuando asaltaron el apartamento. Supongo que tampoco estaba en su consultorio —replicó Volker.

—¿Y Rachel? ¿Samuel? ¿Sabe de su familia?

—Están a salvo. Si encuentra al doctor Adler, avíseme. Vivo en el apartamento número veinte del segundo piso. Soy el coronel en retiro

Theobald Volker.

—Peter Steiner. Si viene Adler, dígale que lo estoy buscando, que me espere aquí. Volveré. Acuérdese de mi nombre, Peter Steiner.

El violinista

Viena, noviembre-diciembre de 1938

Rudolf Adler no regresaría nunca más a su hogar y no volvería a ver a Rachel ni a su hijo Samuel. La noche entre el 9 y el 10 de noviembre de 1938, la Noche de los Cristales Rotos, no oscureció. Las hogueras y los incendios iluminaron el cielo hasta el amanecer.

Peter Steiner consiguió un brazalete con la cruz gamada y armado del estandarte, que ya estaba desgarrado y sucio de polvo y ceniza, recorrió el vecindario en todas direcciones haciendo un inventario mental de los destrozos y las víctimas. Finalmente, a eso de las tres de la madrugada, se enteró de que algunas ambulancias habían recogido a los heridos más graves. Entonces se dirigió al hospital, donde se hizo pasar por dirigente de una brigada paramilitar para que le permitieran la entrada. Las víctimas se acumulaban en los pasillos, mientras el personal de médicos y enfermeras no daba abasto tratando de atender al mayor número posible, porque no había recibido la orden de rechazar o denunciar a los judíos. En aquella confusión un enfermero le explicó que todavía no había un registro oficial de los recién ingresados, pero le sugirió que echara un vistazo en las salas de emergencia y los pasillos, donde se alineaban las camillas.

Steiner recorrió una sala tras otra, agotado. Ya se alejaba, a punto de darse por vencido, cuando oyó la voz de su amigo llamándolo. Había pasado frente a su camilla sin reconocerlo. Rudolf Adler yacía de espaldas, con la cabeza envuelta en un vendaje ensangrentado y la cara tan tumefacta que las facciones se perdían en la hinchazón, los cortes y los machucones. Apenas podía hablar, le habían quebrado varios dientes. Steiner debió acercar el oído a la boca del herido para

descifrar lo que murmuraba.

—Rachel…

—Shhh, Rudy, no hables. Tu familia se encuentra bien. Descansa, estás en el hospital, aquí te hallas a salvo —replicó Steiner lagrimeando de fatiga y emoción.

En las horas siguientes permaneció junto a su amigo, cabeceando desplomado en el suelo a los pies de la camilla, oyéndolo quejarse y delirar. Un par de veces se detuvo una enfermera a comprobar que el paciente seguía respirando, pero no trató de averiguar su identidad ni qué hacía aquel otro hombre sentado allí. Le bastó el brazalete con la cruz gamada y no hizo preguntas. Con la salida del sol Peter Steiner se puso a duras penas de pie; le dolían todos los músculos y tenía una sed de dromedario.

—Avisaré a Rachel de que te encontré. Volveré y me quedaré contigo hasta que te den el alta —le dijo a su amigo, pero no obtuvo ninguna reacción.

En su casa lo esperaba despierta su mujer, que tampoco se había acostado esa noche y estaba pegada a la radio, donde anunciaban que los disturbios habían sido producidos por los judíos. Entre sorbos de café retinto con brandi, Peter le contó la verdad. Después de lavarse y ponerse una camisa limpia, se fue al edificio de los Adler. Al llegar vio a varios de los temibles camisas pardas vigilando a unas mujeres arrodilladas que lavaban manchas de pintura y sangre del pavimento, mientras un corrillo de curiosos las observaba burlándose. Reconoció a la señora Rosenberg, que era clienta asidua de su farmacia. Por un instante sintió el impulso de intervenir, pero prevaleció la urgencia de hablar con Rachel y se escabulló procurando no llamar la atención.

Los vidrios de la entrada del edificio habían sido destrozados y en las paredes habían pintarrajeado esvásticas negras a brochazos, pero ya estaban barriendo y había un hombre tomando las medidas para reemplazar los vidrios. Al subir comprobó que el apartamento del primer piso frente al de los Adler tenía la puerta abollada y colgando de un gozne; al asomarse vio que también había sido saqueado. En el número 20 del segundo piso lo recibió Theobald Volker recién afeitado y con el pelo mojado, vistiendo su uniforme con sus medallas.

—Tengo que hablar con la señora Adler —le dijo Steiner.

—Me temo que no será posible —replicó el coronel, poco dispuesto a darle esa información a nadie y menos a un hombre que la noche anterior blandía un estandarte nazi.

—¿Sabe dónde está? —insistió Steiner.

—No puedo decírselo.

—Mire, señor… digo, coronel, puede confiar en mí. Conozco a Rudolf Adler desde hace unos veinte años, soy el mejor amigo de su familia, Samuel es como mi hijo. Tengo que hablar con Rachel. Su marido está malherido en el hospital.

—Le daré el recado, pero no sé qué puede hacer ella en estas circunstancias —replicó el militar.

—Dígale que se prepare para emigrar lo antes posible. Apenas podamos sacar a Rudolf del hospital, deben irse al extranjero. Miles de judíos ya se fueron antes, Rudolf también planeaba hacerlo. Después de lo ocurrido anoche, ninguno está seguro aquí. Tienen que irse, el futuro de Samuel depende de eso. ¿Entiende?

—Entiendo.

—Debe convencerla, coronel. Rachel está muy apegada a su padre y a su casa, pero hemos llegado al punto en que este es un asunto de vida o muerte. No exagero, se lo aseguro.

—No tiene que decírmelo, señor Steiner.

—Dígale también que no perderán el apartamento ni el consultorio. Ella no lo sabe, pero están a mi nombre y no podrán ser requisados.

Steiner regresó al hospital. A la luz del día la destrucción era evidente en toda su magnitud. Las calles estaban cubiertas de basura, vidrios y escombros, todavía ardían las brasas de las hogueras y los incendios, había boquetes enormes en las fachadas de comercios y casas que habían sido atacadas a martillazos. Agentes del Servicio de Seguridad estaban allanando casa por casa y echando en sus vehículos documentos y archivos confiscados de oficinas y sinagogas antes de incendiarlas. Había orden de deportar a los hombres judíos. Largas filas de prisioneros avanzaban hacia los camiones que los conducirían

a un campo de concentración, mientras sus familias los despedían llorando desde las aceras. La mayor parte de la gente se mantuvo en sus casas, pero no faltaban quienes por odio racial o para congraciarse con los nazis escupían e insultaban al desfile de los detenidos.

Al llegar al hospital Steiner se encontró con que la situación había cambiado. El desorden de la noche había sido reemplazado por disciplina militar, nadie entraba ni salía sin pasar por los controles. Las autoridades estaban realizando un listado de los pacientes y seleccionando a los judíos que podían tenerse en pie para deportarlos junto a los demás. No pudo averiguar si Rudolf Adler estaba entre ellos, pero supuso que sus heridas no permitirían trasladarlo.

En los días siguientes se fue recuperando cierta normalidad. Entre los habitantes de Viena, aquella orgía de fuego y sangre había dejado una sensación de vergüenza. La comunidad judía fue obligada a pagar una fortuna por «daños a la nación alemana» y, tal como Rudolf Adler temía, sus propiedades y otros bienes fueron confiscados por las autoridades o apropiados por arios. Cerraron comercios, oficinas y escuelas de los judíos; los niños no podían asistir a otras. Cuando se supo que los detenidos en los campos de concentración podían ser liberados si emigraban de inmediato, se formaron eternas colas de día y de noche en oficinas civiles y consulados para obtener pasaportes y visas. Miles y miles de familias partían después de perderlo todo, sin nada más que el contenido de una maleta.

A Rachel Adler le advirtieron que no fuera al hospital a preguntar por su marido, porque podía ser detenida. Tuvo que delegar en Peter Steiner y su mujer, que se turnaban para ir dos veces al día a llenar siempre el mismo formulario para ver al paciente, sin lograrlo. No intentó limpiar el desorden de naufragio de su apartamento; sacó lo indispensable, lo cerró a machote y se instaló provisoriamente con su hijo en el de Volker, porque quería estar a mano cuando apareciera su marido. Los Steiner le habían ofrecido alojamiento, pero tenían seis hijos y una abuela hacinados en una casa pequeña. Había logrado convencer a Leah de que se fuera a un refugio en el campo, organizado por la sinagoga, hasta que pudieran salir todos juntos del país. Allí estaría más o menos a salvo por un tiempo breve, pero en

realidad ningún judío lo estaba.

Mientras Rachel pasaba el día de oficina en oficina, de cola en cola, procurando obtener documentos para emigrar, Volker cuidaba a Samuel. El viejo coronel, que llevaba muchos años aislado en su duelo y desilusión, encontró en ese precoz niño de cinco años al nieto que hubiera podido tener si su hijo hubiera sobrevivido a la guerra. Tomó el papel de abuelo tan en serio que no dejaba al niño solo ni un momento, y para eso debió modificar sus hábitos de viudo. En el afán de entretenerlo para compensar el trauma de los últimos tiempos y la incertidumbre sobre su padre, lo llevaba al parque, a museos, a escuchar música, incluso al cine a ver *La kermesse heroica*, una comedia romántica que ninguno de los dos entendió. A su vez Samuel se esmeraba en devolverle las atenciones con conciertos de violín, que el coronel escuchaba maravillado. Volker sabía que esos días preciosos con el chico estaban contados.

Pocas jornadas después del pogromo, cuando ya no cabía ninguna duda de que el garrote de hierro que estrangulaba a los judíos iba apretándose fatalmente, Rachel llegó con la noticia de que tenía una cita con el cónsul de Chile para el día siguiente.

—¿Chile? ¡Eso queda lejísimos, señora Adler! —exclamó Volker.

—Qué le vamos a hacer, herr *Oberst*, es lo único que he conseguido. Me informaron de que ese funcionario vende las visas, pero no acepta dinero, sólo oro y joyas. Por suerte cuento con el anillo de diamantes y el collar de perlas que heredé de mi madre. Espero que sean suficiente…

—Ese hombre no tiene escrúpulos, señora. Puede engañarla.

—Por eso lo necesito a usted. ¿Me puede acompañar? Póngase su uniforme, con usted no se atreverá a jugar sucio. Obtendré las visas y apenas vuelva Rudolf, nos iremos.

Así lo acordaron, pero esa misma noche llegó Peter Steiner con la mala nueva de que a Rudolf Adler lo habían deportado a un campo de concentración en Dachau.

—Se lo llevaron hace varios días, pero justo hoy pudimos averiguarlo. No está en condiciones de sobrevivir en ese lugar —dijo el farmacéutico.

—¡Hay que rescatarlo pronto! —exclamó Rachel, aterrada.

—Si podéis probar que vais a emigrar de inmediato, será más fácil, Rachel. Los nazis no quieren judíos aquí.

—Espero conseguir visas para Chile.

—¿Adónde? —preguntó Steiner, sorprendido.

—Chile, Sudamérica.

—Eso puede demorar —intervino Volker.

—Tal vez tú deberías irte con Samuel y más tarde mandamos a Rudolf… —sugirió Steiner.

—¡No! No iré a ninguna parte sin mi marido.

A medida que pasaban los días y la posibilidad de rescatar a su marido se postergaba, la desesperación de Rachel aumentaba. La situación de los judíos en Austria empeoraba hora a hora y no quería imaginar cómo serían las condiciones en que estaba Rudolf. Había acudido a la primera cita con el cónsul chileno en tal estado de nervios que le tocó a Volker responder a las preguntas.

El consulado era una oficina sombría, entre muchas otras idénticas, en uno de los pocos edificios feos del centro de la ciudad. Había varias personas esperando su turno de pie en la recepción, que sólo contaba con un par de sillas y el escritorio del secretario, un hombrecillo huraño que se daba aires de importancia. Habrían tenido que esperar un par de horas para ser atendidos si Volker no le hubiera pasado discretamente un par de billetes al tipo. Así se saltaron la cola.

Desde un comienzo el cónsul sospechó de ellos y se puso en guardia. Cuando ella se atrevió a sugerir el pago por visas para ella, su marido, su hijo y su cuñada, le respondió secamente que tomaría nota de su solicitud, seguiría el curso normal del trámite, que demoraba entre uno y dos meses, y la avisaría a su debido tiempo. Ella comprendió que había sido un error ir con Volker. Ese imponente militar intimidó al chileno, quien debía ser muy discreto en sus tratos ilegales. «Iremos a otros consulados», dijo Volker al salir, pero Rachel había notado la forma en que el hombre la examinó de pies a cabeza y decidió intentarlo de nuevo.

Días más tarde, sin decírselo a nadie, logró que el cónsul volviera a recibirla. Se puso un vestido de lanilla cortado al sesgo, que marcaba la forma de su cuerpo, tacones altos, una estola de zorro, el collar de perlas y el anillo de diamantes con que pensaba sobornarlo. Fue sola.

El diplomático era un tipo relamido, con un bigotito coqueto y el pelo aplastado de gomina, que usaba zapatos con plataforma para compensar su baja estatura. La recibió en la misma oficina donde ella lo había visto en la cita anterior, de techos altos, muebles oscuros de cuero gastado, un retrato del presidente de su país y cuadros de batallas. Las cortinas estaban cerradas, aunque era mediodía; la única luz provenía de una lámpara sobre el pesado escritorio. Al saludarla le retuvo la mano durante varios segundos, que parecieron interminables. Hablaba un alemán tan básico, que Rachel creyó haber entendido mal cuando le dijo que en realidad las joyas eran sólo una propina para los gastos del consulado, pero que una mujer tan bonita como ella podía conseguir lo que quisiera. Él era un romántico, agregó, guiándola por la cintura a un abultado sofá color chocolate. Rachel Adler se dispuso a pagar el precio que ese hombre exigiera.

La humillante experiencia duró menos de diez minutos y Rachel se propuso olvidarla de inmediato. Era un episodio insignificante en la trágica realidad que estaba viviendo desde hacía muchos meses. Después el cónsul se acomodó la ropa, se pasó un peine por el cabello, guardó el anillo y las perlas en un cajón de su escritorio y le dio cita en un hotel para la semana siguiente, cuando le entregaría las visas sin falta. Rachel no estaba en posición de regatear. Lo único que importaba era salvar a su familia.

A comienzos de diciembre de 1938 Rachel Adler había acudido a tres citas con el cónsul chileno y seguía esperando que le entregara las visas para su país. Temía que ese hombre no cumpliera su parte del trato hasta que se saciara de ella. No quería pensar en la posibilidad de que después de violarla y quitarle las joyas no le diera la documentación que le había prometido. Apenas podía funcionar con las gotas y las píldoras que le facilitaba Peter Steiner; andaba con un

nudo en el estómago, respirando a sorbos de ahogada, incapaz de disimular el temblor de las manos. No le había confesado a nadie lo que sucedía en el cuarto de hotel, donde se encontraba con el chileno, pero el coronel Volker empezaba a sospechar.

—¿Ha tenido noticias de su marido, señora Adler? —le preguntó.

—Peter averiguó que está muy débil, no se ha repuesto de los golpes, pero hasta ahora ha resistido las condiciones en que se halla. Me aseguró que Rudolf recibe mis cartas, aunque no puede contestarlas.

—Escuche, señora, este asunto de Chile se está demorando demasiado, no confío en ese tipo. Puede estafarla. Creo que hay que poner a salvo a Samuel.

—Estoy haciendo lo posible, herr *Oberst*.

—No me cabe duda, pero no se puede seguir esperando. Como sabe, Gran Bretaña ha ofrecido recibir a diez mil niños judíos menores de diecisiete años. Muchas familias inglesas se han inscrito para patrocinar a los niños. Samuel podría pasar un tiempo en ese país, hasta que usted y su marido se establezcan en Chile o en otra parte y consigan reunirse.

—¿Separarme de Samuel? ¡Cómo se le ocurre!

Lo que menos deseaba el viejo militar era perder a ese niño, que se le había plantado en su afecto con firmes raíces, pero podía medir el peligro mejor que Rachel Adler y sabía que esa oportunidad de escapar sería muy breve; había que aprovecharla antes de que los nazis la prohibieran. Tenía la certeza de que la retórica nacionalista de Hitler conduciría a otra guerra y para entonces sería mucho más difícil, si no imposible, poner a salvo a Samuel.

—Acaba de salir de Berlín el primer grupo de cerca de doscientos niños —le dijo Volker—. Es un viaje corto, van acompañados y los están esperando en Inglaterra. Una extraordinaria mujer holandesa, una tal señora Geertruida Wijsmuller-Meijer, ha conseguido permiso para sacar a seiscientos niños de Austria. Entiendo que para el transporte les dan prioridad a los huérfanos, a los hijos de las familias más pobres y a los que tienen a sus padres en campos de concentración. Samuel entra en esa categoría. Le ruego, señora Adler,

que piense en la seguridad del niño.

—¡Me está pidiendo que mande a mi hijo solo a otro país!

—Se trata de una solución temporal. Es la única forma de proteger a Samuel. Debe darse prisa en decidir, el transporte se llevará a cabo dentro de pocos días.

Peter Steiner estuvo de acuerdo con Volker. Entre la censura y la propaganda, era difícil saber la verdad de lo que ocurría en el país, pero se podía extrapolar la situación en Alemania, que era similar a la de Austria, y él estaba bien informado por ciertos clientes de su farmacia y por sus compinches del póker.

Rachel, desesperada, consultó a su padre y a su hermano, confiando en que se les ocurriera una alternativa, pero ambos insistieron en que ella debía conseguir cupo para el niño en el grupo de la holandesa. Inglaterra estaba cerca, dijeron, podría visitarlo. Ellos mismos estaban tratando de irse temporalmente a Portugal y desde allí a cualquier parte donde los admitieran; el éxodo de judíos de Alemania y Austria iba en aumento y era cada vez más difícil conseguir visas.

—La familia se está desintegrando —dijo Rachel sollozando.

—Por el momento lo más urgente es poner a salvo a Samuel —la conminó su padre.

—En esta terrible incertidumbre en que estamos viviendo, tenemos que tratar de estar juntos. Si nos separamos, tal vez nunca más volveremos a vernos —insistió ella.

—Una vez que te asegures el viaje con Rudolf a Chile o a cualquier otro país, vamos a esperar que os instaléis y luego trataremos de reuniros allá.

—¡No puedo separarme de Samuel!

—Es por su bien. Tienes que hacer este sacrificio, Rachel. Otras familias de la congregación también están pensando en el *Kindertransport* —le dijo su padre.

Aunque Rachel tuvo cuidado de ocultar su terror y angustia, Samuel se dio cuenta de lo que ocurría y preguntaba a menudo por su padre. Esperó a que su madre estuviera ausente para preguntarle al coronel por qué planeaban mandarlo lejos. Volker se sentó con él ante un mapa abierto sobre la mesa del comedor y le mostró dónde quedaba

Inglaterra con respecto a Viena y cómo se llegaba hasta allí. Le aseguró que la separación de sus padres era necesaria, pero sería corta, que pensara en eso como una aventura.

—Tengo que esperar a mi papá. ¿Cuándo va a volver? ¿Dónde está?

—No lo sé, Samuel. Ya eres todo un hombrecito. Debes ayudar a tu mamá, que tiene muchos problemas, porque tu papá no está. Muéstrale que estás contento de ir en ese viaje con otros niños.

—Pero no estoy contento, herr *Oberst*. Tengo miedo…

—Todos tenemos miedo muchas veces, Samuel. Los hombres valientes también tienen miedo, pero lo enfrentan y cumplen con su deber.

—¿Usted ha tenido miedo?

—Muchas veces, Samuel.

—Prefiero quedarme aquí con mi mamá y con usted hasta que mi papá regrese.

—Yo también quiero que te quedes conmigo, pero no puede ser. Un día lo vas a entender.

Una vez que Rachel Adler, con el corazón en pedazos, aceptó la idea, los acontecimientos se precipitaron. Un representante de la comunidad judía llegó al día siguiente al apartamento de Volker a evaluar la situación. El hecho de que el padre de Samuel estuviera en un campo de concentración y que amenazaran con deportar también a las esposas de los prisioneros, determinó que incluyera al niño en la lista. Les explicó que el *Kindertransport* estaba organizado con mucho cuidado por los comités judíos, que también estaban rescatando niños de Polonia, Hungría y Checoslovaquia. Otros países habían ofrecido albergarlos, pero ninguno disponía de tantos cupos como Gran Bretaña. Samuel viajaría en tren hasta Holanda, cerca de Rotterdam, y allí se embarcaría en el ferry a través del Canal al puerto inglés de Harwich.

El 10 de diciembre, muy temprano, Rachel y el coronel llevaron a Samuel a la estación del tren. Rachel se movía como sonámbula, aturdida por una dosis excesiva de la droga de Steiner. El día anterior

había sufrido una crisis de pánico tan alarmante, que Volker llamó a Steiner. El farmacéutico se encerró con ella en la habitación y la conminó en los términos más enérgicos a calmarse, porque no podía contagiarle su estado de ánimo a su hijo. El pequeño estaba haciendo un esfuerzo encomiable por mantenerse sereno y ella debía ayudarlo, no tenía derecho a quebrarse delante de él, le dijo. Después le inyectó un poderoso somnífero, que la tumbó durante nueve horas. Entretanto el coronel preparó la pequeña maleta de Samuel con la ropa que le había comprado, bastante holgada para que le durara lo más posible. Le puso diez marcos en el bolsillo del abrigo nuevo y le prendió una de sus condecoraciones de guerra en la solapa.

—Es una medalla al valor, Samuel. La obtuve hace unos años en la guerra.

—¿Para mí?

—Es un préstamo, para recordarte que debes ser valiente. Cuando sientas miedo cierra los ojos, frota la medalla entre tus manos y sentirás una fuerza inmensa en tu pecho. Quiero que la uses hasta que nos volvamos a ver, entonces me la tendrás que devolver. Cuídala —le dijo el coronel con la voz cortada de pena.

Ese día se juntó una numerosa muchedumbre de padres con sus hijos en la estación. Había niños de todas las edades, incluso algunos que apenas caminaban e iban de la mano de otros algo mayores. Muchos de los más pequeños lloraban aferrados a sus padres, pero en general el ánimo era tranquilo y el orden, impecable. Docenas de voluntarias —casi todas mujeres— atendían cada caso, mientras guardias con el uniforme nazi observaban en la periferia, sin intervenir.

Rachel y Volker llevaron a Samuel hasta el control, donde una joven, que resultó no ser judía sino inglesa, comprobó que estuviera en la lista y le colgó su identificación al cuello. Le acarició la mejilla y le dijo amablemente que no podía llevar el violín, cada pasajero tenía derecho sólo a su maleta, no había espacio para más.

—Samuel nunca se separa del violín, señorita —le explicó Volker.

—Lo comprendo, casi todos los niños quieren llevar algo extra, pero no podemos hacer una excepción.

—A ese lo dejaron pasar —dijo Volker señalando a una criatura de unos tres años que iba aferrada a un osito de peluche.

La joven, azorada, procuró razonar con el coronel, ella sólo obedecía instrucciones. El tiempo apuraba, había una cola de niños esperando y se había formado un corrillo. Varias personas estaban impacientes por la demora y otras alegaban que no costaba nada dejar que el chico llevara su violín, mientras ella insistía en cumplir con el reglamento.

De pronto Samuel, que no había dicho ni una palabra desde que salieron de la casa, puso el aporreado estuche en el suelo, sacó el instrumento, se lo acomodó en el hombro y comenzó a tocar. En menos de un minuto se hizo el silencio en torno a ese niño prodigio, que llenaba el aire con los acordes de una serenata de Schubert. El tiempo se detuvo y, por unos breves minutos magníficos, esa multitud acongojada por la inminente separación y la incertidumbre de sus vidas se sintió consolada. Samuel era pequeño para su edad y el abrigo, que le quedaba grande, le daba un aspecto de enternecedora fragilidad. Con los ojos cerrados, meciéndose al ritmo de la música, era un espectáculo mágico.

Al terminar recibió el aplauso con su seriedad habitual y guardó el violín cuidadosamente en su estuche. En ese instante la gente se apartó para dar paso a una señora corpulenta, vestida enteramente de negro, que se acercaba, mientras su nombre circulaba en un murmullo: era la holandesa que había gestionado el transporte. Conmovida, la mujer se inclinó ante Samuel, le estrechó la mano y le deseó buen viaje. «Puedes llevar tu violín. Te acompañaré a tu asiento», le dijo.

De rodillas en el pavimento, Rachel abrazó a su hijo apretadamente, incapaz de retener las lágrimas y murmurando instrucciones y promesas que no podía cumplir: «Hasta luego mi amor, no te olvides de tomar tu leche y cepillarte los dientes antes de acostarte. No comas muchos dulces. Debes ser respetuoso con las personas que te van a recibir, acuérdate de dar las gracias. Te veré muy pronto, apenas vuelva tu papá vamos a reunirnos contigo, vamos a llevar a la tía Leah y tal vez a tu abuelo, Inglaterra es un país muy lindo, vas a pasarlo

muy bien. Te quiero mucho, mucho…».

La imagen más pertinaz del pasado, que habría de permanecer intacta en la memoria de Samuel Adler hasta la ancianidad, fue ese último abrazo desesperado y su madre, bañada en llanto, sostenida por el brazo firme del viejo coronel Volker, agitando un pañuelo en la estación, mientras el tren se alejaba. Ese día terminó su infancia.

Samuel

Londres, 1938-1958

El viaje de Austria a Inglaterra demoró tres días, que al pequeño Samuel le resultaron eternos. Al comienzo los niños iban cantando, entretenidos por voluntarias, pero a medida que pasaban las horas los fue venciendo la fatiga y el temor. Los más chicos lloraban llamando a sus padres. Al segundo día la mayoría dormían amontonados en las duras butacas de madera o en el suelo, pero Samuel permaneció sentado, inmóvil, aferrado al violín, repitiendo calladamente el trac-tra-trac de las ruedas de hierro en los rieles. El tren se detenía con frecuencia y subían soldados a inspeccionar con actitud amenazante, pero se enfrentaban con la fría autoridad de la señora Wijsmuller-Meijer. Por fin, una tarde de lluvia, llegaron al sombrío y helado puerto holandés, donde bajaron en fila del tren y entraron, cabizbajos y exhaustos, en un transbordador. El agua color petróleo estaba agitada y muchos de los niños, que nunca habían visto el mar, lloraban asustados. Samuel se mareó y vomitó con medio cuerpo colgado de la baranda, salpicado de agua salada.

Al llegar a Inglaterra los esperaban las familias que habían ofrecido albergar a los pequeños refugiados, cada uno identificado con un cartel en el pecho. A Samuel lo recibieron dos mujeres, madre e hija, que habían solicitado una niña de edad suficiente para ayudar con las labores domésticas, y pasaron un buen rato alegando con los organizadores, mientras él esperaba de pie contra la pared, con su maletita, su violín y el abrigo manchado de vómito. Alcanzó a estar poco tiempo con ellas. Ambas trabajaban en una fábrica de uniformes militares y, aunque había una diferencia de edad de veintitantos años

entre ellas, parecían gemelas por su manera afectada de hablar, sus rulos apretados, sus zapatos masculinos y su mal aliento. Vivían en una casa alta y angosta, atiborrada de figuras de loza, relojes cucú, flores artificiales, manteles a crochet y otros objetos de dudoso gusto y utilidad, todo meticulosamente desplegado en un orden inalterable. Samuel no debía tocar nada de aquello. Eran muy estrictas y estaban siempre de mal humor, tenían un sinfín de normas para la convivencia, desde contar los terrones de azúcar hasta determinar dónde debía sentarse cada uno y a qué hora. No entendían ni una palabra de alemán y el niño no hablaba inglés, eso contribuía a exasperarlas. Además, Samuel pasaba horas en silencio, acurrucado en los rincones, y se orinaba en la cama. Cuando comenzó a caérsele el cabello a mechones, lo pelaron al rape.

Pronto fue evidente que ese no era el hogar adecuado para Samuel Adler y lo entregaron a otra familia y después a otra y otra más; no duraba en ninguna por enfermizo y depresivo. Al cabo de un año lo colocaron en un orfanato en las afueras de Londres, en una hermosa zona rural de prados y bosque. En ese paisaje bucólico, el horrendo edificio de piedra, que había sido un hospital en la Primera Guerra Mundial, resultaba ofensivo. El orfanato era para niños mayores que Samuel y se manejaba con el rigor de un recinto militar. Los muchachos disponían de una cama de tablas con una colchoneta delgada; se alimentaban de arroz y legumbres, como casi todo el mundo en esos tiempos de guerra; estudiaban en salas heladas en invierno y sofocantes en verano, y hacían mucho deporte, porque la idea era formar jóvenes fuertes de cuerpo y mente. Las riñas infantiles se resolvían con guantes de boxeo en un ring, las faltas se pagaban con golpes de varilla en el trasero, la cobardía era el peor defecto. Al principio a Samuel lo eximían de algunas actividades y castigos porque era asmático y mucho menor que los otros internos, pero esos privilegios terminaron pronto.

Durante todo ese tiempo el niño no soltó el violín, pero como no le permitían tocarlo, componía melodías en secreto y las tocaba en su cabeza en el silencio de la noche. Tampoco se desprendió nunca de la medalla de guerra que el coronel Volker le puso en el abrigo cuando

lo llevaron al tren. Para no perderla la pegó en el interior del estuche del instrumento. Comprobó que era mágica, tal como le había dicho el coronel: bastaba frotarla para vencer el miedo. La cuidaba celosamente, consciente de que se trataba de un préstamo y debía devolverla.

En Inglaterra la consigna era mantenerse optimista, la victoria era segura, decían, aunque el esfuerzo de la guerra tenía un costo abismal en sangre y recursos. Los bombardeos de los alemanes, que dejaron un saldo de más de cuarenta mil muertos civiles y barrios enteros reducidos a ceniza, habían cesado sin alcanzar el objetivo final: aterrorizar a la población para obligarla a rendirse. Minutos después de que se alejaran los aviones enemigos y sonaran las sirenas anunciando el fin del bombardeo, salía la gente de los refugios acomodándose la ropa, fingiendo la tranquilidad que ninguno sentía, y empezaba la labor de apagar los incendios y de buscar sobrevivientes entre los escombros. Todo estaba racionado, la comida era escasa, no había combustible para transporte, tampoco para calefacción en invierno, los hospitales permanecían llenos y en las calles se veían soldados amputados y niños hambrientos. La gente procuraba vivir con dignidad y sin aspavientos. La flema británica, tan celebrada, servía para soportar el peligro y los innumerables inconvenientes con una cierta ironía, como si sucedieran en otra dimensión. «Mantenga la calma y siga adelante» era el lema impreso en todas partes.

En el año 1942 a Samuel le dio pulmonía. En su cama de hierro del hospital, entre una docena de pacientes alineados en la sala, luchaba por respirar, oscilando entre el ardor de la fiebre y ráfagas heladas, que lo dejaban temblando. En algún momento presintió que se iba a morir y decidió que debía avisar a sus padres. Les había escrito varias veces sin obtener respuesta; sólo había recibido dos misivas breves de su madre, que le llegaron el primer año de su exilio. En los instantes de lucidez redactó con mucha dificultad una carta para sus padres en una hoja de cuaderno. Nadie podía ayudarlo porque la carta era en alemán.

Queridos mamá y papá:

Estoy enfermo. Les aviso por si van a buscarme al colegio y no me encuentran. El hospital es muy grande y todos aquí lo conocen. A veces me voy flotando y puedo verme desde arriba acostado en la cama. No se sabe si me voy a morir, pero por si acaso, quiero dejarles mi violín de recuerdo. También quiero pedirles que le devuelvan su medalla al señor que vive en el segundo piso. La medalla está dentro del estuche de mi violín. Por favor, perdonen las faltas, casi no me acuerdo de escribir en alemán. Su hijo Samuel.

Dirigió el sobre a «herr Rudolf Adler und frau Rachel Adler, Viena, Austria», y le pidió a una enfermera que la pusiera en el correo. Sabiendo que nunca alcanzaría a los destinatarios, la buena mujer se la entregó a Luke Evans, porque él y su esposa eran las únicas personas que visitaban al chico.

Luke y Lidia Evans eran una pareja de cuáqueros que llevaban años dedicados a salvar niños en zonas de conflicto bélico. Habían estado trabajando en eso durante la Guerra Civil de España y después en Europa colaborando con organizaciones judías. A Samuel le parecían muy viejos, pero no tenían más de cuarenta y tantos años. El intenso amor que compartían los había hecho cada vez más parecidos, eran como un par de gemelos de corta estatura, delgados, con el cabello amarillo pajizo y lentes redondos.

Lidia sufría de párkinson, que con el tiempo habría de condenarla a una semiinmovilidad, pero cuando él la conoció todavía no se le notaba. La enfermedad había obligado a los esposos a abandonar su labor en el frente de la guerra y volver a Inglaterra, donde ayudaban a niños como Samuel. Los Evans no tenían hijos y se prendaron de ese chico de gran inteligencia y dolorosa sensibilidad. Del hospital, donde pasó varias semanas, lo llevaron a su casa. Samuel no volvió al orfanato; había encontrado el hogar que tanto necesitaba.

Los Evans se convirtieron en su familia. Lo pusieron interno en un colegio cuáquero, pero pasaba los fines de semana y las vacaciones con ellos. Conscientes de su origen, procuraron darle formación religiosa y durante un tiempo lo mandaron a clases en una sinagoga, pero su empeño duró apenas unos meses. Samuel no se sentía parte de esa comunidad y la religión no le interesaba, a pesar de los esfuerzos

del rabino. Tampoco le atrajo el cristianismo, pero el colegio era liberal en ese aspecto y no le exigieron que se convirtiera. Compartía los valores de los cuáqueros: simplicidad, paz, verdad, tolerancia, el poder del silencio. Calzaban perfectamente con su carácter.

Los Evans y el colegio le dieron estabilidad; los ataques de asma y las pesadillas se espaciaron y la alopecia, que lo atormentó durante años, se curó sola. Desaparecieron las peladuras y le salió una mata de pelo rizado que a partir de entonces fue su característica más notable. Le gustaba estudiar y jugaba al rugby, eso lo ayudó a integrarse, aunque no hizo amigos. Ese sería el único deporte de equipo que haría en su vida, porque era obligatorio y porque le permitía descargar sus frustraciones a empujones, zancadillas y revolcones en el polvo. En la adolescencia se distinguió porque por fin pudo volver a tocar el violín y formó parte de la orquesta del colegio. Había pasado mucho tiempo sin practicar y aunque su amor por la música permanecía intacto, ya no era el prodigio que había sido antes.

Samuel tenía doce años cuando terminó la guerra en mayo de 1945. Habría de recordar siempre las campanas de celebración, el júbilo en las calles, en las casas, en el colegio, en todas partes, los abrazos, los gritos, la risa. Cuando se calmaron los ánimos Europa pudo sacar la cuenta del costo de esa sangrienta victoria: las ciudades destruidas, la tierra arrasada, los campos de concentración, donde los nazis exterminaron a doce millones de personas, la mitad de ellos judíos, las masacres, las víctimas incontables, las masas de refugiados en busca de un sitio donde sentarse a descansar. Samuel pensaba que tal vez entre ellos estaban sus padres, tal vez lo andaban buscando, tal vez llegarían pronto al colegio a preguntar por él y al verlo no lo reconocerían, pero él los reconocería a ellos, porque tenía su fotografía pegada en el interior del estuche de su violín, junto a la medalla del coronel Volker. El violín de la infancia había sido reemplazado, pero esas reliquias seguían acompañándolo a todas partes. Creía que sus padres no podían haber cambiado mucho en esos seis años de separación. En la fotografía su padre tenía lentes, bigote y

una expresión seria, en contraste con la sonrisa abierta de su madre, una bella mujer de ojos negros y pelo ondulado. Él vestía un traje oscuro con chaleco, un poco anticuado, y corbatín de lazo; ella llevaba blusa blanca, chaqueta oscura con un prendedor en la solapa y un sombrero coqueto.

Sin embargo, habrían de pasar varios años más antes de que supiera de su familia. En 1942 la jerarquía nazi había acordado emprender la «solución final», como llamaron al exterminio de los judíos, pero no se conocieron los detalles del Holocausto hasta mucho después. Los Evans se unieron a una de las organizaciones dedicadas a ayudar a los millones de desplazados por la guerra, pero sus esfuerzos por ubicar a los Adler fueron inútiles. Trataron de evitar que Samuel viera los documentales sobre los campos de concentración, pero un sábado el chico se escapó al cine y antes de la película pasaron un noticiario con escenas de horror: pilas de cadáveres, huesos, sobrevivientes esqueléticos. Espantado, se negó a pensar que sus padres podían estar entre ellos.

Al terminar el colegio le correspondía hacer el servicio militar obligatorio, pero fue eximido por el asma y una lesión en la espalda causada por el rugby. Eso le permitió inscribirse, gracias a una beca, en la Royal Academy of Music, el conservatorio más antiguo de Inglaterra, fundado en 1822, donde era difícil ser aceptado.

Por una de esas misteriosas coincidencias, el luminoso primer día de clases, en que Samuel se iniciaba en el estudio sistemático de la música, fue también uno de los días más oscuros de su existencia.

Se fue caminando de regreso a casa de los Evans para despejar la mente, porque estaba tan eufórico que parecía ebrio. Llegó a eso de las siete de la tarde y apenas cruzó el umbral sintió una dura premonición, como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago. Lidia lo interceptó para prevenirlo. «Espera, Sam…», alcanzó a decirle, sujetándolo por el chaleco, pero el muchacho no le dio tiempo de continuar. En la sala había una mujer joven, maciza y tan rubia que parecía albina.

—¿Samuel…? Soy Heidi Steiner. ¿Te acuerdas de mí? —le preguntó en alemán—. No, cómo te vas a acordar, eras muy chico cuando nos vimos por última vez. Soy hija de Peter Steiner.

Tampoco ese nombre le resultó conocido a Samuel. No había hablado alemán durante años, pero pudo entenderla. Quedó esperando a que ella continuara mientras la opresión que sentía en la boca del estómago se acentuaba. Por el idioma adivinó que se trataba de sus padres.

—Te pude encontrar porque sabía que te habían traído a Inglaterra en el *Kindertransport* y los organizadores mantuvieron registros de cada niño. En tu informe figuran las casas y el orfanato en que estuviste antes de que te acogieran los Evans, también el colegio cuáquero.

Agregó que no pudo buscarlo antes porque pasaron años hasta que los vencidos pudieron rehacer sus vidas. Alemania estaba en ruinas, humillada, empobrecida, y Austria compartía la misma suerte.

—Al principio buscábamos restos de comida en la basura —dijo—. Era tanta el hambre que no quedaron perros ni gatos vivos, hasta ratones comíamos.

Peter Steiner, el padre de Heidi, sospechaba que peligraba su libertad en el régimen nazi; tenía amigos bien colocados que le advirtieron que la Gestapo lo tenía en la mira, acusado de simpatizar con el comunismo. Escondió dinero para proteger a su familia en caso de que algo le sucediera, sin imaginar que la derrota convertiría esos billetes en papel inútil. Entre sus ahorros guardó el documento de compraventa de la clínica y el apartamento de Rudolf Adler, también una carta explicando que había sido una venta ficticia y que Adler era el propietario legítimo.

—Lo lamento, Samuel. El edificio fue destruido durante un bombardeo —le dijo Heidi.

Él comprendió que la mujer trataba de ganar tiempo con esos rodeos. ¿Qué podía importarle una propiedad en Viena? No podía haber venido de lejos por eso.

Heidi le contó que dos de sus hermanos, reclutados cuando eran adolescentes, no regresaron del campo de batalla. Una de sus

hermanas murió de tifus y la otra desapareció cuando los rusos ocuparon Austria. De los seis hermanos Steiner, sólo sobrevivieron ella y el menor, también la madre, pero estaba en un asilo.

—A mi padre lo detuvieron en 1943, acusado de comunista, confiscaron la farmacia y nuestra casa. Murió en Auschwitz —le dijo.

—Lamento mucho la tragedia de tu familia. Es terrible… Dime, ¿sabes qué pasó con mis padres?

—Es muy triste lo que tengo que decirte, Samuel, pero a eso he venido. No puedes vivir con la duda, eso es peor que el duelo… Tu papá fue detenido cuando estaba en un hospital, malherido, dos o tres días después del *Kristallnacht*, la infame Noche de los Cristales Rotos… —Y Heidi vaciló, sin saber cómo continuar.

—Por favor, necesito saberlo, ¿qué pasó con él?

—Lo último que supimos, por testimonio de otros prisioneros, es que murió a poco de llegar a Dachau a causa de una contusión cerebral.

—Es decir, cuando mi madre me mandó a Inglaterra, no sabía que ya era viuda —dijo Samuel con un sollozo atascado en el pecho.

—Así es.

—¿Y mi madre? ¿Qué pasó con ella?

—Ella no tuvo mejor suerte. Esperando a tu papá perdió la oportunidad de emigrar. Su vecino, un militar en retiro, llamado Theobald Volker, y mi familia la mantuvieron escondida. Primero vivió con el militar, que la protegió mientras pudo, y cuando él enfermó de gravedad mi padre le hizo una guarida en la trastienda de la farmacia. En realidad era un sótano, donde tuvo que vivir un buen tiempo. Cuando los SS detuvieron a mi padre y allanaron la farmacia, la descubrieron, porque no hubo tiempo de avisarla.

—¿Y qué fue de ella?

—Perdóname por traerte tan malas noticias, Samuel… Se la llevaron a Ravensbrück.

—¿El campo de concentración de mujeres?

—Sí. Allí murieron más de treinta mil prisioneras, Samuel. Tu madre y tu tía Leah entre ellas.

—Diviértete, Samuel, trata de disfrutar de la vida; debes vivir las vidas que no alcanzaron a vivir tus padres —le dijo Lidia Evans en una ocasión, pero él siempre había sido demasiado serio y el trágico destino de sus padres lo volvió taciturno. No sabía divertirse, como Lidia pretendía. Su primer empleo fue con la Orquesta Filarmónica de Londres, de mucho prestigio, aunque sólo tenía alrededor de veinte años de existencia, muy poco para una institución de ese tipo. Sabía que, a simple vista, una orquesta es el ejemplo máximo de trabajo en equipo, pero en realidad cada músico es una isla. Eso resultaba muy conveniente para su carácter solitario.

La orquesta era su refugio y la música, lo único que realmente le producía goce. Nada podía compararse con la experiencia de sumergirse en ella como en un océano, navegando sin esfuerzo en las olas y corrientes, sumándose con su violín al coro formidable de los otros instrumentos, cada uno con su voz distintiva. En esos instantes se borraba el pasado y sentía que se desintegraba; su cuerpo desaparecía y su espíritu, libre y exultante, se elevaba con cada nota. Al terminar siempre lo sorprendía el estrépito súbito del aplauso, que lo devolvía de un tirón al teatro. Después, mientras otros miembros de la orquesta pasaban a un bar a componer el cuerpo con una copa, él se iba caminando al apartamento que alquilaba en un barrio de inmigrantes del Caribe. Cubría el estuche del violín con un plástico, por la neblina y la lluvia, y se iba canturreando las piezas que acababa de tocar. Esa hora y media a paso largo en la calle oscura era lo más parecido a una diversión que Samuel conocía.

Los días que no había concierto salía de excursión o se iba a remar en el Támesis. En más de una ocasión se perdió en los cerros o lo sorprendió una neblina tan densa en el río que demoró varias horas en volver al punto de partida. El ejercicio solitario al aire libre era como la música para él: le daba paz. Visitaba a menudo a los Evans. No tenía amigos de su edad y se burlaba del empeño de Lidia en buscarle novia. Luke también se burlaba: «Déjalo, Lidia, todavía es muy joven para casarse», decía, pero Samuel sospechaba que nunca encontraría a una mujer que lo quisiera.

Todo cambió para él a los veinticinco años, cuando decidió viajar a Estados Unidos de vacaciones con el plan de estudiar la cultura del jazz, que consideraba lo más original que había sucedido en el campo de la música occidental desde el siglo XIX. Le fascinaban la libertad y la energía del jazz; la audacia con que incorporaba diferentes estilos y se reinventaba en cada ejecución; la creatividad desatada de los músicos, que tocaban en un estado alterado de conciencia, en éxtasis; el genio de las estrellas como Miles Davis, Louis Armstrong, Ella Fitzgerald, Billie Holiday, Ray Charles y tantos otros, cuyos discos escuchaba una y otra vez, obsesivamente. Necesitaba escuchar jazz vivo, perderse en el ritmo sincopado, la melancolía de los blues, la fuerza irresistible de los instrumentos conversando entre ellos, llamándolo. Y para eso debía ir al lugar de origen, a Nueva Orleans.

Leticia

El Mozote, Berkeley, 1981-2000

Leticia Cordero tenía ciudadanía y pasaporte de Estados Unidos, pero al verla cualquiera adivinaba que provenía de otra parte; era color dulce de leche, con el pelo negro, que llevaba en una breve cola de caballo, y rasgos de indígena. A veces le preguntaban si pertenecía a alguna tribu norteamericana, porque hablaba inglés sin acento. No le quedaban raíces en otra tierra, las que tenía estaban plantadas en California. Su padre le había dicho que existían algunos parientes lejanos en El Salvador, pero Leticia no conocía a ninguno. De su propia familia no quedaron más que ella y su padre.

Había entrado en Estados Unidos cruzando a nado el río Grande aferrada a su padre, Edgar Cordero. Eso había sido a comienzos de enero de 1982, veinticuatro días después de la masacre de El Mozote. Muy rara vez había hablado de eso. No lo habló con su padre, mientras él vivió, porque el hombre guardó su dolor en una caja sellada de la memoria; pensaba que sólo el silencio mantendría ese dolor intacto. Las palabras diluyen y deforman los recuerdos y él nada quería olvidar. Leticia tampoco se lo mencionaba a los americanos, porque en su nuevo país nadie sabía de El Mozote y si se lo hubiera contado, no lo habrían creído. En verdad, muy pocos podían ubicar a El Salvador en un mapa y las tragedias de ese país tan cercano eran como historia antigua de lugares remotos. Los inmigrantes que llegaban de Centroamérica parecían todos iguales, gente oscura y pobre, gente de otro planeta que se presentaba espontáneamente en la frontera con su carga de problemas.

Recordaba algunas cosas de su infancia: el olor a humo del fogón a

leña, la vegetación tupida, el sabor del maíz tierno, el coro de los pájaros, las tortillas del desayuno, las oraciones de su abuela, el llanto y la risa de sus hermanos. A su madre jamás la olvidó, aunque sólo tenía de ella una fotografía, tomada en la plaza de un pueblo, cuando estaba embarazada de su primer hijo. La guardaba como una reliquia en una caja, que era su altar portátil, donde también tenía un par de fotos de su padre, el certificado de su tercer matrimonio —el único que le importaba—, el primer diente de su hija y otros objetos sagrados. Lo que recordaba con más claridad de aquel tiempo era la masacre, aunque no había estado allí cuando ocurrió. Esas imágenes las fue recopilando a lo largo de su vida, buscando y buscando para tratar de comprender. Y de tanto buscar fue como si lo hubiera vivido.

Su familia habitaba desde hacía varias generaciones en el caserío salvadoreño de El Mozote, unas veintitantas viviendas, una pequeña iglesia, la casa parroquial y una escuela. Su cabaña, como casi todas las demás, era de tablas con suelo de tierra apisonada, compuesta de dos cuartos que compartían los padres, los hijos y la abuela. La radio siempre estaba encendida en una estación que daba noticias y tocaba música popular; había un retrato coloreado a mano de su madre y su padre en el día de su boda, tiesos y solemnes, y una estatuilla de yeso de la Virgen de la Paz, patrona de El Salvador. Los Cordero, como el resto de la gente en esa aldea, eran evangélicos, a diferencia de los habitantes de la región, casi toda católica, pero eso no les impedía ser devotos de la Virgen de la Paz. Leticia dormía con dos de sus hermanos en un petate en el suelo, la abuela compartía su cama con uno de sus nietos, que no podía caminar porque nació enfermo de los huesos, y sus padres en otra con los dos hijos menores. Tenían gallinas, perros, gatos y un cerdo; los animales andaban sueltos, los niños también, nadie los vigilaba, jugaban en las cuevas de los montes, entre los matorrales y las charcas. Además, ayudaban desde muy chicos en las labores domésticas y de la tierra. Leticia acompañaba a su madre a lavar la ropa en el río, refregándola con jabón y azotándola contra las piedras, después de haberla remojado por la noche en agua de cenizas. La niña se iba caminando a la escuela con su único par de sandalias en la mano, para no gastarlas, y se las

ponía al llegar. Había muchos alumnos en esa escuelita, porque acudían de los caseríos cercanos, y una sola maestra, que enseñaba con textos amarillentos por los años y se hacía respetar con el método de premiar con caramelos y castigar con golpes de regla en las palmas de las manos. Su padre trabajaba en la agricultura, como los demás hombres por esos lugares; poseía un pedazo de tierra, donde cultivaba en conjunto con los vecinos maíz, yuca y aguacate. Decía que eran pobres, pero menos pobres que otros, porque no tenían que partirse las espaldas en los cafetales de los terratenientes y no pasaban hambre. El servicio dominical era el acontecimiento de la semana, el único día de descanso en que se ponían la ropa de salir y cantaban himnos y oraban para que la cosecha se librara de la peste, para que los animales parieran, para que los guerrilleros y los soldados los dejaran en paz, para acercarse a Jesús. Los Cordero pedían también por Leticia, que llevaba meses con dolor de estómago y las infusiones de anís, menta y perejil no la aliviaban. La fiesta más importante era cuando los niños de ocho años eran bautizados. Se celebraba con una procesión por la mañana, la ceremonia de sumergirlos en el río, y música, baile y comida por la noche. La abuela le estaba cosiendo el vestido blanco a Leticia para el año siguiente.

Los dolores de la niña se fueron agravando semana a semana. Estaba hinchada, no quería comer, se quedaba dormida a cada rato, andaba como una sonámbula. Parecía tan débil que la eximieron de lavar ropa con su madre o ayudar a su abuela en la cocina, pero no le permitieron faltar a clases. Un día vomitó en el patio de la escuela. Esa tarde la maestra la acompañó a su casa para hablar con el padre.

—Oiga, don Edgar, su hija está echando sangre por la boca, eso es muy grave.

—A veces vomita. Ya la vio el doctor del Gobierno, que pasó por aquí hace cuatro o cinco semanas, según recuerdo.

—¿Qué le dijo?

—Que tenía indigestión y anemia. Le dio unas gotas y le mandó que comiera mucha carne y frijoles, pero todo le cae mal. Sigue igual. Yo diría que sigue peor, maestra.

—Hay que llevarla al hospital.

—Eso cuesta mucho, maestra.

—Veremos qué se hace —replicó ella.

El domingo el pastor itinerante planteó la situación a sus feligreses y, como siempre se hacía ante una emergencia, todos pusieron lo más que podían en la colecta, que se destinó completa a pagar dos pasajes en bus y darles algo para los gastos a los viajeros. La abuela preparó una bolsa con la mejor ropa de la niña, para que se presentara decente en la capital, y un canasto con pan, queso y medio pollo asado. La madre pudo ayudar muy poco en los preparativos, porque acababa de dar a luz en un parto largo y difícil, que la dejó muy cansada, pero acompañó a su esposo y su hija a la parada del bus. Varios vecinos, el pastor y la maestra también llegaron a tiempo para despedirlos. Después de orar brevemente por ellos, el pastor le entregó a Leticia una pequeña cruz de plástico y le explicó que brillaba por la noche, tal como brilla el amor de Jesús en los tiempos de oscuridad.

El viaje en el bus lleno de gente con niños, gallinas vivas y bultos de todas clases por caminos de curvas y baches podría haber sido duro para Leticia, pero la maestra les había dado un frasquito con gotas de valeriana, que ella tomaba para el insomnio. Con las gotas la niña durmió durante varias horas apoyada en su padre, y otra dosis le permitió seguir durmiendo más tarde en la ciudad, cuando tuvieron que pasar la noche en un banco de la plaza.

En el hospital les dijeron que debían inscribirse para una cita al cabo de dos meses, pero justamente cuando Edgar Cordero estaba llenando el formulario, el bamboleo del bus tuvo un efecto retardado y su hija cayó de rodillas, vomitando sangre a los pies del recepcionista. Se la llevaron a la carrera en una camilla y él la vio desaparecer tras una puerta. Muchas horas más tarde se enteró de que Leticia tenía una úlcera perforada en el estómago y la habían operado de urgencia. Le explicaron que había perdido mucha sangre, necesitaba una transfusión y estaría hospitalizada hasta que se estabilizara. Era inútil esperarla, le dijeron, lo mejor sería llamar en unos días para averiguar cuándo podía ir a buscarla. Le permitieron verla durante unos minutos, pero la niña todavía estaba aturdida por la anestesia y sólo pudo darle un beso en la frente e invocar a Jesús

para que la protegiera.

Edgar Cordero regresó a su aldea pidiendo un aventón a los camioneros, porque no podía usar el pasaje del bus; debía reservarlo para el trayecto de vuelta con Leticia.

Dos días después de la operación Leticia tenía un vendaje en la barriga y los brazos llenos de moretones por las agujas hipodérmicas y las sondas, pero estaba empezando a comer papillas y caminaba por los pasillos apoyada en un andador varias veces al día para fortalecer las piernas, como le habían indicado. Al principio se mareaba y sentía las rodillas de gelatina, pero no cejaba en su intento, porque estaba decidida a mejorar pronto para volver con su familia; no veía la hora de tener al hermanito recién nacido en los brazos.

Aquel hospital público servía a una vasta zona de bajos ingresos, tenía demasiados pacientes y pocos recursos, los médicos andaban siempre apurados y las enfermeras, cansadas y mal pagadas, no daban abasto. La humedad pelaba la pintura de las paredes, el óxido manchaba los baños, la basura solía desbordar de los cubos y las sábanas, cuando había, estaban tan gastadas que se habían vuelto traslúcidas; algunas camas sólo tenían un plástico para cubrir el colchón. Los pacientes solían esperar meses para ser atendidos y si Leticia no hubiera estado bañada en sangre, esa habría sido su suerte. Sin embargo, la atención médica era buena y compensaba la pobreza del hospital.

Leticia era la única niña en una sala común de adultos. Nunca había silencio y el tráfico de personal era constante, como en el mercado, pero ella se sentía tan sola como en las cuevas, donde jugaba a la escondida con otros chicos. Estaba acostumbrada a dormir con sus hermanos, a la presencia de su familia, a los límites de su cabaña y su aldea; echaba de menos a su madre y temía que algo le sucediera a su padre y no pudiera ir a buscarla. Quería comprobar si era cierto que la cruz brillaba en la oscuridad, pero allí no caía la noche, las luces permanecían siempre encendidas. Lloraba callada, para no molestar.

Al quinto día le dieron el alta en el hospital. Ella esperó a su padre

con su ropa en la bolsa, recién bañada, peinada con sus trenzas habituales, y en vez del aparatoso vendaje tenía solo un parche en la barriga. Se había despedido del personal y los pacientes de su sala, estaba apurada por irse. Cuando llegó su padre ella casi no lo reconoció. Era un mendigo sucio, desgreñado, con una barba incipiente y la expresión despavorida de quien ha vislumbrado el infierno. La enfermera a cargo del piso se detuvo un momento en su ir y venir para darle las instrucciones necesarias a Edgar Cordero. Le dijo que la recuperación había sido muy buena y en un par de semanas Leticia estaría como nueva, siempre que se cuidara con los alimentos y reposara. No debía hacer fuerza, para evitar que se abriera la sutura.

—No me duele nada, papá. Puedo comer y no vomito —agregó la niña.

Edgar la agarró de la mano, se echó la bolsa al hombro y salió a la luz incandescente del mediodía.

—¿Vamos a volver en el mismo bus, papá?

—No vamos a volver nunca más, Lety —replicó el padre, y un sollozo profundo le cortó la voz.

Muchos años más tarde Leticia se propuso averiguar lo más posible sobre aquel diciembre terrible de 1981, que determinó su vida. Habría de pasar más de una década para que la verdad fuera aflorando de a poco, porque ni al Gobierno de El Salvador ni al de Estados Unidos les convenía que se conocieran los detalles de lo ocurrido en El Mozote y en otros caseríos de la zona. Negaron la masacre, impidieron la investigación y aseguraron la impunidad de los asesinos. Fue una orgía de sangre perpetrada por un operativo de militares entrenados por la CIA en la infame Escuela de las Américas, en Panamá, para combatir a los insurgentes del Frente Farabundo Martí. La intervención de los norteamericanos, en defensa de sus intereses políticos y económicos, facilitó durante años la cruenta represión que padecía el país. En realidad fue una guerra contra los pobres, tal como ocurrió en otros países en tiempos de la Guerra Fría. Se trataba de eliminar de raíz a los movimientos de izquierda, en especial a las

guerrillas.

En El Mozote no había guerrilleros, sólo campesinos de la aldea y muchos más que acudieron, porque se sabía que vendrían los soldados y les habían asegurado que allí estarían seguros. No fue así. El 10 de diciembre los soldados del batallón Atlacatl llegaron en helicópteros con su rabia de guerra y ocuparon varios caseríos de la zona en cuestión de minutos; su misión era aterrorizar a las poblaciones rurales para impedir que apoyaran a los insurgentes. Al día siguiente separaron a la gente, los hombres por un lado, las mujeres por otro, los niños en la casa parroquial, que llamaban «el convento». Los torturaron, incluso a los niños, buscando información; violaron a las muchachas y después los ejecutaron a todos, unos a tiros, otros a cuchillo o machete, a algunos los quemaron vivos. A los niños los atravesaron con bayonetas, los ametrallaron y después le prendieron fuego al convento. Los cuerpecitos chamuscados quedaron irreconocibles. Con la sangre de un nene escribieron en la pared de la escuela: «Un niño muerto, un guerrillero menos». También mataron a los animales e incendiaron las viviendas y los sembradíos. Dejaron los cadáveres tirados y los tizones ardiendo. Cumplieron su misión a fondo: aniquilaron a más de ochocientas personas, la mitad eran niños con un promedio de edad de seis años. Arrasaron con la vida.

Hubo muchos operativos similares en la década de los ochenta, durante la guerra civil, que duró doce años y dejó un saldo de setenta y cinco mil muertos, la gran mayoría asesinados por los militares.

Edgar Cordero había llegado a su aldea dos días después de la matanza, ocurrida mientras él y su hija estaban en la capital. Los soldados ya se habían retirado y allí no había más que cadáveres pudriéndose al sol entre las moscas. Así se enteró de lo que había pasado sin que nadie se lo contara. Leticia nunca supo si pudo enterrar a su madre, sus hermanos y su abuela, porque él jamás le contó lo que había visto. «Es mejor que no lo sepas», era su respuesta cuando ella preguntaba.

Al salir del hospital la única explicación que recibió Leticia de su

padre fue que habían pasado los militares y la familia ya no existía. Debían irse lejos a empezar otra vida. La niña no entendió la magnitud de la tragedia, pero la sintió como un vacío inmenso en el centro del pecho. No estaba en condiciones de emprender el viaje que su padre planeaba. Tuvieron que permanecer en la ciudad durante más de dos semanas, sin dinero y sin conocer a nadie. Se acogieron a una iglesia evangélica, que les facilitó un refugio para pasar las noches y un desayuno de café y pan, pero no podían permanecer allí durante el día. Edgar dejaba a su hija a la sombra de los árboles en un parque y partía a buscar trabajo en lo que fuera, para ganar apenas lo suficiente para la comida. Sentada entre los árboles, sola y hambrienta, Leticia recuperó el ánimo suficiente para empezar a caminar hacia el norte.

Hicieron gran parte del viaje a pie, pidiendo un aventón a los camioneros o encaramados en los techos de trenes de carga, porque no tenían dinero para transporte. Comían de la caridad de gente bondadosa y de las iglesias y refugios que ayudaban a los migrantes. A veces podían quedarse un día o dos en el patio de uno de esos refugios, donde les daban un plato de comida caliente y les prestaban una manguera para lavarse; otras veces pasaban la noche acurrucados en algún descampado junto a otros viajeros como ellos, protegiéndose entre todos de los asaltantes, los pandilleros y el hostigamiento de la policía. Como carecían de un guía —un coyote— que los condujera, seguían el flujo de los migrantes, hombres, mujeres y niños con la esperanza de llegar al norte. Avanzaban más lento que la mayoría, porque a Leticia le fallaban las fuerzas; en algunos trechos su padre la montaba en sus hombros y caminaba impulsado por el dolor y la ira. Uno de los recuerdos más aterradores de Leticia era el cruce del río Grande de noche, amarrada con una cuerda al pecho de su padre, mientras él se aferraba a dos manos a un neumático. En ese trayecto perdió la cruz que brillaba en la oscuridad. A veces despertaba gritando con la sensación vívida del miedo, el frío, la oscuridad, el silencio, las oraciones y la corriente poderosa del agua.

Los primeros tiempos en Estados Unidos fueron difíciles. Edgar Cordero conseguía trabajo por aquí y por allá, en la cosecha de fruta,

en fábricas de ladrillos, cargando sacos; nada duraba, se movían mucho. Vivían allegados a familias de migrantes o en miserables piezas de alquiler, listos para partir de nuevo, pero la niña siempre fue a la escuela. Las únicas veces que su padre se enojaba con ella era cuando sacaba malas notas y la única vez que le pegó fue cuando ella robó un brillo de labios en el supermercado.

Los templos evangélicos de la comunidad latina los ayudaban. Eran iglesias en movimiento, como su congregación, compuestas de inmigrantes, muchos indocumentados, que iban de un lado a otro buscando trabajo. El padre de Leticia encontró consuelo entre quienes compartían su fe; asistía al culto varias veces por semana y leía trabajosamente su Biblia en español. Los servicios religiosos eran la única vida social que tenían, allí se sentían parte de una comunidad, no estaban solos. Los feligreses se ayudaban unos a otros, organizaban deportes para los niños, talleres de costura, bingo para los mayores, desayunos dominicales con rosquillas y chocolate caliente, reuniones de Alcohólicos Anónimos, y mucho más. El pastor los recibía en la puerta del templo; la gente se saludaba, algunos sabían sus nombres, les preguntaban si necesitaban algo. Leticia recordaba los himnos, que cantaban con fervor y tenía pegados en la memoria. El pastor decía que Dios quiere a todos, sin que importe el color de la piel, pero rechazaba a los pecadores. Al final del servicio invitaba a quienes tuvieran que pedir perdón o perdonar a otros, que se adelantaran. La mitad de la congregación lo hacía; la gente se abrazaba y algunos caían en trance, vencidos por la emoción. Edgar lloraba, porque no podía perdonar a los asesinos de su familia.

El padre de Leticia sólo conseguía los trabajos peor pagados, era indocumentado y no hablaba inglés; ella le traducía. Su educación consistía en un par de años de escuela primaria, pero esperaba que su hija estudiara una profesión, creía que por intervención de Jesús iba a obtener una beca.

En la época de más pobreza conocieron a Cruz Torres, un mexicano que llevaba muchos años en Estados Unidos; tenía un equipo de

latinos a sus órdenes y se dedicaba a la construcción. Cruz sabía usar cemento, ladrillos, madera y piedra, sabía de plomería y electricidad, podía reemplazar un techo y hacer una piscina. Se apiadó de Edgar, ese hombre callado y triste que había perdido todo y se aferraba a su hija como a un salvavidas. Adivinó que Leticia era la única razón para que su padre siguiera viviendo. Bajo su protección la situación de Cordero mejoró. Como su pequeña empresa estaba en el norte de California, lo convenció de que se fuera allá y le prometió que no le faltaría trabajo. Le consiguió dos piezas a precio de ganga en Berkeley. En esa ciudad había algunas viviendas reguladas con alquiler fijo, que no se podía subir. La casa era una pocilga en el último estado de decrepitud, pero para Edgar y su hija era un palacio.

En vez de estudiar Leticia se escapó con su primer amor antes de terminar la escuela secundaria. A pesar del trauma, el desarraigo y la pobreza, era una chica simpática, que entablaba conversación con desconocidos en la calle y siempre estaba bien dispuesta para la fiesta. Tenía ritmo en la sangre. Se enamoró, con la pasión absoluta de los dieciséis años, de un joven americano rubio y atlético, tan bueno para la parranda como ella. De hecho, lo conoció en un bar, donde no debería haber puesto los pies, primero porque era menor de edad y segundo porque a su padre le hubiera dado un síncope si llega a saberlo. Era muy estricto y aplicaba al pie de la letra los preceptos morales de su religión, que condenaba el alcohol, la música popular, el baile de cualquier clase, la ropa provocativa y las piscinas públicas.

—Una niña virgen puede quedar encinta por bañarse con hombres —le advirtió.

—¡Ay, papá! Las piscinas tienen tanto cloro que ningún bichito de esos sobrevive en el agua —replicó Leticia, pero no estaba segura de que fuera cierto.

El novio, plomero de profesión y alcohólico de vocación, le consiguió a Leticia un certificado de nacimiento en el que figuraba con dos años más, para que pudieran casarse. Ese engaño fue providencial, porque después se separaron sin el papeleo de un divorcio. La boda nunca fue válida, pero Leticia vino a enterarse un buen tiempo después, cuando se le acabó la paciencia.

La joven defraudó a su padre al dejar la escuela y fugarse, y también al abandonar la religión. «Aunque dejes a Jesús, Él nunca te dejará a ti», le repetía, y oraba de rodillas por la salvación de su hija. Pero la religión es cosa de fe y ella no la tenía, hacía demasiadas preguntas. Creía, sin embargo, en el poder de san Judas para las causas perdidas y de san Cristóbal, el santo de los viajeros; llevaba su estampa en la cartera para protegerse de accidentes. Dejó el culto porque no soportaba que el pastor de turno le dijera qué pensar, cómo vivir y hasta por quién votar. Uno de ellos quiso obligarla a soportar al plomero, que la golpeaba, porque Dios no acepta a las mujeres caprichosas y soberbias, que se creen a la par del hombre, cuando la Biblia es muy clara al respecto: Eva fue creada de una costilla de Adán y por lo tanto le debe sumisión. Con los hombres el pastor era más tolerante.

La pasión ardiente de la pareja muy pronto se convirtió en agresión: peleaban por celos, por dinero, por las borracheras de él, porque ella estaba harta de voltear hamburguesas en un McDonald's, de vivir endeudada, mientras él se farreaba el sueldo; en fin, cualquier pretexto servía para estallar en insultos, gritos y golpes. El plomero había tenido una brevísima carrera en la lucha libre, que le dejó la nariz quebrada, varios tatuajes macabros de demonios y dragones, y una tendencia irresistible a la violencia. La relación duró muy poco, porque pronto ella comprendió que estaba viviendo con dos hombres diferentes. El que todos conocían era bullanguero, servicial, generoso y ganaba buen dinero en su oficio, pero no ahorraba, porque siempre estaba dispuesto a comprar cosas superfluas, apostar o prestarles a los amigos. Ella se enamoró de esa versión del hombre, el alma de la fiesta, pero descubrió que por dentro llevaba un monstruo agazapado, que emergía con el alcohol. Se le notaba poco la cantidad de licor que consumía; a veces cumplía con sus obligaciones durante unos días, aunque estuviera intoxicado, pero cuando se perdía al fondo de la botella, era de temer.

La bebida le encendía al hombre una rabia incontrolable que antes le había servido en el ring de lucha libre, pero en la vida normal no encontraba salida y se iba acumulando a presión en sus venas. Leticia

vivía observándolo para adivinar los signos de una borrachera peligrosa, porque si no alcanzaba a ponerse a salvo, recibía una azotaina. Lo soportó un par de años con la esperanza de que cambiara, como él le prometía en cada reconciliación, hasta que una noche en que se disponía a pegarle, ella arremetió contra él con el ímpetu de un toro de lidia, golpeándolo en el pecho con un prodigioso cabezazo. Lo pilló de sorpresa, el hombre perdió el equilibrio y cayó de espaldas contra el mesón de granito de la cocina. Se golpeó la nuca y quedó inerte en un charco de sangre, mientras ella se fue caminando veintidós cuadras a tranco largo a ver a su padre. No se le ocurrió pedir socorro. Su padre la vio llegar muy tranquila, con los zapatos manchados de sangre, diciendo que había matado a su marido. Pero resultó que no estaba muerto, sólo aturdido. A partir de ese día el hombre le tomó respeto. Cuando ella le anunció que lo iba a dejar, no se atrevió a oponerse. Leticia nunca más lo vio y nunca más permitió que alguien la amenazara.

Al plomero lo reemplazó otro hombre, con el que se casó sin necesidad de un certificado falso, y quien también desapareció pronto de su vida. Se conocieron en el restaurante donde ambos trabajaban de mesoneros. Era buen tipo, pero a los pocos meses de casados se enredó con otra mujer, una peperecha ordinaria, como la calificaba Leticia en las raras ocasiones en que la mencionaba. En realidad, ese marido le dejó tan pocos recuerdos, que en los años venideros ella fue olvidando hasta su nombre.

Leticia sabía muy poco de El Salvador, apenas lo que alcanzó a enseñarle la maestra en la escuelita rural de El Mozote, pero lo descubrió en la biblioteca pública. Allí, mediante internet, libros y revistas, había visto cientos de imágenes, la vegetación tropical, agua por todas partes, frutas y flores de mil colores, montañas y volcanes, el mar azul del Pacífico. Había estudiado un libro de aves con un torogoz en la tapa, el pájaro nacional de brillante plumaje y larga cola. Ya nada la unía a esa tierra, pero tenía numerosas amistades en la comunidad de inmigrantes salvadoreños del área de la Bahía; así

mantenía el acento, algunas tradiciones, la música y la comida, pero no compartía la nostalgia. Muchos de ellos iban a ver a sus familias cada año, pero ella fue sólo una vez. «¿Qué voy a ir a hacer allá?», decía cuando le preguntaban. No tenía familia ni conocidos y había oído que era peligroso. Después de que se firmaran los Acuerdos de Paz entre el Gobierno y la guerrilla en el año 1992, terminó oficialmente la guerra civil, pero no acabó la violencia. Los criminales y narcos, tatuados de pies a cabeza, que llenaban las prisiones, pertenecían a las infames maras, que ningún Gobierno había podido desmantelar.

Cuando tenía veintidós años, entre el plomero alcohólico y el mesonero que se fue con la peperecha, Leticia viajó a El Salvador. Su padre se negó a acompañarla, había jurado no volver a pisar esa tierra manchada con la sangre de su familia. Leticia pretendía ubicar a algunos parientes, porque sabía que existían unos primos lejanos, pero no se quedó lo suficiente para buscarlos. Fue directamente a El Mozote a enfrentarse con sus recuerdos y pesadillas.

Consiguió un guía dispuesto a llevarla al villorrio de su familia, quien le advirtió que allí no había nada. Durante más de diez años el Gobierno había negado la masacre, eliminando las pruebas y acallando las tímidas denuncias de los sobrevivientes, pero con el fin de la guerra civil salió a la luz. En la región todos recordaban lo ocurrido. Leticia y el guía llegaron a la zona en un bus y después debieron seguir a pie. Ella reconoció el paisaje, aunque la vegetación era mucho más frondosa y el clima más caliente de lo que recordaba. Anduvieron durante largo rato abriéndose camino en algunos trechos, porque el sendero desaparecía a cada rato, pero el guía conocía la ruta de memoria. Le contó que durante la masacre él tenía diez años y sobrevivió escondiéndose en los cerros, donde se ocultaban los campesinos en la guerra civil. Los soldados llegaban cada dos o tres meses en otro de sus siniestros operativos y entonces la gente corría a las cuevas. Así fue durante años, le dijo; había crecido siempre huyendo y ya no podía estar quieto. A él también le mataron a su familia completa en ese diciembre de 1981. Los soldados obedecían órdenes y como nadie les iba a pedir cuentas, se ensañaron.

—¿Por qué asesinaron a los niños? Ninguna fiera del monte es capaz de cometer tales atrocidades. Eso lo hicieron hombres que eran iguales a las víctimas, gente del pueblo, gente pobre —le dijo.

Leticia no encontró ni rastro de su pasado, ninguna huella de su madre, sus hermanos o su abuela. En el sitio donde antes hubo una pequeña aldea sólo quedaban huesos bajo tierra o enredados en la maleza y los restos de algunas chozas. Nadie andaba por allí. En el aire había un zumbido de insectos y un susurro de almas perdidas. Se oía el llanto de los niños, pero tal vez era la brisa en los cañaverales.

Edgar Cordero murió cuando Leticia estaba con Bill Hahn, su tercer marido. No alcanzó a conocer a su nieta, a quien esperaba con gran ilusión; Leticia le había dicho que la llamaría Alicia, como su madre. Lo encontraron sentado en una silla, con la cabeza descansando sobre la Biblia abierta en la mesa. No estaba enfermo ni viejo, simplemente se le apagó la vida, un tránsito amable. El pastor dijo que había volado al cielo en los brazos de Jesús, Nuestro Señor. Cruz Torres se encargó del funeral, pagó desde el ataúd hasta las flores, y después llevó a los dolientes a comer a un restaurante mexicano.

Leticia, agarrada de la mano de su marido, con una barriga de siete meses y la cara hinchada de tanto llorar, asistió para no ofender a Cruz.

—Ahora que don Edgar se ha ido, acuérdate de que soy como tu padrino, Leticia. Siempre puedes acudir a mí si necesitas algo.

—Muchas gracias, don Cruz, pero ella es mi mujer y a mí me toca cuidarla —intervino Bill Hahn, respetuosamente.

—Así es, pero nunca se sabe lo que puede pasar. Espero que estemos siempre en contacto, Leticia.

Bill Hahn descendía de los pioneros que cruzaron a pie el continente norteamericano en 1849 con la ambición de enriquecerse con el oro. Sus tatarabuelos tuvieron una existencia de penurias persiguiendo a la escurridiza fortuna, que jamás alcanzaron. Algunos de sus descendientes pasaron por breves épocas de prosperidad, pero el karma de esa familia consistía en mucho esfuerzo y poca recompensa.

Bill, orgulloso de su linaje, se había dedicado a estudiar la fiebre del oro en San Francisco, incluso había recopilado cartas y documentos de sus antepasados. Esa curiosidad por la historia le valió un empleo en el museo de Oakland, donde ganaba un sueldo modesto pero suficiente para mantener a su mujer con decencia. No quería que ella trabajara mientras estuviera embarazada ni después, cuando tuviera que cuidar a la niña que iba a nacer. Era un hombre introvertido y de sentimientos intensos, que se había enamorado de Leticia a la primera mirada en el hall del museo. Lo desarmaron su figura, su seguridad y la sonrisa con que le agradeció que le indicara dónde estaba la cafetería. Fue tan fuerte la impresión que abandonó su puesto para seguirla y, venciendo su atávica timidez, le pidió permiso para sentarse a su mesa. Desde ese momento inició una metódica estrategia para conquistarla, hasta que lo logró. Llevaban casados poco más de dos años y Leticia nunca había estado más contenta en su vida. Ese hombre, de apariencia insignificante, poseía una reserva inagotable de ternura y un sorprendente sentido del humor.

Sin embargo, nunca se sabe lo que puede suceder, como predijo Cruz Torres aquel día del funeral. Bill llevaba varias semanas con un fuerte dolor de cabeza, que mantenía bajo control con puñados de analgésicos; se le nublaba la vista y tenía el cuello tieso, pero fue postergando la visita al médico con la esperanza de que los síntomas desaparecieran si les daba tiempo, como suele suceder con casi todos los malestares. Aquella tarde, a la hora de cerrar el museo, cuando estaba comprobando que todo estuviera en orden para entregar el turno a los guardias de noche, se le reventó un aneurisma traicionero en el cerebro. Lo cegó un fogonazo de dolor y cayó al suelo, donde lo encontraron dos horas más tarde.

Leticia se enteró por un policía, que llegó para pedirle que lo acompañara a identificar el cadáver. Fue como si se abriera un abismo a sus pies. Se presentó bañada en lágrimas, con su niña en brazos, en la sala helada donde habían puesto a su marido. Al besarlo largamente en los labios le repitió la promesa que se habían hecho muchas veces: estarían siempre juntos.

Al principio, la joven viuda se mantuvo encerrada en el pequeño

apartamento que había compartido con su marido, aferrada a su hija, sin ánimo de asomarse afuera, desesperada. No quería ver a nadie, pero la gente acudió a golpear su puerta con comida y consuelo. Bill era servicial y ella era amistosa, alegre y siempre dispuesta a dar; le había llegado el momento de recibir, pero en el transcurso de las semanas siguientes los amigos y vecinos volvieron a sus propias vidas y ella sintió el peso tremendo de la soledad. Se había acostumbrado a depender de Bill, a su atención constante, a dormir con él y su hija en medio. Llevaba más de dos años sin trabajar, le quedaba muy poco dinero en el banco y debía velar por la pequeña Alicia. No podía darse el lujo de seguir llorando.

Ese año 2000 ella tenía veintisiete años, una hija de dieciocho meses y la vida en hilachas. Entonces volvió a aparecer Cruz Torres, como enviado del cielo. Al verla desamparada, triste y pobre, le asignó una pensión y le alquiló una pieza decente donde vivir durante un año, hasta que pudiera valerse sola. Estaba remodelando una casa antigua en los cerros de Berkeley, un contrato de largo aliento porque involucraba mucho trabajo. Le presentó a Leticia a la dueña de la casa, quien necesitaba alguien que la ayudara con el aseo y otras tareas domésticas. La mujer la contrató a ciegas, sin hacerle preguntas; le bastó la recomendación de Cruz.

Selena

San Francisco, Nogales, 2019

El 23 de diciembre Selena Durán se presentó en el bufete de Larson, Montaigne & Lambert, en un rascacielos de la calle Montgomery, en el centro del distrito financiero de San Francisco. La firma ocupaba los tres pisos superiores, con una vista espectacular de la ciudad. Acero, cemento, ventanales, muebles de cuero y aluminio, plantas vivas, colores neutros, fotografías de dunas y nubes. Desde la doble puerta de vidrio, con los nombres de los socios mayoritarios grabados en oro, se percibía un aire de autoridad, eficiencia, prisa, jerarquía. La recepcionista le indicó a Selena que esperara, sin ofrecerle asiento, y llamó por un teléfono interno. La joven sonrió, divertida, adivinando que esa cortesía helada, rayana en la hostilidad, estaba destinada a impresionar a los visitantes. A ella, sin embargo, no era fácil amedrentarla.

Esperó quince minutos de pie, examinando las dunas y las nubes de las paredes, durante los cuales vio entrar y desaparecer por un pasillo a varias personas con bandejas cubiertas. Por fin una mujer de mediana edad, incómoda en tacones altos y un traje de falda y chaqueta demasiado ajustadas, llegó para buscarla.

—¿Selena Durán? Buenos días. Soy la asistente del señor Lambert.

—Tengo una cita con él —dijo Selena.

—Sí, claro. Sígame, por favor. Disculpe el desorden. Hoy es el último día de trabajo antes del feriado de Navidad. Esta tarde tenemos la fiesta de fin de año.

Selena pensó en las bandejas que había visto pasar, imaginando langostinos fritos, costillas de cerdo y pinchos de filete. Había

desayunado una taza de café y un par de tostadas a las cinco de la mañana, para tomar el primer vuelo de Tucson a San Francisco a las 7.15. Era cerca del mediodía y tenía hambre.

La asistente la condujo por un ancho pasillo hasta la doble puerta del fondo y golpeó suavemente con los nudillos. Un par de minutos después Ralph Lambert abrió la puerta. Selena lo conocía por fotografías de prensa y por su reputación; era la cara visible de esa firma de abogados, que se caracterizaba por ganar casos célebres de clientes capaces de pagar sus exorbitantes honorarios. Era un hombre de unos sesenta y tantos años, más bajo y delgado de lo que ella había supuesto por las fotografías.

—Bienvenida, la estamos esperando —dijo.

Selena entró en una gran sala de conferencias con una pared entera de ventanales y una mesa larga, donde había una docena de personas sentadas. Otras tantas estaban de pie. Calculó que debían de ser los asociados jóvenes.

—La señorita Selena Durán, del Proyecto Magnolia —anunció Lambert señalándole una silla a Selena.

Ella soltó su enorme bolso de Guatemala en el suelo, junto a la puerta, se acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja, ignoró la silla y se enfrentó al grupo de pie a la cabecera de la mesa.

Selena sabía que, en una ocasión como esa, debía cuidar su apariencia. Su abuela se lo repetía a menudo, pero en su empleo normal valía más la comodidad que la buena presencia, por eso su tenida habitual eran vaqueros, camisetas y zapatillas. Esa madrugada había hecho un esfuerzo por arreglarse como a su abuela le hubiera gustado; se había cogido el pelo en una cola, pintado los labios y puesto su vestido negro, que ella llamaba «de mendigar» porque lo usaba sólo cuando tenía que conseguir donaciones. Creía que le daba un aspecto de seriedad.

Sentado a la mesa, a corta distancia, estaba Frank Angileri, el joven abogado estrella de la firma, a quien los otros llamaban «el Favorito» a sus espaldas y rumoreaban con envidia que era el niño mimado de Ralph Lambert, porque reservaba para él los clientes de más visibilidad; acababa de asignarle el caso Alperstein. Examinó a la

recién llegada sin poder clasificarla. Se creía un experto en adivinar al primer vistazo la condición de cualquier desconocido, esa habilidad le servía en su profesión. Por el nombre seguramente era latina, pero no calzaba con el estereotipo, era alta y blanca. Le pareció muy atractiva, aunque tenía unos kilos más de los que él consideraba presentables. ¿Qué diablos era el proyecto ese?

—Buenos días. Trabajo en el Proyecto Magnolia para Refugiados e Inmigrantes —se presentó la joven—. Como ustedes saben, existe una grave crisis humanitaria en la frontera con México. El Gobierno ha implementado la política de tolerancia cero y ordenó la separación de las familias que llegan para pedir asilo. Eso ya estaba ocurriendo antes de la orden oficial. Miles de niños han sido separados de sus familias, incluso bebés lactantes que fueron arrancados de los brazos de sus madres. Me tocó acompañar ante un juez a un niño de un año sin sus padres. Iba en un cochecito, durmiendo.

Eso era de conocimiento público desde mayo del año anterior, cuando apareció el primer reportaje de televisión. La indignación nacional fue estrepitosa, también en el resto del mundo; nadie quedó indiferente ante las imágenes de niños hacinados en jaulas, tirados en el suelo, sucios, llorando. Finalmente el Gobierno cedió a la presión y tuvo que rescindir la orden, pero para entonces ya había miles de menores sin sus padres. Selena explicó que todavía estaban separando familias con diferentes pretextos y que había centenares de niños en centros de detención cuyos padres no podían ser ubicados, porque no se llevó un registro adecuado; nadie pensó en la reunificación. Además había miles y miles de menores detenidos, que habían llegado solos, y otros que seguían llegando.

—El Proyecto Magnolia trata de ayudarlos —continuó ella—. No somos los únicos, existen otras organizaciones similares. Hay casi cuarenta mil abogados y estudiantes de leyes trabajando *pro bono* en lo mismo. Un asesino en serie tiene derecho a un abogado, sin embargo no es así con inmigrantes y refugiados. Casi sin excepción un niño que llega ante un juez sin la debida representación legal es deportado. Si tiene quien lo defienda, a menudo puede conseguir asilo.

—La señorita Durán le ha pedido ayuda a nuestra firma y, por supuesto, se la daremos —agregó Ralph Lambert.

Frank adivinó que eso era parte de la campaña para mejorar la imagen. La firma tenía reputación de defender con éxito a criminales de evidente culpabilidad, que pagaban una fortuna. Aquello de lo cual antes la firma se jactaba, ahora procuraba disimularlo, porque el viento social estaba cambiando de dirección. La impunidad de los superricos se toleraba menos. Eso explicaba los gestos de súbita filantropía, poner a mujeres en puestos claves y contratar profesionales de color. Ya no se veían sólo hombres blancos en esas prístinas oficinas.

La inmigración era un tema muy político y podía acarrear más problemas que beneficios, pero Frank supuso que Lambert había sopesado el riesgo. Estaba impresionado por la tranquila elocuencia de esa joven y avergonzado por no haber prestado más atención a la tragedia de la frontera.

Selena le preguntó a Lambert si podía usar su PowerPoint, sería cosa de pocos minutos. Él dio una breve orden, su asistente presionó un botón en la pared y los visillos descendieron silenciosamente. Otra persona puso sobre la mesa un proyector enfocado a una pantalla en la pared y en menos de un minuto ella lo conectó a su computadora. Tenía mucha práctica, sabía que lo más importante era mantener la atención de los oyentes. Las imágenes en la pared iban apareciendo en rápida sucesión: familias de Centroamérica en el peligroso peregrinaje desde sus pueblos hasta la frontera; cientos de personas en los techos de trenes de carga, otras a pie en el desierto o a nado en el río; las patrullas fronterizas y los civiles armados, que se adjudicaban el deber de vigilar e imponer la ley a tiros; las celdas de detención llamadas «hieleras», donde ponían a gente que provenía de climas cálidos a temperatura muy baja; los momentos desgarradores en que los agentes se llevaban a los niños gritando, mientras madres y padres rogaban desesperados. Selena explicó que la práctica seguía en vigencia, pero de manera insidiosa: ahora lo hacían de noche.

Nadie se movió. Un silencio denso imperó en la sala. Muchos estaban abiertamente conmovidos; dos mujeres se secaban las lágrimas.

—¿Cómo podemos ayudar? —preguntó una de ellas.

—Necesitamos abogados voluntarios para defender a los menores y detener esta forma de tortura para siempre. Nunca más, nunca más —dijo Selena.

—No sé nada de ley de inmigración…

—Es simple. Le daremos el entrenamiento necesario.

—Cuente conmigo, entonces.

—¿Cómo se llama?

—Rose Simmons. No sé si le voy a servir, no hablo español.

—Tenemos intérpretes. Muchas gracias, Rose.

—La firma le dará facilidades de horario y mantendrá su sueldo, señorita Simmons, pero no puede descuidar sus obligaciones aquí y el trabajo extra corre por su cuenta —aclaró Lambert.

—Lo entiendo, señor.

—No se arrepentirá, Rose, se lo aseguro —agregó Selena.

Frank enrojeció. Le pareció que Selena Durán le clavaba los ojos, lo seleccionaba entre los demás, lo escogía, lo juzgaba.

—En esto no hay dinero ni gloria, por eso casi todos los que trabajamos en esto somos mujeres. También el cuidado de los niños en los centros de detención y la asistencia social y psicológica están en manos femeninas —dijo Selena.

En un impulso incontenible Frank levantó la mano y anunció que él también estaba disponible. Una exclamación colectiva recibió su gesto. Nadie esperaba eso del Favorito, el miembro más ambicioso del equipo. Lambert le indicó que lo siguiera al pasillo y cerró la puerta a sus espaldas.

—¿Cómo piensa hacerlo, Angileri? Tiene que dedicarse por completo a Alperstein.

—Lo haré en mi tiempo libre.

—Usted no tiene tiempo libre. Tampoco tiene vacaciones.

—Iré a pasar la Navidad con mis padres en Brooklyn, estaré allá sólo dos días y me llevaré el archivo de Alperstein. Pero le recuerdo

que no podemos hacer milagros, cualquier jurado lo sacrificará. Una de sus víctimas, drogada y violada, tenía catorce años.

—Evite ir a juicio como sea, Angileri. Si comete un error, puede despedirse de su carrera.

—No se preocupe.

Terminada la reunión, Selena Durán recogió su computadora, guardó sus notas y procedió a tomar los datos de Rose Simmons y Frank Angileri y explicarles en qué consistía el compromiso que iban a adquirir con el Proyecto Magnolia. Primero harían un breve curso de introducción en línea sobre los aspectos legales y luego se les asignarían uno o dos casos, como parte del entrenamiento. Conocerían a los menores, que se hallaban repartidos en diferentes centros de detención, tendrían que preparar la defensa y acompañar a los niños cuando les tocara comparecer ante un juez. Eso podía demorar bastante, les dijo, porque los tribunales estaban sobrepasados por miles y miles de casos atrasados.

—Les advierto que una vez que entren en este mundo, ya no podrán dejarlo —agregó con un guiño de complicidad.

—En vista de que nos tiene atrapados, señorita Durán… —dijo Frank.

—Llámame Selena.

—Selena. Lo menos que puedes hacer es aceptar una invitación a comer con nosotros —le propuso Frank.

—No puedo —se disculpó Rose—. Hoy llegan mis suegros de Missouri a pasar la Navidad con nosotros.

—Y yo me voy esta tarde a Los Ángeles —dijo Selena.

—¿Vives allá?

—Vivo en Arizona, pero mi familia está en Los Ángeles. Voy a pasar la Nochebuena con ellos y al día siguiente vuelvo a mi trabajo.

Frank agradeció calladamente al cielo que Rose los dejara solos, convenció a Selena de que tenía tiempo de sobra para coger su vuelo de la tarde y la llevó a Boulevard, uno de los restaurantes caros donde sus jefes almorzaban con champán Dom Pérignon. La joven, con sus

botas gastadas, un abrigo que parecía provenir de una tienda de ropa usada y ese bolso colorinche a modo de equipaje, era lo opuesto a las mujeres sofisticadas con que él se lucía en público. Quiso impresionarla saludando al maître por su nombre, pero ella estaba colgada del celular hablando en español. Les dieron una mesa al fondo, cerca de la ventana, y el mesonero, que tenía buena memoria para los clientes generosos con la propina, les trajo sendas copas de prosecco antes de pasarles el menú.

—Es un vino espumante de la región del Véneto en el norte de Italia —instruyó Frank a Selena.

—Bastante bueno —opinó ella después de bebérselo de un tirón.

Frank comprendió que una botella de calidad sería un desperdicio en ella, que no sabría diferenciar entre un Quintessa y un vino para cocinar. Había sido un error ofrecerse de voluntario sin tener suficiente información y otro error invitar a esa mujer a comer; estaba clavado con ambas decisiones. Las había tomado impulsado por la atracción sexual, la primera para demostrarle a Selena que era un hombre de principios y buenos sentimientos, y la segunda para ir preparando el terreno para un encuentro más íntimo en un futuro cercano, cuando regresara de Brooklyn. «Soy un idiota», pensó, más abochornado que molesto. Pero a los pocos minutos de conversación sus dudas se esfumaron.

Bebieron la botella de Quintessa contándose las vidas, mejor dicho, Frank hablando la mayor parte del tiempo y Selena escuchando más o menos distraída. Le sorprendió que él se expandiera sobre las dificultades de su trabajo, su experiencia en tribunales y de paso le mencionara que se había graduado en la Universidad de Yale, pero no le preguntara sobre la tarea que iba a realizar. No quiso apurarlo, ya habría tiempo para que ese presumido aterrizara, pensó, divertida.

Selena pidió *filet mignon* con papas fritas. Frank estuvo a punto de hacer un comentario sobre las calorías y el colesterol, pero se abstuvo a tiempo. Él optó por rodaballo al vapor; se cuidaba la línea. Sus conquistas eran por lo general vegetarianas y picoteaban el plato con mucho cuidado; no recordaba a ninguna que comiera pan o postre, como Selena Durán, que devoró su plato y le puso aliño a la ensalada.

El almuerzo se alargó y Frank decidió saltarse la maldita fiesta de la oficina y llevar a Selena al aeropuerto, así podía pasar media hora más con ella. El hecho de que más tarde iba a tener que ir otra vez al aeropuerto para su propio vuelo, no lo desanimó.

Selena devoró sus profiteroles con salsa de chocolate con el deleite de quien lleva muchas horas sin comer, mientras él le contaba de la Navidad en Brooklyn, donde vivía su familia desde que los abuelos emigraron de Sicilia. Era la única ocasión en que se juntaba la familia completa, nadie faltaba a la convocatoria: sus padres, dos abuelos, sus hermanos con sus cónyuges, los nietos, algunos primos, una vecina solitaria que había sido cantante de ópera y el tío Luca, que estaba chiflado.

—Anda armado con un pistolón de los tiempos de Garibaldi y se jacta de haber peleado en las Brigadas Internacionales de la Guerra Civil de España. De ser cierto tendría ciento tres años, pero no representa más de noventa —agregó.

—Cuéntame de tus padres —le pidió ella, para no tener que hablar y poder concentrarse en la comida.

—Tienen la mejor rotisería italiana de Brooklyn. Creo que mi padre nunca ha leído un libro, pero nos obligó a todos los hijos a estudiar una profesión. Mi madre es una fuerza de la naturaleza, amable casi siempre, pero cuando se enoja hay que arrancar. Nos pegaba con una cuchara de palo. Una vez me dio en la cabeza con la tapa de la olla de espaguetis. No me dolió, pero todavía evito acercarme a ella cuando está cocinando. Nunca se dirigió a nosotros en inglés. En mi familia peleamos y nos reconciliamos en italiano.

—En la mía lo hacemos en español. El italiano te va a servir, porque se parece un poco al español —dijo Selena.

—Estudié español en la secundaria y en la universidad, pero voy a tener que ponerme al día.

—Los niños que serán tus clientes entienden con una sonrisa o un tono amable, Frank, necesitan muy pocas palabras. Mi español no es perfecto, pero en mi trabajo lo he mejorado —le explicó ella.

—Por lo menos lo hablas.

—Gracias a mi bisabuela, que me ha hablado siempre en español.

—Muy poca gente puede jactarse de tener una bisabuela —comentó Frank.

—En mi familia somos varias generaciones de mujeres inmortales. Los hombres vienen y se van o se mueren, nos duran muy poco, por eso todas usamos el apellido Durán, el de mi bisabuela. Ella nació en México, como mi abuela, que es vidente, pero mi madre nació aquí y también mi hermana, sus dos hijos y yo.

—¿Vidente, dijiste?

—Psíquica. Es un don de nacimiento. Algunos muertos se comunican con ella. A veces también los ve.

—¡Estás bromeando!

—Es muy famosa. ¿No has oído hablar de Dora Durán? Han hecho varios reportajes sobre ella. Participó en un programa de investigación de fenómenos paranormales de la Universidad de Chapman. Llega la policía y gente de todas partes a consultarla.

—¿Sobre qué?

—Depende.

—A ver, dame un ejemplo.

—Uno de los casos recientes fue de un niño de nueve años que desapareció. Mi abuela ubicó el cuerpo dentro de un pozo.

—¿Y pudo identificar al asesino? —preguntó Frank disimulando la risa.

—No lo mataron, se cayó.

—¿Cómo lo supo tu abuela?

—A veces es un sueño, otras veces es una sensación muy fuerte o una premonición. De vez en cuando el alma perdida la visita. Lo del niño fue así. Ella había ido a recoger a los hijos de mi hermana a la escuela y estaba esperando sentada en un banco en el parque, cuando apareció un niño a su lado. Mi abuela sintió que se helaba de pies a cabeza y el corazón le galopaba. El niño le dijo dónde estaba y enseguida se esfumó.

—Debe de ser escalofriante criarse rodeada de muertos —dijo Frank, burlón.

—Yo no los veo ni los oigo, nunca me han molestado —replicó ella raspando el último vestigio de salsa de chocolate con un dedo.

Fueron los últimos en dejar el restaurante. Caminaron para ir a buscar el coche y Frank la condujo al aeropuerto. Quedaron en encontrarse después de la Navidad en Arizona y entretanto ella le enviaría el curso que debía estudiar. Le explicó que los jueces no tenían tiempo para demasiado papeleo, había que simplificar y actuar deprisa, el argumento legal resultaba fundamental, pero más importante era provocar emoción. Todo dependía del juez, unos eran comprensivos y otros eran cabrones. Los nuevos eran todos cabrones.

Frank la acompañó hasta donde pudo en el aeropuerto y la siguió con la vista cuando ella pasó el control de seguridad y se perdió hacia adentro. Esperaba que la mujer se volviera y le hiciera un gesto de despedida, era lo menos que él merecía después de haberle dedicado varias horas, pero ella lo defraudó.

Selena Durán compartía un apartamento con otra trabajadora social en la ciudad de Nogales, en Arizona, a diez minutos de Nogales en Sonora, México. Se trataba de un arreglo temporal que ya se extendía por dos años y, tal como decía Milosz Dudek, su novio eterno, era hora de hacer planes más permanentes. Como casarse, por ejemplo, y volver a Los Ángeles, donde estaba su familia y donde él la esperaba cada vez más frustrado e impaciente. Ella seguía encontrando pretextos para postergar la boda y él había perdido la cuenta del tiempo que llevaban juntos. Milosz era considerado muy buen partido por la familia Durán en masa: era joven, sano, sin vicios conocidos y ganaba más que un médico manejando descomunales camiones de carga pesada a través del país, un trabajo que requería estabilidad emocional y aguante físico. Le ofrecía a su novia una vida segura y un amor probado durante años. Deseaba hijos, un hogar amable, una mujer contenta que lo esperara en casa cuando él regresara de sus viajes. Los camiones eran lentos y los trayectos muy largos. Según las mujeres Durán, Selena no sabía la suerte que tenía, ¿dónde iba a encontrar a otro hombre a quien pudiera dominar con mohínes y que

además pasara ausente la mayor parte del tiempo?; ninguna mujer razonable desea un marido a jornada completa. Milosz la había amado desde que ella era adolescente; dos veces estuvieron a punto de casarse, peleaban, se distanciaban y volvían a encontrarse y a empezar de nuevo. Estaba cansado de eso. Le sobraban oportunidades de estar con otras mujeres y de vez en cuando las aprovechaba, pero después no recordaba ni sus nombres. Selena era su único amor.

Antes del Proyecto Magnolia Selena había estado empleada en el Servicio de Salud, donde adquirió experiencia administrativa y en organización. En su nuevo empleo ganaba menos de la mitad que antes, pero había encontrado su lugar en el mundo. Al enterarse de la separación de las familias en la frontera, decidió utilizar sus tres semanas de vacaciones acumuladas para ayudar. Supo del Proyecto Magnolia, que existía desde hacía casi treinta años, y a pesar de las objeciones de su novio y su familia, se presentó como voluntaria. Era una más entre miles de personas indignadas que ofrecían ayuda. Le bastó una semana trabajando con los niños para renunciar a su puesto. No regresó a Los Ángeles y al poco tiempo pasó a formar parte del equipo Magnolia. Desde entonces trabajaba de día y asistía a clases virtuales de leyes y psicología por la noche. Soñaba con que una vez superada la crisis en la frontera, podría volver a la universidad a estudiar. Eso aumentaría su deuda estudiantil, pero valía la pena.

Frank avisó a Selena de que llegaría el 25 de diciembre para verla y conocer a la niña que le había asignado. Cuando abordó el avión no había tenido tiempo de recuperarse de la orgía culinaria. Su madre empezaba a cocinar con una semana de anticipación: *manicotti*, camarones *scampi*, langosta, anguila frita, ensalada de pulpo, filete Wellington, su famosa tarta de arroz con espinacas, y de postre: *cannoli*, turrón de almendras y una obscena variedad de galletas hechas en casa. La comida de Navidad comenzaba a eso de las cuatro de la tarde y se prolongaba hasta la hora en que iban en fila a la misa de la medianoche. Se trataba de una tradición respetada por todos, aunque la mitad de la familia era agnóstica. En caso de que alguien se

quedara con hambre, siempre había ñoquis en salsa de tomate, y si algo sobraba, su madre se ofendía. Frank era el único delgado en esa tribu de buenos vividores. A veces a ella se le llenaban los ojos de lágrimas al pensar en su pobre muchacho, solo y hambriento en San Francisco, esa ciudad depravada de ateos, vagabundos, drogadictos y homosexuales. Cada quincena le enviaba albóndigas congeladas por correo expreso.

En el vuelo a Arizona, con conexión en Denver, Frank dispuso de siete horas para estudiar el caso Alperstein, un magnate cercano al presidente, acusado de tráfico de menores, malversación de fondos públicos y lavado de dinero. Frank había aparecido en un noticiario de televisión detrás del tipo y su madre casi sufrió un síncope. Quiso explicarle por teléfono que todo el mundo tiene derecho a una defensa legal y su cliente era inocente hasta que se probara lo contrario, pero ella lo interrumpió a gritos: «*Mi ha spezzato il cuore! Che peccato! Un mio figlio che difende un pedofilo!*». Y le colgó el teléfono. Tenía razón, Alperstein era repugnante. Frank le mandó una nota de reconciliación dentro de una caja de chocolates. Estaba aturdido por el vuelo nocturno de San Francisco a Nueva York, el exceso de comida en casa de sus padres y la falta de sueño, pero deseaba volver a ver a Selena; ella era la razón fundamental para esa maratón aérea, ya que podría haberlo hecho por Zoom. Había pensado en ella más de lo conveniente, aunque estaba lejos de ser el ideal femenino que figuraba en sus planes y, a juzgar por la indiferencia de su lenguaje corporal, no parecía particularmente interesada en él. Muy curioso. Tal vez era una forma inusual de coquetería, pensó. Le daría otra oportunidad.

En el aeropuerto de Tucson alquiló un automóvil y poco más tarde estaba en la ciudad de Nogales, plantada en un paisaje desértico de cerros y montañas y separada de su gemela en México por la larga culebra oscura del muro fronterizo. Confiaba en encontrar calor, pero la temperatura en esa época era más agradable que el frío de diciembre en Nueva York. La oficina del Proyecto Magnolia estaba cerrada a esa hora y Selena lo esperaba en su apartamento, lo que a él le pareció muy buena señal. Se sentía exhausto, pero si ella le prestaba su baño, podría lavarse, afeitarse e invitarla a cenar. Eran tres horas

menos que en Nueva York.

El edificio era un bloque de cemento igual a varios otros en esa calle, sin el alivio de un solo árbol. El ascensor no funcionaba. Subió por una escalera de dudosa limpieza y se encontró frente a una puerta verde. Le abrió una mujer, que se presentó como la compañera de apartamento de Selena, le ofreció un vaso de agua y retiró el gato del sofá para que él se sentara. Frank era alérgico a los gatos.

La vivienda consistía en una sala-comedor separada por un mesón de la pequeña cocina, un pasillo con dos puertas, que Frank supuso que eran habitaciones, y un baño al fondo. Cada pared estaba pintada de un color diferente, cielo, terracota, canela, musgo, piedra; los colores del desierto, supuestamente. El efecto era agobiador y el sofá con tela escocesa, de segunda o tercera mano, en nada mejoraba la decoración. Frank pensó con nostalgia en su propio apartamento, blanco, desnudo, ordenado, simple, masculino.

La mujer le dijo que Selena regresaría pronto y se despidió, porque tenía una cita. Media hora más tarde, cuando Selena llegó, Frank estaba despatarrado en el sofá, roncando suavemente con el gato encima. Ella le puso una almohada detrás de la cabeza, lo cubrió con una manta, porque por la noche bajaba mucho la temperatura, y se fue a su pieza con el gato.

La luz despiadada de las seis de la mañana y el olor del café despertaron a Frank, quien por un momento no supo dónde estaba. Tenía la boca seca, la sombra de una barba de dos días y la sensación de estar maloliente y pegoteado de sudor. Selena Durán, vestida con vaqueros y el cabello mojado, le puso por delante un tazón de café.

—Arriba, joven, tenemos mucho que hacer y aquí empezamos temprano.

—Necesito una ducha. En la maleta tengo una camisa limpia.

Ella le señaló el baño, le dio de comer al gato y se puso a freír tocino y picar verduras para una tortilla. El desayuno era su única comida casera, pasaba el resto del día con emparedados y gaseosas. Media hora más tarde Frank Angileri emergió del baño renovado. Era

meticuloso en su aseo, le gustaban las duchas largas y muy calientes, viajaba con media docena de artículos de tocador en envases pequeños, jamás usaba los de un hotel. La fragancia de su loción de afeitar y su colonia tenían un toque delicado de almizcle; había leído que era afrodisíaco. Para entonces la tortilla se había enfriado y Selena estaba hablando por su celular en español. Frank imaginó que era la llamada diaria a su familia que ella había mencionado. Después de despedirse Selena trajo una carpeta y desplegó el contenido sobre la mesa.

—Tu cliente es Anita Díaz, de siete años —le explicó a Frank—. Fue separada de Marisol Díaz, su madre, a finales de octubre. Lleva ocho semanas en un refugio. A la madre se la llevaron a un centro de detención en Texas; en realidad es una prisión privada conocida por el maltrato y los abusos, una enorme instalación rodeada de alambrado de púas en un lugar aislado. Al poco tiempo fue trasladada de nuevo, aparentemente por un problema de salud, porque llegó aquí debilitada por un balazo que le dieron en su país y el arduo viaje, pero eso no es seguro. Se supone que después fue deportada.

—¿Adónde?

—No sabemos. La familia es salvadoreña, pero no hay prueba de que a Marisol la hayan enviado a su país; en general dejan a la gente al otro lado de la frontera, en México. No hemos podido ubicar a Marisol.

—¿Cómo llegó aquí con su hija? —le preguntó él.

—A mediados de octubre se presentaron a pedir asilo en un puerto de entrada, aquí mismo en Nogales. Fueron rechazadas. No pudieron cruzar. Está en vigencia una orden presidencial que no permite dejar pasar a nadie. Diez días más tarde Marisol cruzó ilegalmente y apareció en Estados Unidos, en el desierto, donde fue detenida con la niña. En el retén de la guardia fronteriza le explicó al oficial que temía por ella y su hija, estaban huyendo de un hombre que las perseguía. Sabía que era un asesino, había intentado matarla. Le mostró la cicatriz reciente de un balazo en el pecho, que casi le cuesta la vida. Eso está en el informe. Lo que no está en el informe es la respuesta del oficial: «No te creo, todos dicen lo mismo, a mí no me pagan para

dejarte entrar en Estados Unidos».

—El país tiene obligación legal de darle protección a quien pide asilo —dijo Frank.

—En teoría, pero en la práctica son tratados como criminales. Nadie los quiere. La política de tolerancia cero se ha implementado para disuadirlos separando a los niños de los padres.

—¿Y la hija de Marisol?

—Como te dije, está en un albergue de menores. Conseguí que pudiera hablar por teléfono con su madre dos veces. Después perdimos el rastro de Marisol.

—¡Cómo puede ser eso!

—Desorden, mala voluntad, negligencia, impunidad. Nadie va a pagar por nada de esto, las órdenes vienen de la Casa Blanca —dijo Selena.

—¿Hay fecha para la audiencia judicial de la niña?

—Todavía no. Esa es tu misión, Frank. Tienes que evitar que el juez la deporte y conseguir que nos dé tiempo para encontrar a la madre o a algún familiar en Estados Unidos que pueda hacerse cargo de ella. Han presionado a Anita para que solicite traslado voluntario, aunque según su madre en su país corre peligro de muerte.

—¡Tiene siete años! —exclamó Frank.

—Eso pasa a cada rato. Me tocó un caso absurdo. El juez le preguntó a mi cliente si optaba por deportación voluntaria para volver a su país. ¿Qué iba a contestar el niño? Tenía un año y todavía no hablaba. Anita es muy lista. Se niega a volver a El Salvador sin su madre.

Le contó que en las breves conversaciones telefónicas que tuvo con Marisol, se enteró de que estuvieron tres días en la llamada «Hielera» junto a otras mujeres con niños, algunos menores de dos años, tiritando en un frío glacial, amontonados en suelo de concreto, sin más abrigo que una manta de mylar. Se suponía que los detenidos ocupaban esas celdas sólo durante algunas horas antes de ser interrogados y trasladados, pero a menudo pasaban allí tres o cuatro días. Un niño de cinco años estaba solo, porque al ser apresado con su padre los separaron. Llamaba constantemente a su papá, mientras las

mujeres procuraban en vano consolarlo. Las condiciones eran pésimas: comida escasa, falta de sanidad básica, luces encendidas toda la noche, abuso verbal. Anita se quejaba de sed y un guardia le dijo que si quería agua regresara a su país. Al ver al niño que clamaba por su padre, Marisol supuso que podía pasar lo mismo con su hija y trató de prepararla; le dijo que seguramente iban a estar separadas unos días, que no se asustara, iba a estar bien cuidada y pronto estarían juntas de nuevo. Le pidió que tuviera paciencia y fuera valiente; esa era una prueba, después iban a tener una buena vida en Estados Unidos.

—A Marisol la condujeron esposada de pies y manos para ser interrogada por un oficial de asilo, y cuando la llevaron de vuelta a la celda Anita ya no estaba. No volvió a verla. Como a tantas otras madres, no le permitieron despedirse de su hija —le explicó Selena—. El personal carece de entrenamiento para esta crisis y está sobrecargado. Algunos piden traslado porque no tienen estómago para cumplir las órdenes.

Frank Angileri hundió la cabeza en las manos. En los años de práctica como abogado había visto de todo, pero nada como la crueldad institucionalizada que contaba Selena.

—¡Ay, Selena! Estoy acostumbrado a representar a corporaciones y a clientes como Alperstein, que pagan para burlar a la justicia. No sé si voy a ser capaz de hacer lo necesario para proteger a Anita.

—Lo esencial es que estés disponible y que el juez no te pille en un detalle técnico, porque se puede agarrar a eso para rechazar el caso.

—No sé nada de leyes de inmigración.

—Tendrás que estudiar un poco, Frank. Yo te voy a ayudar.

El albergue adonde Selena condujo a Frank era uno de los mejores entre muchos repartidos en diferentes puntos del país. Normalmente tenían entre cien y cuatrocientos niños, pero en ese sólo había noventa y dos. A los niños se les asignaba un número, porque con frecuencia el personal no podía pronunciar el nombre o recordarlo, pero para ella era una cuestión de honor llamar a cada uno por su nombre. «Han perdido tanto, es terrible que también pierdan la identidad», le

comentó.

—Un reportero describió uno de esos centros como una escena caótica de mugre y enfermedad, los niños estaban inmundos, muchos con gripe, no tenían acceso a ropa limpia, cama, baño, jabón o cepillo de dientes. El mal olor se percibía desde afuera. Supongo que por eso ahora no dejan entrar a la prensa. Pero no verás nada así aquí, este es adecuado —le dijo.

Consistía en diez unidades con un patio común para niños pequeños, el menor de once meses y la mayor era Anita. Estaban divididos en grupos de ocho o diez, cada grupo a cargo de un par de asistentes.

—Los niños deberían estar lo menos posible en estos albergues —le explicó Selena—. Si no hay un pariente cercano o un patrocinador que los reciba, los colocan en hogares adoptivos. A veces los parientes no se presentan a reclamarlos porque son indocumentados y tienen miedo de que los arresten y los deporten. El caso de Anita es poco usual, lleva más tiempo aquí de lo habitual por un embrollo administrativo.

Le contó que algunos centros para chicos mayores, que a menudo llegaban solos, eran verdaderas prisiones, como el caso de una inmensa bodega de un supermercado en Texas o una base militar en Florida. Había algunos manejados por empresas privadas, interesadas en mantener el mayor número de niños por el máximo de tiempo, ya que la ganancia era enorme. Para el Gobierno el costo diario por niño era altísimo. No permitían la entrada a organizaciones de derechos humanos o a la prensa, tampoco a miembros del Congreso.

—Mi trabajo es manejar los casos que me tocan. Las trabajadoras sociales estamos copadas, hay demasiados niños.

Debía averiguar cómo ocurrió la separación, conseguir los servicios disponibles y la defensa legal, tratar de ubicar a los familiares y, dentro de lo posible, coordinar ayuda psicológica. Era difícil obtener información, a veces el niño era muy chico y no recordaba o todavía no hablaba, o bien estaba traumatizado.

—Hay cientos de menores en el limbo, como Anita, porque no pueden encontrar a los padres —le dijo Selena—. Seguramente va a tomar un par de años identificarlos y juntarlos con sus familias. En

algunos casos eso puede ser imposible. Esto es una pesadilla.

—Sabiendo que pueden quitarles a los hijos, no entiendo cómo esa gente corre el riesgo de cruzar la frontera —dijo Frank.

Ella le describió la situación de la cual estaban escapando. La mayoría provenía de Guatemala, El Salvador y Honduras, el infame Triángulo Norte, una de las regiones más peligrosas del mundo, donde la pobreza mata lentamente, la violencia doméstica mata a las mujeres, las pandillas, los narcos y el crimen organizado matan con violencia y los gobiernos corruptos matan con impunidad. No era extraño que algunos refugiados prefirieran no volver a ver a sus hijos antes que recibirlos de vuelta, porque por algo habían salido huyendo. Creían que por dura que fuera la burocracia americana, era mejor que el terror en sus países.

—¿Cuál es la solución, Selena? No se puede recibir a millones de inmigrantes y refugiados —dijo él.

—La solución no es levantar muros y prisiones, mucho menos separar a las familias, Frank. Hay que reformar el sistema de inmigración y ayudar a resolver las causas por las cuales la gente sale de sus países de origen. Nadie quiere dejar todo y salir escapando, lo hacen por desesperación.

—Eso no le corresponde al Gobierno americano.

—Los americanos provocaron gran parte del desastre en esos países. Para acabar con los movimientos de izquierda, armaron, adoctrinaron y entrenaron a los militares, y financiaron la represión. Aquí se justificó como expandir la democracia, pero hicimos exactamente lo contrario: derrocamos democracias e impusimos dictaduras brutales para defender los negocios de las empresas americanas.

—¿Eres comunista, Selena?

—Ya casi nadie es comunista, Frank, no seas simplón. Bueno, tal vez hay algunos en China o en Corea del Norte. No se trata de izquierda, derecha u otra ideología, sino de encontrar soluciones prácticas.

Selena llevó a Frank a una de las llamadas «casitas», que era lo más parecido posible a un hogar. Consistía en una sala común, tres habitaciones con cuatro literas cada una, un baño y una *kitchenette* para preparar biberones y calentar meriendas. En un rincón había un

pequeño árbol de Navidad, las paredes estaban decoradas con dibujos infantiles y recortes de papel mexicanos. Le explicó que la alimentación no era mala, la ropa la proveía el refugio, porque los niños llegaban sin nada más que lo puesto, tenían horas de recreación, podían ver la televisión y jugar; la rutina era fija, muy estructurada. Otros centros habían sido acusados de abusar de los menores, incluso de violaciones, algunos niños habían muerto por negligencia, pero a ella no le había tocado ningún caso así. Los niños vestían pantalones y camisetas, estaban limpios, pero Frank notó de inmediato el extraño silencio del ambiente, que contrastaba con las escenas de llanto inconsolable descritas por Selena. Estaban pintando con crayones y ninguno levantó la vista. Selena le señaló a la única niña que no participaba en la actividad y permanecía sentada en una cama con una muñeca de trapo.

—¡Anita! Soy yo —la llamó en español.

De inmediato la pequeña saltó de la cama y se aproximó a Selena, que se había hincado, y la apretó contra su pecho. Era muy delgada y baja de estatura para su edad, con la piel dorada de su raza mezclada, facciones delicadas y pelo negro cortado a tijeretazos. Selena le había explicado a Frank que rara vez había tiempo de establecer una relación de confianza con los niños, porque no alcanzaban a vincularse antes de que los trasladaran, y también el personal cambiaba constantemente, pero ella había tenido a Anita a su cargo desde el principio.

—Este es Frank, salúdalo —le dijo.

La niña se paralizó. Selena le había advertido a Frank que Anita desconfiaba de los hombres en general, incluso de los pocos trabajadores sociales masculinos del refugio, seguramente por la experiencia con algún guardia fronterizo o tal vez con alguien del pasado. Frank puso una rodilla en tierra para estar a la altura de ella.

—No tengas miedo, Frank es bueno. Él te va a ayudar a juntarte con tu mamá —agregó Selena.

Al cabo de una pausa que a Frank le pareció eterna, Anita estiró la mano tentativamente y él se la estrechó. En ese momento se dio cuenta de que la niña era ciega.

Al día siguiente Frank Angileri tomó el avión a San Francisco. Había pasado muchas horas en el refugio, primero jugando con Anita para que se sintiera cómoda con él y después interrogándola en la minúscula oficina que le facilitó Selena. Al mediodía compartió con ellas una merienda de burritos recalentados y a las seis de la tarde, con una libreta llena de apuntes y la mente en torbellino por lo que había experimentado, se instaló en el apartamento de Selena, donde ella le improvisó una cama en la sala. Debería haber ido a Tucson, a un hotel cercano al aeropuerto, donde había hecho una reserva, pero aceptó sin vacilar apenas ella le insinuó que se quedara a pasar la noche. Para entonces ya había postergado indefinidamente sus planes de seducirla, porque estaba embarcado en algo mucho más serio que el romance que había imaginado y comprendió que cualquier insinuación de su parte estaría fuera de lugar y sería ofensiva. Había sido una idea poco afortunada, un mal hábito que debía corregir. También consideró el hecho de que Selena se riera de él. No había conseguido impresionarla.

Disponía de dos horas y media de vuelo para repasar el archivo que iba a discutir con Lambert al llegar, pero en vez de hacerlo, estudió sus notas sobre Anita. La niña resultó mucho más madura de lo que se podía esperar, posiblemente por la experiencia del viaje y el trauma de la separación de su madre. Las circunstancias la habían obligado a arreglárselas sola. Compensaba su ceguera con memoria y capacidad de atención, nada se le escapaba, parecía tener antenas para captar su entorno. Fuera de que no soltaba a Didi, su muñeca, y le hablaba en susurros, se comportaba como si tuviera varios años más; eso acentuaba el contraste con su aspecto tan frágil. Selena le sirvió de intérprete para entenderse con ella, pero comprobó complacido que comprendía casi todo lo que la niña decía; su español del colegio no se había esfumado.

Anita confirmó lo que Selena le había contado y habló de su vida anterior y del viaje de El Salvador a Guatemala y luego a través de México hasta la frontera de Estados Unidos. Echaba de menos a su

madre y al hablar de ella hacía esfuerzos por no llorar.

—Me dijeron que no naciste ciega, Anita —le dijo Frank.

—Cuando era chica tuve un accidente. Si hay mucha luz, puedo ver un poco. Yo iba a la escuela y aprendí a leer, pero creo que se me está olvidando. Mi escuela de antes no era para ciegos —aclaró Anita.

Selena le explicó que aparentemente existía una prima o una tía de la familia en Estados Unidos, pero no pudo ser ubicada. Podría ser pariente del padre de Anita, Rutilio Díaz, que había muerto cuando ella tenía alrededor de tres años.

—¿Con quién vivías antes, en tu país, Anita? —le preguntó Frank a la niña.

—Con mi Tita Edu. Es mi abuelita. Y con mi abuelito, pero él está enfermo y pasa siempre en cama. Mi mama nos venía a ver los sábados y domingos.

—Sabemos que con tu mama hicieron un viaje muy difícil, que duró como un mes y en algunas partes iban montadas en el techo de trenes de carga —le dijo Frank.

—Sí, con otras personas. Yo era la más chiquita.

—¿Sabes por qué hicieron ese viaje?

—Porque un hombre iba a matar a mi mama. Le disparó un tiro. Mi Tita Edu me llevó a verla al hospital y me asusté mucho, porque creí que se iba a morir, pero rezamos y prendimos velas en la iglesia y no se murió. Después de que se mejorara un poco, me fue a buscar y entonces nos marchamos. La Tita Edu y mi mama lloraban mucho, pero yo no lloré, porque le prometí a mi mama que me iba a portar bien.

—¿Quién era ese hombre?

—El tío Carlos. Tenía uniforme y pistola.

—¿Sabes su apellido?

—Gómez. A veces iba a la casa de mi Tita Edu, pero ella no lo quería. Mi mama tampoco.

—Cuéntame de tu abuelita. ¿Cómo se llama?

—Eduvigis —respondió la niña sin vacilar.

—Entiendo que es la suegra de Marisol, madre de su marido, Rutilio Díaz —le explicó Selena a Frank—. El apellido de soltera de Marisol es

Andrade. Su nombre de casada es Marisol Andrade de Díaz. Para facilitar las cosas, aquí le pusieron Marisol Díaz en el informe de inmigración.

—Mi Tita Edu es muy buena. Ella me cuidaba cuando mi mama trabajaba. Ella también trabaja —dijo Anita.

—¿En qué trabaja?

—En el añil. Ella sabe todo del añil y se lo explica a los visitantes y a los turistas.

Por la noche, en su apartamento, Selena ayudó a Frank a completar sus notas con los detalles que podía recordar de la odisea de Anita y juntos planearon la estrategia legal. Cenaron pizza y se quedaron hasta tarde conversando y escuchando música latina. Se despidieron pasada la medianoche, ella se fue a su pieza y él se acostó en el sofá cubierto de pelos del gato. Selena se durmió apenas puso la cabeza en la almohada y el gato se acomodó a su lado, sin sospechar que él daba vueltas en el sofá pensando en ella. En la adolescencia, cuando se dio cuenta de la atracción que ejercía, tomó consciencia de su poder y por un tiempo breve jugó con esa facultad, pero muy pronto apareció Milosz Dudek en su vida y no volvió a utilizarlo, excepto cuando necesitaba pedirle un favor a un hombre en relación con los niños que defendía.

Separado de ella por una pared delgada, Frank se sentía arrastrado por una fuerza misteriosa contra la cual procuraba razonar enumerando las diferencias y los obstáculos que lo separaban de Selena: su ropa desaliñada, su falta de coquetería y refinamiento, su mal gusto —bastaba ver la decoración del apartamento—; en fin, la lista era larga, pero no llegaba a completarla, porque lo asaltaba la visión de su cuerpo generoso, sus ojos amables, su voz cadenciosa y firme, su forma desprendida y alegre de abrazar la vida aun en medio de tanto dolor ajeno. Pensaba también en la niña Díaz. Tenía el presentimiento de que ese sería el caso más importante de su vida, el único inolvidable. Si se equivocaba con Alperstein, perdería su carrera, como le advirtió Lambert, pero si se equivocaba con Anita, perdería la paz del alma.

Anita

Nogales, noviembre-diciembre de 2019

La mama debe de estar muy cerca de aquí, eso me pareció en el teléfono. ¿Qué creés vos, Claudia? ¿No es cierto que se oía bien cerca? Yo no lloré, aunque quería. Bueno, lloré un poquito, pero ella no se dio cuenta, porque lo hice sin ruido. Mirá, Claudia, si la mama pudiera venir a buscarnos, lo haría. Lo que pasa es que ahora no puede. Ella también se puso a llorar, por eso le conté que estamos chévere en esta casa con otros niños, que no es como la Hielera, hay patio y juguetes y a veces nos dan helados. ¿Para qué le iba a decir que no queremos comer porque no nos gusta la comida? No es como la comida de la Tita Edu. Mejor que la mama no lo sepa. La miss Selena me dijo que va a tratar de llamarla de nuevo uno de estos días, pero es difícil, porque a la mama la mudaron a otra parte. No va a servir si lloramos, eso pone más triste a la mama. Si queremos llorar y no nos sale la voz para hablarle, voy a poner a la Didi en el celular para que ella le hable.

Claro que me acuerdo de que se llevaron a la mama con cadenas, pero fue porque así hacen siempre con las personas en la Hielera, es por un rato, después se las sacan. No hay que chillar por eso. No pude ver casi nada, pero escuché a los guardias y el ruido de las cadenas y cómo la mama y las otras mujeres que había en la Hielera empezaron a gritar y decir que por qué nos trataban así, que éramos personas decentes, madres con sus niños, no éramos narcos ni delincuentes, pero no les hicieron caso. Se llevaron a la mama y lo único que ella alcanzó a decirme fue que no me asustara, que iba a volver pronto. No sé si volvió, Claudia, porque apenas se la llevaron nos agarraron a

nosotras y nos metieron en ese bus.

La miss Selena también me explicó que estamos acá por un tiempo no más, mientras arreglan unos papeles de la mama, y después nos van a llevar adonde ella. Aquí estamos bien. Estamos superbién, eso es lo que hay que decirle a la mama cuando hablemos con ella de nuevo. ¿Entendés, Claudia? No hay que preocupar a la mama, no hay que decirle que estamos tristes y asustadas, ni preguntarle por qué nos trajo al norte, ella sabe lo que hace. Allá en El Salvador estábamos bien hasta que apareció ese Carlos y a la mama le entró el miedo. Yo también quiero volver a la casa de la Tita Edu, quiero que todo sea como antes, no quiero estar con personas que no conocemos y que ni siquiera hablan como nosotros, pero no podemos tener todo lo que queremos en esta vida.

Cuando tengás ganas de chillar, Claudia, tenés que hacer como yo, tenés que pensar en cosas bonitas, en la mama cuando estaba contenta y dormíamos juntas, en la Tita Edu con los perros y los pájaros, en la escuela donde pintabas con los dedos, en saltar a la cuerda, en jugar a la ronda, en las fiestas en la calle, con todos los vecinos, globos y petardos, y en los pícnics en la playa. ¡Era tan lindo vivir allá, en el país de nosotras! ¿Te acordás de alguna canción? Yo sí. Vamos a cantar *Pin Pon*, ¿esa no? Entonces el *Arroz con leche*, esa siempre te gustó a vos. «*Arroz con leche me quiero casar, con una niñita de la capital…*». Cuando a mí me da por llorar, me pongo a pensar en las pupusas que preparaba la Tita Edu los viernes y cómo me dejaba ayudarla en la cocina. Soy buena para amasar; para eso no necesito ver. Poníamos la mesa con ramas y flores del patio para esperar a la mama, que llegaba tarde, en el bus de las ocho, pero siempre llegaba. La Tita Edu no la dejaba que hiciera nada en la casa, porque venía del trabajo, y lo justo era que descansara. El viernes por la noche yo le daba masaje en los pies a la mama cuando veíamos la televisión. Eso la ponía a dormir y después teníamos que contarle la telenovela. El sábado ya no estaba cansada y se levantaba temprano para ayudar a la Tita Edu a darle un baño al abuelito y hacer las cosas de la casa. Después salíamos a pasear. No quiero que se te olvide nada de eso, Claudia, por eso te lo cuento, aunque vos ya lo sabés.

También me gusta pensar en los libros de cuentos que había en la escuela y en ese libro con hadas y criaturas mágicas que tenía la Tita Edu. Ella nos leía ese libro, ¿te acordás? Yo también podía leerlo, pero no muy rápido, de a poco. Lo mejor era empezar un cuento, leer un poco no más, seguir con una página de otro y después otro, mezclando las páginas, así el cuento cambiaba cada vez y el libro no se terminaba nunca. Esa era mi manera favorita de leer antes del accidente. Ahora tengo que leer con el pensamiento en mi cabeza hasta que consiga una lupa bien grande, como la que tenía donde la Tita Edu. Me servía mucho en la escuela. Uno de estos días voy a hablar con la miss Selena a ver si ella me puede conseguir una lupa; espero que no sea muy cara.

Ya te he contado de Azabahar, el reino encantado, donde vos y yo somos princesas y la mama es reina y la Tita Edu es el hada madrina. No es el cielo, es mejor que el cielo, porque no hay que morirse para ir. Allí no hay santos, ni mártires, sólo la Virgen de la Paz, que es la única que manda. Hay gente viva de esa estrella y visitantes de otros planetas y animales de todas clases, algunos que conocemos y otros que aquí en la Tierra no se dan. Por supuesto, hay muchos ángeles de la guarda y angelinas, porque de allí vienen, ese es su país. Hay algunos niños muertos, pero no muchos, y no se notan, porque es como si estuvieran vivos. Azabahar queda en una estrella por allá lejos. Esta noche, cuando esté oscuro y todos estén dormidos, vamos a salir al patio a ver la estrella más brillante de todas, esa es Azabahar.

No hay que llorar porque asustamos a la Didi y aquí no quieren a los niños que chillan mucho. A la mama le daría tristeza si supiera que lloramos y no queremos comer. Le prometimos que íbamos a ser valientes. No tengás miedo, estas maestras son buenas, no nos pegan ni nada de eso; los niños también son buenos, casi todos son buenos, pero no vamos a jugar con el Rony y con el Luisito, esos no son buenos, pero yo soy más grande y no voy a dejar que nos molesten; al primero que trate de quitarnos a la Didi le voy a dar un sopapo bien dado y no me importa que me castiguen por eso. El Rony es más

asqueroso que el Luisito. Es un gusano de caca, así se llama, Gusano de Caca. No nos vamos a meter con él, si se nos acerca, le escupimos. Y el nombre verdadero del tonto del Luisito es Vómito de Iguana.

Mirá, Claudia, anoche, cuando vos estabas durmiendo, vi a mi angelina de la guarda. Es chiquita. Yo creía que los ángeles y las angelinas son personas muy altas en camisas de dormir y con alas grandes de plumas, como los de la iglesia, pero no son así. Son más o menos del tamaño de un perico. Mi angelina tiene alas chiquitas y transparentes como ventanas, hay que fijarse para verlas, y no tiene aureola de oro, tiene una antena en la cabeza terminada en una sola pluma, como la cola del torogoz, y con eso habla, porque no tiene boca. Pude verla, porque las angelinas y los ángeles no se miran con los ojos sino con la mente, no importa que yo sea un poco ciega, igual pude verla perfectamente, estaba al lado de mi cama, toda blanca, hasta el pelo lo tenía blanco, como una nube. Me acuerdo de las nubes, no se me han olvidado. Me dio miedo al principio, pero cuando me dijo que era mi angelina se me quitó el miedo. Me habló con palabras calladas, palabras en mi cabeza, por eso nadie más las oyó, los otros niños siguieron durmiendo y vos también.

Me dijo que todas las personas, absolutamente todas, tienen su propio guardián. Vos también tenés tu guardiana. Por eso tenemos que rezar todas las noches, es como un saludo: «*Angelina de la guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día*». Si sos niña, te toca una angelina, si sos niño te toca un ángel. Los de los niños tampoco son como los de la iglesia, nada de alas grandes y eso, son iguales a las angelinas pero azules, a veces son verdes, depende.

Mi angelina nos va a llevar a visitar Azabahar. La mama va a venir a buscarnos aquí, pero si se demora, podemos juntarnos con ella en Azabahar. La próxima vez que vayamos ella nos estará esperando. Puede ser que esté invisible, eso pasa a veces, pero no importa, porque igual vamos a poder sentirla y hablarle. Sí, podemos llevar a la Didi. Pero este es un secreto entre las dos, no se te ocurra decirle a nadie más, porque la angelina se va a enojar y no nos va a llevar a ninguna parte. No se va a ir para siempre, Claudia, no seas tonta, la angelina de la guarda tiene que estar con la niña que le toca, es su trabajo, no

puede irse cuando le da la gana. Tu angelina se va a quedar contigo aunque esté enojada, pero si guardás el secreto, va a estar contenta.

Eso de mojar la cama les pasa a casi todos los niños, ya ves que aquí muchos mojan la cama, hasta al Gusano de Caca, para eso está el plástico debajo de la sábana, para que no se empape el colchón. No sé por qué eso pasa aquí en el norte; allá donde la Tita Edu nadie mojaba la cama. No nos van a castigar. La miss Selena me dijo que no nos pueden castigar por eso, es un accidente, no es lo mismo que pelear o hacer berrinche. A mí no me importa que te pase el accidente en mi cama, qué le vamos a hacer. Así es la vida.

La fiesta de Navidad fue chévere, por la música y los regalos que nos dieron. A mí me tocaron lápices de colores, pero como no me sirven, me los cambiaron por plastilina. Con eso te voy a hacer unos ratoncitos para que acompañen a la Didi, ¿querés? Todos los cipotes estaban contentos, ninguno se puso a llorar ni a pelear. A vos te fastidió que no hubiera un pesebre, pero eso no se usa aquí. A mí también me hizo falta, aunque las figuras del que teníamos allá en El Salvador eran tan chicas, que había que adivinar quiénes eran san José y los pastores. Es la primera Navidad que pasamos sin la mama y la Tita Edu. ¿Te acordás de que en los días de Navidad y Año Nuevo la mama no trabajaba? Eran sus vacaciones. Íbamos a la playa a ver al tío Genaro. Cuando volvamos a El Salvador le voy a pedir al tío Genaro que me enseñe a hacer surf. No creo que para eso importe mucho ser ciega. Eso de pasar la Navidad sin la mama y la Tita Edu me dio tristeza, pero se me quitó un poco cuando vino ese Frank y me dijo que iba a tratar de reunirnos con la mama lo antes posible. Frank me gustó bastante, aunque hablaba raro. No sabe mucho español. Yo creo que es bueno, porque es amigo de la miss Selena. Espero que cumpla lo que dijo.

Samuel

Nueva Orleans, Londres, Berkeley, 1958-1970

Para alguien que había crecido en Inglaterra y tenía una existencia tan estructurada como Samuel Adler, Nueva Orleans resultó fascinante. Ese año 1958 habría de ser memorable en esa ciudad, porque en febrero nevó por primera vez en veinte años y en marzo Elvis Presley llegó a filmar una película. La muchedumbre entusiasta que se aglomeró frente al hotel lo obligó a subir por la escalera de incendio y entrar por el techo. Cuando Samuel llegó, meses más tarde, Elvis todavía era el único tema de conversación entre los jóvenes, mientras los críticos lo destrozaban y los mayores repetían el juicio demoledor de Frank Sinatra: «Rock and roll es la expresión más brutal, horrible, desesperada y viciosa que he tenido la desgracia de escuchar». Pero a Samuel el ídolo del rock, con sus caderas descontroladas, no le interesaba para nada; iba a Nueva Orleans por el jazz.

Si se hubiera integrado en la comunidad de inmigrantes del Caribe, en la cual vivía en Londres, tal vez el impacto de la ciudad no hubiera sido tan fuerte para Samuel, pero la única razón para alquilar una vivienda en el humilde barrio caribeño era el precio; no podía costear nada diferente. Pasaba como un fantasma a través de la multitud colorida y ruidosa de esas calles sin hablar con nadie, se encerraba a practicar con su violín sin oír la música de los tambores de hojalata afuera ni las radios de los vecinos, compraba lo esencial en el mercado limitándose a lo indispensable para su comida, siempre la misma, sin probar las frutas y vegetales de otras partes, sin apreciar los pájaros chillones en jaulas de fantasía, las gallinas y puercos esperando su

ejecución, los pescados y mariscos en canastos, las flores y las artesanías. Todo eso lo experimentó de sopetón al llegar a Nueva Orleans. Al principio no entendió mucho, porque el idioma de la calle era el cajún, un dialecto del francés, y le costó adaptarse al acento del inglés americano. La ciudad le dio un sacudón tremendo, obligándolo a dejar de lado sus remilgos y su timidez. Si pretendía aprender algo sobre el jazz, debía sumergirse de cabeza en la locura del Barrio Francés de noche.

Disponía de diez días y se propuso aprovecharlos a fondo en la música, no quería perder tiempo con turismo o gastronomía, y lo habría logrado si la suerte no le pone a Nadine LeBlanc por delante en el primer bar donde entró. El local, uno de tantos en la calle Bourbon, tenía la misma decoración de comienzos del siglo, poca luz y mucho jazz. Estaba lleno de gente, mucha de pie, mientras unos cuantos mesoneros circulaban equilibrando bandejas con tragos entre las mesas, todas ocupadas. El olor a humo, sudor y perfume hizo toser a Samuel, sentía una mano enguantada que le apretaba el cuello. Varios exuberantes músicos afroamericanos tocaban sus instrumentos jugando con las notas, improvisando solos y en conjunto sin perder nunca el hilo. A ratos un solista parecía dispararse a otra galaxia con el piano o el saxofón, pero invariablemente regresaba al conjunto y luego otro músico lo reemplazaba, mientras el bajo marcaba de forma inexorable el ritmo, llamándolos de vuelta a la Tierra. ¿Cómo lo hacían? Samuel sabía que usaban señales para indicar la entrada y salida de cada solista o el fin de la ejecución, pero no pudo sorprender ninguna.

Estaba absorto en la música, siguiendo el ritmo sin darse cuenta de que bailaba en su silla, cuando una mujer se le sentó al lado y le sopló el humo de su cigarrillo en la cara. Samuel se echó atrás, molesto por la interrupción, pero al disiparse un poco el humo vio que no era la pelandusca que suponía, sino una chica muy joven y bella.

—Hola, Humphrey —lo saludó a gritos, para hacerse oír por encima de la música.

—No me llamo Humphrey —le aclaró él.

—¿Te han dicho que eres igual a Humphrey Bogart? Pareces su

gemelo. ¿Has actuado en alguna película? Bogart es mi ídolo.

—¿No se murió hace poco?

—Sigue siendo mi ídolo. Aquí no podemos conversar, ven conmigo, Mister Bogart. —Y sujetándolo de la mano, lo levantó de la silla. Samuel alcanzó a dejar un billete sobre la mesa y la siguió.

Afuera la chica lo arrastró a un grupo de jóvenes que estaban bebiendo en la calle en medio de un gentío de todas las edades, aspectos y razas, que iba y venía con ánimo de fiesta. La música de los bares y restaurantes se mezclaba con el bullicio de la muchedumbre y las conversaciones a viva voz de un balcón a otro.

—¿Estamos en carnaval? —preguntó Samuel.

—Mardi Gras cae en febrero. Esta es solamente una noche normal de viernes. Mañana estará más animado —le explicó ella.

—Soy Samuel Adler, mucho gusto.

—Me llamo Nadine —dijo ella y, dirigiéndose al grupo, lo presentó como su nuevo amigo, Mister Bogart.

Nadine LeBlanc pertenecía a una antigua familia de la ciudad y esa temporada debutaba en sociedad, después de haber pasado doce años en un estricto colegio de monjas, donde según ella aprendió a hablar francés, mentir, fumar, maldecir en dos idiomas y descolgarse de una ventana del segundo piso para escapar a la calle. Tal como le dijo a Samuel, estaba disfrutando cada minuto de la libertad que había tomado por asalto, ante el disgusto y la impotencia de sus padres. «Soy independiente», le aclaró. En verdad no lo era, dependía por completo de su familia, pero ya no pedía permiso para nada. Al terminar el colegio las muchachas de su clase social se presentaban en público —bailes, conciertos, pícnics, paseos a caballo y en bote—, para ser vistas y valoradas en el mercado matrimonial. Las familias se esmeraban en mostrar su poder, sus conexiones y sus bienes, mientras las debutantes se lucían vestidas a la moda, fingiendo más virtud y modestia de la que en general tenían. La carrera por conseguir novio era despiadada; había que casarse antes de los veinticinco para evitar el estigma de la solterona.

Nadine era la excepción entre las señoritas de su clase. Antes había escandalizado a las monjas y a su familia, ese año se propuso escandalizar a la ciudad entera. Lo último que deseaba era cultivar reputación de virgen aristocrática para atrapar a un marido como su padre o sus hermanos y apoltronarse en el papel de esposa y madre. Prefería provocar chismes. Era de naturaleza indómita, como ella misma se describía, y se le perdonaba mucho porque hacía gala de una simpatía irresistible. Iba a bares, fumaba con boquilla, bebía como un soldado y bailaba en trance, descalza y con el pelo revuelto como una descocada, sin consideración por la mezcla de repulsión y envidia que provocaba en las chicas y chicos de su condición. Ante el espanto de su familia, se jactaba de tener una bisabuela negra. Eso le sacaba tanta roncha a aquella sociedad racista, que salió publicado en la prensa. Nada de eso intimidó a Samuel. Estaba hechizado; esa joven era exactamente lo opuesto de él, rompía el molde de lo que consideraban apropiado, lo desafiaba y lo tentaba. Su belleza tampoco era convencional: delgada y plana como un muchacho, rostro expresivo de facciones irregulares, las cejas gruesas, el pelo negro crespo y desordenado, la piel bronceada, la sonrisa fácil y un poco torcida, la boca grande pintada de rojo. Su característica más memorable eran sus ojos claros color avellana, que a Samuel le recordaban los de una pantera. Nadine poseía el raro instinto de la seducción y, a pesar de su juventud, lo usaba como una experta.

—Voy a llevarte a oír el mejor jazz de Nueva Orleans —le ofreció al saber que a él le interesaba.

No se limitó a la música. Con su grupo de amigos, todos menores que Samuel, ricos, incultos y jactanciosos, lo paseó por la vida alegre, lo llevó a fiestas privadas, a navegar por el río Mississippi en el mismo barco a vapor que servía de garito de juego desde hacía cien años, a fumar hachís y beber whisky ordinario en un islote del delta llamado El Templo, donde antiguamente los piratas del Caribe remataban esclavos africanos y el botín de sus asaltos, y a recorrer de noche el barrio de las casas embrujadas, los zombis, espectros y vampiros, donde las otras muchachas chillaban de terror, mientras Nadine se fotografiaba abrazada a un esqueleto. Lo llevó a consultar a una bruja

de Haití, una mujerona impresionante, ataviada con un turbante y múltiples collares de colores, en una casucha del antiguo barrio de las cuarteronas libres, donde comerciaba con encantamientos, adivinanzas, fetiches de protección, filtros de amor y otros de muerte. La bruja lo salpicó con sangre de una gallina sacrificada, lo fumigó con el humo de su tabaco, le vio la suerte con unas conchas y por un precio razonable le vendió un manojo de hierbas y huesitos envueltos en un trapo para evitar el mal de ojo.

—Puedes hacerme una pregunta, está incluido en el precio —le dijo, pero a Samuel, que estaba mareado de alcohol, no se le ocurrió nada.

—Dime si nos vamos a casar —le preguntó Nadine aprovechando la oferta.

—Claro que sí, bonita.

Al cuarto día de parranda Nadine se deshizo del grupo y se concentró en Samuel. Quería estar sola con él. Ese hombre, que tanto se asemejaba a su actor preferido, le resultaba muy atractivo. Ninguno de los jóvenes que la pretendían le llegaba a los talones; parecían niños de nodriza comparados con él. Su cultura europea la deslumbró y su tendencia al silencio la intrigaba; imaginó que el inglés guardaba secretos, tal vez se trataba de un espía y su pasión por el jazz era sólo una fachada.

Por su parte, Samuel adivinó rápidamente que debajo del disfraz de mujer fatal inspirado en el cine, había una muchacha atolondrada, ingenua y mimada, pero sobre todo generosa y muy inteligente. Se enamoraron con la pasión urgente que se da en el primer amor de la juventud.

Al cabo de diez días Samuel tuvo que decirle adiós y regresar a Inglaterra. Al despedirse le rogó que se casara con él.

Samuel y Nadine pasaron casi dos años separados, porque ella debió esperar a la mayoría de edad para casarse. Sus padres se negaron a dar el consentimiento para la boda, porque él carecía de fortuna y posición social —en realidad era un completo desconocido— y ella no estaba lista para asentar cabeza; posiblemente nunca lo estaría,

dijeron. Nadine siguió yendo a fiestas y coqueteando con sus numerosos pretendientes, pero el mismo día de su cumpleaños anunció que se iba a reunir con su enamorado en Inglaterra. Los padres pusieron el grito en el cielo. ¡Cómo iba a vivir con un hombre sin estar casada! Ella se despidió alegremente y partió vestida de traje y sombrero color jacinto, que realzaba el tono de su piel, y sin más equipaje que una maleta pequeña.

Se casaron en Londres en una ceremonia civil privada, con los Evans como únicos testigos, a quienes Samuel presentó como sus padres espirituales. Recién entonces Nadine se enteró de que su marido no tenía familia, había quedado huérfano en la infancia, y aquella pareja de cuáqueros era el único afecto estable que había tenido. También descubrió que no era inglés, sino judío de Austria, y pensó, divertida, en la reacción de su familia racista y antisemita cuando lo supiera.

Al tomar la decisión de casarse, Nadine LeBlanc dio muestras de ser más madura de lo que cualquiera que la conocía hubiese supuesto. Su marido se ganaba la vida tocando en una orquesta y era profesor de música; los dos empleos combinados le daban apenas lo suficiente para llevar una existencia sin ningún lujo. En Nueva Orleans quedó el ajuar de futura novia, que había ido preparando desde los quince años, como se usaba allí entre las familias pudientes: sábanas y toallas, manteles bordados, ropa interior de seda y encaje, cristalería de Baccarat, cubiertos Christofle, porcelana Limoges y todo lo necesario para poner una casa con refinamiento. Sus hermanas podrían usarlo, a ella no le interesaba. Abandonó su pasado sin remordimiento y, contrario a los pronósticos pesimistas de su familia, no echaba de menos a nadie ni a nada. Se dispuso a ser feliz con Samuel Adler y lo logró.

De la noche a la mañana la loca de la casa, como la llamaban sus hermanos y como ella misma se definía medio en broma y medio en serio, se transformó en otra persona. En Nueva Orleans era miembro de un clan numeroso, de una red de conexiones familiares y sociales que le brindaban bienestar y protección. No pensaba en el dinero, porque siempre lo había tenido, y era irreverente y descortés, porque estaba acostumbrada a los privilegios de su clase y gozaba de

impunidad. Al casarse aterrizó en la realidad de los inmigrantes entre los cuales vivía y la enfrentó sin mirar hacia atrás y sin pensar en lo que había perdido.

Se instaló en el destartalado apartamento de Samuel, en un cuarto piso sin ascensor, dispuesta a convertirlo en un hogar acogedor. Cubrió las paredes con papel mural para tapar la pintura descascarada, compró mantas de colores para disimular la decrepitud del único sofá y alegrar la cama, hizo lámparas de papel y puso cacharros con plantas por todos lados. Se incorporó al barrio de antillanos como si proviniera de Jamaica, aprendió a cocinar con especias que no conocía y a bailar los ritmos del Caribe en bares y restaurantes locales, donde se juntaba la gente por las tardes. A poco de llegar participó en una protesta callejera contra la agresión de la policía, que resultó ser tan racista como la americana, donde recibió un palo en la espalda que la dejó tirada entre unos cubos de basura. Allí la descubrieron más tarde unos rezagados de la protesta, que volvían a sus hogares ebrios de gritar y machucados por la policía. La llevaron a una cafetería local, que de noche se convertía en bar y pista de baile, y llamaron a un vecino, que era médico. El hombre, nacido en Trinidad, poseía los conocimientos de su profesión y la sabiduría de un curandero. Determinó que no había huesos quebrados y recetó reposo, hielo y aspirina. «Esta joven es valiente y además está preñada», les anunció a los mirones. Eso le ganó a Nadine la confianza plena de la comunidad. Hizo muchos amigos, mientras Samuel, que había vivido allí varios años, no conocía a nadie antes de que ella le abriera las puertas del vecindario.

En poco tiempo Nadine le cambió la vida a Samuel y le dulcificó el carácter. Él comprendió que nunca podría sujetarla, ella se le escurría entre los dedos como arena, y quiso por lo menos acompañarla, pero también eso resultó impracticable. Por último renunció a seguirle el paso y se limitó a observar admirado el vuelo elíptico de esa vida, tan diferente a la suya. Ella era mucho más rápida que él, impredecible, explosiva, apasionada, poseía una inteligencia intuitiva y certera que

le permitía llegar a una conclusión en cosa de segundos, mientras que a Samuel lo mismo le costaba semanas de reflexionar y planear. Era gregaria, curiosa y atrevida, iniciaba conversación con extraños, adoptaba animales, desaparecía en misteriosas misiones, que con el tiempo se revelaban como aventuras de caridad. Su alegría compensaba la tendencia a la melancolía de su marido; su espíritu libre desbarataba la cautela de él. Samuel estaba seguro de amar y necesitar a Nadine mucho más de lo que ella lo amaba y necesitaba a él; eso le daba a ella un poder tremendo.

Samuel la recordaría siempre tal como era recién casada en Londres, con su barriga de futura madre, con vestidos de algodón y chancletas, una bolsa de verduras al brazo y su manera desafiante de caminar. Allí, en esas calles tan coloridas que no parecían inglesas, entre esa gente morena, con el olor del café y el ruido de bocinazos, voces y música, Nadine creó la versión definitiva de sí misma. Se propuso aprovechar el arte y la cultura que ofrecía Londres y con ayuda de su marido llegó a apreciar la música clásica, recorrió los museos y asistía al teatro cuando su presupuesto lo permitía o cuando conseguía empleo entre bambalinas.

Camille nació en 1961, en una clínica del barrio antillano, donde Nadine compartió la experiencia de dar a luz con una inmigrante de la isla de Saint Thomas, descendiente de esclavos. Mientras Nadine gemía y maldecía a todo pulmón, como había aprendido en las monjas, la otra cantaba himnos cristianos entre las contracciones. Después, cada una, con su niña recién nacida en los brazos, se pusieron de acuerdo para llamarlas Camille en honor al pintor impresionista Camille Pissarro, a quien Nadine admiraba casi tanto como a Van Gogh. La otra había oído su nombre en la isla, pero creía que se trataba de un remedio para las lombrices.

La pequeña Camille creció como una extensión de Nadine, quien iba a todos lados con ella en un arnés a la espalda y después a la rastra. Aprendió en la infancia a portarse como una mascota adiestrada, podía pasar horas callada en el rincón que su madre le asignaba, entretenida en sus juegos solitarios y más tarde leyendo. Como padre, a Samuel le tocó un papel pasivo. Nunca debió preparar un biberón ni

cambiar un pañal; suponía, como todo el mundo entonces, que el marido proveía y la esposa se ocupaba de los hijos. Ese arreglo resultaba cómodo para su carácter solitario; le costaba establecer conexiones y su hija no era una excepción. Sólo Nadine lograba penetrar sus barreras emocionales. Empezó a relacionarse con Camille tres o cuatro años más tarde, cuando la niña ya razonaba y tenía sentido del humor. Era la hija perfecta para una pareja ocupada en sus propios intereses, no molestaba en nada y era prácticamente autosuficiente.

La inspiración para el arte, que habría de darle fama a Nadine, comenzó en un humilde centro comunitario cercano a su apartamento, decorado con docenas de cuadros haitianos. Pasaba horas estudiándolos, los fotografiaba y los copiaba, fascinada por los temas y los colores. Quería pintar en ese estilo, pero el resultado no era auténtico, sólo chillón. Había que ser de Haití para pintar así. Cuando Camille fue al jardín infantil, Nadine se inscribió en un taller artesanal donde vio por primera vez un telar. Apenas aprendió las técnicas fundamentales se lanzó a crear tapices cada vez más audaces en los colores de Haití, que con el tiempo serían valiosas piezas de arte.

Samuel no era hombre inclinado a la poesía, sin embargo siempre pensó que el oficio de tejedora era una hermosa metáfora de la personalidad de su mujer, quien iba por la vida coleccionando y tejiendo historias y gente, así como coleccionaba y tejía los hilos y las lanas de todos colores para sus tapices.

En 1968, cuando Camille tenía siete años, a Samuel le ofrecieron un puesto en la Orquesta Sinfónica de San Francisco. La pareja no tuvo que pensarlo mucho, el sueldo era tentador y deseaban cambiar de ambiente. Llegaron a California el mismo día en que mataron a Robert Kennedy en Los Ángeles y dos meses después del asesinato de Martin Luther King en Memphis, cuando el país se hallaba convulsionado por grandes cambios. Se instalaron provisoriamente en una pensión del Haight-Ashbury, el barrio que había sido el paraíso de los hippies, pero que se estaba aburguesando en la medida en que los últimos

rezagados de la cultura de las flores se dispersaban.

Al formar parte de la Sinfónica, a Samuel se le ocurrió ofrecerle al público, antes de cada función, una charla sobre las piezas que iba a escuchar, con la idea de que al conocer algo del concierto y su compositor apreciara mejor el espectáculo. Al principio había treinta o cuarenta asistentes, la mayoría de pelo blanco, pero se corrió la voz y empezaron a llegar más, incluso mucha gente joven, y con el tiempo se llenaba media platea. Esas charlas, informales pero muy informativas, se hicieron tan populares que su nombre adquirió prestigio. Le ofrecieron un programa semanal en la radio clásica y poco después lo contrataron en la Universidad de California en Berkeley. Las grabaciones de las conferencias y un par de libros sobre el desarrollo de la música clásica en Occidente habrían de convertirse en su más constante fuente de ingresos en los años venideros. Sin embargo, en la universidad no pudo darle salida a su gran pasión. El curso que propuso sobre historia del jazz se lo dieron a un músico afroamericano de Luisiana. Tal como le explicaron amablemente, un inglés blanco no era el profesor más adecuado para esa asignatura. Se consolaba asistiendo varias veces por semana a las funciones de sus clubes favoritos, donde a veces le permitían improvisar en el piano. Esos momentos eran de dicha completa. En algunas ocasiones Nadine lo acompañaba, pero ella tenía otros intereses.

Mientras su marido, fiel a su carácter racional y solitario, se concentraba en su trabajo sin prestarles gran atención a las circunstancias en que había aterrizado, Nadine andaba en la calle absorbiendo la energía turbulenta de ese período, los derechos civiles y la lucha contra el racismo, la guerra de Vietnam y la conscripción militar, que mandaba a cientos de miles de jóvenes a pelear y morir por una causa en la que no creían, y el eco de la revolución estudiantil exigiendo libertad de expresión, que sacudió los cimientos de la universidad antes de extenderse a otros estados. Berkeley era el alma joven y apasionada del país. Le fascinó la cultura progresista, rebelde, multirracial y artística de la ciudad, que le calzaba como un guante. Dejaba a Camille en la escuela y tomaba el bus para ir a pasar el día en los alrededores del campus de la universidad, escenario de todo lo

que a ella le interesaba. Almorzaba en alguno de los restaurantes indios baratos la comida picante, que había aprendido a disfrutar entre sus amistades caribeñas en Londres. Asistía a conferencias, participaba con los estudiantes en marchas y protestas, conciertos de rock y teatro improvisado, se colaba en algunas clases, pintaba afiches para diferentes causas, desde los trabajadores agrícolas de César Chávez hasta los Panteras Negras, y convivía con los artesanos, los mendigos y los drogadictos de Telegraph Avenue.

Justamente entonces murió su padre en Nueva Orleans y recibió una herencia que no esperaba. Resultó que esa rama de la familia LeBlanc era más adinerada de lo que ella suponía. Sin preguntarle a su marido comenzó a buscar una casa en Berkeley. Encontró una que le pareció ideal y lo convenció de que la compraran con el argumento de que tenía un pasado histórico: había sido un burdel y allí penaban las almas de las antiguas profesionales del amor. A Samuel ese pedigrí no le pareció impresionante, pero le gustó la ubicación, cerca de la universidad, y el precio. Era una ganga, porque se hallaba en mal estado, pero en sus buenos tiempos fue una mansión. Se encontraba encaramada en un cerro, contaba con un jardín grande y se suponía que también tenía una vista panorámica de la bahía, pero los árboles la habían tapado al crecer.

La casa de los Adler, construida a comienzos del siglo, era de tejas de madera de secoya, como otras mansiones de la ciudad, en estilo Reina Ana, con dos torrecillas, pilastras, balaustradas y frisos tallados, ventanas originales con cristales biselados, por donde se colaba el agua cuando llovía, y cinco peldaños muy gastados, que daban acceso a la puerta principal. El esplendor del pasado se le notaba en los detalles, desde el mármol manchado de los baños y el parquet de roble en diseño ajedrezado, hasta las empolvadas lámparas originales del primer piso, que chorreaban lágrimas de cristal, muy difíciles de limpiar. Por fuera parecía adecuada para una película de terror. Nadine la bautizó «la casa encantada».

—¿Cómo vamos a amueblar y calentar este caserón? —fue lo

primero que preguntó Samuel al verla.

—Vamos a ocupar la casa poco a poco. Por el momento vamos a mantener cerrado todo el segundo piso —decidió Nadine.

También cerraron el comedor y uno de los salones. Nadine recorrió los mercados de las pulgas del área de la Bahía y adquirió de segunda mano lo esencial para amueblar el resto. Con ánimo de volver a sus tapices, que había abandonado desde que llegaron a California, se reservó la pieza con mejor luz en el primer piso y allí instaló sus telares.

Sin embargo, los cuartos vacíos se fueron llenando de la forma más inesperada para Samuel. Un domingo por la mañana se levantó muy temprano para salir a correr, como hacía casi todos los días, y fue a la cocina a preparar café para Nadine, quien no podía empezar a funcionar sin cafeína. Se llevó un susto monumental al encontrarse a bocajarro con un hombrón enorme frente al refrigerador. El grito le salió de alma, un bramido de animal. El hombre se volvió tranquilamente con el cartón de leche en la mano.

—La paz sea contigo —le dijo llevándose el cartón a la boca.

—¿Quién diablos eres tú? —logró decir Samuel, y la voz le salió atiplada y temblorosa.

—Fetu —replicó el otro, con bigotes de leche.

—¿Feto?

—Fetu, hermano. Ese es mi nombre. *Namasté*.

—¿Qué haces en mi casa? ¡Voy a llamar a la policía!

Fetu era de Samoa. Medía casi dos metros y pesaba ciento treinta y tantos kilos, el pelo negro le llegaba a la mitad de la espalda y lucía un bigote ralo y largo de mandarín chino. Iba vestido con una franela de Malcolm X que ponía en evidencia sus rollos de grasa, sandalias de franciscano y un sarong. Samuel creyó que era una falda. Su aspecto amenazante contradecía su naturaleza pacífica y relajada. Nadine lo había conocido en Telegraph Avenue, donde Fetu era uno más entre los hippies y vagos que vivían del aire, mezclados con unos cuantos artesanos que intentaban ganarse la vida con el producto de sus manos. Fetu pertenecía a la primera categoría; se jactaba de no haber trabajado nunca, porque estaba poco dispuesto a contribuir al

capitalismo, pero traficaba en pequeña escala con hachís y marihuana. Pernoctaba con otros como él en un edificio en ruinas, nido de pobres sin esperanza y drogadictos, pero tuvo que salir de allí porque se infestó de ratas y el servicio de sanidad lo clausuró. Nadine, que lo consideraba su amigo, lo había invitado a quedarse en su casa por unos días, en vista de que era invierno y llovía.

Fetu no molestaba demasiado; andaba por la calle o pasaba el tiempo echado dormitando. No tenía ninguna urgencia en encontrar otro techo, porque la casa encantada de los Adler le resultaba muy cómoda. Tan cómoda, en realidad, que invitó a una de sus novias, una mujercita etérea, madre de una niña de la edad de Camille. La mujer creía que su hija era la reencarnación de una diosa celta, la vestía con túnicas blancas y guirnaldas de flores en la cabeza. La niña, sin embargo, parecía bastante normal.

—¿Cuánto tiempo se van a quedar aquí? —le preguntó Samuel a Nadine.

—¿Por qué?

—Esto no es un hotel. No me gusta que acampen en la sala y devoren todo lo que hay en el refrigerador.

—¡Qué burgués eres, Mister Bogart! Si no quieres que duerman abajo, les vamos a facilitar uno de los cuartos de arriba, ¿te parece? —sugirió ella.

Así comenzó la invasión de huéspedes de Nadine. No todos provenían de Telegraph Avenue; hubo más de uno que llegó de San Francisco a instalarse. No eran siempre los mismos, algunos se quedaban más tiempo que otros, pero nunca había menos de diez, sin contar a los niños. Era una comuna transitoria, sin normas de ninguna clase, compuesta de bohemios, artistas frustrados, aspirantes a estrellas del rock y simplemente vagos, casi todos jóvenes e indigentes. Como ninguno contribuía a financiar los gastos y Nadine lograba vender alguno de sus tapices muy de vez en cuando, Samuel cargaba con el peso de mantenerlos.

La situación se prolongó durante meses. Muy pronto Samuel y Nadine empezaron a pelear con tal ferocidad, que él prefería estar lo menos posible en su casa. Todo lo irritaba, el tráfico constante de

desconocidos, la suciedad y el desorden, el olor a incienso y marihuana, las guitarras y panderetas, la estatua de Ganesh. El día en que vio a un trío haciendo el amor en la sala, se le acabó la paciencia.

—¡Mira el ejemplo que le dan a Camille! ¡Tienes que echar a todos estos depravados de aquí ahora mismo! —explotó.

—¡No puedo, Mister Bogart! No tienen adónde ir. Por lo menos hay que darles un plazo.

—¡No quiero ver a ninguno de ellos aquí mañana o los voy a desalojar con la policía!

—Esta es mi casa. Yo la compré. ¿O eso se te olvidó?

—Entonces el que se irá soy yo.

—Haz lo que quieras. De todos modos nuestro matrimonio no funciona, nos llevamos pésimo y ninguno de los dos está contento.

—¿Qué quieres decir?

—Ándate y no vuelvas.

Samuel se fue a una pensión a esperar que se enfriaran los ánimos de ambos, seguro de que Nadine entraría en razón. Un par de semanas más tarde recibió la notificación de que ella había iniciado el trámite de divorcio, una posibilidad que a él no se le había pasado por la mente. Puso de lado el orgullo y la rabia y regresó a la casa encantada dispuesto a negociar una solución digna. La encontró cerrada. Había una nota de Nadine sobre la mesa del teléfono: «Me fui a Bolivia con Camille. Puedes quedarte con la casa».

Samuel siempre soñó con tener una relación como la de Luke y Lidia Evans, sus padres espirituales. Eran una pareja extraordinaria. Se conocieron muy jóvenes en la comunidad cuáquera de Londres y se dedicaron durante años a servir al prójimo, especialmente a los niños en la guerra. Mientras Lidia pudo hacerlo, donde hubiese conflicto armado allá iban a hacer el bien sin bulla, sostenidos por la fe y por su amor. Andaban de la mano, Samuel nunca vio al uno sin el otro. Cuando la enfermedad de Lidia se agravó, Luke se dedicó a cuidarla con devoción; en los últimos años era él quien la bañaba, la vestía, le daba de comer, empujaba la silla de ruedas. Ambos habían muerto

hacía sólo un par de años, ella de párkinson y él se quitó la vida al día siguiente de enterrar a su mujer. Samuel hubiera deseado compartir un amor de esa calidad con Nadine, pero ninguno de los dos poseía el talento necesario para eso.

El ejemplo de los Evans era imposible de emular. La súbita desaparición de Nadine y el divorcio fueron golpes fatales para el sueño del amor perfecto y consolidaron la soledad que Samuel siempre había sentido. Trató de salir con otras mujeres, pero era incapaz de empezar una conversación que no lo condujera a los pocos minutos a hablar de Nadine. En la universidad sobraban oportunidades, aunque una de las normas tácitas era no enredarse con las alumnas. Faltaban años para que esa norma se convirtiera en ley. A menudo las muchachas se ofrecían con descaro a los profesores, algunas para obtener favores, otras para probar su poder y las menos por infatuación. Samuel sabía de eso, lo había experimentado, pero no había caído en la trampa; se cuidaba más del ridículo que del escándalo. Había visto a ciertos colegas sucumbir ante la propia vanidad, convencidos de que merecían el amor de chicas a quienes doblaban en edad. Por cautela, recibía a las estudiantes con la puerta de su oficina abierta de par en par y evitaba familiaridades: eso acentuó su reputación de ser un británico distante y poco amable. Su vida social se redujo casi a cero sin Nadine, porque era ella quien cultivaba amistades y él se limitaba a acompañarla, con su buena apariencia, modales impecables, aire distinguido y talento para escuchar.

Tuvo un par de breves aventuras puramente sexuales, que resultaron insatisfactorias y se extendieron demasiado porque no sabía cómo terminarlas sin ofender a la otra persona. Eso confirmó su complejo de ser un amante muy mediocre; el placer que había compartido con Nadine era sólo obra de ella.

Un tiempo más tarde recibió la primera noticia de Nadine contándole que ya no estaba en Bolivia, se había trasladado a Guatemala, donde existía una maravillosa tradición de telares. Incluyó en el sobre varias fotografías de Camille, bronceada, flaca, descalza, desgreñada y feliz. No necesitaba ir a la escuela, porque estaba

aprendiendo mucho en contacto con la naturaleza y los nativos en el lago Atitlán, le aclaró Nadine. También había una foto de ella rodeada de varias mujeres en trajes típicos y otra en que aparecía de la mano de un hombre en pantalones cortos. Detrás de la foto escribió su nombre: Orlando, antropólogo argentino.

Samuel pidió permiso sin sueldo en la universidad y en la Sinfónica, hizo su maleta, cerró la casa encantada, se despidió de las ánimas en pena y partió a Guatemala.

Anita

Nogales, febrero de 2020

Vos no has podido ver a tu angelina de la guarda porque siempre estás dormida cuando se aparece. A mí me despierta el ruido de volar, que es como el ruido de limpiar vidrios. A mi propia angelina la veo casi todas las noches, nos estamos haciendo amigas.

¿Te dije que es blanca como una nube? Lo que me acuerdo de las nubes es que cambiaban de forma en el cielo, a veces parecían un animal, o un tren o algodón de azúcar, como ese que vendían en el circo. Supongo que no te acordás del circo, Claudia, porque vos eras muy chica cuando fuimos. Eso fue antes del accidente. Había payasos que se daban tortazos y se disparaban con pistolas de agua, unos trapecistas que volaban por allá arriba como pájaros y seis perritos que bailaban a dos patas. La mama dijo que los mejores circos están aquí, en el norte. Un día nos va a llevar al más grande de todos, tiene hasta elefantes. Tal vez cuando nos lleve a ese circo, yo pueda ver un poco más. Las angelinas también cambian de forma, como las nubes; a veces parecen mujeres chiquitas y otras veces parecen pollos o velas de un bote, pero igual las reconozco por la voz en mi cabeza.

Me parece buena idea llevar a la miss Selena cuando vayamos a Azabahar, pero no voy a decirle nada todavía, tengo que esperar a que mi angelina consiga permiso. A Frank no lo voy a invitar; primero tiene que cumplir lo que dijo, tiene que reunirnos con la mama. Azabahar está muy lejos, pero las angelinas y los ángeles cierran los ojos, dicen unas palabras mágicas y cuando los abren ya están allá. Nos van a llevar así. Ahora tenemos que comer, Claudia. No nos gusta, pero es pizza. Dijo la miss Selena que no hay ni un solo cipote en el

mundo al que no le guste la pizza. Aquí no hay pupusas, pero si nos dan comida mexicana, a veces me la como. Las quesadillas son más o menos buenas. Voy a preguntar si hay pupusas en Azabahar, seguro que sí.

Espero que en Azabahar haya árboles y plantas, eso me interesa más que las pupusas. Me acuerdo del verde. Es el mejor color, porque conecta todo; eso me enseñó la mama. Aquí sólo hay cactus, que no dan ni sombra y tienen espinas y pinchan como abejas, mejor no acercarse. La miss Selena me contó que hay montañas fantásticas, rojas como fresas, moradas como remolacha, anaranjadas como mango. Me gustaría verlas. Me va a traer la lupa grande que necesito y no hay que pagar nada, también me va a prestar un libro de los paisajes de Arizona y del Cañón del Colorado, que es una de las maravillas del mundo. Con la lupa voy a poder mirar un poco de eso. La miss Selena es buena con nosotras, es buena hasta con la Didi, quiere ponerle pelo, porque ya está casi pelada, y hacerle un vestido nuevo, pero vos no la soltás para nada. Por lo menos la vamos a lavar, Claudia, huele mal. Así como está no podemos llevarla a Azabahar, qué van a pensar de nosotras, que somos unas mendigas.

Vos viste lo que pasó, Claudia. El Gusano de Caca me atacó primero y yo me defendí, no iba a dejar que ese cipote me pegara. Es un pesado, abusador, siempre nos pega cuando nadie está mirando, pero no le tengo miedo. No fue mi culpa si le salió sangre de las narices. Yo iba a pegarle en la panza, pero se movió y como no veo mucho, el zapato le cayó en medio de la cara. ¡Qué sangrerío! No es justo que me castigaran a mí no más y a él le pusieran hielo y le dieran helados para que dejara de chillar. La miss Selena llegó más tarde y me levantó el castigo.

No te dejé sola por mi gusto, Claudia, me llevaron a la oficina y me pusieron en un rincón mirando a la pared, que no me importó, porque viendo para acá o para allá es lo mismo. Les expliqué que el Gusano empezó la pelea y me dijeron que me callara, no podía hablar, estaba castigada y eso me pasaba por agresiva. ¿Y el Gusano de Caca? Ese

cipote sí que es agresivo. Vos sabés que yo no soy chillona, pero casi me ahogué con un superberrinche y si no llega la miss Selena y arregla las cosas, estaría muerta. Mucha gente se muere ahogada con agua, pero también hay gente que se muere ahogada tragando aire. Me tomó un buen rato calmarme. Si hubiera hecho ese berrinche donde la Tita Edu, ella me hubiera metido la cabeza en un balde de agua fría y ya está, santo remedio, pero por suerte eso aquí está prohibido; si alguien le hace eso a un cipote, se lo llevan preso. ¿Por qué será? Mucho peor es poner a un cipote en la Hielera o dejarlo sin su mama, ¿no creés, Claudia?

Cuando estaba en la oficina oí que una de las maestras le decía a otra que nos iban a trasladar a un hogar adoptivo, porque llevamos más tiempo aquí de lo normal. No me atreví a preguntar qué es eso, porque se habrían dado cuenta de que estaba escuchando y seguro que me habrían castigado el doble por chismear. Tengo buen oído, lo tenía antes del accidente y ahora me sirve mucho para saber lo que chismea la gente, aunque a veces no entiendo bien el inglés. Esas maestras hablaban en español. Me sonó mal eso de hogar adoptivo. Yo no quiero que nadie me adopte. No soy huérfana.

Lo que más me preocupa es que a vos se te olvide la mama, eso pasa a veces con los niños chicos. Además, yo te voy a ir contando de la mama y si cerrás los ojos y ponés atención a lo que te digo, es igual que si la vieras. Es linda, la mama. Antes tenía el pelo largo con rayitos rubios, bien bonito, y yo se lo cepillaba, eso a ella le gustaba mucho, pero en el viaje se lo tuvo que mochar muy muy corto. Tenía que cortárselo y a mí también, porque así no se enreda. Imaginate vos cómo habría sido ir en el tren con pelo largo, o cuando anduvimos caminando en el desierto con ese calor horrible. No importa, el pelo crece. El mío ya casi me tapa las orejas, pero está muy disparejo. La miss Selena me va a llevar a su peluquería uno de estos días, si es que me dan permiso para salir. Le expliqué que la mama nos cortó el pelo a las dos. Eso fue en México, cuando íbamos a trepar al tren, para que los hombres no se fijaran en ella y no nos molestaran. Me dijo que ella me iba a decir hijo y yo tenía que decirle papa, pero se me olvidaba y se me salía decirle mama. Seguro que cuando venga no va a estar tan

pelona. Es alegre, la mama, se ríe mucho, y cuando se ríe se le nota que tiene los dientes de adelante un poco separados, bueno, eso de reírse era antes de Carlos. Le gusta jugar y le gusta la música, acordate de que bailábamos de todo con ella, hasta swish, y a veces la Tita Edu se sacaba las chancletas y bailaba también, aunque lo de ella era salsa no más.

Selena

Los Ángeles, El Salvador, febrero de 2020

Las Durán eran una familia de mujeres solas, desde la primera de la estirpe, quien a los ochenta y cuatro años, deformada por la artritis y un poco demente, seguía siendo la matriarca de su pequeña tribu. La anciana se jactaba de haber sido una de las aguerridas adelitas que pelearon en el ejército de Pancho Villa, pero en los tiempos de la revolución mexicana ella aún no había nacido. De joven medía un metro cuarenta y cinco, pero con los años se había achicado, era infatigable, mandona y lenguaraz. La historia real era que llegó a Estados Unidos en 1954, atravesando a pie el desierto de Arizona, con una bebé en brazos, pobre de pobreza absoluta, semianalfabeta, indocumentada y sin hablar ni una palabra de inglés. Tenía dieciocho años. Empezó cosechando naranjas y lechugas en el sur de California, con su niña amarrada a la espalda. Ganaba menos de un dólar por hora y como casi todos los migrantes que laboraban la tierra para poner alimento en otras mesas, pasaba hambre. Diez años más tarde, con dolor crónico de espalda por el trabajo pesado y la piel curtida como suela por el sol, consiguió empleo en una fábrica de conservas, donde trabajó hasta que su hija y su nieta la obligaron a jubilarse. Con la edad se le disparó la imaginación y cuando Frank Angileri la conoció, parecía un crío de ocho años, fantasioso y desnutrido. A su lado Selena, su bisnieta, era gigantesca.

Frank llegó de visita con un ramo de flores y una botella del mejor oporto que encontró, porque Selena le había dicho que su bisabuela terminaba cada día con un rosario recitado a toda velocidad y una copita de ese licor.

—¿Cómo es que se llama tu amiguito? —le preguntó la anciana a Selena por tercera vez.

—Usted no está senil, mamagrande. ¿Para qué me sigue preguntando lo mismo?

—Para fregarte pues, niña. —La otra se rio, mascando el aire con los pocos dientes que le quedaban.

—Me lo imaginaba. Este es Frank Angileri, el abogado que está representando a la niña ciega que fue separada de la madre.

—¡Ah! Anita Díaz, pobre chamaca…

—La misma, mamagrande. ¿Ve cómo tiene la memoria intacta?

—Me acuerdo de lo que me quiero acordar y no me acuerdo de lo que otra gente quiere que yo me acuerde. ¿Qué le parece esta familia, joven? —le preguntó al abogado.

—Estoy impresionado. Cuatro generaciones de…

—Son cinco. Faltan mis tataranietos —lo interrumpió la matriarca —. Son los primeros varones que nacen en esta familia. Yo tuve a la Dora a los dieciocho años. Las Durán nos embarazamos jóvenes.

—Porque no se dan tiempo para pensarlo —se burló Selena.

—Y tú, de tanto pensarlo, vas a llegar a la menopausia sin hijos —la increpó su bisabuela.

—No se preocupe. Cualquier día de estos voy y me caso —replicó Selena.

—¿Tú crees que hay que casarse para eso? Yo era virgen cuando tuve a la Dora.

—¿Virgen, dijo, mamagrande?

—Sí, como la Virgen de Guadalupe y todas las otras vírgenes del calendario.

—Usted sabe que mi novio es muy formal, no va a tener hijos fuera del matrimonio —le aclaró Selena.

—Y usted, joven, ¿qué opina sobre eso de tener hijos? —le preguntó la anciana a Frank de sopetón.

—Basta, mamá, deja al abogado en paz —la interrumpió su hija Dora desde la cocina, donde estaba preparando el almuerzo con la madre de Selena.

Ese domingo Frank había llegado de San Francisco por la mañana para ver a Selena y regresaría en el avión de las seis de la tarde. Viajar por el día a Los Ángeles se había convertido en una rutina en los últimos meses, aunque por lo general lo hacía en el jet de Alperstein. Una limusina lo recogía en su casa para conducirlo al aeropuerto y otra lo esperaba en Los Ángeles para llevarlo a la mansión del magnate en Paradise Cove Bluffs, mil metros cuadrados de construcción en medio de un jardín versallesco, con playa privada. El caso Alperstein se había resuelto la semana anterior con dinero. Mucho dinero. El acusado no tuvo que enfrentarse a un jurado ni terminar sus días detrás de barrotes, pero nadie pudo salvarle la reputación; la prensa se regocijó con los detalles del escándalo. Para Frank eso compensó un poco el desagrado inmenso de defender a ese hombre, quien una vez más compraba su impunidad. En la firma lo felicitaron, recibió su comisión y le anunciaron que pronto tendría una oficina de esquina con dos ventanas en el piso superior. Su madre, en cambio, volvió a increparlo en el teléfono por su falta de escrúpulos para defender a un criminal.

Selena iba a estar unos días con su familia en Los Ángeles y como San Francisco estaba a sólo una hora de avión, le sugirió que podrían juntarse y de paso le presentaría a su abuela vidente, ya que tenía tantos deseos de conocerla. No se habían visto desde fines de diciembre, en el albergue de Nogales donde estaba Anita, pero se comunicaban a menudo. Desde ese encuentro habían desarrollado una buena amistad, que al principio se fundaba en conseguirle asilo a la niña, pero pronto fue abarcando la totalidad de sus vidas. Frank se llevaba bien con las mujeres, sabía tratarlas, lo aprendió de sus hermanas en la infancia. Le resultaba difícil definir lo que sentía por Selena. Valoraba la amistad con ella y no quería arriesgarla con un paso en falso, pero debía admitir que su deseo de estar en permanente contacto se parecía demasiado al enamoramiento.

Para Selena, que había crecido y trabajaba en un ambiente casi exclusivamente femenino, la relación con Frank era una novedad. El único hombre que conocía a fondo era su novio y tenían planes de casarse en abril. Mejor dicho, Milosz y las mujeres Durán hacían

planes, mientras ella esperaba abril con un nudo en el estómago. Había estado con Milosz durante ocho años, aunque tenían poco en común y existían aspectos en la vida de ambos que no compartían y temas que evitaban, como política, en la que tenían posiciones opuestas, o inmigración, sobre la cual no podían ponerse de acuerdo. Mientras ella trabajaba con refugiados, él sostenía que cruzar la frontera ilegalmente era un delito que debía ser castigado con todo el peso de la ley, y que terminar la construcción del muro en la frontera con México, como insistía el presidente, era fundamental para la seguridad nacional; qué sentido tenía conducir guerras en países remotos mientras hordas de ilegales estaban invadiendo el propio. Milosz no aprobaba el empleo de Selena y a ella no le interesaba para nada el de él. Tampoco aprobaba que ella viviera en Arizona, pero suponía que era una situación temporal, hasta que se casaran. Estaba totalmente seguro de su amor por Selena y creía que ella lo retribuía en igual medida. No tomaba en cuenta que cada vez que se mencionaba la próxima boda, ella cambiaba de tema.

La ocupación que escogió Milosz era adecuada para alguien de su temperamento. Se requería atención, disciplina, paciencia, resistencia física, respetar los propios límites, prudencia, conocer a fondo su vehículo y el mapa, soportar la soledad y el tedio. Un conductor sin vicios podía darle una buena vida a su familia, ahorrar, invertir y retirarse relativamente joven; entonces podía emprender una segunda carrera. Ese era su plan, no pensaba pasar el resto de su vida detrás del volante de un camión. Entretanto se entretenía con la radio, pódcast y audiolibros; así estaba estudiando español, a pedido de Selena. No bebía ni usaba estimulantes para permanecer despierto, como era frecuente entre camioneros. Se cuidaba. Llevaba varios años conduciendo y se mantenía con el mismo peso que tenía al salir del ejército.

A Selena le gustaban su cuerpo musculoso, sus ojos pálidos, sus pómulos pronunciados, su piel bronceada, sus manos grandes y callosas, su olor, el tono de su voz. Lo deseaba. La atraía sobre todo lo que ella percibía como las mejores virtudes masculinas: fortaleza, coraje, responsabilidad. La costumbre inmutable que compartían le

daba estabilidad, se sentía amada y protegida, pero nada de eso aplacaba sus dudas. Esas dudas habían aumentado desde diciembre del año anterior, cuando conoció a Frank Angileri. Sabía que para Milosz el futuro sin ella era inconcebible. También sabía que para ella el futuro con él era inquietante. No la tentaban la casa ideal, los hijos ni la confortable vida doméstica que él soñaba. Debía tomar una decisión pronto, Milosz no merecía que ella lo mantuviera en ascuas. Faltaba poco para abril.

Según las mujeres Durán, la pareja tenía un arreglo perfecto: mucho afecto, poca pasión y cada uno con su espacio. Selena temía que ese espacio iba a desaparecer cuando se casaran.

Dora Durán, la célebre abuela de Selena, tenía sesenta y seis años y seguía pegada al estilo de hacía cuatro décadas. Por curiosidad, Frank la había buscado en internet, donde encontró una página web, entrevistas y vídeos sobre sus aciertos de vidente. Se teñía el pelo de negro y usaba un exceso de pintura en los ojos; como contraste, la madre de Selena, veinte años más joven que ella, iba con vaqueros, un suéter suelto y sin maquillaje. La imponente presencia de Dora hacía tan invisible a su hija que Frank no captó su nombre y Selena tuvo que repetírselo un par de veces: Casandra. El padre de Selena, mucho mayor que su mujer, había muerto cuando Selena y su hermana Leila tenían cuatro y seis años respectivamente. Casandra guardó luto durante un par de meses y después se inscribió en la universidad, donde obtuvo su título de técnica superior en laboratorio clínico. Desde entonces era el sostén de la familia; ella pagaba las cuentas, pero tenía muy poco poder de decisión.

La familia Durán —mamagrande, Dora, Casandra y Selena— le recordaba la suya a Frank, con la diferencia de que eran todas mujeres. Se trataban entre ellas con la misma ternura brusca de los Angileri, la misma lealtad incondicional, confianza absoluta y nada de sentimentalismo. Las Durán, siendo distintas a las mujeres Angileri, tenían características comunes: eran fuertes, prácticas y directas, como su madre y sus hermanas, y también como ellas, prodigaban

hospitalidad. La casa de las Durán en Los Ángeles se parecía a la de sus padres en Brooklyn: pequeña, atiborrada de muebles y objetos baratos, cálida, olorosa a comida y café. En esa mesa, compartiendo un despliegue de platos hechos en casa, bebiendo cerveza y tequila, mientras todas hablaban al mismo tiempo, bromeando y riéndose, se sintió totalmente a gusto. Conocía las claves de la convivencia de esas mujeres.

La idea de ir a El Salvador en busca de Marisol Díaz fue de Frank. No se lo hubiera confesado a nadie, pero se le ocurrió cuando supo que Dora Durán no había recibido ningún mensaje de ella desde el Más Allá. Con la esperanza de que su abuela pudiera ayudarla a ubicar a Marisol, Selena le había mostrado la foto que existía en el informe del oficial de asilo y otras de Anita, pero Dora quiso conocer personalmente a la niña. Su nieta la llevó a Arizona y consiguió que la admitieran en el albergue, aunque las visitas estaban prohibidas, y pudo pasar un rato con ella. Quedó muy impresionada.

—Creo que Anita tiene un don, pero no es como el mío. Tal vez se le manifieste en el futuro, cuando esté un poco mayor —le dijo a Selena después de la visita.

—¿Por qué piensa eso, abuela?

—Anita puede ver lo invisible, puede imaginar el futuro, puede adivinar lo que vendrá.

—Vive en su mundo, habla sola, tiene mucha imaginación —le explicó Selena.

—Creo que se transporta a otra dimensión. Sentí su poder. Cuando le tomé las manos, me transmitió su fuerza.

—¿Sintió algún mensaje de Marisol?

—No. Espero que nunca tenga que comunicarse conmigo, pero por si acaso, estaré muy atenta.

Dora Durán, la nena de tres meses que llegó a Estados Unidos atravesando el desierto, envuelta en el rebozo de su madre, empezó a adquirir su reputación de vidente alrededor de los trece años. Según mamagrande, ese talento existía en las mujeres de su estirpe desde la época de los conquistadores españoles en México, pero muy pocas habían tenido la oportunidad de desarrollarlo. En sus desvaríos, la

anciana contaba que ella misma vivía en diálogo constante con almas ausentes, pero no venían a perturbarla con sus problemas, como lo hacían con Dora, sino a entretenerla con chismes.

—Con la primera menstruación a la Dorita se le paró el cerebro —le contó a Frank—. Dijeron que era meningitis. Resucitó, pero se le había calentado la mente y desde entonces tiene un pie aquí y otro en el más allá.

Frank Angileri no la entendió, porque su español de la escuela no daba para temas paranormales, pero Selena le tradujo.

—Mi mamagrande tiene diferentes teorías sobre eso —agregó—. Por ejemplo, que a la abuela se le metió un alacrán en el oído o que comió hongos envenenados de un cementerio.

—¿Y cuál es la teoría suya, señora? —le preguntó Frank a Dora.

—Ninguna. Y en realidad, preferiría que los muertos me dejaran en paz —replicó Dora.

—Algunas personas dejan asuntos pendientes en este mundo y se comunican con la Dorita para resolverlos —intervino la bisabuela—. Por eso los Kennedy vienen a cada rato.

—Nunca han venido, mamagrande, ¡de dónde sacó eso! —exclamó Selena.

—Los que se van tranquilos, esos no vienen a molestar. Los cuates que mataron a los Kennedy eran mandados, los verdaderos asesinos nunca han pagado su culpa. Los Kennedy quieren justicia —insistió la bisabuela.

—De eso hace más de medio siglo, mamagrande. Creo que están todos muertos.

—Me alegro. Deben de estar tostándose en el infierno —replicó la otra.

—Si Marisol Díaz hubiera sufrido un accidente o una muerte violenta, no estaría tranquila, ¿verdad? —dedujo Frank, enrojeciendo, porque se sentía como un tonto crédulo; qué dirían sus colegas si lo oyeran.

—Exactamente, joven —asintió la anciana.

—Eso no es seguro —la rebatió Dora, que estaba trayendo las fuentes de la cocina—. Si todos los muertos inquietos me hablaran, yo

estaría loca de asilo.

No estaba loca ni era una charlatana, como tantos supuestos esotéricos que proliferaban por allí. Dora podría haber prosperado consolando a los deudos con mensajes de ultratumba, sobraban interesados en eso, pero tenía un respeto enorme por el poder divino que había recibido y creía que cobrar por sus servicios era pecado; Dios se lo había dado para ayudar y servir, no para beneficio personal. Se había ganado la vida como maestra, pero desde que estaba jubilada redondeaba su magra pensión haciendo pasteles para cumpleaños, bodas y fiestas de quinceañeras, verdaderas obras de arte que coronaba con figuras de azúcar idénticas a los clientes. Se basaba en fotografías para copiar a los novios o a las muchachas con sus vestidos de princesa. En China hacían lo mismo, pero nunca quedaban igual y además eran de yeso. Las suyas eran comestibles, como le explicó a Frank.

—Ayer estuve preparando una colección de perritos de mazapán para el cumpleaños de un caniche de Beverly Hills. Lo van a celebrar con otros chuchos en el hotel Four Seasons, imagínese lo que hace la gente rica con su dinero —dijo.

Esa tarde, después de un contundente almuerzo mexicano, que a Frank le cayó como cemento en el estómago, se despidió de Selena en el patio de la casa, donde la bisabuela criaba conejos para mascotas, unos animalitos redondos y de orejas largas. Frank se abstuvo de mencionar la receta de conejo con romero y hongos de su madre.

—Me voy a tomar una semana de vacaciones. Me la he ganado después de trabajar como galeote en el caso Alperstein. ¿Qué te parece si vamos a El Salvador a buscar a Marisol?

—¿Tú y yo? —le preguntó Selena, sorprendida.

—No puedo ir solo. Tú conoces el caso al dedillo y hablas español. Ya hemos averiguado que no está en los campamentos de refugiados al otro lado de la frontera. Nada perdemos con buscarla en su país. Vamos, Selena, es lo más práctico que podemos hacer.

—No sé, Frank…

—El viaje te saldrá gratis. Yo te invito.

—¿Por qué?

—Porque tengo tanto interés como tú en ayudar a Anita. En El Salvador tengo un amigo en la embajada americana, él nos puede ayudar. Dime que sí, vamos…

Selena pensó en la reacción de Milosz si supiera que su novia iba a viajar con otro hombre. Tal vez esa era una de las exigencias de su trabajo que no resultaba indispensable explicarle. Le plantearía la necesidad del viaje, pero sin mencionar a Frank y mucho menos que él pagaría sus gastos. Tampoco se lo diría a su familia, porque se pondría del lado de Milosz; en eso no podía contar con la solidaridad de las Durán.

Viajaron a San Salvador en un vuelo de Avianca el segundo lunes de febrero, con pasajes de regreso para el sábado siguiente. Llevaban un equipaje mínimo, copia del informe de Marisol, que Selena había obtenido gracias a un oficial de asilo que tenía debilidad por ella, y lo que habían logrado averiguar con Anita. Para Frank era una aventura. Antes de conocer a Selena sabía muy poco de Centroamérica; era un lugar en el mapa remoto y misterioso. Las noticias de esa región eran casi siempre malas: revoluciones, guerrilla, sangrientas dictaduras, matanzas, guerra civil, corrupción, tráfico humano, drogas y en años recientes las bandas criminales como la Mara Salvatrucha. No diferenciaba entre un país y otro, le parecían todos más o menos iguales, excepto Costa Rica, donde había estado de vacaciones, haciendo surf en aguas cristalinas y fotografiando pelícanos y tortugas. Ese país había abolido las fuerzas armadas en 1948 y llevaba siete décadas de prosperidad y paz. Aquel paraíso se estaba llenando de americanos, la mayoría jubilados. Al hacerse cargo de la defensa de Anita Díaz, se dedicó a estudiar la historia y la política de la región de donde provenían los refugiados y migrantes con que trataba Selena.

Aparte de internet y la prensa, contaba con el caudal de información que le facilitaba Selena. Entendió las razones por las cuales tanta gente, incluso niños solos, emprendían el peligroso viaje al norte en

busca de asilo en Estados Unidos. Los riesgos del camino y la hostilidad con que eran rechazados no lograban disuadirlos, porque peores eran la pobreza irremediable y la violencia impune de las que huían. «Nadie está seguro en este mundo, Frank. Cualquiera de nosotros podría encontrarse en esa situación», le había dicho Selena, pero él no lograba imaginar que alguien de su entorno corriera esa suerte. Cuando lo comentó con su madre, ella le recordó que su padre y sus abuelos habían emigrado escapando de la mafia en Sicilia.

El aeropuerto de San Salvador era moderno, con un despliegue de tiendas finas y de artesanía. Había tantos viajeros que demoraron un buen rato en que les timbraran el pasaporte en la ventanilla de inmigración. El vuelo de casi cinco horas se les hizo largo y estaban cansados, pero en vez de ir directamente al hotel, decidieron paliar el hambre con las famosas pupusas de Olocuilta, de las cuales Selena había oído hablar. A Frank el nombre de ese alimento le produjo una desconfianza inmediata, pero decidió olvidar sus precauciones dietéticas durante esos días; no podía aparecer como un pelele frente a Selena. Fuera del recinto del aeropuerto recibieron de golpe el impacto del clima caliente.

—¡Esto es un baño turco! —exclamó Frank.

—Respira. A todo se acostumbra uno —replicó ella jadeando.

Tomaron un taxi de línea y veinte minutos más tarde estaban frente a un comal de barro negro sobre un fuego vivo, donde dos señoras con delantales azules preparaban a mano las tortillas de harina de arroz y de maíz. Compraron un par de pupusas locas, del tamaño de un plato, rellenas con queso, frijoles y chicharrón, coronadas con cervezas. Así se iniciaron en el país.

Frank había insistido en que se quedaran en un buen hotel, él lo pagaría, tal como se hizo cargo de los boletos de avión en clase ejecutiva, y Selena lo aceptó sin protestar, porque era obvio para ambos que él tenía muchos más recursos que ella. Se habían acostado muy tarde, cada uno en su pieza, y durmieron mal, él pensando en la proximidad de Selena y ella pensando en que disponían solamente de

cuatro días para encontrar a Marisol. En las horas que estuvieron afuera, el calor húmedo les produjo salpullido en la piel y se les hincharon las manos y los pies. Por contraste, en el aire acondicionado del hotel tiritaban de frío.

Anita recordaba más a su abuela, con quien habían vivido desde que nació, que a su madre, pero las pistas que les había facilitado eran vagas.

—Sabemos el nombre de la abuela y que trabajaba en el añil —resumió Frank al día siguiente, cuando estaban desayunando en la terraza.

—Anita mencionó que la abuela atiende a visitantes y turistas. Podemos empezar por el Parque Arqueológico Casa Blanca, allí hay un museo y tiendas de añil. Queda en Chalchuapa —sugirió Selena.

—¿A qué distancia está de aquí?

—Le pregunté al conserje del hotel; me dijo que una hora y veinte minutos en bus, más o menos.

—Necesitamos transporte para movilizarnos, vamos a alquilar un coche —decidió Frank.

—El tráfico es impredecible, Frank. Mejor contratamos un taxi rosa que nos acompañe todo el día. Eso también me lo recomendó el conserje.

—¿Taxi rosa?

—Son manejados por mujeres y para mujeres. Muy seguros.

Debieron mostrarle los pasaportes a la conductora para que los llevara, porque Frank no era un pasajero habitual. El automóvil estaba tapizado en color rosado y contaba con espejo y artículos de belleza en el asiento trasero para retocar el maquillaje. Lola, la conductora, de uniforme blanco, baja de estatura, rotunda de formas, parlanchina y simpática, resultó poseer un torrente de información. Durante el viaje les dio una verdadera clase sobre política local, el nuevo presidente, la plaga de langostas, las maras y las precauciones básicas que debían tomar.

—Se habla mucho de la inseguridad, es lo único que publica la prensa, por eso pareciera que estamos en manos de las maras y los narcos, pero eso es exagerado —les dijo Lola—. Aquí vivimos

tranquilos y lo pasamos bien. Somos gente alegre, nos gusta bailar y cantar. Nos ayudamos unos a otros y velamos por la familia. Yo, por ejemplo, cocino los domingos para mi extensa familia, estamos muy unidos. Es una lástima que mi país tenga mala imagen afuera. Cualquier salvadoreño sabe cuidarse, sabe adónde se puede ir y a qué horas, sabe evitar lugares peligrosos y gente sospechosa. Conmigo ustedes están seguros, conozco este país como la palma de mi mano.

Cuando supo que se interesaban en el añil, se lanzó en otra clase sobre el «oro azul», que se conocía desde el siglo XVI y perdió su valor cuando se inventaron las tinturas sintéticas, pero era una de las tradiciones artísticas del país. De eso derivó hacia las pirámides precolombinas, que insistió en mostrarles, pero ellos no tenían tiempo para hacer turismo y fueron directamente al museo, una construcción colonial en medio de un parque.

En el taller de añil, donde las mujeres preparaban la tintura natural con los métodos antiguos y vendían artículos en todos los tonos de azul, conocían bien a doña Eduvigis, que trabajaba allí desde hacía treinta años. No estaba esa mañana, pero obtuvieron su dirección y Lola no tardó en ubicarla en un barrio obrero de Chalchuapa.

La abuela de Anita les habló con desconfianza desde el patio, rodeada de varios perros que ladraban, a través de una reja coronada por alambre de púas, pero cuando Selena le explicó que conocía a su nieta y le mostró una fotografía, les abrió la puerta y los invitó a entrar, muy conmovida. Los perros los siguieron moviendo las colas. La mujer tenía la agilidad y energía de la juventud, pero el rostro envejecido por una expresión de sufrimiento. Su vida había sido de trabajo y esfuerzo constantes. Cuidaba desde hacía muchos años a un marido enfermo que vegetaba en cama, sacó adelante a cinco hijos prácticamente sola y enterró a dos.

—Mi niña… No he sabido nada de ella durante meses, ¿dónde está? —preguntó, temblorosa.

—Está bien, señora, en Estados Unidos, en Arizona —le dijo Selena.

—¿La ha visto?

—Sí, la acabo de ver. Le traje varias fotos.

—¡Cómo la echo de menos!

—Y ella a usted. Anita adora a su Tita Edu.

Eduvigis los invitó a sentarse y les ofreció cola-champán, una gaseosa anaranjada, que les sirvió en vasos de plástico. Lola les había advertido que no bebieran agua, porque en ese barrio la traían en camiones una vez por semana y a veces no estaba limpia. Había dos bidones de agua junto a la cocina. La vivienda era de paneles de cemento, cuadrada, muy sencilla, ordenada y limpia, con suelo de linóleo y mosquiteros en las ventanas abiertas, para que circulara el aire.

—Anita va a cumplir ocho años sin su mama, sin su abuela, solita… Este dolor tan grande es un cuchillo clavado en mi corazón —les dijo Eduvigis con lágrimas.

—Lo vamos a celebrar, no se preocupe. Hasta una piñata va a tener para su cumpleaños. Le pregunté qué quiere de regalo y me pidió algo para escuchar música. Frank se lo va a comprar.

—Eso le va a gustar. La Anita se sabe todas las canciones de moda. Tiene muy buen oído y es entonada, con eso se entretenía cuando tuvo el accidente, hasta que pudo volver a la escuela. Una maestra le estaba enseñando a tocar la guitarra. ¿La han oído cantar?

—No todavía, señora, pero ahora que me lo dice, me ocuparé de que no le falte música. Vamos a cantar y bailar juntas —le aseguró Selena.

—La Anita es una niña muy especial, lo fue desde chiquita. A los tres años ya hablaba como persona grande. Le enseñé a leer a los cinco años. Fue siempre buena alumna, estudiaba sola, yo no tenía que vigilarla. ¡Y cómo cuidaba a su hermanita! Decía que a ella le tocaba ser la mama de Claudia cuando su mama no estaba, porque era la mayor. Después del accidente se puso seria, ya no se reía como antes.

—¿Cómo fue el accidente, señora? —le preguntó Selena.

—Un choque de frente. Un camión se estrelló contra la camioneta escolar.

—Cuánto lo siento…

—Hemos tenido mala suerte mucho tiempo. ¡Y ahora Marisol ha desaparecido! ¿Tienen idea de dónde está? Me llamó hace más de tres

meses y no he vuelto a saber de ella.

—Por ella estamos aquí, señora —le dijo Frank.

La abuela se disculpó por no tener algo más que ofrecerles y dijo que si se quedaban a almorzar, iría de una carrera al mercado. Les contó que Rutilio, su hijo mayor, había sido el más cercano a ella, el más responsable, el que había reemplazado al padre enfermo, sin vicios, nada de alcohol, riñas o mujeres, vivía sólo para sus hijas y Marisol; fueron novios durante un tiempo y se casaron cuando ella se quedó embarazada. Rutilio apenas alcanzó a conocer a Claudia, porque murió cuando su hija tenía sólo tres semanas. Trabajaba en una empresa de materiales de construcción y, en uno de esos accidentes inexplicables, quedó enterrado en un chorro de cemento fresco. No pudieron sacarlo a tiempo. Eduvigis sospechaba que lo mataron, porque lo habían amenazado; era muy activo en el sindicato, hacía ruido, organizaba a los trabajadores.

—¿Quién lo amenazó? —le preguntó Frank en su español aguado.

—Tienen que haber sido matones contratados por la empresa, pero eso no se puede probar.

—¿No pueden haber sido mareros? —sugirió Selena.

—Rutilio no tenía nada que ver con esos. Además, las maras asesinan de frente para escarmentar a la gente; no andan amenazando ni fingiendo accidentes.

Frank y Selena pasaron varias horas con Eduvigis, quien insistió en ir a comprar una gallina india —de patio y no de criadero—, porque ellos eran gente muy especial, como les explicó. El almuerzo consistió en una abundante sopa de pollo con verduras, que se cocinó mientras revisaban fotografías, cuadernos escolares de Anita, anteriores al accidente que le dañó los ojos, y dos tarjetas postales que mandó Marisol durante el viaje al norte. Supieron que llamó a Eduvigis poco antes de presentarse al puerto de entrada en la frontera y una vez más desde un centro de detención en Texas, donde consiguió que alguien le prestara un celular. En los dos minutos en que pudieron hablar, alcanzó a contarle a su suegra que la habían separado de Anita.

—Me aseguró que eso era normal, que la Anita estaba bien y que pronto estarían juntas de nuevo, pero sé que me lo dijo para tranquilizarme —les contó la abuela—. Aquí todo el mundo sabe que en el norte separan a las familias, lo muestran por televisión. Ayer, sin ir más lejos, vimos a un cipotillo de tres años aferrado a las piernas de su padre, llorando a gritos, pobrecito, y vimos cómo lo agarraron de los bracitos y lo apartaron a tirones. Y también vemos a los niños que los coyotes abandonan solos en el desierto. ¡Algunos son tan chiquitos!

Frank y Selena se enteraron de que Marisol trabajaba como empleada doméstica de lunes a viernes, en la residencia de un político en la capital. La casa, en la colonia Antiguo Cuscatlán, era una de cuatro en una comunidad cerrada, con control en el portón y seguridad de día y de noche. Los viernes terminaba su trabajo a las seis de la tarde y tomaba el bus a Chalchuapa para estar con su familia durante el fin de semana. El resto del tiempo la abuela, que tenía un horario flexible en el taller de añil, estaba a cargo de Anita. Era puntera, la persona más importante en el complicado proceso de transformar las semillas de jiquilite en la pasta del tinte, porque ella determinaba el punto de oxigenación. Por su larga experiencia también se ocupaba de recibir a los visitantes y explicarles cada paso del trabajo, desde la semilla hasta el textil terminado.

Desde la muerte de su marido, cinco años antes, Marisol tuvo un par de pretendientes, pero los había rechazado; llegaba cansada y sólo deseaba pasar tiempo en la casa. No se había repuesto del duelo, creía que nunca encontraría otro compañero como Rutilio y que pudiera ser buen padrastro. «Mi nuera es muy respetuosa, jamás me trajo a ninguno de esos tipos a mi casa», les explicó Eduvigis, y agregó que el único era Carlos Gómez, un guardia de seguridad en las residencias donde Marisol trabajaba como empleada doméstica. Siempre llegaba sin invitación, con la prepotencia del uniforme. La primera vez Marisol lo recibió en la calle, aunque lo conocía, pero después fue imposible cerrarle la puerta en las narices. Gómez se presentaba sin previo aviso, a cualquier hora, e insistía en ver a Marisol.

—Según la declaración de Marisol, ese fue el hombre que le disparó antes de que ella escapara del país con Anita —dijo Selena.

—Algo descubrió mi nuera. Un secreto. Nunca me lo dijo, pero la escuché hablar con Gómez. Yo no estaba chismeando, aquí las paredes son muy delgadas.

—¿Tiene idea de qué se trataba?

—No. La Marisol le prometió que no iba a hablar de eso con nadie, no era de su incumbencia, que la dejara en paz. A veces él la amenazaba y otras veces quería tener relaciones con ella, trataba de besarla, la manoseaba. Ella le tenía mucho miedo.

También la abuela le temía a Gómez, quien de vez en cuando llegaba en la mitad de la semana, cuando sabía que Marisol no estaba, y exigía ver a Anita. Se hacía llamar tío Carlos y le traía pequeños regalos, juguetes o dulces. «Para que la cipota me vaya conociendo y me tome cariño, pues», decía. Eso ponía a Marisol en ascuas; le había dado instrucciones a su suegra de no dejarlo por ningún motivo a solas con la niña.

—Pero un viernes él recogió a la Anita a la salida de la escuela. Eso fue después del accidente. La subió a su vehículo y ella no se resistió, porque le dijo que yo lo mandaba. A una maestra, que quiso intervenir, le explicó que él era el tío y la iba a llevar a una fiesta de cumpleaños. Parece que vio por el espejo retrovisor que la maestra le tomaba una foto con el celular.

Les contó que esa noche, cuando llegó Marisol, la encontró desesperada porque su hija no había sido devuelta. Había ido a la escuela a buscarla, como siempre, y la maestra le informó del tío y del cumpleaños y le mostró la foto. Eduvigis reconoció el vehículo y comprendió de inmediato que estaba en poder de Carlos Gómez.

—¿Por qué no acudió a la policía? —le preguntó Frank.

—¿Policía? ¡Cómo se le ocurre! Ese Carlos Gómez era policía hasta que lo despidieron y terminó siendo guardia de seguridad, que es lo mismo que ser portero, pero con uniforme y un arma. Todavía tiene muchos amigos en la policía.

Marisol llamó cada dos minutos a Gómez, pero él no respondió a ninguna de sus llamadas. Por fin, a eso de la medianoche, cuando ya toda la calle se había enterado de que la niña había sido secuestrada y la madre y la abuela estaban con los nervios destrozados, el hombre

llegó tocando la bocina alegremente. Mientras Anita corría a los brazos de su abuela, él explicó que la había llevado a la playa. «La próxima vez tenés que acompañarnos, Marisol, para que tu hija se divierta tranquila. No me gustan las cipotas chillonas», agregó en tono amenazante. Desde ese día, contagiadas por el miedo de su madre y su abuela, Anita se escondía cuando Gómez aparecía.

—Creo que la foto de la maestra la salvó. Gómez sabía que lo podían identificar —dijo Eduvigis—. Eso no lo desanimó en su plan de conquistar a Marisol. También a mí me traía regalos, una juguera, jamón, café del bueno, o me dejaba cosas para la Marisol. Si yo lo rechazaba se ponía furioso. Eso duró varios meses. Se volvió muy impaciente, encabronado. Las amenazas subieron de tono, controlaba a la Marisol, la espiaba, le montaba escenas de celos como si fueran pareja.

—¿Y ella?

—¡Lo evitaba como podía a ese maldito! ¡No quería ni verlo! —explotó la abuela—. Y así siguió la cosa hasta que le metió un tiro y por poco la mata. Por eso ella tuvo que irse. ¿Qué otra cosa podía hacer? Yo no quería que se llevara a mi nieta, pero la Marisol no podía dejarla aquí a merced de Gómez, ¿verdad?

Les dio la dirección de Genaro Andrade, un hermano de Marisol que trabajaba en turismo en la Costa del Sol, la zona de las playas más concurridas. Era el único pariente de Marisol en El Salvador, el resto de su familia estaba en Guatemala.

Selena y Frank regresaron esa noche a la capital. Al día siguiente Lola los llevó a Antiguo Cuscatlán. Selena había hecho una cita con Carlos Gómez en el número del celular que le facilitó Eduvigis, haciéndose pasar por una mexicana que andaba de paso y le gustaría conversar con él; una amiga le había dado su número. El salpullido de calor se le había pasado a Selena, pero Frank estaba en carne viva. No era la primera vez que Lola tenía un pasajero con ese problema. Sacó de la guantera una bolsita de plástico sin etiqueta con unas pastillas sueltas y le ordenó que tragara dos cada cuatro horas. Frank se resignó a

obedecer sin hacer preguntas.

Grandes árboles daban sombra a las calles señoriales del barrio. Desde afuera se vislumbraba muy poco de la propiedad donde trabajaba Carlos Gómez, estaba cercada con barrotes y oculta por un muro de vegetación impenetrable, como la mayoría de las otras mansiones. Frank se instaló en el taxi rosa de Lola a la vuelta de la esquina, mientras Selena tocaba el timbre y se presentaba por el intercomunicador. Gómez, que estaba de turno, le pidió a su compañero que lo reemplazara durante un rato mientras hablaba con la supuesta turista mexicana, y salió a la calle.

Selena admitió para sus adentros que el hombre se veía imponente en su uniforme color caqui lleno de bolsillos y correajes, pesadas botas de campaña, lentes de aviador y una boina negra; lograba parecer miembro activo de una unidad de combate. Por su parte, ella no tuvo que esforzarse por impresionarlo, la experiencia le indicó que lo había desarmado desde que la vio. La actitud de Gómez, desconfiada al principio, se transformó apenas ella se le acercó, melena, sonrisa, vestido escotado y esa manera suya de moverse ondulando.

—¿En qué la puedo servir, señorita? —la saludó, muy amable.

—¿Podríamos sentarnos un momento, capitán? Hace un calor de infierno…

Ningún visitante entraba en la propiedad sin invitación y el deber de Gómez, entre otros, era impedirlo, incluso debía inspeccionar cada coche por dentro y por fuera antes de abrir el portón, pero no podía aparecer como un subordinado delante de esa mujer, qué rica, no jodas. Le gustaban jovencitas, antes de que se desarrollaran, inocentes, pero esa mujercita estaba para comérsela. La hizo pasar por una puerta de peatones junto al portón y la condujo con galantería a un banco semioculto entre las plantas tropicales del jardín. Se sentaron y Selena pudo apreciar la piscina y ver de lejos algunas de las casas. No había nadie a la vista, sólo un par de pastores alemanes que gruñían amenazantes a cierta distancia, hasta que Gómez los echó.

—Decime qué puedo hacer por vos, bonita —repitió el guardia tuteándola.

—Como te dije por teléfono, capitán, una amiga me dio tu número.

—¿Quién es?

—Marisol Andrade, la conocí en México.

—¿Cuándo fue eso? —le preguntó el hombre, alerta, a la defensiva.

—Hace varios meses, debe de haber sido a comienzos de octubre del año pasado, no me acuerdo exactamente.

—No tengo nada que ver con esa Marisol.

—La conoces, ¿verdad? —insistió Selena.

—Trabajaba en una de las casas. Aquí hay docenas de empleadas.

—Pero ella era especial. Me contó lo que pasó entre ustedes.

—¿Quién sos vos? ¿Qué querés conmigo? —exclamó Gómez poniéndose de pie.

—Vamos, capitán, no te pongas así, yo sé que fue un accidente. —Selena sonrió, quitándose un mechón de pelo de la cara, las piernas cruzadas, el vestido delgado a medio muslo, el escote húmedo de sudor.

—Tenés que irte, aquí no podés estar —le ordenó Gómez agarrándola de un brazo.

Selena fingió tropezar, a punto de caerse, pero el hombre la sujetó con firmeza. Quedaron mirándose a los ojos, separados por escasos centímetros.

—Sólo quiero conversar, capitán. ¿Dónde podríamos juntarnos? Marisol me habló de ti, me picó la curiosidad. Me gustan los hombres fuertes, que se hacen respetar… —murmuró Selena arrastrando las palabras.

Carlos Gómez le dio cita esa noche en La Flor de Izote, un local en penumbra, sucio, con bar, pista de baile y música latina. No le alcanzaba el presupuesto para llevarla adonde ese mango de mujer merecía, pero había calculado que con dos o tres tragos y un rato bailando apretado, para que ella percibiera la clase de macho que era él, iba a amansarla. Ningún problema. La estrategia siempre funcionaba. Marisol fue la única que se le resistió en sus cuarenta años de existencia y eso no fue porque él fallara, sino porque ella era una bruta. Todavía se preguntaba por qué diablos se obsesionó con ella,

era una flaca huesuda y además con dos hijas. Debió deshacerse de Marisol al principio, antes de que se complicaran las cosas.

Frank y Lola, que habían seguido a Selena, se instalaron en otra mesa; ella con una cerveza y él con agua mineral. Para la ocasión Lola se había quitado el guardapolvo blanco y se había puesto unos aros colgantes como adornos de Navidad. Frank le dijo que se veía muy bonita y ella le advirtió con una risilla sofocada que no se hiciera ilusiones, porque por desgracia estaba casada.

Mientras Selena acariciaba una repugnante margarita tibia y dulzona, Gómez iba por la tercera cerveza, había bajado la guardia y estaba locuaz. La mexicana no presentaba ningún peligro, era otra mamacita caliente, la tenía en un puño, iban a terminar la noche como es debido. La estrujaba al bailar, era una hembra rica, blanquita, tenía ritmo, olía a sudor y perfume, lo mejor eran los labios y esas piernas, esas sandalias, las uñas de los pies color coral, tenía clase. Pidió un whisky, se sentía generoso, amable, expansivo, confiado. La mexicana lo escuchaba boquiabierta, estaba fascinada; a las mujeres les gusta la violencia, quieren ser dominadas, aunque se resistan, aunque chillen, lo sabía perfectamente, mostrándose bien macho las conseguía en las redes sociales. Daba gusto hablar con la mexicana, sabía escuchar.

—Lo del balazo fue un accidente, siempre ando armado, aprendí a disparar cuando era chico, mi padre me enseñó, aquí mismo tengo mi arma, no me la quito ni para bailar, te la muestro, si querés, no la suelto porque me lo exige mi deber, ni para dormir la suelto, hay que defender a los patrones, para eso nos pagan, para que a ningún hijo de puta se le ocurra secuestrar a uno de los cipotes, los perros no bastan, los envenenan, aquí hay muchos desgraciados, ladrones, mareros, para eso estamos los de seguridad, somos seis, nos turnamos cada ocho horas, dos en cada turno; ese día, el día del accidente, me tocaba el turno de noche, que empieza a las diez y termina a las seis de la mañana, había nubes, era plena temporada de lluvias, oscureció temprano, mi compañero estaba haciendo la ronda por el perímetro y yo me había apostado en la entrada, ¿te dije que era tarde?, no había muchas luces en el jardín, después del accidente de Marisol instalaron más, ahora tenemos luces con sensores de movimiento, se encienden a

cada rato, si pasa uno de los perros, o un pájaro, mucho más si pasa un intruso, pero esa noche la visibilidad era mala. ¿Querés otra margarita? Oí pasos en la gravilla, desenfundé por si acaso, nunca se sabe lo que puede suceder, pregunté quién iba, nadie contestó, grité de nuevo, grité como tres veces y nada, entonces vi a alguien entre los helechos, alguien que estaba oculto, una figura, me preparé para defenderme, le ordené salir y como echó a correr le disparé, fue un tiro al aire, para asustar, no para matar, cómo iba a suponer que era la Marisol, a esa hora ella no tenía nada que hacer en el parque, eran casi las once de la noche, el accidente fue culpa de ella, por qué se escondió, por qué no me contestó, por qué huyó… ¿Cómo decís vos? ¿Que el tiro fue en el pecho y no en la espalda? Bueno, no me acuerdo de los detalles, está todo en el informe policial, menos mal no fue fatal, imaginate el lío si… ¡Eh, vos! ¡Traeme otro whisky! —le ordenó al mesero.

—Según Marisol, tú le diste cita en el jardín, le dijiste que tenías que hablarle de algo relacionado con su hija —lo interrumpió Selena improvisando.

—Mentira. También era mentira que yo iba a verla a su casa, como le dijo a la policía. Nunca me gustó, no pierdo tiempo con cabronas como ella, me sobran mujeres sabrosas, para qué iba a fijarme en esa flaca fea. Lo único bueno que tenía era el pelo y se lo rapó como una sarnosa. Era una loca de asilo.

—¿Por qué hablas de ella en pasado, como si hubiera muerto?

—¡Qué sé yo si está viva o muerta! No me importa nada. Salió del hospital y desapareció, se fue.

—¿Adónde?

—A la mierda, supongo. ¿No es que vos la viste en México?

—Iba de paso al norte, quería pedir asilo en Estados Unidos.

—¡Ja! Como otros miles de infelices. Todos deportados.

—¿La deportaron?

—¿Qué creés vos, linda? ¿Que los gringos la recibieron con los brazos abiertos?

—¿La has visto desde entonces? —insistió Selena.

—¡No! Andá a saber dónde está. Si hubiera vuelto, yo lo sabría.

—¿Cómo lo sabrías?

—Tengo mis contactos.

—Si no está aquí, tal vez esté en México —sugirió Selena.

—Allá no está tampoco.

—Pareces muy seguro.

—Te dije a vos que tengo mis contactos. ¿Por qué estamos hablando de esa zorra? ¿Qué tenés vos que ver con ella? —le preguntó Gómez, intimidatorio, apretándole la muñeca con dedos de hierro.

—Nada. Ella me da lo mismo, lo que quiero es saber de ti… Pero, suéltame… —replicó ella.

—¡Mucho cuidado conmigo, no me hagas enojar! —la amenazó el hombre.

—Me estás haciendo daño…

Carlos Gómez le clavó la vista. Tenía los ojos colorados y vidriosos de alcohol. Ella le sostuvo la mirada durante un minuto que le pareció interminable, hasta que él le soltó la muñeca y se echó hacia atrás con el vaso en la mano.

—¿Cierto que no querés otra margarita? Bailemos, entonces…

Con el pretexto de ir al baño, Selena logró levantarse de la mesa y lo dejó cabeceando, medio aturdido. Se escabulló del bar sin que él la viera, seguida por Lola y Frank. Los tres se reunieron en el taxi y se fueron a comer a un pequeño restaurante francés de la Zona Rosa, donde Frank quería agasajarlas con mantel blanco y un buen vino; empezaba a resentir el exceso de comida local. Le ofreció a Lola que invitara también a su marido, pero ella anunció que por una vez en su vida iba a divertirse sola. Se acomodó en su silla y antes de abrir el menú pidió un manhattan. «No sé lo que es eso, lo vi en una película y siempre lo he querido probar», anunció. Se había incorporado en cuerpo y alma a la misión de los gringos, como llamaba a Frank y Selena, y tenía varias teorías sobre la suerte de Marisol. Les dijo que mientras ellos estaban con la abuela Eduvigis en Chalchuapa, ella se fue a la biblioteca, se metió en internet y consiguió información sobre Carlos Gómez y el escándalo que acabó con su carrera en la Policía

Nacional Civil. Había sido acusado de violar y golpear brutalmente a una niña de once años, pero justo antes de ir a juicio los padres retiraron la acusación y el asunto quedó en nada. En un artículo de prensa se sugería la posibilidad de que la policía los hubiera silenciado con dinero para evitar otro escándalo, ya tenía suficientes, pero según Lola lo más probable era que Gómez los hubiera amenazado.

—Con razón la Marisol temía por la Anita —comentó—. Ese hombre es de mala índole, un demonio. Tiene a quién salir, de tal palo tal astilla. Su padre es militar, ya está viejo y jubilado, pero todos saben que mandaba a la tropa en El Mozote. ¿Saben que allí quemaron viva a alguna gente? A los niños también, imagínense. Ese psicópata nunca tuvo que pagar por esos crímenes y Carlos Gómez tampoco ha pagado por los suyos.

La comida resultó tan francesa como anunciaba el menú. Lola opinó que los platos eran mezquinos; por la mitad de ese precio ella podía llevarlos a comer hasta hartarse en otra parte, por ejemplo en la playa, cuando fueran a hablar con el hermano de Marisol. Cerca de la medianoche Lola, con dos cervezas, dos manhattans, una copa de vino y otra de champán en el cuerpo, los dejó en el hotel y se fue canturreando en su taxi rosa con instrucciones de recogerlos al día siguiente para ir a ver al hermano de Marisol en la playa.

En los días que llevaban juntos, la camaradería de Frank y Selena había ido virando hacia la intimidad. Frank la tomaba del brazo o de la mano, se tocaban, se daban a probar la comida de los platos, bebían del mismo vaso, en fin, iba creciendo esa complicidad disimulada de quienes ya saben que hacer el amor es inevitable. En vez de retirarse a sus habitaciones, como habían hecho sin entusiasmo las noches anteriores, fueron al jardín, vacío a esa hora. Los quitasoles ya habían sido recogidos, pero todavía estaban las sillas reclinables, donde se tumbaron lado a lado, un poco mareados por el alcohol de la cena y la anticipación del deseo. Esa noche del miércoles el calor del día había dado paso a una brisa tibia, que esparcía en el aire la fragancia dulce de lirios y del pasto recién podado. El agua quieta de la piscina

reflejaba la luna. La música del hotel y las voces se habían callado hacía mucho, sólo el sonido de los grillos interrumpía el silencio del jardín.

Selena sintió que se fundía en la tumbona, lánguida, los huesos de algodón, los párpados pesados, sudor en los brazos, humedad entre las piernas, y ese perfume invasor de flores tropicales. «Bebí demasiado», murmuró, dispuesta a abandonarse al sueño. Pasar allí la noche, tan cerca de Frank, sin tocarse, sintiendo su energía como una vibración, esperando, qué delicia, pensó. Frank estaba con todos los sentidos alerta, pendiente de las señales, midiendo la distancia tremenda que lo separaba de ella, un abismo de medio metro entre las sillas.

Desde el momento en que se encontraron en el aeropuerto de Los Ángeles para abordar el avión, cuando la vio con sus vaqueros desteñidos, su horrenda camiseta de Frida Kahlo y el mismo bolso deforme de Guatemala, que él ya conocía, aceptó con un suspiro de resignación que estaba enamorado. Allí, en esa noche de lirios y grillos, comprendió que lo había estado desde la conoció en San Francisco. No había dejado de pensar en ella desde esa mañana de diciembre, cuando irrumpió en su vida perfecta y lo enredó en una misión desesperada, que era como tratar de detener a la marea.

Anita Díaz había sido la primera y poco después de aprender los fundamentos de las leyes de inmigración, había asumido la defensa de otros dos niños sin decir ni palabra en su oficina, porque tal como le había advertido claramente su jefe, él no tenía tiempo libre ni vacaciones. Estaba robándole tiempo a la firma. Ya era uno más en la lista de miles de abogados voluntarios que representaban a los menores en la frontera. Había acompañado a uno de esos niños ante el juez y cuando obtuvo el asilo, más rápido de lo que esperaba, porque el hombre era de los antiguos, anterior a la nueva ola de jueces ultraconservadores y antiinmigrantes designados por el Gobierno, sintió tal alivio que se le quebró la voz y terminó en el baño echándose agua fría en la cara. Desde allí llamó a su madre, quien lo felicitó casi tan emocionada como él y le prometió enviarle pronto más albóndigas.

Cuando se conocieron Selena le había contado que estaba

estudiando leyes en internet, pero volvería a la universidad tan pronto pudiera para obtener su diploma, quería ejercer como abogada de inmigración. Al principio a él le pareció mala idea, tanto estudio y esfuerzo para dedicarse a una rama ingrata de la ley, pero había cambiado de parecer. En ese momento le importaba mucho más proteger a Anita y otros niños que la oficina con dos ventanas en el piso superior que le habían asignado en la firma.

—Selena, supongo que sabes que te quiero —balbuceó finalmente.

Llevaba seis semanas planeando esa declaración para que fuera lo más convincente y poética posible, pero en ese momento se le olvidó lo ensayado y acabó tartamudeando como un adolescente.

—Esto no es amor, Frank, es deseo más oportunidad. —Ella sonrió desde su silla.

—De tu parte, tal vez. De la mía, es amor.

—¿Seguro?

—Sí. Y creo que sientes por mí algo más que amistad, a menos que de tanto quererte esté sufriendo alucinaciones —replicó él.

—No puedo hablar de amor, Frank, porque el único que conozco es el que he compartido con Milosz desde siempre. No me acuerdo de mi vida sin él.

—¿Quisieras que él estuviera aquí esta noche en mi lugar?

—No.

—Entonces démosle al deseo esta oportunidad y veamos qué pasa.

Así lo hicieron y para Frank fue una noche memorable.

Selena era sensual y apasionada, pero para ella, el sexo, como casi todo en su vida, consistía en un asunto del corazón. Su sexualidad había despertado con Milosz Dudek, cuando ella todavía era virgen, y sólo se había desarrollado con él. Había tenido un par de experiencias en los intervalos de su largo noviazgo, cuando se habían separado temporalmente, pero no le dejaron huella. En la cama Milosz no se complicaba. Sabía exactamente qué hacer para satisfacerla, eso era muy importante para él, lo consideraba la base de una buena pareja. Conocía el cuerpo de Selena mejor que el propio, confiaba en la

atracción mutua y en su virilidad; estaba seguro de que ella no tenía quejas en ese sentido, porque si las tuviera, se lo hubiera dicho. Estaba en lo cierto. Selena gozaba con él tan naturalmente que le costaba imaginar que el sexo pudiera ser de otro modo, como le había contado su hermana Leila.

Frank se encontró con una joven de gustos simples y dispuesta a complacerlo, que no pedía nada para sí misma y se abandonaba al placer con una cierta inocencia que a él le resultó desconcertante. El primer paso de su plan habitual era desvestir a la compañera de turno, lenta o rápidamente, según fueran las circunstancias, mientras la ablandaba con un despliegue de sabias caricias, pero Selena no le dio tiempo ni de acercarse antes de quitarse la ropa de tres manotazos. Nada de pudor, ningún intento de seducirlo o de crear la ilusión de ser seducida. Desnuda era igual que vestida: las caderas anchas, los pechos pequeños y las piernas fuertes que el vestido de verano revelaba, curvas, colinas, una alarmante falta de músculos, fibras y huesos a la vista. Si no se cuidaba iba a terminar como una ninfa de Rubens, pensó Frank con deleite y se rio, encantado. Ella lo besó en la boca y lo empujó hacia el amplio lecho del hotel.

Frank no estaba acostumbrado a recibir ternura en un primer encuentro, mejor dicho, casi nunca, y eso también lo desarmó. Por su parte, Selena tampoco estaba acostumbrada a eternos preámbulos, a acrobacias y a hablar sucio. Las preguntas de Frank sobre lo que a ella le gustaba le sonaron a cuestionario del ginecólogo y en vez de excitarla, le dieron ataque de risa. Por fortuna él tenía suficiente sensatez para no ofenderse y abandonó rápidamente esa táctica, tan útil en el pasado, apenas vio que Selena no la apreciaba. Dedujo, sorprendido, que sus magníficos conocimientos y su vasta experiencia producían el efecto contrario a lo esperado en Selena y una vez que entendió que no necesitaba impresionarla, sino entregarse, pudieron quererse. Ella no había ido a la habitación de Frank a participar en un circo de proezas eróticas, sino a hacer el amor. Eso es lo que hicieron esa noche y las otras dos que compartieron en esa ciudad. Simplemente se amaron.

La mañana del jueves Lola apareció en el hotel fresca y sin efectos visibles de la resaca del alcohol. Primero los llevó a la embajada americana, donde Frank tenía cita con Phil Doherty, un alto funcionario que se contaba entre sus mejores amigos; se conocían desde la escuela secundaria y Frank había sido padrino de su boda. No podía pasar por la ciudad sin ir a saludarlo. Por fuera el edificio parecía un recinto militar, rodeado por los cuatro costados de una muralla impenetrable a la cual le habían pintado frescos alegres para darle un aspecto más amable. No tuvieron que enfrentarse a la extrema seguridad, porque Phil los esperaba en una puerta lateral para abrazar a su amigo y acompañarlos adentro. Lola decidió dar vueltas por el barrio y recogerlos cuando la llamaran, porque no podía estacionar en los alrededores, que estaban vigilados por autopatrullas. Pasaron una hora agradable en uno de los salones para visitas importantes, bebiendo jugo fresco de piña. Los dos amigos se pusieron al día sobre sus vidas, la política en Estados Unidos, el nuevo presidente de El Salvador, un joven populista que ya se había enfrentado con los americanos, y el problema ineludible de la emigración masiva de salvadoreños.

—La gente se va por falta de oportunidades, pero sobre todo por la inseguridad. El país tiene la mala fama de ser uno de los más violentos del mundo. No han podido controlar a las pandillas, los traficantes y los narcos —dijo Doherty.

—Por eso estamos aquí, Phil. Estoy representando a una niña que llegó con su madre a Arizona en octubre a pedir asilo —dijo Frank, y procedió a resumirle el caso y las pesquisas que estaban haciendo para encontrar a la madre y proceder a la reunificación.

—¿Por qué están tan interesados en ella? Hay miles de menores en la misma situación —preguntó el otro.

—A mí me tocó Anita desde que la separaron y llegó al albergue. Tengo muchos niños a mi cargo y a todos los quiero, pero a ella la he tenido más tiempo y me ha conquistado por completo —replicó Selena.

—¿Porque es ciega?

—Eso también, pero aunque no lo fuera…

—¿La madre fue deportada?

—No lo sabemos. No está en los campamentos de la frontera de México.

—¿Qué pasa si no la encuentran?

—Dentro de un plazo podrían declarar a Anita como menor abandonada y darle una visa especial, pero ya sabes que eso demora mucho.

—Cuenten conmigo, si en algo puedo ayudarlos —ofreció Phil.

Selena había hablado poco, pero le causó tan buena impresión a Phil, que a la salida apartó a Frank unos pasos y le sopló al oído que esa mujer era un hallazgo.

—Ya lo sé —respondió Frank.

—No dejes que se te escape, hombre. Cásate con ella.

Lola los llevó a la playa El Tunco, donde el hermano de Marisol era instructor de surf. El viaje de una hora demoró casi el doble por el tráfico, pero hasta el calor se les olvidó cuando llegaron a la extensa playa de arena gris y mar de fuertes olas. Aunque era día de semana, estaba llena de gente —la mitad eran turistas—, y costaba abrirse paso entre los locales de comida, bares y tiendas de deportes y artesanía. Lola les explicó que allí se entrenaban los equipos internacionales de surf para las Olimpíadas.

Genaro Andrade los esperaba en uno de los restaurantes rústicos con cervezas heladas y camarones en salsa de ajo y cilantro. Era un hombre joven, ancho de espaldas, bronceado y musculoso, con medio cuerpo tatuado, el pelo descolorido y una sonrisa de dientes disparejos. Estaba enterado del acoso que sufrió Marisol por parte de Carlos Gómez, incluso en una ocasión fue a hablar con él para exigirle que dejara en paz a su hermana, pero sólo sirvió para que el hombre lo amenazara también a él. El tipo era peligroso, les dijo, estaba metido hasta el cuello en la corrupción y en negocios turbios, tal como antes lo había estado su padre. Genaro nada sabía de Marisol desde hacía meses. La última vez que la vio fue cuando ella convalecía del

balazo que había recibido. Después de que le dieran el alta en el hospital, se escondió en casa de Genaro durante un par de meses y apenas se recuperó lo suficiente, fue a buscar a Anita y emprendió el viaje al norte.

Les dijo lo que sabía de Gómez. Después de que lo despidieran de la policía, consiguió empleo en una agencia de seguridad privada, como tantas que proliferaban en el país, donde trabajó un par de años, hasta que hubo una investigación criminal contra esa agencia; era una pantalla para tráfico de gente y de armas. Fue contratado en otra agencia similar, que daba sus servicios a la comunidad residencial donde trabajaba Mirasol.

—¿Nadie le pidió referencias? —le preguntó Frank.

—Los clientes se entienden con la agencia, no le piden referencias a cada guardia que les mandan.

—¿Qué quiere decir con tráfico de gente, Genaro?

—Los migrantes les pagan a los coyotes hasta diez mil dólares y a veces más para que los introduzcan ilegalmente en Estados Unidos. Hay algunos coyotes responsables, pero también hay bandas que por el camino los abandonan o los extorsionan y les cobran más. Si ellos o sus familiares no pagan, muchos desaparecen. La Marisol no podía pagar esa suma.

—Logró atravesar Guatemala y México sin ayuda —dijo Selena.

—Las mujeres corren mucho peligro, las violan, las raptan, las matan. Nadie investiga, son desechables. Se lo advertí a mi hermana.

—Su intención era presentarse para pedir asilo en un puerto de entrada, pero la atajaron antes de que pisara Estados Unidos. Así hacen con todos ahora. Por eso cruzó ilegalmente por el desierto —le explicó Selena.

—Fue una locura hacer eso con la niña. No sé si volveré a ver a mi hermana o a mi sobrina.

—¿Tiene idea de dónde podría estar su hermana ahora?

—No se ha comunicado conmigo.

—Es extraño que Marisol no haya tratado de averiguar qué pasó con su hija —le dijo Selena.

—¿Sabe por qué Gómez le disparó? —le preguntó Frank.

—Eso no fue un accidente. Mi hermana se enteró por casualidad de que Gómez está metido con unos militares para vender armas del ejército a una de las maras. Hasta en eso hay corrupción. Tenía que asegurarse de que ella no hablara.

Ya que estaban allí, Genaro insistió en que se metieran en el mar y le prestó un bañador a Frank, quien había hecho surf en muchas playas, pero pocas como esa y nunca con un instructor tan atrevido como Genaro, que había desafiado a las olas desde niño. Lola y Selena prefirieron quedarse a la sombra tomando helados de coco.

—Nuestras voluntarias del Proyecto Magnolia no encontraron a Marisol en los campamentos de refugiados en la frontera de México. Allí la gente está de paso, las condiciones son caóticas, las maras hacen lo que les da la gana y la policía no interviene. Hay miles y miles de personas esperando la posibilidad de pedir asilo —le dijo Selena a Lola.

—¿Por qué piensa que la Marisol estaría en esos campamentos?

—Porque es lo usual. Ponen a los detenidos al otro lado de la frontera sin importarles de dónde vienen. Si la deportaron con el procedimiento legal, su nombre estaría registrado, pero no conseguí que me lo confirmaran. Los de inmigración no nos facilitan ninguna información.

—¡Cómo no se me ocurrió eso antes! —exclamó Lola—. Si llegó aquí deportada, tiene que haber sido en avión y su entrada estaría registrada. Mi marido trabaja en el aeropuerto; él nos puede conseguir el dato —añadió, y marcó el celular para llamarlo.

A las siete de la tarde, después de cenar un pez boca colorada entero para cada uno, con yuca frita y ensalada, regresaron a la capital. A las diez de la noche el marido de Lola los avisó de que Marisol Andrade de Díaz no figuraba entre los deportados que habían llegado al país en los últimos seis meses.

Anita

Tucson, marzo de 2020

La miss Selena se perdió por unos días, porque fue a El Salvador. Trajo las fotos de la mama que mandó la Tita Edu y las que ella tomó de la abuelita, de los perros y hasta de los pericos; todos están bien. La miss Selena me las describió y las cargo en mi mochila para que todos sepan que tengo familia, nadie me puede adoptar. Ella fue en avión con Frank. El viaje desde allá de nosotras con la mama fue superlargo, pero en avión se va en una tarde, es tan rápido como ir a Azabahar con las angelinas; en un abrir y cerrar de ojos ya estamos allá. Debe de ser chévere volar en avión.

La Tita Edu estaba triste porque no le habíamos hablado. Ahora tiene el número del celular de la miss Selena y voy a poder hablar con ella todas las semanas. La Tita Edu sabe cómo hacerlo, tiene que comprar una tarjeta para el celular y con eso puede llamar. La miss Selena lo va a arreglar. Un día yo también voy a tener un celular. Pero te aviso, Claudia, si nos ponemos a llorar cuando llame la Tita Edu, le vamos a plantar un cuchillo en el corazón. Tenemos que prometer que no vamos a chillar o voy y le digo a la miss Selena que mejor no la llame.

Frank está muy ocupado con los papeles que tiene que arreglar para que veamos a la mama, por eso no viene, pero al menos le puedo hablar por FaceTime. Creo que entendí casi todo lo que dijo sobre el juez. Puede que sea una jueza. Si toca una jueza, mejor. Frank va a explicarle que mi inglés no es muy bueno y seguro que me van a dejar hablar en español; tienen intérpretes, así se llaman las personas que piensan rápido en inglés y español. No hay que montar un berrinche;

se puede llorar, pero sin ruido. Yo sé lo que tengo que decir, la verdad no más, lo que Carlos le hizo a la mama, el hospital y todo lo del viaje, la parte que hicimos caminando, que fue bien larga y bien cansada, los camiones llenos de gente y el techo del tren, eso fue lo que me dio más miedo porque se movía mucho y al que se cae de allá arriba lo pisan las ruedas y se muere no más o se queda sin piernas. Frank sabe que por culpa de Carlos tuvimos que irnos. Me dijo que no hay que decirle tío Carlos, porque tío significa cariño y él es malo y nos hizo daño. El juez o la jueza no saben eso de tío, aquí no se usa, se dice mister o miss.

Desde que nos trajeron a este hogar adoptivo no he podido ver a mi angelina, porque hay mucho relajo y tienen la televisión siempre encendida; tanto ruido se mete en la cabeza. Pero está aquí, es su trabajo, tiene que cuidarme. Apenas pueda verla le voy a pedir que nos saque de aquí y nos lleve a esperar a la mama en otra parte. No, pues, Claudia, cómo se te ocurre que la vamos a llamar por teléfono. ¿Vos has visto a un ángel con celular en la iglesia? Bueno, las angelinas tampoco tienen celular. Una carta podría ser, pero mi letra no se entiende. Antes yo tenía la mejor letra de la clase y ahora ni siquiera puedo leer ni escribir. Así es la vida.

La miss Selena me dijo que no me preocupe, que eso de hogar adoptivo es un nombre no más, no quiere decir que nos van a adoptar. Tenemos familia, no estamos solas. Este hogar también se llama hogar sustituto, o algo así, pero todos le dicen *foster home*, porque así se llama en inglés. No me importa cómo se llame, igual no me gusta nada. Es como una familia, con papa, mama y hermanos, pero no quiero otra mamá, ya tengo una que se llama Marisol, y el papa se murió y no quiero hermanos. Ya lo dije varias veces, pero parece que no hay que decirlo más, porque aquí se van a enojar y nos van a echar a la calle.

Parece que lo correcto es decirle mama a la señora que manda en el hogar adoptivo, pero le expliqué que no voy a decirle así a nadie más que a mi propia mama. Se le puede decir señora María, pero a ella eso

no le gustó. Tampoco le gustó que le dijera que no me puede adoptar. Creo que se enojó un poco, porque oí que le dijo a la miss Selena que yo era necia y atrevida. No es cierto. Nadie me dijo necia ni atrevida en toda mi vida, pueden preguntarle a la Tita Edu y a mis maestras en la escuela de antes. Por lo menos esta señora María habla español, es mexicana, creo, porque en vez de decir cipotes dice chamacos. Así era en México, ¿te acordás cuando pasamos por México? Lo único bueno de este hogar es que no tenemos que aguantar al Gusano de Caca y al Vómito de Iguana. Los otros niños de aquí son más chicos y no nos molestan.

Ya sé cómo mandarle un mensaje a mi angelina. Es fácil. Se necesita un hoyo en un árbol o en la tierra, también puede ser en una piedra. En el hoyo coloco el mensaje y ahí se queda hasta que lo recoja la angelina. Es lo mismo que se hace para hablar con las hadas, los gnomos, los duendes y todos los seres mágicos del bosque y de las aguas. Es mejor dejar el mensaje escrito en el hoyo, pero si es de palabra también se entiende. Voy a decirle que ya estoy muy cansada de esperar aquí en el norte, pero no podemos volver a El Salvador sin la mama, eso por ningún motivo, y que el asunto de los hogares adoptivos no es buena idea. ¿No podría buscarnos otro lugar para vivir? Sería chévere ir a vivir con la miss Selena en su casa. Yo sé que a ella le gustaría también, ya me lo dijo, pero no está permitido. Tengo que pensar bien lo que voy a decir en el mensaje, no se puede pedir mucho. Lo más importante es que vuelva la mama.

Esta noche vamos a ir a una fiesta en Azabahar, pero no es correcto entregarle el mensaje a mi angelina allá, eso lo haré después. Todas las personas, los animales y los seres mágicos que ya conocemos van a ir disfrazados a la fiesta, porque es como un carnaval. Nos van a prestar los disfraces, el tuyo es de mariposa, para que podás volar, y el mío es de colibrí, para volar con vos. Yo quería un disfraz de sirena para nadar en el mar con los delfines y las focas, pero tengo que acompañarte. Poné atención vos, Claudia, mirá que esta es nuestra primera fiesta allá y tenemos que caer bien para que nos inviten de

nuevo. Acordate de saludar y dar las gracias.

Voy a tener que lavar a la Didi, porque así no podemos llevarla a ninguna parte, en Azabahar no la dejarían entrar. La voy a remojar en la batea del patio, para no ensuciar el baño. Saqué un poquito de champú en el vaso de los dientes y con eso la voy a dejar como nueva, es mejor que el jabón. Después la voy a secar al sol. Así lava los chalecos la Tita Edu y como la Didi es de trapo, se puede hacer lo mismo con ella. Si no alcanza a secarse, la llevamos mojada.

Después de que todos se acuesten y apaguen la televisión y las luces, te voy a despertar y vamos a salir bien calladas al patio. Mucho cuidado con hacer ruido, ¿entendés, Claudia? Mi angelina va a estar esperando, pero tal vez esté invisible. No importa. Si dijo que va a estar allí, así será. Las angelinas no pueden mentir, está completamente prohibido; si lo hacen, las echan del empleo y se quedan sin trabajo. Eso es muy malo para ellas.

Hay que acurrucarse entre la pared y los arbustos y cerrar los ojos. No podés abrirlos, Claudia, porque te daría susto y echarías todo a perder. Este es un viaje muy delicado, hay que seguir las instrucciones. Lo mismo que cuando salíamos en bus con la Tita Edu y nos repetía sus instrucciones; a la primera que desobedeciera le llegaba un pellizco. Yo te voy a ir contando de Azabahar, en esa estrella puedo ver todo perfectamente, como antes del accidente. Te dije que allá éramos princesas y la mama era reina y la Tita Edu era el hada madrina, pero me equivoqué, parece que le entendí mal a mi angelina; allá las personas humanas, los seres mágicos y los animales son iguales. A todos hay que saludarlos con reverencias, como te enseñé. Te voy a contar de los paisajes con palmeras y las playas en ese país, los colores brillantes, la ciudad de cristal, las cascadas de horchata y agua de Jamaica; los arcoíris y el cielo, que no es azul sino rosado y a veces amarillo; las piletas llenas de helados que podemos comer sin pagar, porque allí las cosas son gratis; los animales de todas clases que son mansos, porque nadie los molesta y nunca tienen hambre; la música y el circo inmenso donde podemos volar en los

trapecios y montarnos arriba de los elefantes y nadie tiene miedo, porque allá si una se cae del trapecio, queda flotando en el aire como un globo.

Nadie nos va a quitar a la Didi nunca más, Claudia. La señora María se enojó de gratis, porque en eso de mojar la cama no hay culpa, así dijo la miss Selena allá en el albergue y aquí en este hogar adoptivo es lo mismo. La señora María no tenía derecho a quitarnos a la Didi, se lo expliqué bien claro, no es justo, y le dije que si no me la devolvía, yo iba a llamar a Frank, que es mi abogado. Casi me pegó, estaba lista para pegarme, pero se arrepintió y en vez de eso me encerró en el ropero. Fue por poco rato y no me dio miedo. El ropero está lleno de cosas desordenadas y huele mal, porque también hay zapatillas asquerosas ahí dentro. Fuera del mal olor y la falta de aire, no me importó nada. Ya sabés vos, Claudia, que a mí la oscuridad no me da miedo, por lo de los ojos, pero me molestó que no me entregara a la Didi. Le dije que la próxima vez nos castigue a las dos juntas. A la señora María eso no le gustó nada, dijo que me estaba riendo de ella.

La miss Selena habló con la señora María por lo del ropero y pude oír todo, aunque cerraron la puerta y trataron de hablar bajito. La señora María dijo que llevaba muchos años en esta profesión y nunca le había tocado una chamaca tan insolente como yo, que además de ciega tenía problemas mentales, que yo no era normal. La miss Selena le contestó que nada es normal en mi vida. En eso tiene razón. Después la miss Selena me pidió que hiciera un esfuerzo por ser respetuosa con la señora María, que tiene mucho trabajo con los niños que cuida. Además, por el asunto del virus que anda en el aire, no tiene ayuda, no pueden mandar a los cipotes a la guardería o a la escuela, ni al parque puede llevarlos, porque está cerrado. Por eso se pone rabiosa, pero no es mala persona. Eso dijo la miss Selena, que no la conoce.

También oí que me van a llevar adonde una psicóloga. Sé lo que es eso, porque fui a una psicóloga cuando tuvimos el accidente. Es como una maestra, no es un doctor, no me va a examinar ni a poner

inyecciones. Voy a ir con la miss Selena y puedo llevar a la Didi; vos también vas a venir conmigo, Claudia. Nada de ponerse a llorar. Hay que estar tranquilas. No estamos perdidas. El viento conoce mi nombre y también el tuyo. Todos saben dónde estamos. Yo estoy aquí con vos, sé dónde estás y vos sabés dónde estoy yo. ¿Viste? No hay que tener miedo. La mama puede encontrarnos, sólo tiene que preguntarle a la miss Selena o a la Tita Edu por teléfono. Tampoco hay que preocuparse por la angelina. Ella siempre sabe dónde estamos y nunca se va lejos.

Leticia

Berkeley, marzo-junio de 2020

Como todas las mañanas, menos el domingo, Leticia pasó por la pastelería Brunelli para comprar un capuchino para ella y otro para Mister Bogart. Le recordó al camarero que uno debía ser descafeinado; había tomado esa decisión sin consultar a su patrón, porque la cafeína le daba taquicardia. Creía que, sin sus cuidados, ese hombre ya estaría enterrado. Cuando enviudó se echó a morir de pena, no quería comer, apenas tragaba las papillas de verduras y las sopas de pollo que ella le preparaba, todo orgánico. Esa fue la época en que se le aparecía Nadine, su esposa, en el rellano de la escalera, y unas mujeres con vestidos anticuados, las damas disipadas que ejercían su oficio en su casa hacía muchos, muchos años. Mister Bogart se las describía a Leticia con tanto detalle y era tan convincente, que ella empezó a verlas también, aunque no creía en fantasmas. Si existieran, a ella la visitaría todo un pueblo.

Era fácil imaginar que en la casa de Mister Bogart penaban las ánimas; era grande, oscura, con piezas cerradas, mucha madera y poca luz, gemía porque le dolían las articulaciones y a veces, cuando variaba la presión del agua, las cañerías sollozaban. Leticia llevaba veinte años limpiándola, la conocía mejor que nadie, su escoba y su plumero habían pasado por cada rincón, menos la buhardilla. Al principio le parecía muy fea, pero con el tiempo llegó a quererla. Si de ella dependiera, la pintaría en colores claros, eso le daría cierto aire juvenil, y tiraría a la basura la mitad de los muebles, que estaban tan decrépitos como la casa, sobre todo las alfombras raídas, que según su patrón eran antiguas y muy valiosas. Las había comprado en un viaje

a Turquía. Ella estaba segura de que lo estafaron. No se explicaba cómo lo convencieron de adquirir alfombras roñosas, cuando las venden nuevas en tantas partes.

Nadine y las señoritas de vida alegre se esfumaron cuando Mister Bogart empezó a tomar un antidepresivo, que lo trajo de vuelta al mundo de los vivos, pero no volvió a la normalidad hasta que llegó Paco a salvarlo. Leticia encontró al perro escarbando en la basura de un callejón cerca de su casa, tan flaco y apestado que sobrevivió de milagro. Era una mezcla de media docena de chuchos ordinarios, con cara de hiena, pero pacífico de carácter, como Gandhi; nada lo alteraba. Lo bañó y apenas sanaron sus llagas se lo llevó al viudo para ayudarlo en el duelo. Pronto el hombre y el perro fueron inseparables.

Mister Bogart estuvo casado durante más de cincuenta años y la enfermedad de su mujer fue tan rápida que no alcanzó a prepararse para la viudez. Era muy privado con sus sentimientos, pero Leticia adivinaba que había estado enamorado, de otro modo no andaría viéndola. Sabía que los fantasmas rondan con frecuencia a los viejos dementes, pero su patrón estaba totalmente lúcido. Ella había trabajado durante un tiempo en una residencia de ancianos, donde comprobó que al final de la vida, cuando la soledad se apodera de la gente, los muertos llegan de visita. Suponía que también los muertos están muy solos. Mister Bogart veía a su mujer por amor, más que por soledad; el amor se da a cualquier edad, pensaba Leticia, eso lo había comprobado en la residencia, donde había una pareja de enamorados de noventa y tantos años. Pasaban el día juntos, mirándose a los ojos, callados y felices, pero no podían casarse, porque los hijos no querían líos con la herencia de la señora, que tenía algunos bienes. En vista de aquello Leticia improvisó una ceremonia para casarlos poéticamente: se vistió de negro y se hizo pasar por oficial del registro civil. Todos lagrimearon con la solemnidad de su discurso, los ancianos quedaron felices y los hijos ni se enteraron.

No sólo la cafeína, también las noticias solían producirle taquicardia a Mister Bogart, por eso Leticia siempre le daba su medicamento antes de encender la televisión. Desde que tenían a ese presidente en la Casa Blanca, su patrón andaba rabiando. No era el único; en Berkeley casi

todos andaban en lo mismo, menos ella, a quien la política le importaba un bledo, porque sea quien sea quien estuviera arriba mandando, nada cambiaba para los que estaban abajo ganándose la vida a duras penas. Así se la había ganado ella, lavando platos en restaurantes de mala muerte, cuidando niños y ancianos ajenos, bañando perros, vendiendo huevos y quesos de puerta a puerta, y otras ocupaciones más pesadas y peor pagadas que la que tenía en la actualidad, cuando podía elegir a sus clientes y cobraba por hora sus servicios de aseo.

A las siete y media de la mañana Mister Bogart esperaba a Leticia en cama, con Paco roncando a sus pies. A la hora en que ella llegaba él ya había abierto la ventana, incluso en invierno, para ventilar el olor a perro, aunque ella sospechaba que se trataba de olor a viejo, porque Paco no olía mal. La habitación era grande y lúgubre, como el resto de la casa, y habría parecido una caverna si Leticia no gastara en flores para los jarrones. Al llegar se sentaba en un sillón, tan destartalado como el resto del mobiliario, y tomaban café juntos mientras veían las noticias. Después él se duchaba y se vestía sin ayuda, porque la idea de que ella lo viera en cueros lo espantaba. Leticia le había sugerido más de una vez que se relajara, porque en el futuro tendría que limpiarle el trasero. «No te quepa duda de que cuando llegue ese día, me voy a suicidar», era la respuesta del patrón. Excepto por su taquicardia y presión alta, el hombre estaba sano y se veía guapo para sus ochenta y seis años, hasta pelo conservaba. Era pulcro y cuidadoso con su persona, andaba bien afeitado y bien vestido, como si lo fueran a fotografiar; tenía las manías y modales de un caballero a la antigua. Iba a un gimnasio, remaba en su kayak en la bahía y andaba en bicicleta. Leticia temía que en cualquier momento se iba a partir el espinazo en una caída; le había rogado que si de hacer ejercicio se trataba, instalara una bicicleta fija en alguno de los cuartos vacíos, pero no le hacía caso. Después de las noticias ya no se veían hasta el día siguiente; él hacía ejercicio, salía o preparaba sus conferencias y su programa de radio, ella terminaba el aseo y a las diez se iba adonde sus otros clientes.

Una mañana Leticia vio en la puerta de la cafetería el primer indicio de lo que cambiaría su vida y la del resto del mundo. «A partir de mañana Brunelli permanecerá cerrado hasta nueva orden por causa del covid-19». Desde hacía varios días el virus era el tema predominante en la prensa, pero ella no lo había tomado en serio hasta ese momento.

—Estos son los últimos capuchinos de Brunelli por un tiempo, Mister Bogart —le anunció—. Vamos a tener que encargar una máquina de hacer café.

Encendieron la televisión y se enteraron de que en California había orden de encerrarse a partir del día siguiente a la medianoche; nadie debía salir, a menos que tuviera un empleo indispensable, el resto de la gente tendría que trabajar desde sus casas. La peste había comenzado en China y se repartió rápidamente por el planeta, dejando un reguero de enfermos graves y cadáveres a su paso. Casi de inmediato empezó a sonar el celular de Leticia y uno tras otro sus clientes la avisaron de que suspendían sus servicios. Calculó que si esa emergencia se prolongaba, tendría que echar mano de sus escasos ahorros. También la llamó Alicia, su hija, que vivía en una base militar al sur de California. Su marido era teniente de la Marina y ella era asistente de enfermería. «Aquí se cumplen las órdenes, mamá, estamos más seguros que en cualquier otra parte, quédate tranquila», le dijo.

La prohibición de salir le cayó como un garrotazo a Mister Bogart, acostumbrado a sus inalterables rutinas; no podría ir al gimnasio, dar sus conferencias ni reunirse con su cuarteto, como hacía cada semana. Tampoco podría ir a pasar media noche en uno de los clubes de San Francisco escuchando y tocando jazz. La edad no le había restado ni un ápice de energía cuando se trataba de sentarse al piano en una *jam session*. Lo único que podía hacer desde su casa era grabar su programa para la radio clásica.

—Supongo que no me vas a abandonar… —le dijo a Leticia.

—No creo que deba seguir viniendo, Mister Bogart. Imagínese si le traigo el virus, a su edad sería fatal.

—De algo hay que morirse.

—Por precaución, mis clientes ya me cancelaron. Lo del virus no es broma, señor.

—Si vamos a estar en cuarentena, te deberías quedar aquí con nosotros.

—¿En esta casa?

—Sí, pues, mujer, en esta casa. Sería sólo por dos o tres semanas, esta situación no puede durar más. Paco y yo nos moriremos de aburrimiento encerrados. ¿Y qué vamos a comer? Yo no sé cocinar un huevo.

—Usted sabe que yo tengo trabajo en otras partes.

—Pero ¿no me acabas de decir que te han cancelado las otras casas? Te voy a pagar más y tendrás gran parte del día libre. ¿Qué te parece?

—Lo que usted quiere no es aseo y comida, sino compañía, ¿no?

—Cierto. Aquí vas a estar cómoda. Piensa en lo que sería quedarte sola en tu casa móvil, sería como estar incomunicada en una celda.

—Mi casa es chica, pero muy acogedora.

—¡Dime que sí, Leticia!

—Tendría que traer al Panchito, mi loro…

—Ningún problema. Bienvenido el Panchito.

Leticia fue a buscar lo necesario: Panchito, su ropa, su tejido, sus vitaminas y la novela que estaba leyendo en su club de lectura. Al regresar pasó por el supermercado y llenó el maletero de comida para dos semanas. Encontró a Mister Bogart listo para sacar a pasear al perro —todavía estaba permitido— y muy entusiasmado con la idea de que vivirían juntos. Le sugirió que si la prueba resultaba, podrían hacerla permanente. «Por supuesto que llegaríamos a un justo arreglo de sueldo», le repitió. «Ni loca», le respondió ella, pensando que no le convenía ser empleada de todo servicio a horario completo; tendría que soportar los inconvenientes de estar casada con un anciano y no tendría ninguna de las ventajas, si es que hubiera alguna ventaja en ello. Mister Bogart no se ofendió, pero se preparó para insistir hasta doblarle la mano y, para tentarla, le ofreció la mejor pieza, con salida al jardín y baño privado, donde antes su mujer tenía su taller. Todavía estaban allí su telar favorito y algunos de sus tapices. Leticia se instaló

rápidamente, dispuesta a disfrutar de largos baños de tina y ver la televisión hasta la madrugada. Estaba enganchada a una telenovela brasileña de doscientos cuarenta episodios doblada al español.

Camille, la hija de Mister Bogart, llamó alrededor de las cuatro de la tarde, que eran las siete para ella en Nueva York, para quejarse de que por culpa de la pandemia nadie podía ir a la oficina —era directora de una revista de moda—, y recitó el rosario completo de sus desgracias: tendría que planear el próximo número de la revista desde su casa, la gala para recaudar fondos para el ballet fue cancelada, su peluquería estaba cerrada y también los restaurantes, eso de comprar comida en recipientes de cartón le parecía una vulgaridad, y qué iba a hacer sin la filipina que le limpiaba el penthouse. No le preguntó a su padre cómo estaba. La relación entre ambos era tirante.

En un momento de particular frustración, Mister Bogart le había comentado a Leticia que a Camille sólo le interesaban el dinero y la posición social, no parecía hija suya ni de Nadine LeBlanc. Tampoco tenía buena opinión de Martin, el hijo de Camille, su único nieto. «Es más fascista que Mussolini», le dijo, y ella tuvo que buscar ese nombre en internet. A ella tampoco le caía bien el nieto, pero pensaba que no debía de ser ningún tonto, ya que siendo muy joven ya era asesor del presidente. Esa era una razón más para que su abuelo no lo quisiera. Leticia lo conocía desde chico y lo había visto por última vez en el funeral de su abuela Nadine, cuando él tenía más o menos veintiocho años y ya estaba calvo, como Mussolini. Hacía cinco años que no visitaba a su abuelo.

El padre de Martin, que según Mister Bogart era un truhan, hizo dinero en negocios de mucha visión y poca virtud y cuando se divorció de Camille, la dejó muy bien colocada. Martin creció en un edificio con portero en Manhattan y fue a los mejores colegios y universidades privadas, donde se destacó desde la adolescencia por su racismo fanático y su postura ultraconservadora, que en general caían mal entre sus compañeros y profesores. Lejos de sufrir por eso, Martin se jactaba de la animosidad que provocaba en la mayoría, ya que

siempre contaba con un grupo de fieles seguidores. Gozaba humillando a sus opositores, era un juego en el que siempre ganaba.

Mister Bogart procuraba recordar al niño que Martin había sido antes de radicalizarse, inteligente y vivaz, el chiquillo con quien compartía las películas infantiles en la televisión y a quien le enseñó a jugar al ajedrez a los cinco años. A los siete, Martin ya lo vencía. Armaban rompecabezas juntos y por cada pieza que él colocaba, su nieto colocaba diez. Durante las vacaciones, cuando Camille lo mandaba a pasar un par de semanas del verano con los abuelos en California, iban en bote a pescar rodaballos y esturiones en la bahía de San Francisco y a pasear en bicicleta por los cerros. Trataba de establecer con su nieto la relación que no pudo tener con su hija. El viejo hablaba con Leticia de esos tiempos, preguntándose qué diablos sucedió para que el muchacho cambiara tanto.

Ella también recordaba con nostalgia el primer año que conoció a Martin, cuando él estaba en el umbral de la adolescencia. Durante unos meses siguió siendo un chiquillo normal, que devoraba los panqueques que ella le preparaba. Apenas entró en la secundaria, sin embargo, se transformó en el personaje que su abuelo no soportaba. Tenía grabado el primer indicio del hombre que ese niño llegaría a ser. Su abuela Nadine le dijo que llevara su plato a la cocina y en respuesta, él lo tiró al suelo y afirmó altanero que eso le correspondía a Leticia; ¿no era la empleada?

La mujer lamentaba que Mister Bogart tuviera una familia tan pequeña y mal avenida. Aparte de su cuarteto, Mister Bogart contaba con pocos amigos, porque al enviudar descuidó las relaciones sociales que antes tuvo. Cuando vivía su mujer, la suya era una casa abierta, recibían visitas con frecuencia y ella aprendió a cocinar recetas picantes de Nueva Orleans para que la señora se luciera. Sin Nadine, ese caserón adquirió un aire de abandono, los amigos se alejaron y Mister Bogart no hizo ningún esfuerzo por retenerlos, porque no los echaba de menos. Estaba encerrado en sí mismo. Tal vez toda su vida estuvo así, pensaba la buena mujer.

Transcurrieron dos meses desde que se declaró la pandemia y Leticia seguía instalada en casa de su patrón. Nunca imaginó que el encierro iba a prolongarse tanto. La primavera se dejó caer con una fiesta de flores y abejas, aunque los jardineros no habían ido a trabajar durante ese tiempo, y el buen clima alivió un poco la pesadez del ambiente. El virus no daba indicios de aflojar su torniquete, ya había más de noventa mil muertos en el país y cientos de miles más en el resto del mundo, mientras varios laboratorios competían en una carrera desaforada por crear una vacuna. La pandemia se convirtió en arma política, unos la consideraban un engaño de la oposición y se negaban a usar mascarillas, mientras los demás seguían las indicaciones del especialista en epidemias. A medida que iban sumándose los muertos y llenándose los hospitales, el Gobierno trataba de quitarle importancia o recomendaba curas inverosímiles, como inyecciones de lejía. Leticia no había visto a su hija ni a su nieta en persona, sólo por FaceTime cada dos o tres días, y perdió a su clientela, pero con lo que ganaba con Mister Bogart podía pagar sus cuentas, correr con sus gastos, que eran pocos, y ayudar a su hija. Al compararse con otras personas, se sentía afortunada.

Durante ese tiempo estableció una rutina con su patrón que les quedaba cómoda a ambos. Mister Bogart le exigió desde el primer día que se sentara a la mesa con él, nada de comer en la cocina, como antes.

—¿Cuándo me vas a llamar por mi nombre, Leticia? Nos conocemos hace un siglo y todavía me tratas de Mister Bogart —le dijo.

—Nunca, señor. Hay que respetar las jerarquías; las familiaridades entre jefe y empleada suelen terminar mal —replicó ella.

Sabía que Bogart no era su nombre, era el apodo que le puso su mujer desde el primer momento en que lo conoció, porque de joven se parecía a Humphrey Bogart —la misma expresión desilusionada y el sombrero ladeado—, un actor tan antiguo que Leticia nunca lo había oído nombrar. Lo descubrió muy pronto, porque había visto *Casablanca* varias veces en la televisión a pedido de su patrón. Al principio se resistió, porque la película era en blanco y negro, pero pronto se hizo adicta y pedía verla al menos una vez por semana. Se

sabía varios diálogos de memoria y, para alegrar al viejo, se los recitaba con exagerado dramatismo. Trataba de imaginar cómo sería Humphrey Bogart a los ochenta y tantos años, pero el actor no llegó a viejo, murió a los cincuenta y siete años de tanto fumar, mucho antes de que ella naciera. Su patrón se llamaba Samuel Adler, pero sería siempre Mister Bogart para ella.

Nadine, la esposa de Mister Bogart, no creyó que se iba a morir, aunque el diagnóstico era devastador, y por lo tanto no se preparó. Leticia disponía de mucho tiempo ocioso y decidió utilizarlo en arreglar el caos que ella había dejado. El viudo le había impedido hacerlo antes. «Cuando me sienta listo, Leticia, te lo diré y entonces podrás hacer lo que quieras con las cosas de mi mujer», le había dicho. Se puso firme en impedir que su hija tocara lo que dejó su madre, pero a sus espaldas Camille se llevó lo que quiso.

—El tedio de este encierro me obliga a reflexionar. Necesito poner orden en mi vida y en esta casa antes de partir —le comentó a Leticia.

—¿Para qué piensa en eso, señor? Bien cuidado, usted durará hasta los cien años.

—¿Tú me vas a cuidar?

—¿Quién otra podría ser? Para mantenerse joven de espíritu necesita un poco de romance, nunca es tarde para eso.

—¡Qué tonterías dices, mujer! —exclamó él soltando una risotada.

—Ninguna tontería. Puede conseguir una amiguita en línea. Si le parece, yo puedo ayudarlo en eso. Usted debe de ser el octogenario soltero más cotizado de California, tiene pocos achaques, buena presencia, la cabeza en su lugar y dinero.

—¿Sabes cuánto dinero tengo? —le preguntó él.

—No, pero sé que no le falta. Hay montones de mujeres mayores en busca de un compañero y muy pocos viejos disponibles que sean capaces de hilar dos frases y no usen pañales. Los pocos que hay desean mujeres treinta años más jóvenes, pero ese no sería su caso —dijo Leticia.

—Una jovencita no me caería mal…

—Ni se le ocurra, señor. Vamos a ser muy cuidadosos en la selección de las candidatas, porque muchas lo que buscan es dinero. Cerca de mi casa vivía un veterinario de setenta y cinco años con varias propiedades de alquiler, que cayó en las garras de una zorra de cincuenta y antes del año estaba muerto. La viuda heredó bastante. Dicen que lo envenenó.

—Habrá que esperar que pase la pandemia para poner en marcha ese proyecto, Leticia. Antes de pensar en esa hipotética asesina, vamos a ordenar esta casa.

—O sea, me da permiso…

—Sí, pero no tires nada a la basura sin preguntarme antes.

—Se lo prometo —respondió ella sin la menor intención de cumplir.

Se puso en acción, sorprendida ante la tremenda huella que cada persona va dejando en el mundo a lo largo de la vida. En los roperos de Nadine encontró vestidos de los años setenta, zapatos con plataforma y faldas de la India con espejitos; en aquel tiempo se vestía de hippy, aunque ya era madre de Camille y empezaba a hacerse un nombre con sus telares. Leticia pudo seguirle la pista en cada época por la ropa, mucha ya apolillada, que iba sacando de los roperos. En la década de los ochenta nada quedaba del estilo bohemio de Nadine, para entonces era una artista reconocida y se vestía de hombre. Encontró fotos de ella con traje, corbata, lentes de marcos negros y botas. A los cincuenta años tuvo un breve interludio de falda corta, suéter ajustado y tacones altos, como si pretendiera verse sexy o complacer al amante de turno, pero en algún momento se cansó de la moda y en los años siguientes, hasta su muerte, adoptó los vaqueros desteñidos y las camisas deportivas, que acentuaban su aspecto de efebo y el resultado era más atractivo que los escotes provocativos de la menopausia.

De los armarios y cajones Leticia sacó remedios vencidos, cosméticos añejos y joyas artesanales y étnicas; las valiosas se las había llevado Camille el mismo día en que enterraron a su madre. También encontró diarios de vida y cartas que pensaba leer. No lo consideraba una indiscreción, porque el viudo mostraba muy poca curiosidad por ese material; tal vez no deseaba comprobar lo que

sospechaba.

Los días se hacían largos, eran todos iguales, se fundían unos con otros. «Hoy es como ayer y mañana será como hoy», decía Leticia con un suspiro. Su patrón había encargado la máquina para hacer capuchinos y el día comenzaba como antes, compartiendo el primer café y viendo las noticias en la televisión. Después él se vestía y sacaba a pasear a Paco con mascarilla y guantes de goma, mientras ella hacía el aseo. Iban juntos de compras; él se quedaba en la camioneta y ella entraba en la tienda, también con mascarilla y guantes. La gente se quejaba porque faltaban algunas cosas —harina, desinfectante, leche en polvo, papel de baño—. «Se ve que nunca han pasado pellejerías», mascullaba Leticia. Almorzaban algo liviano, en general una ensalada, y por la tarde cada uno se dedicaba a lo suyo, él a su música, sus libros y la bicicleta fija, que finalmente instaló en una de las habitaciones, y ella a la telenovela brasileña y a escarbar el pasado de esa familia, en particular el de Nadine, que la tenía obsesionada, porque presentía que había una conexión con el pasado de ella misma.

A Mister Bogart se le ocurrió que debían cenar con formalidad para evitar convertirse en salvajes. Los colonos británicos habían adoptado esa costumbre en las más remotas posesiones del imperio. Se vestían de gala para comer lentejas y estofado de tigre bajo un toldo de lona, servidos por nativos de guantes blancos. Con frecuencia, sin embargo, eso no les había impedido comportarse como salvajes. Él se presentaba con chaqueta y ella se quitaba el delantal, se ponía aros y se pintaba los ojos. «Te ves muy guapa, Leticia», le decía él a diario, como un ejercicio de galantería, «y usted también, Mister Bogart». Ella arreglaba la mesa con mantel largo, la vajilla buena y las copas de cristal, él ponía música de gusto popular, porque suponía que ella no apreciaba la clásica. Antes de cenar tomaban un trago, vodka con hielo para él y diferentes cócteles para ella: piña colada, cubalibre, bloody mariachi, margarita de mango, martini de coco y otros que improvisaba según la inspiración del momento. En los tiempos en que

la familia recibía visitas había un bar bien provisto y todavía quedaban varias botellas de licor, que ella decidió ir consumiendo de a poco, para que no se perdieran. Esa era la hora en que conversaban y así se iban conociendo. Leticia le sonsacaba información con prudencia, porque si demostraba demasiada curiosidad, él se callaba. Era hombre de pocas palabras, pero al segundo o tercer vodka se ponía locuaz y empezaba a contarle del pasado y de su mujer. La echaba de menos.

—¿No cree que de tanto pensar en la señora Nadine está inventando una leyenda? —le preguntó Leticia.

—Todos tenemos derecho a inventar nuestra leyenda.

—Yo no necesito inventar la mía, señor.

Leticia llevaba muchos años trabajando en esa casa sin haber subido nunca a la buhardilla. El acceso era complicado. Había una compuerta en el techo del segundo piso, que se abría jalando la manilla con una varilla de hierro terminada en un gancho. Al abrirse caía una escalera telescópica. Como no había visto a nadie subir allí, la primera vez tiró de la manilla sin poner cuidado y al caer, la escalera casi le parte la cabeza. Trepar arriba resultó difícil, porque los peldaños eran unos palos enclenques y temblorosos. La buhardilla estaba oscura, salvo por la escasa luz del día que se filtraba por un par de pequeñas claraboyas, y demoró un buen rato en encontrar el interruptor y cambiar las ampolletas quemadas. Era un espacio enorme y cavernoso, que abarcaba la casa completa, como otro piso. No se había limpiado jamás, el polvo se acumulaba en todas las superficies y las telas de araña colgaban de las vigas como encaje. No vio ratones, pero supo que los había por las bolitas de excremento. Era un universo en sí mismo, lleno de tesoros y misterios, donde se podía pasar meses abriendo cajas, maletas medio deshechas por el moho, cómodas y roperos antiguos. Había juguetes de Camille y del nieto, varios árboles artificiales de Navidad, media docena de bicicletas en diferentes estados de decrepitud, artículos deportivos, telares de Nadine y, en fin, todo lo imaginable. Descubrió compartimentos disimulados entre

las vigas, que habían sido destinados a guardar cosas de valor, donde encontró una colección de objetos de plata en sus envoltorios originales: un juego de té, varias bandejas, candelabros, una cuchillería completa, incluso con pinzas para langostas y tenedores diminutos para caracoles, ceniceros, que ya nadie usaba, y marcos de diversos tamaños. Mister Bogart le explicó que había comprado ese cargamento con su mujer en un viaje a México, pero tuvieron una pelea y se separaron antes de que se lo mandaran. Él estaba viviendo solo en la casa cuando llegó; puso las cajas en la buhardilla y las olvidó.

—¿Qué vamos a hacer con todo eso? No puedo pasar el resto de la vida puliendo tenedores de pescado —le dijo Leticia.

—Déjalo donde está. Camille se lo llevará cuando me muera.

Para ella lo más interesante eran los diarios de vida, las cartas y las fotografías de los baúles de Nadine. Disponía de tiempo y paciencia para descifrar aquello y conocer la vida de esa mujer que tanto la intrigaba. Lamentaba no haberse atrevido a interrogarla cuando estaba viva, porque a Nadine le gustaba recordar y contar, pero ella creía que su papel se limitaba a limpiar la casa, lavar la ropa y cocinar, no podía perder tiempo ni faltarle al respeto a la señora con sus preguntas. En su ausencia, sin embargo, podía hurgar en su historia, ya que el marido no se lo había prohibido. Sólo había alcanzado a abrir un diez por ciento de las cajas y baúles y ya había averiguado mucho.

LeBlanc era el apellido de soltera de Nadine, quien nunca usó otro. Según Leticia, el amor que su marido le profesaba tenía doble mérito, porque era una mujer muy poco convencional. Ser esposa cuesta mucho trabajo, pensaba, pero si una comete la estupidez de casarse, hay que ceñirse a ciertas normas o al menos cumplir con las apariencias. Nadine se abanicaba con las apariencias. Era de naturaleza infiel y ponía poco empeño en ocultarlo; dejaba tal reguero de pistas que cualquiera la hubiera pillado. Además, le hizo algunas confidencias, jactándose de ser apasionada, lo cual a Leticia no le parecía una virtud, sino una desventaja. Le habló de eso cuando ya no importaba, porque para entonces estaba bastante mayor. Hay una

edad para cada cosa, pensaba Leticia, y la edad para cometer tonterías por calentura es la juventud; hacerlo en la vejez es una indecencia, pero a ella no le correspondía juzgar, cada uno es dueño de su consciencia.

Nadine le había contado que también su marido tuvo aventuras amorosas, pero de eso hacía muchos años, ocurrió antes de que Leticia entrara a su servicio y no había prueba alguna de que fuera cierto. Nadine, en cambio, tuvo varios enamorados, de eso a Leticia no le cabía duda. Conoció a quien seguramente fue el último, Bruno Brunelli, el italiano dueño de la cafetería y pastelería, que llevaba su nombre, con sucursal en Berkeley, en San Francisco y en el aeropuerto. Antes de la pandemia allí compraba Leticia el café de cada día e iba a seguir haciéndolo cuando se normalizara la vida, porque no lo consideraba un conflicto moral. Brunelli pertenecía al pasado, se había ido a vivir sus últimos años en su pueblo natal de Italia y había dejado su negocio en manos de su hijo.

En uno de sus diarios Nadine escribió: «Lo esperé hasta la hora de cerrar. Me recibió en la cocina. Me dio a probar de su boca la pasta de almendras y la crema de vainilla, hicimos el amor sobre un mesón, llegué a casa con azúcar flor en la ropa». «¡Ay, Virgen santísima!», exclamó Leticia al leer esas líneas, la señora ya peinaba canas cuando retozaba alegremente entre los pasteles de Bruno Brunelli.

En los diarios de la buhardilla Leticia se enteró de otras «temeridades», como las llamaba la autora. La mayor parte de aquellas anteriores a Bruno fueron más bien insignificantes, porque se limitó a identificar al afortunado con las iniciales y un par de frases sobre el lugar y las circunstancias del encuentro, para no olvidarlo por completo, y a juzgar por la brevedad de la descripción, hubo pocos tan interesantes como el pastelero. En una de esas anotaciones, vio las letras CT y la fecha coincidía con la época en que Cruz Torres estaba remodelando la casa. Tenía tantos deseos de encontrar algo de ella misma o de su padre en esos diarios, que temía sacar conclusiones sin ningún fundamento, pero junto a las iniciales CT, Nadine había

anotado una somera descripción que podía corresponder al hombre que ella conocía: «Fuerte, intenso, cabello negro y duro, larga cicatriz en un hombro, manos callosas de obrero, me susurra en español, le entiendo poco, tenemos en común el deseo y el amor». Esas iniciales aparecían varias veces en los diarios de Nadine. Bien podría haber sido Cruz Torres, quien tanto los ayudó a su padre y a ella en tiempos de penurias y a quien le debía su empleo en casa de los Adler.

Los arreglos de la vieja casa de Berkeley se habían prolongado durante meses, porque en el proceso iban apareciendo nuevos problemas. Abrían un boquete por aquí y se reventaba una cañería por allá, cambiaban los desagües y se desprendían las tejas, reemplazaban los marcos de las ventanas y se soltaban las puertas. Nadine había dirigido las obras mientras su marido se dedicaba a sus clases y su música, sin el menor interés en el trabajo de Cruz Torres y su equipo; creía, con cierta razón, que ese caserón no tenía remedio, había que aceptarlo tal cual era o demolerlo con una excavadora.

Durante ese tiempo Leticia se dio cuenta de que, a pesar de sus obvias diferencias, el contratista y Nadine LeBlanc compartían una curiosa amistad. Cruz Torres era por lo menos diez años más joven que ella, de otra clase social y otra raza, sin nada del refinamiento de Nadine. Los encontró muchas veces en la cocina tomando café y conversando en cuchicheos; se callaban o cambiaban de tema delante de ella. En una ocasión, un par de años después de que terminara el trabajo en la casa, le pareció verlos a través de un vidrio en un pequeño restaurante, las manos entrelazadas sobre la mesa. Cuando a él lo deportaron en 2008 Nadine comenzó a viajar a México con cierta regularidad.

Leticia calculaba que si Nadine LeBlanc y Cruz Torres fueron amantes, la aventura con Bruno Brunelli debió de haber sido relativamente breve. Ella tenía sesenta y nueve años cuando se despidió del mexicano y setenta y dos cuando Brunelli se fue a vivir a Italia. La edad no le habría impedido atraer a un sustituto, si se lo hubiera propuesto. Era fachosa, atrevida, ágil, espontánea, con el pelo canoso alborotado, arrugas de alegría y una risa de corneta capaz de sacudir a un muerto. Se jactaba de tener sangre francesa, española y

africana, decía que era mulata y que en el pasado una rama de su familia era negra y rica, pero de tanto casarse con blancos pobres, perdió el color y la fortuna. Leticia la recordaba con nostalgia, era generosa y divertida, lo opuesto de su marido, que andaba por la vida con una mochila a la espalda donde cargaba los malos recuerdos y dolores del pasado. Con una pena infinita la vio decaer rápidamente y morir de un cáncer inexorable. Desde entonces los años habían transcurrido a tal velocidad que a Leticia todavía le sorprendía su ausencia.

Entre ella y Mister Bogart cuidaron a Nadine en su agonía. Él dejó todo para acompañarla, se jubiló de la universidad y de la Sinfónica, abandonó el kayak y la bicicleta; pasaba día y noche junto a su mujer. Cuando ya no soportaba más la angustia, se escapaba durante unas horas a uno de los clubes de jazz. Antes de que Nadine enfermara, Leticia limpiaba la casa un par de veces por semana, pero después comenzó a ir a diario. Delegaron todo en ella. Nadine no podía hacer nada y su marido no intervenía en asuntos domésticos; las pocas veces que fue a la cocina a darle instrucciones, Leticia lo paró en seco. Se hizo cargo de pagar cuentas, correr con los bancos, los remedios, los médicos y hasta lidiaba con Camille, quien siempre estaba dispuesta a opinar, pero no se daba tiempo para acompañar a sus padres en esas tristes circunstancias. Mister Bogart estableció la norma de entregarle a Leticia el dinero del mes, sin preguntarle jamás en qué lo gastaba, pero ella llevaba una meticulosa contabilidad y guardaba los recibos, para que nadie pudiera acusarla de haber malgastado ni un céntimo.

Al ir descubriendo los secretos de la buhardilla, Leticia empezó a interesarse en el resto de la casa; esas paredes habían sido el escenario donde transcurrió gran parte de la vida de Nadine LeBlanc. Creía conocerla mejor que nadie, pero nada sabía de sus orígenes.

—Esta casa tiene historia —le contó Mister Bogart—. Fue construida por un banquero como residencia de verano cuando aquí se llegaba en transbordador desde San Francisco. Después del banquero, la ocupó la dueña de un garito de juego y parece que en las piezas de arriba

funcionaba un burdel para hombres prominentes, que exigían discreción.

Le contó que también se usó por un tiempo breve como clínica mental para celebridades de Hollywood intoxicadas de alcohol y drogas. A poco de que la compraran se convirtió en refugio de los vagos que Nadine invitaba, en vista de que sobraba espacio, hasta que él se cansó de mantener a la comuna de peludos ociosos y entonces se divorciaron.

—¿Cierto? ¿Se divorciaron? —le preguntó Leticia, incrédula.

—Sí.

—¿Y qué pasó con Camille?

—Cuando se acabó el dinero, los hippies se fueron, y Nadine partió con la niña a Bolivia.

—¿Qué fue a hacer a Bolivia?

—A estudiar tejidos. Para entonces ya tomaba en serio el arte del telar. Estuvo en Bolivia un par de meses y después se fue a Guatemala. Allá los textiles son espectaculares.

Le contó que su mujer se enamoró de ese país y mantuvo el contacto con las aldeas donde estuvo, varias de las cuales fueron exterminadas poco más tarde por el genocidio del Gobierno y los militares contra la población maya, que dejó un saldo de doscientas mil víctimas, un millón y medio de gente desplazada y seiscientas y tantas aldeas borradas del mapa. La mayoría de las mujeres que fueron sus maestras perecieron asesinadas junto a sus familias y sus comunidades. En la década de los noventa Nadine regresó de visita a Guatemala y desde entonces se dedicó a promover los tejidos y telares de ese país; los colocaba en tiendas exclusivas y galerías de arte y mandaba las ganancias completas a las tejedoras.

—La fui a buscar a Guatemala. Estaba seguro de que sin los zánganos que vivían a mis expensas, podíamos volver a empezar juntos. Resultó. Nos casamos de nuevo. No sería la última vez.

—A ver, mister, explíquese —le pidió Leticia.

—Nadine y yo nos casamos tres veces. Las dos primeras fueron en un registro civil y la última simplemente renovamos los votos. En cada ocasión nos pusimos de acuerdo para las nuevas normas de la

relación.

—¿Nunca se enamoraron de otras personas? —le preguntó Leticia.

—Sí, pero habíamos invertido tanto en nuestra pareja que valía la pena intentar salvarla. Mira, Leticia, la gente cambia y las parejas también. Nadine y yo vivimos varias etapas diferentes. La primera fue para formar una familia y terminó con el asunto de los hippies, en la segunda los dos pasamos por crisis existenciales y optamos por tener un matrimonio abierto; fue un desastre. En la tercera etapa ella estaba dedicada a su arte y yo a mi trabajo y descuidamos la relación. Ya estábamos bastante mayores cuando al fin tuvimos estabilidad.

—Y amor, supongo, ¿no?

—Mucho amor de mi parte. Nadine era una mujer fantástica. ¿Te acuerdas?

—Claro que sí. Me acuerdo de que hicieron una fiesta y una ceremonia en el jardín y después se fueron de viaje a la Argentina. De eso debe de hacer como quince años, ¿no?

—Sí, esa fue la última vez que renovamos el compromiso de estar juntos.

—Si la señora Nadine no hubiera muerto, ya les tocaría casarse de nuevo.

—Seguramente, Leticia. ¿Y tú? Nunca te he preguntado si tienes un enamorado…

—Tuve tres matrimonios, dos divorcios y un duelo. Los dos primeros maridos no cuentan para nada. El tercero fue el verdadero amor de mi vida, el padre de mi hija, pero el destino me lo arrebató demasiado pronto. Murió de repente, en un museo.

—No sabía que eras viuda —comentó él.

—A ese hombre lo quiero hasta ahora y lo voy a querer hasta que me muera.

En las semanas siguientes, a medida que Leticia iba adentrándose en los diarios de Nadine, se familiarizó con el estilo y pudo descifrar mejor las anotaciones. Entonces sospechó que las iniciales de los últimos quince años de su vida no correspondían a algún amante

fugaz, como ella había supuesto, sino que eran claves. Se sobresaltó al descubrir que también las descripciones de su trabajo eran claves: cada color que mencionaba correspondía a algo que nada tenía que ver con el tejido. A menudo las iniciales CT acompañaban al color amarillo. Entre las carpetas donde Nadine tenía cientos de dibujos y muestras de lanas para sus diseños, que al principio ella había pasado por alto, encontró recortes de prensa y páginas arrancadas de libros sobre inmigración ilegal. Sabía que eso le interesaba a Nadine: contribuía con dinero y trabajo voluntario al Santuario de la Bahía Este, un grupo instalado en el sótano de una iglesia, que ayudaba a gente indocumentada. Imaginó que las claves tenían relación con eso.

Vencida por la curiosidad, Leticia llamó a Cruz Torres a México. Llevaban un par de años sin hablar, pero a la primera palabra él le reconoció la voz. Tenía setenta años y llevaba doce de vuelta en México, instalado en Puebla, donde abrió un pequeño hotel para turistas de pocos recursos con el dinero que había ahorrado en los muchos años de trabajo en Estados Unidos. Al emigrar al norte, cuando era joven, había dejado en México a una esposa, a quien siempre mantuvo desde la distancia y con quien tenía tres hijos. La iba a ver de vez en cuando, pero a medida que el cruce ilegal de la frontera se hizo más difícil, las visitas se espaciaron. En la época en que a él lo deportaron y regresó definitivamente a su país, la esposa había muerto. Cruz vivía con una de sus hijas, con quien administraba el hotel.

Tras ponerse al día sobre las respectivas vidas, Leticia le contó que por fin, después de cinco años de la muerte de Nadine LeBlanc, ella estaba ordenando lo que dejó.

—Perdone, don Cruz, espero no ofenderlo, pero he visto cartas y diarios que dejó la señora Nadine, donde usted sale mencionado…

—Tú sabes que fuimos amigos.

—Más que amigos, ¿verdad?

—Eso no se pregunta. ¿Qué quieres saber?

—Ella ayudaba a migrantes. Hablé con la monja del Santuario en Berkeley, ella me contó algunas cosas. No pude ir a verla personalmente, pero lo haré apenas pase lo del virus.

—Me alegra que la hermana Maureen siga viva. Esa irlandesa es indestructible. ¿Qué te contó?

—Que la señora Nadine les llevó gente, que transportaba migrantes desde la frontera, que escondió a familias completas cuando había redadas. Creo que ella anotaba en sus cuadernos las iniciales de esas personas y que los colores indicaban las circunstancias de cada caso. ¿Qué sabe de eso?

—Supongo que tienes razón, pero nunca vi sus cuadernos —respondió Cruz.

—Sus iniciales aparecen con el color amarillo.

—Yo pasaba gente de contrabando a través de la frontera y se la entregaba cerca de San Diego. Tal vez ese color indicaba el transporte.

—¿No le parece raro que usara claves? Es como si la señora Nadine hubiera estado jugando al espionaje.

—Debía ser muy prudente, Leticia, porque tenía en sus manos la identidad y la suerte de personas muy vulnerables.

—¿Dónde la conoció usted, don Cruz?

—En el Museo Mexicano de San Francisco, en una exposición sobre migrantes. Eran bolsas de plástico colgadas del techo con objetos recogidos en el río, donde tantas personas, incluso niños, se han ahogado tratando de alcanzar la orilla de Estados Unidos. Nadine estaba muy conmovida frente a un zapatito de bebé que flotaba en agua sucia dentro de una bolsa. Nos pusimos a hablar… Debió de ser por lo menos un año antes de que me contratara para hacer los arreglos de su casa.

—Entonces usted la inició en el asunto de los inmigrantes, ¿verdad?

—No. Ella ya estaba trabajando con la hermana Maureen y me reclutó a mí. Muchos de esos migrantes eran de Guatemala. Nadine tenía lazos afectivos y profesionales con ese país, por los telares. Protegió a mucha gente. A eso destinaba sus ingresos.

—Lo hizo durante años y años, no entiendo cómo no lo supo su marido —dijo Leticia.

—Ella prefería que él no lo supiera, para evitar comprometerlo, porque lo que hacíamos era ilegal. Pero creo que a él no le interesaba nada de eso, lo de él era la música. No hay peor ciego que el que no

quiere ver, ¿verdad? —replicó Torres.

—Me imagino que por eso a usted lo deportaron, don Cruz.

—No. Nada que ver con eso. Me arrestaron en una redada junto a otras personas. Yo tenía algunos problemas con la ley: una citación por conducir con alcohol, una instalación de electricidad sin licencia, evasión de impuestos, cosas menores, pero suficiente para ponerme en la frontera. Lo que más lamento es que no pude despedirme de Nadine cuando ella se enfermó.

—¿Cree que debo contarle a mi patrón lo que hacía la señora Nadine? —le preguntó Leticia.

—¿Para qué? Déjalo en paz. Le daría tristeza saber que su mujer le ocultaba tantos secretos y nunca lo hizo partícipe de sus actividades. Creo que desde el comienzo de su matrimonio, ella aceptó que eran totalmente diferentes y abandonó la idea de compartir con él sus inquietudes.

—Sin embargo, fueron una buena pareja —dijo ella.

—Seguramente, ya que permanecieron juntos hasta el final.

La vida se les complicó a Leticia y Mister Bogart cuando a él se le ocurrió subir a la buhardilla, se resbaló en el segundo peldaño de la escalera y se estrelló en el suelo, torciéndose un tobillo. Quedó tirado y sin aire, más del susto que del golpe. Temiendo que tuviera varios huesos quebrados o le diera un ataque, Leticia lo arrastró a duras penas a la camioneta y lo condujo a emergencias, donde lo recibió el personal sanitario cubierto de pies a cabeza en buzos verdes, con guantes, mascarillas y caretas de plástico transparente. A ella le prohibieron la entrada y tuvo que despedirse cuando se lo llevaban en una camilla, pálido como una sábana. En las seis horas siguientes, mientras a él le tomaban las radiografías del caso y lo mantenían en observación, ella lo acompañó desde el estacionamiento del hospital hablándole por el celular, hasta que se le agotó la batería. El tobillo se hinchó, pero los huesos estaban intactos. El único tratamiento era reposo y analgésicos, como dijo el médico, pero ella también le daba masajes con un ungüento de cannabis.

—Así le dicen ahora a la marihuana, qué cursilería. Quita el dolor y aquí es legal, no tengo que conseguirla con narcotraficantes —le explicó al paciente. No lamentaba lo ocurrido, porque podría regodearse en la buhardilla sin que él la vigilara.

Mister Bogart ya no pudo pasear a Paco, la única salida que hacía a pie antes de caerse, ni pedalear en su bicicleta fija o manejar la camioneta, de modo que a Leticia le tocó hacer de chófer y sacar al perro, además de ser ama de casa y dama de compañía.

—Pasamos tanto tiempo juntos que es un milagro que nos soportemos mutuamente. Esta luna de miel contigo es la más larga de mi vida —se burló él—. Al paso en que se arrastra esta pandemia, vamos a seguir encerrados para siempre. Por mí, no estaría nada mal…

—¿Cómo sigue el tobillo? —interrumpió ella.

—Igual. Te prohíbo mencionárselo a Camille, porque anda flotando en el aire la idea de que yo debería estar en una residencia de reposo. Si ella supiera que me caí, aprovecharía para presionarme. Pretende vender esta casa; la universidad ha hecho una oferta, quiere el terreno y paga una fortuna. Pero de aquí voy a salir en el ataúd, ¿me has oído? Tú me vas a cuidar hasta el final, eres joven y fuerte de espaldas —le dijo.

—Sí, pero no puedo defenderlo contra su hija. ¿Qué autoridad tengo yo? Camille puede declararlo incapacitado.

—No pienso ponerme demente y acabar en un asilo para viejos lunáticos, sentado esperando la muerte y comiendo gelatina —masculló él, y ambos se doblaron de risa imaginando esa posibilidad —. ¿Sabes, Leticia? Eres la persona más alegre que he conocido, todo te divierte, cocinas cantando y pasas la aspiradora con ritmo de rumba.

—Así somos los salvadoreños. Antes decían que El Salvador era el país de la sonrisa, pero supongo que desde la guerra civil eso de andar sonriendo se usa menos.

—Debes de tener una buena vida.

—No me quejo, porque vivo en paz, pero no siempre fue así.

—¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos? —le preguntó él.

—Veinte años. Me trajo Cruz Torres, el constructor que arregló la casa. Yo era joven cuando empecé a trabajar con usted y la señora Nadine.

—Todavía eres joven.

—Me veo bien para mis cuarenta y siete años, ¿verdad? Nosotros envejecemos mejor que los blancos —replicó ella, burlona.

—Cierto, mujer. Sé que andas escarbando entre las cosas de Nadine. ¿Qué vas buscando? —le preguntó él.

—Nada, no se preocupe. Estoy tratando de limpiar. Usted ni se acuerda de lo que tiene en la buhardilla, hay un mundo de cachivaches allá arriba. Creo que allí están instaladas las damas de la noche que usted veía por todas partes. ¿Se acuerda?

—Diles que bajen, aquí nadie las va a molestar. Y que traigan también a Nadine.

Anita

Tucson, abril-junio de 2020

Era mejor el albergue. No me gusta esto de los hogares adoptivos. Creo que este nuevo es peor que el de la señora María, porque aquí hay sólo muchachos y muy mal educados. Se lo pasan peleando y no saben ni dar las gracias. Son muy ordinarios, estos cipotes. La Tita Edu los pondría derechos en menos de una semana, eso es por seguro. Además, aquí hay que hablar en inglés. Ya estoy cansada del inglés, se siente con un trapo en la boca. Vos no querés hablar ni siquiera en español, tampoco querés comer. ¡Hasta cuándo, Claudia! Ya no eres una beba, estás grande. La señora María nos echó por culpa de tus berrinches. ¿Vos querés que terminemos mendigando en la calle? La verdad es que la señora María tenía muy poca paciencia y yo le caía mal. Creo que me odiaba. No nos echaron por culpa tuya, Claudia, vos sos una cipotilla muy tranquila. Fue bueno salir de allí.

La psicóloga hablaba español y no quiso que la miss Selena entrara en su oficina conmigo. Me prestó unos muñequitos para que jugara un rato, pero le expliqué que eso es para niños chicos y yo voy a cumplir ocho años. Dijo que entonces íbamos a conversar no más. Me preguntó por la Didi, por vos, por la vida que teníamos antes y de la mama. También me preguntó del hogar de la señora María y de mojar la cama y del asunto del ropero, pero no me puse a chismear sobre eso, no sé cómo lo supo. Le tuve que contar de la Hielera y de cuando se llevaron a la mama y a mí me agarraron a la fuerza y por más que tiré patadas y chillé y chillé, me subieron al bus. No me gusta acordarme de eso, porque me dan ganas de llorar. No es bueno llorar con las psicólogas, eso aprendí antes, cuando iba a la psicóloga de la escuela.

Se ponen nerviosas. Después la miss Selena me dijo que no me preocupara, que me iban a mudar a otro hogar.

Pero este hogar nuevo tampoco me gusta, aunque la dueña es mejor que la señora María. Me dijo que nos íbamos a llevar muy bien, que siempre quiso tener hijas y Dios no se las dio, que yo iba a ser como su hija. Le expliqué que eso no puede ser, porque tengo una mama verdadera. No puedo decirle mama. Tampoco puedo decirle tía, porque eso no se usa aquí. Me dio permiso para decirle Susan, aunque a mí eso me suena un poco confianzudo. Y a su marido no hay que decirle papa ni tío, se le dice mister Rick. Es por respeto no más, para que no se enoje. Y a esos cipotes que no son mis hermanos, mejor no hablarles nada.

Estas pastillas rosadas hay que masticarlas y tragárselas, porque son vitaminas. No son asquerosas. Hay que cerrar los ojos y pensar que saben a chupete de fresa o a caramelos. La Susan dice que debo comer más y tomarme las vitaminas, porque estoy muy flaca y así no voy a crecer. No es mi culpa si la comida sabe raro. La Susan dijo que nunca le había tocado alguien a quien no le gusten los sándwiches y que va a buscar una receta de pupusas en internet, pero no creo que cumpla, porque no tiene tiempo y no sabe cocinar, sólo sabe hacer sándwiches. Dijo que las vitaminas son necesarias, pero lo de las vacunas fue una sola vez, cuando llegué aquí al norte; no tienen que vacunarme de nuevo. Me da la pastilla y se queda mirando hasta que me la trago y tengo que abrir la boca y mostrarle que no la escondí debajo de la lengua. ¿Cómo la voy a esconder? Es muy grande.

Hay que hacer lo que dicen las maestras en el Zoom, porque no se puede ir a la escuela. Es por el virus. Las escuelas están cerradas y todos los niños tienen que estudiar en la casa, por eso los cipotes que no son mis hermanos están todo el día aquí, molestando. La Susan no los puede controlar, hacen lo que quieren, no estudian nada, se lo pasan con juegos de vídeo y viendo la televisión. Sólo se portan bien cuando llega mister Rick, porque a él sí que le tienen respeto. Mister Rick es la autoridad en esta casa. Conmigo trata de ser amable, pero

no le resulta.

Yo no veo mucho en el Zoom, mejor dicho, no veo casi nada, pero puedo oír lo que dice la maestra. Las lecciones son para niños chicos. Le expliqué a la Susan que soy un poco ciega, pero no soy ignorante, puedo estar en una clase para niños de mi edad. Entiendo bastante el inglés. La miss Selena va a tener que arreglar este asunto, porque por el momento no estoy aprendiendo nada, estoy perdiendo mi tiempo.

Mister Rick trabaja en el correo y por eso sale todos los días. Algunas personas pueden salir a trabajar, pero con mascarilla. El correo es como el camión de la basura y la ambulancia del hospital, tiene que estar funcionando siempre. Mister Rick tiene un olor raro. Antes del accidente yo no me fijaba en el olor de las personas, a menos que fueran muy hediondas, pero ahora puedo reconocer a cada uno por eso. Por ejemplo, cuando pongo la ropa en la lavadora, sé de quién es cada camiseta. Todos estos muchachos huelen mal, pero no todos igual, cada uno es diferente. La Tita Edu decía que yo me estaba poniendo como los perros y podía emplearme en el aeropuerto para agarrar a los que andan con drogas. Hay algunas personas con olor alegre o bondadoso, hay otras con olor a maldad. La Susan huele a paciencia y también a tristeza. Mister Rick huele a algo quemado en el fondo de una olla. Puede ser el olor del correo.

Mi angelina me explicó que es invisible y a veces le cuesta bastante ponerse visible, pero que no me preocupe, porque ella siempre anda cerca y sabe que quiero estar con la mama. Está trabajando en eso, como Frank. Me dio una idea muy buena para el asunto de la tristeza. Me dijo que en vez de llorar podía hacerme invisible. También eso cuesta bastante. Hay que concentrarse con mucha fuerza. Es lo mismo que hace ella para ponerse visible, pero al revés. Te voy a enseñar a vos, Claudia, y vamos a practicar juntas cuando estemos solas.

Eso de la invisibilidad es muy útil, porque sirve para muchas cosas. Por ejemplo, cuando estos cipotes que no son mis hermanos empiezan a molestar, en vez de pelear, que no resulta porque son más grandes, nos podemos concentrar y volver invisibles, entonces no nos pueden

hacer nada. También sirve cuando no queremos que nadie nos hable, o cuando estamos asustadas.

Pero nunca, nunca, hay que usar la invisibilidad si mister Rick o uno de los cipotes más grandes o cualquier otro hombre o niño nos toca allá abajo, como hizo ese Carlos una vez. Nadie nos puede tocar. Eso me enseñó la Tita Edu. Si me tocan, tengo que chillar lo más fuerte que pueda. Y vos también, Claudia, ¿me lo prometés? Mister Rick no tiene nada que hacer conmigo cuando estoy en cama. Me quedo despierta lo más que puedo para vigilar, porque puede ser que mi angelina de la guarda necesite ayuda para eso. Si veo a mister Rick o a cualquiera de los cipotes grandes cerca de mi cama, voy a gritar y gritar. Vos tenés que hacer lo mismo. No es cierto que si gritamos o se lo decimos a alguien nos van a poner en la calle. Lo que hacemos si nos ponen en la calle es llamar a la miss Selena. Yo tengo su número y me puedo conseguir un celular. También tengo el número de Frank, pero él vive más lejos y se demoraría en llegar.

Este hogar adoptivo, o como se llame, es puro relajo y más relajo. No aguanto tanto bochinche. Lo peor que nos ha pasado aquí en el norte fue la Hielera, cuando se llevaron a la mama. Y lo segundo peor que nos ha pasado es este hogar. La Susan dice que ya no puede más, que está harta con el alboroto de los muchachos, que si le hubieran tocado sólo niñas como yo, que no hago desorden y la ayudo con el aseo y el lavado, su vida sería mucho más aliviada, que está deprimida y cansada. Creo que por eso se pasa el tiempo tirada en el sofá viendo la televisión y comiendo; esa panza enorme que tiene no es porque tenga un bebe adentro. Fijate vos en el desorden que hay, ando tropezando con las cosas tiradas por el suelo, y en lo pringoso que está todo, para qué decir el baño. El olor es asqueroso, me dan ganas de vomitar. Si la Tita Edu viera esto le daría un ataque. Para lo único que le quedan fuerzas a la Susan es para pelear con su marido. Está esperando a que llegue para empezar a gritarle. A mí me quiere, me parece, pero no puede protegerme. Tengo que andar bien despierta para que los cipotes grandes no traten de apoderarse de la Didi o pelear y para ponerme invisible cuando llega mister Rick.

¿Viste vos, Claudia? ¡Lo del hoyo resultó! Ese hueco chiquito en la pared fue justo lo que se necesitaba para dejarle el mensaje a mi angelina. Cumplió con sacarnos de este hogar adoptivo. Por fin nos vamos de aquí. La miss Selena me dijo que era por poco tiempo, pero creo que hemos estado aquí como tres meses o tres años, ya ni me acuerdo. Llevamos mucho tiempo aquí en el norte, porque fijate cómo ha cambiado el clima, ahora hace más calor que allá en El Salvador, pero el aire se siente seco. No llueve. ¿Te acordás del ruido de la lluvia? Era más fuerte que la ducha. Aquí se divide el año en primavera, verano, otoño, invierno, pero es difícil saber cuál es cuál. Yo he contado las estaciones según el calor: caliente cuando llegamos; más o menos fresco en el albergue; caliente pero no tanto en el hogar de la señora María; muy caliente aquí donde la Susan. Sí, ha pasado mucho tiempo, eso es seguro. Hay que tener paciencia. Así es la vida.

Y seguimos esperando a la mama. Me parece raro que todavía no nos haya venido a buscar, ni siquiera nos ha llamado. Debe ser que donde ella está no hay teléfono. Cuando la miss Selena pueda hablar con la mama, le va a decir dónde estamos. No estamos perdidas, Claudia. No hay que tener miedo, estamos separadas no más. Al menos podemos hablar con la Tita Edu de vez en cuando. A ella no hay que decirle lo de mister Rick, porque está lejos y no quiero clavarle un cuchillo en el corazón.

Lo que pasó con mister Rick fue bien bueno, Claudia. Yo sabía que eso iba a pasar, lo sentía aquí, en la barriga, como un pensamiento atorado. Eso sentía cuando él andaba cerca y me daba dulces y me hacía cariños. No hacía nada de eso con los otros niños. Es un hombre malo, como Carlos. Ya sé que me llevé un susto grande, pero también fue bueno, porque ahora nos van a mudar a otra parte y no va a ser otro hogar adoptivo como este y el de la señora María. Mi angelina cumplió con eso, pero ahora le falta lo más urgente, que es encontrar a la mama. La miss Selena nunca dice encontrar, pero no soy tonta, me doy cuenta de que no sabe dónde está, porque si lo supiera ya la habría llamado.

Cuando mister Rick entró en la pieza muy callado, me despertó el

olor del correo, pero antes de que alcanzara a hacer nada, me tapó la boca y se me echó encima y empezó a bajarme la pantaleta a tirones con la otra mano y a resoplar como perro y decir que si me quedaba quieta me iba a dar lo que quisiera y si no me iba a estrangular. No me podía mover y tampoco podía respirar, me iba a morir ahogada y él me estaba abriendo las piernas y metiendo algo. Pero entonces pude morderle la mano y empecé a gritar a todo dar, como me enseñó la Tita Edu. «¡Susan! ¡Susan! *Help!*». Mister Rick saltó, pero se enredó en los shorts, me parece. Y seguí chillando y se despertaron todos en el hogar y no sé cómo la Susan apareció en menos de un minuto, cuando su marido todavía estaba por el suelo. Después yo dije la verdad y la Susan se puso más rabiosa que nunca y mister Rick se fue con un portazo. Por eso llegó la miss Selena tempranito por la mañana; creo que la Susan la llamó. Por suerte vos ni te enteraste, cipota, fuiste la única que no se despertó con la gritería.

Mister Bogart

Berkeley, junio-septiembre de 2020

En su larga vida Samuel Adler había visto ciudades desoladas por la guerra, pero nada como las escenas de la pandemia, las calles y edificios intactos de Nueva York, Roma o Shanghái, donde no se veía un alma. Parecía una catástrofe de ciencia ficción. En California se habían impuesto medidas drásticas para combatir al virus, pero en otros estados las directivas eran confusas; cada gobernador y alcalde tomaba decisiones de acuerdo con vaivenes políticos locales, sin consideración por la ciencia. Obligado a permanecer en su casa en una cuarentena que ya duraba varios meses, veía en la televisión cómo la vida se había detenido en el mundo y olía en el aire el humo de los incendios cercanos, que ese verano arrasaban con millones de hectáreas de bosque. A veces el humo era tan denso como neblina y el sol era una difusa luz anaranjada en un cielo colorado. Le dijo a Leticia que debían prepararse para evacuar en cualquier momento, había que tener a mano los documentos de identidad y dinero en efectivo, llenar la camioneta de gasolina y poner adentro botellas de agua, alimento para el perro y el loro, mantas, en fin, lo indispensable.

—Si nuestro destino es morir achicharrados, no veo de qué nos van a servir esos preparativos —replicó ella.

—Hazme caso, mujer, no seas fatalista.

—A ver qué nos mata antes, el virus o los incendios.

—No temo que el virus me mate, porque nos estamos cuidando, pero temo que me robe el tiempo que me queda y me convierta en un anciano chocho. Los desafíos que me mantenían alerta, como la música y mis conferencias, se congelaron. Mis planes de ir a las

Galápagos y a la isla de Pascua se fueron al diablo.

—Es preferible así. Para ver tortugas y estatuas, mejor se queda aquí. Tiene que cuidarse.

Samuel era consciente de que la gente de su generación se estaba muriendo, ya le quedaban pocos conocidos de su edad. Antes eso era algo que les ocurría a otros, pero en los últimos meses sentía a la muerte mordiéndole los talones. Desde que perdió a su mujer, la vejez se había acelerado. Pensaba mucho en su propio fin, en que podía ocurrir de repente, sin que alcanzara a poner orden en su vida. Iba a dejar demasiadas huellas visibles de su paso, como Nadine, pero lo peor eran las huellas que sólo él conocía: basura sentimental, arrepentimientos, bochornos, mezquindades. Hacía un ejercicio diario de desprenderse de rencores y dar las gracias. Lo había aprendido de Nadine, pero sólo empezó a ponerlo en práctica en los últimos años, cuando ella ya no estaba para conducirlo de la mano por ese camino. De vez en cuando su mujer llegaba para visitarlo como un súbito golpe de viento y entonces se paralizaba y dejaba de respirar para no asustarla, pidiéndole calladamente que se quedara un poco más con él.

Le dolía el tobillo y andaba torcido y cojeando por la bota ortopédica, pero se negaba a mencionar sus achaques y se enojaba si Leticia se afanaba demasiado en atenderlo. El tropezón en la escalera le restó seguridad, se movía con cautela, no se atrevía a manejar la camioneta y temía no poder andar en bicicleta al aire libre nunca más. ¿Sería el principio del fin? ¿Cuánto tiempo más podría resistir el deterioro inevitable del cuerpo? ¿Y la mente? De repente se le perdía una palabra, un nombre, una idea y entonces lo invadía el pánico del olvido, la posibilidad espantosa de seguir viviendo sin poder pensar ni recordar. Había calculado que si su corazón aguantaba y no sufría un accidente, podría vivir hasta los noventa y tantos; eso significaba que le quedaban más o menos mil quinientos días en el calendario. No eran muchos, se iban volando; de hecho, ya había gastado ciento y tantos encerrado en su casa.

—Si no fuera por ti, la chiquilla y Paco, estaría más solo y deprimido que un condenado a muerte —le dijo a Leticia.

—No olvide al Panchito —replicó ella.

Samuel le tenía poca simpatía al loro alcohólico de Leticia, que al menor descuido metía el pico en su trago de vodka y después andaba con las plumas erizadas estrellándose contra las paredes.

—La niña lo va a necesitar por lo menos diez años más, Mister Bogart, así es que no piense en morirse.

Primero fue una llamada telefónica para Leticia de un tal Frank Angileri, quien se presentó como abogado y dijo que estaba a cargo de la defensa de la menor Anita Díaz. Leticia respondió que no tenía idea de quién era esa Anita y le colgó. El hombre volvió a llamar a los treinta segundos y nuevamente Leticia le colgó. Llamó por tercera vez y Samuel cogió el teléfono y pidió una explicación. El hombre dijo que necesitaba hablar con Leticia Cordero por un asunto de familia, entonces ella se puso en el otro teléfono y escucharon juntos al abogado, ella cada vez más descompuesta y él más intrigado.

—Se trata de una niña que acaba de cumplir ocho años. Llegó de El Salvador con su madre a la frontera de Nogales, en octubre del año pasado. Fueron separadas y Anita fue enviada a un albergue. En vista de que no pudieron reunirla con su madre u otro familiar, fue colocada temporalmente en un hogar adoptivo. No era el lugar ideal para ella. La trasladaron a otro y…

—Yo no la conozco —lo interrumpió Leticia.

—Un momento, Leticia. Vamos a escuchar el resto de la historia —le dijo Samuel.

—Hemos averiguado que Leticia Cordero es prima del padre de la niña.

—¿Dónde está él? —le preguntó Samuel.

—Murió en 2015. Su nombre completo era Rutilio Díaz Cordero. En El Salvador el apellido del padre, Díaz en este caso, va antes que el de la madre, que rara vez se usa.

—¡Ah! Por eso la niña lleva el apellido Díaz.

—Exactamente. ¿Sabe quién era Rutilio Díaz, señora Cordero? —le preguntó el abogado a Leticia.

—Vivo aquí desde chica, señor. No he tenido ninguna relación con

familiares en El Salvador —le explicó ella.

—Pero ¿cree que esta niña podría ser de su familia?

—No sé… ¿Cómo me ubicaron?

Frank Angileri le explicó que había empleado a uno de los investigadores que trabajaban con su firma de abogados. Era un experto en descubrir pistas y pruebas y encontrar testigos y sospechosos. El único dato disponible era que, antes de que perdieran contacto con ella, Marisol Díaz había mencionado a una prima llamada Lety o Leticia, que vivía en California. No fue posible hallar a alguien con ninguno de los apellidos de Marisol: Andrade o Díaz, pero el investigador se comunicó con la abuela Eduvigis, en El Salvador, y averiguó que Cordero era su apellido, por lo tanto ese era el apellido materno del difunto esposo de Marisol. Buscó a una Lety o Leticia Cordero con la esperanza de que no fuera indocumentada, porque en ese caso no habría podido encontrarla.

—Nos demoramos, pero tuvimos suerte —concluyó el abogado.

—Nadie me llama Lety ahora. Así me decían de chica —murmuró Leticia.

—¿Quiere conocer a su sobrina?

—No sé…

—¿Qué pasó con la madre? —le preguntó Samuel.

—Desapareció. Pensamos que fue deportada.

—¿Desapareció?

—Nadie la ha visto en El Salvador. Podría ser que la deportaran a otro país, a veces se producen confusiones. A muchos simplemente los mandan a México con instrucciones de esperar a que los llamen para que un juez escuche su caso. Eso puede tomar meses y hasta años. Al otro lado de la frontera hay campamentos de refugiados, docenas de miles de personas viviendo en tiendas, en pésimas condiciones.

—Lo sé. Leo la prensa.

—El público no conoce ni la mitad de lo que está sucediendo.

—En resumen, señor Angileri, en este momento Anita Díaz no cuenta con madre ni padre, ¿verdad? —le preguntó Samuel.

—Así es, señor. Mientras procuramos encontrar a la madre, lo que está resultando difícil, sería de gran ayuda que Anita estuviera a cargo

de un familiar. Estoy tramitando su asilo definitivo y viendo la forma de traer a la madre para la reunificación, pero eso puede tomar un buen tiempo, especialmente ahora con la pandemia. Anita es una niña inteligente, bien educada y respetuosa.

Hubo una pausa de casi un minuto en la conversación, mientras Leticia se secaba el llanto y Samuel pensaba en su propio pasado. Las imágenes dolorosas que había mantenido guardadas en un compartimento secreto del corazón regresaron torrencialmente: los gritos, el humo, el miedo, su madre, tan linda y triste, despidiéndolo en la estación. Y también el viejo coronel Volker en su uniforme, prendiendo la mágica medalla al valor en su abrigo. Ochenta años después todavía tenía la medalla junto a su violín. Había cambiado de instrumento varias veces a lo largo de su carrera, pero la medalla y la fotografía de sus padres siempre habían estado pegadas en el estuche. Sin embargo, no podía recordar a su padre, que había permanecido ausente durante los últimos días antes de que a él lo mandaran a Inglaterra. ¿Lo quería su padre tanto como estaba seguro de que lo quería su madre? Había olvidado casi todo lo sucedido antes de esa noche terrible de los cristales rotos. Antes de eso, ¿fue un niño feliz? Se preguntó si había borrado a propósito sus primeros cinco años o si simplemente era demasiado joven para recordarlos. Anita era mayor de lo que él había sido cuando fue separado de su familia. Ella no olvidaría nada.

—Me gustaría explicarles la situación personalmente y mostrarles la documentación y algunas fotografías, pero debido al virus eso no será posible —concluyó Angileri.

—Denos un momento. ¿Puede llamarnos dentro de diez minutos, por favor? —le pidió Samuel.

Gastó los diez minutos en convencer a Leticia de que el deber de ambos era ayudar a esa niña, que ya había sufrido demasiado. Que fueran parientes o no lo fueran, daba lo mismo. El destino les presentaba la oportunidad de hacer algo por ella y sería una imperdonable vergüenza dejar de hacerlo por simple comodidad.

—Aquí nos sobra espacio. Mira todas las habitaciones que hay en esta casa —argumentó.

—¿Quién se va a ocupar de esa chiquilla? ¿Usted? —replicó ella.

—Nos vamos a ocupar los dos.

—A usted se le ha olvidado lo que es lidiar con niños, Mister Bogart. Además esta nena está traumatizada, echa de menos a su madre, ha sido arrancada de todo lo que conoce, de su familia, sus amigos, su escuela, su barrio, su lengua. ¿Se imagina lo que es eso?

—Perfectamente.

—Es un problema. Pobrecita…

—Exacto, Leticia: pobrecita. Vamos a decirle que sí al Angileri y después vemos cómo nos arreglamos.

—Prométame que pase lo que pase, usted no se va a quejar. Una vez que esa chiquilla esté aquí, ya no irá a ninguna otra parte, sólo a reunirse con su madre, ¿de acuerdo?

—Te lo prometo.

Y así comenzó esa aventura. Dos días más tarde Angileri organizó una reunión por Zoom con Anita Díaz y Selena Durán, a quien presentó como la trabajadora social que conocía a la niña mejor que nadie. Samuel se dio cuenta de que tanto ella como el abogado se habían prendado de la niña y no dejarían piedra sin remover hasta encontrar a la madre. Angileri no les había mencionado que Anita era ciega y al principio no se dieron cuenta, porque la imagen del Zoom era mala, pero pronto fue evidente. Ese fue el factor decisivo que demolió las últimas defensas de Leticia.

A Samuel la niña le provocó un tsunami de recuerdos dolorosos, sintió que se le abría el corazón. Sufría de arritmia cardíaca, una condición incómoda a la cual era inútil prestarle mucha atención, pero él había desarrollado el hábito de tomarse el pulso en la arteria del cuello y escuchar sus latidos. El hueco en el pecho se le fue agrandando como un bostezo en esa media hora viendo a Anita en la pantalla, tan pequeña y frágil. Así era él a esa edad.

—¿Cuándo vendrá la niña? —le preguntó a Selena Durán.

—Dentro de dos semanas. Yo la iré a dejar a su casa. Nos hicimos la prueba de covid-19 y resultó negativa, pero por precaución estaremos

en cuarentena.

—¿Cómo van a venir?

—En auto —dijo ella.

—¿Va a manejar desde Nogales? ¡Es muy lejos!

—Por el camino vamos a quedarnos donde un par de amigas. Se harán la prueba del virus. Seremos cuidadosas, no se preocupe.

—¿Qué necesitamos para recibir a Anita?

—Nada especial. Está acostumbrada a lo mínimo. Sólo necesita estabilidad y afecto.

—Me preocupa su ceguera, esta es una casa grande y está llena de cosas.

—No se preocupe por eso, señor Adler. Anita ve figuras borrosas, como a través de un vidrio ahumado o con vaselina. Con buena luz y una lupa puede leer si la letra es grande. Tiene un agudo sentido del espacio y la dirección, memoriza fácilmente, no anda a tropezones, se ubica rápido en cualquier parte.

Después del Zoom a Leticia le bajó un delirio de actividad. Disponían de un par de semanas, pero no quiso perder ni un minuto. Empezó por trasladarse al segundo piso para dormir al lado de la habitación de Anita. Le arregló la otra pieza con un papel mural amarillo limón salpicado de margaritas y mariposas y encargó una colcha para la cama con dibujos de Disney, horrenda según Samuel. «Esta niñita necesita alegría. No podrá ver los dibujos, pero creo que verá algo del color», decidió. Armada de escalera, brocha y un balde de pegamento, instaló el papel en las paredes de acuerdo con las instrucciones que encontró en internet, mientras el viejo y el perro la observaban admirados. Llenó la despensa y la nevera con suficiente comida para sobrevivir a un asedio. Decidieron esperar a que llegara antes de encargarle ropa, porque no sabían las medidas, pero le compraron algunos juguetes y audiolibros.

—No creo que Anita sepa leer braille —dijo Samuel.

—Debe de estar muy atrasada en la escolaridad.

—Apenas se pueda la vamos a inscribir en la escuela de ciegos en Fremont; queda más o menos a cuarenta minutos de esta casa.

—Tal vez no sepa suficiente inglés para eso —dijo Leticia.

—Lleva varios meses en este país, algo debe de hablar. Me voy a encargar de que lo aprenda correctamente. He sido profesor durante muchos años, Leticia. Si he podido enseñarles música a alumnos sin talento, puedo enseñarle inglés y algo más a esa chiquilla.

El día señalado Selena los llamó media hora antes de llegar. Leticia se había esmerado en preparar platos de El Salvador para que Anita se sintiera como en su hogar: frijoles, plátano frito, tortillas de maíz y un pastel, también horchata, una bebida de granos, semillas, arroz, leche y especias. Ambos esperaban a la niña con tanta ansiedad, que se tomaron un whisky doble cada uno a las diez de la mañana para dominar los nervios.

—¿Qué vamos a hacer si Anita nos cae pesada, Mister Bogart? —le preguntó Leticia.

—Sería terrible, mujer. La empatía es algo misterioso, no obedece a ninguna regla conocida, se da espontáneamente o no se da en absoluto, es imposible forzarla.

No tenían por qué anticipar esa posibilidad, porque apenas la niña descendió del empolvado automóvil de Selena Durán, con su mochila a la espalda, los conquistó. Era un cervatillo de piernas delgadas y ojos asustados asomando por encima de la mascarilla reglamentaria, con su vestido de segunda mano y zapatillas deportivas. Avanzaba vacilando, de la mano de Selena, aferrada a una muñeca de trapo. Leticia se agachó y la estrechó en sus brazos, emocionada.

—Yo soy tu tía Leticia. Este es Mister Bogart, el perro es el Paco y en la cocina hay un loro que se llama Panchito. También hay dos gatos que vienen a comer y a veces se quedan a dormir, pero son medio salvajes y no tienen nombre —le dijo con voz temblorosa.

—Bienvenida —fue lo único que se le ocurrió decir a Samuel.

Hizo bien en no acercarse; habría de pasar un buen rato antes de que Anita se sintiera cómoda con él. Después Samuel supo que desconfiaba de los hombres y supuso que su pelo blanco la tranquilizó.

Los comienzos fueron tensos, pero el ambiente se relajó cuando Leticia sirvió la horchata y el pastel de tres leches, que según ella era

el más popular en El Salvador. Le entregó uno de los regalos que tenían para ella, una muñeca que caminaba como un zombi mediante un par de pilas en la barriga. Anita se entretuvo unos minutos comprobando a tientas cómo funcionaba, pero no se separó de la suya. Samuel le preguntó si conocía alguna canción y consiguió que tarareara una ronda infantil, que él desarrolló en el piano con algunas florituras de pretencioso estilo barroco. Eso le encantó a Anita y le ofreció otras sencillas melodías, que sufrieron la misma suerte. Después Leticia le preparó un baño, porque venía cansada del viaje, mientras Samuel se instaló con Selena para recibir las instrucciones necesarias.

—Le agradezco que nos trajera a Anita —le dijo.

—No, señor, soy yo quien debe agradecerles a usted y a Leticia que la reciban. Ha sido muy vapuleada por la crueldad del sistema de inmigración.

—Esto de separar a las familias es inhumano, una vergüenza para este país… —masculló Samuel, indignado.

Selena le explicó que la ceguera de Anita era más o menos comparable a la condición de un paciente de degeneración macular avanzada. Un desafortunado accidente de automóvil ocurrido hacía un par de años le hirió las córneas, pero en su caso el daño no era progresivo.

—Me parece que hay un tratamiento que puede ayudarla —agregó.

—Debe de ser un trasplante de córnea. Voy a averiguarlo —dijo Samuel.

—Marisol, la madre, le dijo al oficial de asilo en la entrevista que la razón para escapar de su país era que estaba en peligro de muerte, y agregó que esperaba conseguir ayuda para Anita en Estados Unidos. Eso no la favoreció, porque el oficial lo interpretó como la intención de abusar del sistema de salud.

—Hay una escuela de ciegos relativamente cerca de aquí. Yo me haré cargo del costo. La niña no estará abusando del sistema —le dijo Samuel.

—Con ayuda, creo que Anita es capaz de asistir a una escuela normal. Sabe leer y escribir. Es buena estudiante y tiene una gran

memoria auditiva, le basta escuchar algo una sola vez y puede repetirlo semanas más tarde.

—Eso me gusta, quiere decir que puedo enseñarle música.

—El juez autorizó a la niña a quedarse en este país hasta que encontremos a su madre —le explicó Selena—. Frank Angileri demostró que es víctima de un lamentable lío administrativo. No es el único caso, por desgracia, pero la condición de Anita ablandó al juez. Supongo que lo último que deseaba era que saliera en la prensa que había deportado a una niñita ciega separada de su madre.

—¿Cuánto tiempo se quedará con nosotros?

—No puedo decirle. Tiene permiso de asilo temporal. A comienzos de febrero fui con Frank Angileri a El Salvador en busca de Marisol Díaz. No la encontramos.

Leticia y Samuel llevaban meses aislados antes de la llegada de Anita y se habían organizado como un viejo matrimonio; se ceñían a sus rutinas, respetaban el espacio de cada uno y se divertían en los ratos en que estaban juntos. La convivencia forzosa de la pandemia les brindaba una oportunidad extraordinaria de conocerse y mientras más se conocían, más se estimaban. La niña cambió el ritmo de la casa y los hábitos de ambos, pero también los acercó más. Con ella, eran una familia.

La primera noche que pasó en casa de Samuel fue difícil, porque Anita parecía asustada y se arrinconó en el suelo, aferrada a su Didi, que estaba inmunda. El papel mural amarillo y la colcha nueva, que la habían deleitado al llegar, aunque apenas podía distinguir los colores, por la noche le daban miedo, porque nunca había tenido una habitación para ella sola. A Samuel le pareció razonable; ese papel también a él le producía escalofríos. Costó casi una hora que se metiera en la cama y no se durmió hasta pasada la medianoche. Al día siguiente Leticia la encontró de nuevo acurrucada en un rincón, llorando callada, y comprobó que había mojado la cama.

—No importa, Anita, eso le puede pasar a cualquiera —le dijo tratando de consolarla.

—Antes, cuando vivía con la Tita Edu, nunca mojé la cama. No sé por qué me pasa ahora —replicó la niña sollozando.

—Shhh, querida, no hay problema, vamos a cambiar la sábana y listo.

Leticia informó a Samuel de lo ocurrido y a él no lo tomó de sorpresa.

—Ya no tiene edad para eso —le comentó Leticia.

—¿Qué vamos a hacer?

—En su país dormía con su abuelita o su madre. Tendrá que dormir conmigo. ¿Puedo usar la cama de Camille? Es ancha.

—Puedes usar lo que quieras. Vamos a tener que trasladarla.

Nadie podía ayudarlos en esa tarea. Samuel no tenía la fuerza de antes, pero estaba lejos de ser un inválido. A pesar de su tobillo dislocado pudieron desarmar la cama de Camille y reemplazar la de Leticia. Desde que Anita empezó a dormir con su tía, dejó de orinarse. A Samuel la solución le parecía poco higiénica, pero la aceptó sin comentarios, porque recordaba el miedo que él sentía de chico por las noches cuando llegó a Inglaterra y cómo hundía la cabeza bajo la almohada para que nadie oyera su llanto.

A veces despertaba aterrado con la misma pesadilla recurrente. Estaba oscuro, era de noche cerrada, oía las ramas de un árbol golpeando la ventana y el grito de una lechuza. Se hallaba en una cama dura y angosta, hacía mucho frío, estaba helado, pero sentía algo caliente debajo de su cuerpo y comprendía con horror que se había orinado. ¿Cuántas veces vivió ese momento en la infancia? La vergüenza, la humillación, el llanto sofocado, las recriminaciones, el castigo, las burlas de los otros niños. La memoria de aquel tiempo era más vívida que el presente, por eso sentía una compasión infinita por Anita, que pasaba por lo mismo. Sabía exactamente lo que ella sufría, sabía por qué llamaba dormida a su madre, sabía por qué se instalaba durante horas en la entrada de la casa escuchando los ruidos de la calle y esperando a que Marisol apareciera.

La última vez que Samuel vio a su madre, ella lo despedía en una estación, en medio de una multitud. Él era muy pequeño, llevaba un abrigo holgado y una bufanda de lana, los zapatos le quedaban

grandes. Partía con cientos de otros niños en un tren. Durante muchos años esa imagen era confusa, desarticulada, incomprensible, pero en algún momento de su juventud pudo juntar los pedazos del rompecabezas y entendió cabalmente de qué se trataba. Los niños del tren eran judíos y su madre, como el resto de las familias en el andén, decidió mandarlo a Inglaterra solo, a cargo de desconocidos y sin ninguna seguridad sobre el futuro, para salvarlo de la violencia de los nazis. Tenía la esperanza de que fuera una solución temporal, de que pronto estarían juntos de nuevo.

Muchos años antes, en 1995, Samuel Adler visitó el Museo del Holocausto en Washington. Antes había ido a Viena a ver el barrio donde nació. En el lugar donde estuvo el edificio de la clínica y el apartamento de su familia, encontró un banco. También fue a ver las ruinas de Dachau, Ravensbrück y Auschwitz, un viaje al fondo de la depravación humana. Quedaba muy poco, pero todavía estaban los restos de algunos barracones, los cercos de alambre de púas, las torres de vigilancia y las chimeneas de los hornos crematorios, suficiente para tener una idea cabal de los crímenes que allí se llevaron a cabo. Recorrió esas siniestras instalaciones en un silencio abrumador, ni pájaros había en los alrededores, ni una brizna de vegetación. Tuvo la certeza de que el aire estaba lleno de presencias, hombres, mujeres, ancianos, niños, millones y millones de almas.

En el museo examinó listas de las víctimas del genocidio y encontró el nombre de su madre, Rachel Sara Adler, y los de su tía Leah y toda su familia materna, pero no el de su padre. Los nazis llevaban un registro al día de sus acciones, hasta las mayores atrocidades eran debidamente documentadas, pero algunos registros fueron sistemáticamente destruidos durante la derrota.

Para Samuel, ese peregrinaje doloroso era inevitable. Al subir al tren del *Kindertransport*, sus raíces fueron cercenadas, perdió a sus padres y abuelos sin explicación ni despedida. Creció esperando. La nostalgia y la angustia fueron los sentimientos más poderosos de aquellos años. Vivió su infancia fragmentado, dividido entre el áspero

presente del cual deseaba escapar y la nebulosa fantasía de una familia y un hogar, que alimentaba con recuerdos cada vez más vagos de un pasado mítico.

Pasó tres días consecutivos yendo al museo desde que abría hasta el cierre. Se empapó de las historias, memorizó las fotografías, convivió con los espectros, lloró sin consuelo y maldijo con la ira acumulada por décadas. Aceptó que su suerte no resultaba excepcional, él era uno más entre millones de víctimas. Entendió que la única opción de su madre era separarse de él para darle la oportunidad de vivir. Imaginó que el sufrimiento de ella fue mucho peor que el suyo propio y que Rachel murió con el nombre de su único hijo en los labios. Fue la clausura que Samuel necesitaba para comprender que nunca podría exorcizar sus demonios, tendría que aprender a convivir con ellos.

En los meses siguientes Samuel y Leticia adoptaron de manera natural el papel de abuelo y de tía de Anita Díaz hasta el punto de que les costaba recordar cómo habían sido sus vidas antes de su llegada. Acondicionaron el ambiente para que la niña pudiera moverse con facilidad, movieron los muebles, quitaron las alfombras en las que podía tropezar y pusieron tantas luces, que según Samuel la casa encandilaba de lejos y era un peligro para la aeronáutica. Leticia se encargaba de las tareas prosaicas —alimentarla, bañarla, peinarla—, y Samuel la entretenía y educaba. Anita era totalmente inapetente, costaba una batalla que comiera, pero Samuel insistía en que se sentara a la mesa con los adultos. La niña usaba correctamente los cubiertos y la servilleta, tenía buenos modales y pedía permiso antes de levantarse. «Muchas gracias, tía Leticia, muchas gracias, Mister Bogart», decía en inglés, para que él entendiera. Al principio evitaba a Samuel, pero pronto empezó a sentirse más segura, le perdió el miedo y ella misma lo buscaba. El viejo la estaba preparando para que apenas abrieran la escuela pudiera ir a clases. Le encargó los textos escolares que le correspondían por edad, todos en inglés, y estudiaba con ella tres horas diarias. La chiquilla aprendía con avidez. Como no podía escribir a mano, le prestó una vieja máquina de escribir, que

ella lograba usar con dificultad, y le encargó una computadora con teclado especial para no videntes.

Para Anita, lo más interesante era el piano. «Es más fácil que escribir a máquina, porque si me equivoco suena feo», decía. Era disciplinada y entendía que para desarrollar la agilidad de los dedos debía hacer escalas a diario.

—Hay memoria visual, que para ti es un problema; memoria auditiva, que no te cuesta nada; y para la música necesitas memoria emocional y muscular. Tus dedos deben recordar y tocar solos, impulsados por los sentimientos —le repetía Samuel.

—Puedo tocar de oído —alegaba ella.

—Sí, pero para hacerlo en serio tienes que aprender a leer música y hacer los ejercicios todos los días.

Empezó por escribir las notas en grande con un plumón negro, que ella podía leer con su lupa. Encargó por internet varias partituras en braille y se dispuso a estudiar el sistema para poder enseñárselo a su alumna. Anita tendría que leer la partitura al tacto y memorizarla.

La extraña situación de vivir confinado con Leticia, Anita y los animales, le devolvió a Samuel las ganas de vivir. Desde que había enviudado sentía que iban sumándose las pérdidas, ausencias, desapariciones, muertes, distancia, separación y olvido. También desamor: se le iban secando los sentimientos. Le confesó a Leticia que no echaba de menos a su hija ni a su nieto, a quien tanto había celebrado y mimado en la infancia. Nadine decía que la familia no se escoge y hay que aceptar de buena gana a cualquiera que a uno le toque, pero Samuel no estaba de acuerdo; pensaba que el afecto no se regala, hay que merecerlo, y su nieto sólo merecía que la vida le diera varios sacudones para bajarle la arrogancia y enseñarle compasión.

Incluso para un hombre solitario, como él, resultaba natural querer a Anita. Supuso que si fueran tiempos normales, la niña iría a la escuela y él la vería mucho menos, pero como estaba siempre presente, iba ganando terreno en su afecto a grandes zancadas. Si no estaba con él, la oía en el resto de la casa o la veía por la ventana jugando con Paco en el jardín o mojándose con la manguera en los días de calor. Pasaba horas en esa vegetación descontrolada ocupada

en juegos misteriosos. En el poco tiempo que llevaba bajo su techo había ido llenando cada rincón. Los primeros días andaba pegada a las paredes, callada, lo más cerca posible de Leticia y lo más lejos de él, pero pronto fue perdiendo la timidez. Recorría cada espacio muy alerta, memorizando las distancias, las ventanas y las puertas, hasta que pudo moverse con seguridad, subir y bajar la escalera sin apoyarse y correr por los pasillos persiguiendo a Paco. El perro cambió a su amo por Anita; la seguía a todas partes, se echaba a su lado y si Leticia lo hubiera permitido, habría dormido con ella en la misma cama. Samuel se resignó a perderlo; el animal tenía vocación de lazarillo.

—El Paco va a sufrir cuando se vaya la chiquilla —comentó Leticia.

—¿Se irá, Leticia? Si fuera por mí, que se quede y crezca aquí, que se convierta en mi nieta.

—Eso sólo sería posible si no encuentra a su madre.

—No puedo desear eso, sería una canallada —concluyó él.

Después de caerse de la escalera Samuel comprendió que no volvería a subir a la buhardilla. No tenía idea de qué había allí, debía de ser una cueva de vampiros atiborrada de los escombros familiares que se habían acumulado y multiplicado con los años. Indagando y preguntando, Leticia había descifrado algunos secretos y varias veces dejó caer el nombre de Bruno Brunelli, tanteando terreno para averiguar cuánto él sabía, pero no iba a satisfacer su curiosidad. Era un asunto privado, que carecía de importancia, no había necesidad de sacarlo a la luz. Estaba enterado de Brunelli; la relación del pastelero con su mujer duró un par de años, cómo no iba a descubrirla. Fue una distracción tan frívola que Nadine ni siquiera puso empeño en ocultarla. Esa no fue la única infidelidad de Nadine, conocía otras. Sabía que la relación más larga y profunda de todas, la única que llegó a ser un verdadero amor, la tuvo con Cruz Torres, la última persona de quien él hubiera sospechado. Nadine se lo confesó bañada en lágrimas cuando a Torres lo deportaron. No le aclaró cuánto había durado ese amor, pero Samuel calculaba que comenzó con los arreglos

de la casa y terminó ocho años más tarde; abarcaba una época importante de la madurez de Nadine. Tuvo celos retroactivos por un tiempo, hasta que comprendió que, desde México, Torres no ponía en peligro su matrimonio ni afectaba al cariño y la camaradería que él compartía con Nadine. Suponía que el mexicano había sido un amante fogoso, que le dio a Nadine algo que ella necesitaba y él no podía o no sabía darle. Después de compartir la vida durante décadas, el amor se vuelve hermanable y el sexo se convierte en incestuoso, pensaba. No se puede exigir monogamia absoluta en cincuenta y cinco años de matrimonio.

Entretanto, varios laboratorios estaban trabajando simultáneamente para producir una vacuna y a Samuel no le cabía duda de que lo conseguirían. En su larga vida había comprobado que todo pasa, pero le costaba pensar en el futuro, se sentía atascado en el presente inmutable de la pandemia. ¿Cómo iría a ser la nueva normalidad? Se abrirían puertas y ventanas y la humanidad saldría afuera, vacilante los primeros días y eufórica después. Imaginó a las multitudes abrazándose en las calles, como en un carnaval. No sería su caso, sin embargo. Pensaba aprovechar esa larga plaga para distanciarse de las personas que no apreciaba y dejar las obligaciones que no le interesaban. Toleraba a muy poca gente, pero lo disimulaba tan bien que se había ganado la reputación de ser un buen tipo. Nadie podía acusarlo de arrogancia o egoísmo, sólo de ser excéntrico. Nadine solía decirle que la excentricidad resulta admirable cuando va acompañada de acento inglés. Antes de la llegada de Anita se aferraba al trabajo y al estudio para mantener la mente activa, temeroso ante la posibilidad real a su edad de hundirse en la neblina de la senilidad. Con la niña tenía suficientes desafíos y podía defenderse mejor del espectro de la demencia.

En teoría, Leticia estaba tan ocupada con Anita y el trabajo de la casa, que no le quedaba ánimo ni tiempo para su morbosa actividad en la buhardilla, pero en la práctica no fue así; reclutó a la niña como cómplice y las dos pasaban tardes enteras entretenidas en la búsqueda

de posibles tesoros del pasado. Anita aprendió a usar la escalera telescópica sin vacilar y a moverse como si pudiera ver perfectamente entre las vigas y obstáculos de la buhardilla. Samuel les había dado permiso para bajar los juguetes de Camille y de su nieto, que llevaban décadas envejeciendo allí arriba, y los árboles de Navidad, unos pinos artificiales con luces, que instalaron en varios rincones de la casa. No era necesario esperar a diciembre. Anita se apropió de un juego de tetera y tacitas de loza y lo invitaba a tomar un té nauseabundo que preparaba con hojas del jardín. Samuel lo bebía endulzado con varias cucharadas de miel para poder tragarlo. La niña paseaba a su horrible Didi y a Paco en el coche inglés que había sido de Camille, mientras la muñeca nueva —el zombi— yacía olvidada. Le gustaba sujetarse del collar o del arnés de Paco, por compañía y no por necesidad. Insistía en que no la ayudaran. «Puedo hacerlo sola», era su mantra. A Samuel la chiquilla lo maravillaba. Él nunca vivió en un mundo imaginario, desde muy chico aterrizó en la realidad, pero ella, que había sufrido desgarros similares a los que sufrió él, lograba volar a una dimensión fantástica. La buhardilla, el jardín, las piezas vacías, esos eran los sitios adonde escapaba.

Prestando atención a los cuchicheos de la niña, Samuel se enteró de Azabahar, una estrella muy lejana que ella visitaba a menudo y adonde llevaba a Paco. Azabahar era el mundo perfecto de la dicha invencible, el lugar donde se reunía con los ausentes. Al principio Anita usaba una jerigonza de dos idiomas, pero a medida que avanzaba en sus clases y escuchaba la televisión, empezó a predominar el inglés y Samuel podía entenderla un poco.

—¿Te has fijado en que Anita habla sola? Debe de tener una amiga imaginaria, es frecuente en los niños solitarios —le comentó a Leticia.

—Le habla a su hermanita —respondió ella.

—¿Cómo? ¿Qué hermanita? —le preguntó Samuel, extrañado.

—Claudia. Murió en el mismo accidente en que ella quedó ciega. La Claudia tenía tres años y la Anita acababa de cumplir seis. Estaban muy unidas. La muñeca de trapo era de la Claudia, por eso la Anita la quiere tanto.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Porque le pregunté, pues, Mister Bogart.

—¿Te dijo que Claudia murió?

—Sí. No está delirando, sabe que la Claudia no está aquí. Pobre chiquilla… Primero murió su padre, después la hermana, perdió la vista, casi mataron a su madre, tuvo que dejar su hogar y a su abuelita, y aquí la separaron de su mama y se quedó sola. Ha resucitado a su hermana para estar acompañada.

—No sé cómo podrá recuperarse de todo eso… —murmuró Samuel.

—Es fuerte. Espero que con el tiempo salga adelante —replicó ella.

Desde hacía varias semanas Samuel estaba pensando en los cambios que haría en su testamento. Había tenido una cita por Zoom con su abogado para darle instrucciones y se las notificó a Leticia. A su muerte, la casa quedaría en un fideicomiso para proteger a Anita y ella, por ser su tía, lo administraría.

—No hable así, porque es como llamar a la muerte. ¿Y qué va a decir Camille? Me va a echar la culpa a mí, dirá que su empleada lo engañó cuando estaba senil para cambiar el testamento.

—Ella heredará el resto de mis bienes. No sabrá del fideicomiso hasta que sea demasiado tarde. Tengo dos certificados médicos atestiguando que estoy en pleno uso de mis facultades. Ya verás cómo te las arreglas con Camille. Nadine siempre dijo que esta casa debía ser un refugio para cualquiera que lo necesitara. Quiero que sirva para financiar la educación de Anita.

—¿Quién le dijo que va a quedarse aquí?

—En cualquier parte donde esté, va a necesitar educación. Si vendes la casa, habrá suficiente para eso. Si prefieres alquilarla, puede rendir una buena suma mensual.

—¿Alquilarla? ¡Está cayéndose a pedazos!

—No exageres. Habrá que hacerle algunos arreglos cuando pase la pandemia —le respondió.

—Aquí hay muchas piezas… Usted me contó que en el pasado fue una casa de remolienda.

—No estarás pensando en montar un burdel, Leticia, por amor de

Dios.

—Eso es complicado, pero podría alquilar cuartos para estudiantes de la universidad. Una especie de pensión, ¿qué le parece?

—Si a ti te parece, pues adelante. Yo estaré enterrado. Nada de crematorio para mí, deseo una tumba junto a Nadine.

—Veo que tiene mucha confianza en mí.

—Tengo plena confianza en tu capacidad, tu honradez y en el afecto que le has tomado a Anita. ¿En qué anda Frank Angileri?

—Dice que si cambia el Gobierno después de la elección presidencial en noviembre, seguramente van a tratar de reunificar a las familias.

—Esas son ilusiones, Leticia. Faltan seis semanas para la elección y nadie nos garantiza el resultado —le recordó Samuel.

—¡Usted siempre tan pesimista!

—No puedo ser optimista en este mundo de porquería, pero ahora siento las ganas de cambiarlo que no tuve antes.

Anita

Berkeley, septiembre de 2020

En este jardín vamos a hacer una casita secreta, escondida entre los matorrales, para que nadie la descubra, y vamos a preparar té con agua y hojas, es un té especial para invitar a las angelinas y a los habitantes mágicos del jardín. Yo sé cuáles son las hojas que se necesitan. Vamos a invitar al Paco, pero a él no le gusta el té, prefiere galletas o un hueso. Me voy a conseguir galletas, la tía Lety siempre tiene en la cocina, pero un hueso sería más difícil. A Mister Bogart hay que invitarlo de todas maneras, Claudia, porque está viejito y es muy bueno con nosotras. Es tan bueno que un día lo vamos a llevar a Azabahar. Dice que voy a ir a la escuela cuando pase lo del virus, pero yo prefiero aprender con él porque nunca se enoja, aunque me equivoque en el piano o en las clases. Tampoco se enoja porque ahora el Paco me quiera más a mí.

También vamos a construir una trampa en el jardín para coger a los cipotes abusivos y a los hombres malos. Lo tengo bien pensado. Primero hay que hacer un hoyo grande y conseguir una red de esas que había en la playa El Tunco. El hoyo tiene que estar disimulado con ramas y un poco de basura, para que el atacante no lo vea y se caiga adentro; entonces le tiramos la red y lo atrapamos vivo. Después veremos qué hacer con él. Depende. Si es Carlos o mister Rick, lo vamos a dejar que se muera de hambre y sed. Si es el Gusano de Caca, por ejemplo, le vamos a tirar piedras y lo vamos a dejar ahí toda la noche, pero al otro día lo podemos soltar.

¿De dónde sacaste que hay culebras en este jardín, Claudia? Aquí no hay culebras, eso era en El Salvador. Lo que hay aquí son duendes,

que son chiquitos y tienen las orejas largas y en punta, y ninfas y hadas de todas clases y hasta un unicornio o tal vez dos, no es seguro, pero son tímidos y se esconden, por eso no lo hemos visto. Y también hay un tesoro que enterraron los piratas. Cuando lo encontremos, le vamos a mandar monedas de oro a la Tita Edu, para que no tenga que seguir trabajando nunca más. Eso de los piratas fue antes, hace mucho tiempo; ahora no hay piratas, los deportaron.

Mister Bogart me hizo hablarle por Zoom a un doctor de ojos y tuve que explicarle como tres veces lo del accidente con todos los detalles y lo que miro y lo que no miro, pero igual va a tener que verme en persona. No puede ser todavía, porque sólo atiende casos muy urgentes, por lo del virus, y lo mío no es tan urgente. Eso cree él. Para mí es bastante urgente, porque ya estoy cansada de ser ciega. Mister Bogart me dijo que me harían un trasplante y la tía Lety me explicó que le sacarán los ojos a un muerto y me los van a poner a mí y si tengo suerte, me tocarían azules. Eso me da miedo, no quiero que me saquen los ojos y tampoco quiero que me pongan algo de un muerto. Mister Bogart dice que no le haga caso a la tía Lety, que el trasplante es una cosa chiquita y nadie me va a sacar los ojos. De todos modos, por si acaso, la Tita Edu le hizo una promesa a santa Lucía, patrona de la vista.

Me gusta esta casa, ¿verdad que es chévere? La tía Lety me explicó que se llama casa encantada porque hay espíritus, pero a mí no me dan miedo y espero que a vos tampoco, Claudia, porque son señoras elegantes que andan por ahí y ni se notan. Mister Bogart dice que los fantasmas no existen, pero lo dice por decir no más. La tía Lety me contó que uno de los espíritus es la mujer de Mister Bogart, una señora muy linda y alegre, que se llamaba Nadine. Yo no puedo verla todavía, tengo que esperar a que me operen los ojos, pero si pongo atención, puedo oler su perfume. Lo reconozco porque la tía Lety me dio un frasquito con los restos que la señora dejó en su tocador. No me lo puedo echar porque a Mister Bogart le dio un ataque de pena cuando me lo puse una vez. Se encerró en su estudio y no me dejó

entrar, aunque le toqué la puerta como mil veces.

La Tita Edu me pareció un poco rara cuando hablamos por teléfono, ¿qué creés vos, Claudia? Le ha dado por repetir eso de que aquí en el norte estoy mejor, que debo adaptarme y quedarme aquí, porque eso es lo que quería la mama, por eso vinimos. Dijo que cuando vaya a la escuela debo sacar buenas notas y aprender bien el inglés y hacer la primera comunión, pero no pienso hacerla sin ella y la mama. También dijo que siempre me va a llamar por teléfono y siempre me va a querer con toda su alma, pero que me olvide de ella porque los recuerdos hacen sufrir.

¿Cómo me voy a olvidar de la Tita Edu? Eso que dijo me hizo llorar y entonces ella también se puso a llorar y lloramos un buen rato y cuando no teníamos más lágrimas, quedamos en que no me voy a olvidar nunca de ella y que ella va a venir a vernos aquí a California apenas encuentre con quién dejar al abuelito.

Le pregunté a Mister Bogart si cuando llegue la mama, ella también puede vivir aquí con nosotros. La mama puede ayudar a la tía Lety a limpiar, porque esta casa es muy grande, tiene cinco baños y no sé cuántas piezas. Me dijo que sí y me abrazó, pero le noté la voz un poco triste. Eso pasa con los viejitos, Claudia, se ponen tristes de repente y no se sabe por qué. Cuando venga la mama vamos a vivir todos juntos y ya nunca más nos vamos a separar. ¿Te imaginas cómo va a ser eso, Claudia? ¡Va a ser super supermágico!

Selena y Samuel

Berkeley, San Salvador, septiembre de 2020

Cada semana Selena Durán hablaba por Zoom con Samuel para ponerse al día de la situación de Anita, pero a menudo terminaban yéndose por las ramas y la hora se les hacía tan corta, que a veces se daban cita para el día siguiente. Tenían mucho que hablar de Anita, de su progreso en la pequeña familia donde estaba instalada, de sus estudios, del especialista en córnea de Stanford, que la trataría cuando pasara la pandemia, de cómo había subido un poco de peso, aunque seguía sin apetito. Samuel se comportaba como un abuelo chocho, le contaba anécdotas insignificantes de la niña con Leticia, Paco o Panchito y la hacía escucharla en el piano. Decía que su alumna tenía tan buen oído y era tan estudiosa, que podría llegar a ser concertista; existían varios célebres pianistas ciegos, incluso un chico japonés a quien Anita no se cansaba de escuchar en YouTube. Ya podía identificar el sonido de cada instrumento de la orquesta y estaba aprendiendo a apreciar el jazz.

A veces Frank Angileri se sumaba al Zoom para ponerlos al día de los aspectos legales. Debía trabajar rápido y sin ayuda. Los defensores de los menores solían enfrentarse a jueces incapaces de verlos como niños, partían de la base de que si llegaban solos o eran separados de sus familias, merecían ser tratados como delincuentes: habían violado la ley. Frank siempre manifestaba optimismo; lejos de intimidarlo, los obstáculos de la ley lo entusiasmaban. Su plan era conseguir que Anita se quedara de forma permanente en Estados Unidos. Si no encontraban a la madre, trataría de obtener permiso de residencia, la llamada «tarjeta verde», ya que Anita podría constar como menor

abandonada. Eso demoraría dos o tres años. En caso de que se probara que la madre había muerto, seguramente recibiría asilo y con el tiempo tal vez Leticia podría adoptarla. Paciencia, recomendaba Angileri, la burocracia era engorrosa y lenta.

El viejo esperaba la cita con Selena ansioso como un novio. Ese encuentro semanal habría sido imposible en tiempos normales, porque ella vivía en Arizona, pero la pandemia les permitía conversar en una pantalla como si estuvieran en la misma pieza, incluso tomaban té juntos, ella en su oficina y él en su estudio. Samuel suponía que la joven no se aburría demasiado con él, puesto que se desviaba del tema de Anita y le contaba de su vida, de su extraña familia de mujeres, a quienes a él le gustaría conocer, de sus problemas en el trabajo y de su relación con el amor. Ella, tan clara en sus objetivos profesionales, en lo sentimental estaba atormentada por la incertidumbre.

—Usted es el padre que quisiera tener —le dijo ella en una oportunidad.

—Digamos que más bien podría ser su abuelo. En realidad no soy buen padre de mi hija ni buen abuelo de mi nieto. Eso me pesa en la conciencia.

Selena le contó a Samuel de Milosz Dudek, de cómo en las guerras de Irak y Afganistán obtuvo rango de sargento, pero salió desilusionado y convencido de la inutilidad de la ocupación americana en esos países. La experiencia en el ejército definió su personalidad y lo alejó de su padre, cuyo carácter explosivo lo había aterrado en la infancia y aplastado en la adolescencia. No volvió a vivir cerca de su familia en Chicago y sólo visitaba a los suyos en ocasiones especiales; tampoco echaba de menos a la comunidad polaca, en la cual creció. Tenía aspecto de gladiador, tozudez para el trabajo y una rectitud algo anticuada de amor a Dios, la patria y la familia, pero el rasgo que más atraía a Selena era su alma romántica. Se habían conocido cuando él se había retirado del ejército y ella estaba recién graduada de la secundaria; él era un hombre curtido por el servicio militar, iniciándose en la vida civil como conductor de camiones, y ella era

una niña mimada por las mujeres Durán, que apenas asomaba la nariz fuera de su casa y la escuela.

Al conocerla Milosz creyó y siguió creyendo durante unos años que podía formarla, ayudarla a madurar y guiarla en la vida; hubiera querido casarse de inmediato, pero ella pretendía estudiar. Él no había hecho estudios superiores y las pocas mujeres profesionales que conocía lo incomodaban, se sentía menospreciado. Le parecía inútil que Selena tuviera una profesión, ya que su futuro sería como esposa y madre, pero ella se inscribió en la carrera de trabajo social sin preguntarle su opinión y cuando él quiso dársela, ella se rio. «Eres un cavernícola, Milosz. Por eso te quiero, porque eres un proyecto», le dijo alegremente. El proyecto de Selena consistía en cambiarlo y con el tiempo lo consiguió en buena medida. El proyecto de Milosz, sin embargo, fue flaqueando por el camino, porque ella resultó poco inclinada a la domesticidad.

—No sé por qué me quiere —le confesó Selena a Samuel—. Es meticuloso, ordenado, puntual, les tiene terror a los gérmenes, lava las lechugas con jabón, no soporta el desperdicio, la confusión y el exceso. Se rige por horarios, distancias y rutinas. En cambio yo vivo al día, dejo todo tirado y las puertas abiertas, no tengo idea de cuánto dinero me queda en la billetera, pierdo las llaves… En fin, soy un desastre.

Selena no le había confesado a Samuel su relación amorosa con Frank. Se sentía confundida y avergonzada por traicionar a Milosz. Frank sabía que ella estaba comprometida con Milosz, le había visto el anillo en el dedo, pero le dijo que mientras no estuviera casada era libre y él se otorgaba el derecho a conquistarla. Creía que si ella había evitado el matrimonio durante tantos años, era porque no estaba enamorada. Como el resto del personal de la firma de abogados, había permanecido recluido a partir de marzo por la pandemia, trabajando desde su apartamento. Los casos pendientes quedaron suspendidos, porque los tribunales estaban en receso. Tampoco pudo avanzar el proceso de Anita Díaz. Esos meses de encierro, que se iban alargando mucho más de lo que nadie esperaba, lo obligaron a cambiar de vida. Frank echaba de menos los restaurantes y bares, los viajes, el gimnasio

y los partidos de tenis, pero sobre todo echaba de menos estar con ella. Adiós a sus planes de vivir juntos, como deseaba. Había que esperar. A Selena le daba citas en Zoom y le mandaba regalos variados, desde libros y flores hasta un servicio de comida cetogénica, que le llevaba el menú del día a su apartamento en Nogales.

Los viajes en avión estaban restringidos y eran peligrosos, pero en junio Frank no había soportado más la separación y había ido a verla. Alquiló un coche y equipo de acampar, la pasó a buscar y se fueron durante un fin de semana al parque del lago Patagonia. Aunque era verano, no había ni un solo turista y todo se mantenía cerrado, lo que suponía una ventaja para la breve luna de miel que había ideado. Se había propuesto utilizar ese par de días para demostrarle a Selena que no podía vivir sin él. Su experiencia acampando era prácticamente nula, pero inspirado por el amor pudo improvisar y en esa escapada casi logró su propósito. Concluyó que si hubiera dispuesto de tres días más, habría convencido a Selena de dejar todo tirado, abandonar su empleo y pasar la pandemia con él en San Francisco. Tenía planes para el futuro: iba a financiarle la universidad para que sacara su título en leyes sin deuda estudiantil y cuando ella se graduara, él se independizaría y abriría su propio bufete. Podía ver las letras doradas en la puerta: ANGILERI Y DURÁN, ABOGADOS.

Entretanto, Milosz había seguido conduciendo como siempre, sin sospechar de la existencia de Frank Angileri ni el papel que jugaba en la vida de su novia. Muchos de sus colegas y en las ciudades más conservadoras donde debía detenerse creían que el virus era un engaño de la oposición. La mascarilla adquirió significado político. Milosz usaba siempre la suya, aun a riesgo de ser ridiculizado. Su horror por los gérmenes y las enfermedades se exacerbó, se desinfectaba las manos y todo lo que estaba a su alcance. Como no podía garantizar que él mismo se hallaba libre de contagio, dejó de visitar la casa de las Durán y de ver a Selena, pero la llamaba muy seguido para decirle que la adoraba y contaba los minutos para volver a verla, también para preguntarle dónde estaba y qué hacía. Esas atenciones, que viniendo de Frank halagaban a Selena como prueba de amor, cuando provenían de Milosz la molestaban como prueba de

desconfianza. Tiene razón de desconfiar, pensaba ella, avergonzada por estar engañándolo.

—Quiero mucho a Milosz, es leal como un perro bueno —le confesó a Samuel—. Me ha esperado muchos años. Milosz no tiene dudas, para él la vida es simple, basta con ceñirse a las normas básicas de decencia.

—¿Qué piensa de su empleo con los niños? —le preguntó Samuel.

—Dice que el problema le corresponde al Gobierno y que no se puede aceptar a millones de inmigrantes, hay que preservar el país que tenemos y nuestros valores. Pero entiende que separar a los niños de los padres es horrible, no puede ni imaginar lo que haría si le quitaran a un hijo. Dice que eso es totalmente antiamericano.

—Está equivocado, es más americano de lo que se cree, Selena. A los esclavos les arrebataban a los hijos y los vendían. A las tribus americanas les quitaban a los niños para «civilizarlos» en espantosos orfelinatos del Estado. Miles de esos niños murieron de enfermedades contagiosas y desnutrición, no hay ni tumbas con sus nombres.

—Cierto, Samuel. Aquí los niños son sagrados sólo cuando son blancos.

Samuel sabía que algo había sucedido entre Selena y Frank Angileri en el viaje que hicieron en febrero, meses antes de que le trajeran a Anita. Ella se lo había ido diciendo de a poco, pero bastaba sumar dos más dos para adivinar lo que todavía callaba. Aunque nunca los había visto juntos en persona, sólo por Zoom en contadas ocasiones, le parecía natural que Frank estuviera enamorado; Selena ejercía una atracción poderosa, como la fuerza de gravedad.

—Debe de ser maravilloso tener un solo amor, como tuvo usted, Samuel —le comentó ella en una ocasión.

—¿Cuántos amores ha tenido usted? —le preguntó él.

—Mi único novio ha sido Milosz, como le conté. Íbamos a casarnos en abril, pero vino el covid-19 y la boda se postergó. Me ha dado un ultimátum: o nos casamos cuando exista una vacuna y termine la pandemia, o no nos veremos nunca más. Dice que no puede seguir

esperando, desea una familia, desea hijos.

—Y usted ¿qué ha decidido?

—No sé si quiero casarme, Samuel. No estoy lista para tener hijos, quiero estudiar y seguir trabajando. El matrimonio es un compromiso para siempre, eso es mucho tiempo, ¿no le parece?

—Lo es, pero si estuviera enamorada no pensaría así.

—Entonces, puede ser que no esté enamorada,

—No lo suficiente. ¿Cómo se sentiría sin Milosz? —le preguntó Samuel.

—Muy triste, es el hombre más bueno del mundo…

—Pero no se sentiría sola, ¿verdad?

—No.

—Comprendo. Hay otro hombre, por eso está confundida.

—Sí…

—¿Qué le ofrece ese otro hombre, Selena?

—Intereses comunes, un mundo diferente al que he tenido siempre, otro ambiente, ideas, proyectos, planes, viajes, libertad, nada de vida doméstica por ahora.

—¿Le ofrece la clase de amor que le da su novio?

—Creo que yo nunca sería el centro de su vida, como lo soy en la de Milosz. Pero me ha propuesto que vivamos juntos y supongo que si eso nos resulta bien, con el tiempo el amor crece y se solidifica.

—No siempre, Selena.

—¿Qué me aconseja, Samuel?

—Que espere. No tiene que decidir entre uno y otro.

—Milosz no aceptaría una nueva postergación del casamiento. Lleva años soportando mis caprichos. No tengo derecho a seguir jugando con sus sentimientos.

—Esa no es una buena razón para casarse. En este asunto, le aconsejo que piense solamente en usted, no ceda a la presión de ninguno de esos dos enamorados, porque podría arrepentirse.

A su vez Samuel le contaba a Selena sobre su pasado, Nadine LeBlanc, su música, el inevitable proceso de envejecer, y a ella todo le

interesaba. Su memoria se componía de los mejores y peores momentos, el resto se había ido perdiendo por el camino, pero Selena quería conocer los detalles. Le preguntaba mucho sobre Nadine, fascinada por su personalidad, su arte, su activismo y su desprendimiento. Había descubierto que, por una de esas extrañas casualidades, Nadine era una de las fundadoras del Proyecto Magnolia, la organización sin fines de lucro para la cual ella trabajaba. De hecho, el proyecto le debía su nombre. La magnolia es la flor de Nueva Orleans, donde Nadine había nacido. El viudo no se sorprendió en absoluto cuando Selena le contó la participación de Nadine en esa organización. Le explicó que como esposa y madre Nadine era negligente, porque estaba demasiado ocupada con sus telares, sus amistades y sus actividades misteriosas que rara vez compartía con él; pero no la quería menos por eso, al contrario, la admiraba. Lo mismo sentía Camille, quien discutía mucho con su madre, pero le agradecía que estuviera siempre distraída en sus cosas y no la vigilara, eso le daba una gran libertad.

—A mí tampoco me prestaba mucha atención. Al principio lo resentía, pensaba que no me amaba suficiente, pero con los años me acostumbré y dejé de pedirle lo que ella no era capaz de dar. Estaba absorta en su propia vida, no me necesitaba a mí ni a nadie —le dijo.

Para responder a las preguntas de Selena, se vio forzado a ordenar sus recuerdos y reflexionar. «Yo me iré primero, Samuel. No pierdas el tiempo que te queda», le dijo Nadine días antes de caer en la inconsciencia de su agonía. Al revisar su pasado, él sacaba la cuenta, angustiado, de que en verdad había perdido el tiempo y cuando se fuera de este mundo iba a dejar apenas una estela de polvo, que se esfumaría en la luz del primer amanecer. No había hecho nada por nadie. Antes de que llegara Anita a golpear la puerta de su casa, se había limitado a ser testigo del mundo durante los ochenta y tantos años de su existencia, protegido de la incertidumbre por su calculada cautela. El dolor de su infancia de huérfano y de inmigrante lo hizo retraído; se refugió en su vocación musical. Nadine decía que la indiferencia es uno de los pecados capitales y tarde o temprano hay que expiarlo. Tenía razón. En su vejez ese pecado se había convertido

en un demonio tenaz que lo asaltaba en sus pesadillas y en algunos momentos en que la soledad y el silencio lo envolvían. Cómo quisiera empezar de nuevo, pensaba, imaginando otra vida, una vida como la de Nadine, gozada y sufrida a fondo, con riesgos, desafíos y caídas, una vida valiente.

—Nadine y yo estuvimos juntos durante décadas, pero cada uno vivió en su propio espacio. Aun así, me hace mucha falta —le contó a Selena.

—Era una mujer muy especial. Cómo no la va a echar de menos…

—No debería haberse muerto antes que yo. En los primeros meses de mi viudez se me aparecía. No soy un tipo imaginativo y no creo en espíritus, pero le prometo que la veía entrar y salir de los cuartos, subir la escalera, sentarse a la mesa. Ya no la veo con esa claridad, pero a veces la siento a mi lado. ¿Sabe que eso le pasa a Anita con su hermana Claudia?

—Sí. Tengo una evaluación psicológica que le hicieron en Tucson, porque no quería comer, hablaba sola, no jugaba con otros niños y se orinaba en la cama.

—Eso de mojar la cama ya no le pasa casi nunca —la interrumpió Samuel.

—Me alegra, porque la hacía sufrir mucho.

Selena le contó que había hablado con Eduvigis, la abuela, quien le explicó que Anita había comenzado a hablarle a su hermana después del accidente. En El Salvador estuvo en tratamiento con una psicóloga de la escuela durante unos meses y estaba dando los primeros pasos para aceptar la muerte de su hermana y recuperarse del duelo, cuando tuvo que viajar a Estados Unidos. Según la evaluación que le hicieron en Tucson, había sufrido un retroceso en el desarrollo emocional. Necesitaba terapia, como todos los niños que habían sido separados de sus familias, pero no había presupuesto para eso.

—Me ocuparé de que la tenga apenas sea posible —le prometió Samuel—. Creo que la presencia de Claudia es un consuelo para Anita, tal como la de Nadine es para mí. Digamos que es una mezcla de amor y voluntad de recordar. Anita no está loca ni yo tengo alzhéimer, se lo aseguro.

—¡Claro que no! —exclamó Selena—. A mí no me sorprende para nada que los espíritus queridos nos visiten, acuérdese de que me crie con una abuela vidente. La viudez suele ser muy dura. ¿Se siente solo a veces?

—Antes sí, todo el tiempo. Ahora no. Gracias a usted estoy más contento de lo que he estado en varios años. Usted me ha dado un objetivo en esta última etapa de mi vida. Ahora tengo una responsabilidad fundamental y puedo empezar a pagar mi pecado de indiferencia.

—¿Se refiere a Anita?

—Sí. ¡Qué estupendo regalo me trajo usted, Selena!

El tercer martes de septiembre Selena llamó de improviso a Samuel. Él supuso que debía de ser algo importante, ya que por norma se ponían en contacto los sábados. El tono alterado de la voz de ella confirmó su sospecha.

—¿Está solo, Samuel? —le preguntó.

—Sí, en mi estudio.

—Cierre la puerta, por favor. Esto es confidencial.

—Un momento… Anita escucha a través de las paredes y lo que no escucha, lo adivina. No hay secretos para ella.

—No puede oír lo que yo le diga en el teléfono, tenga cuidado con lo que dice usted. ¿Se acuerda de que le hablé de Lola, la conductora del taxi rosa en El Salvador?

—Ajá. ¿Qué pasa con ella?

—Acaba de llamarme. Hay un escándalo en su país. Se trata de una serie de crímenes. Han descubierto varios cadáveres en el patio de una propiedad en la ciudad de Chalchuapa, algunos datan de hace varios años, pero la mayoría son recientes.

Le contó que los vecinos oyeron los gritos de una mujer y llamaron a la policía, que acudió con una hora de retraso. Para entonces era tarde. Encontraron a una joven asesinada a golpes con un tubo de hierro. Arrestaron al dueño de la casa, pero a instancia de los vecinos, que sospechaban desde hacía mucho tiempo que algo terrible ocurría

allí, cavaron el patio y descubrieron restos humanos en varias fosas comunes.

—Hasta ahora las víctimas son mujeres y niñas. Se sospecha que hay más cuerpos bajo tierra —le dijo Selena.

—Otro caso de violencia de género… —murmuró Samuel.

—La propiedad pertenece a Carlos Gómez, un expolicía, que fue despedido hace varios años por asalto a una menor. Ese es el hombre que le dio el tiro a Marisol Díaz.

—¡Qué dice! —exclamó Samuel.

—Está detenido. Es el principal sospechoso y también han arrestado a otros hombres como parte de esa banda, que secuestraba a mujeres y niñas, las torturaba y asesinaba. Lola teme que entre las víctimas esté Marisol.

—Usted y Angileri no encontraron rastro de ella cuando fueron a buscarla.

—Es mucha coincidencia, ¿no le parece? —dijo Selena—. Ese hombre quiso matar a Marisol, lo más probable es que lo lograra.

—¿Cómo?

—No creo que la deportaran a su país, supongo que la mandaron a México a esperar su turno para presentar el caso de asilo. Usted sabe que los campamentos están controlados por criminales. Es posible que a Marisol la raptaran y la llevaran a El Salvador.

—¿Quién y para qué? —le preguntó Samuel.

—En la frontera hay mucho tráfico humano, especialmente de mujeres y niños. Carlos Gómez estuvo metido en ese negocio, tiene conexiones. Tal como él mismo me dijo, conoce a todo el mundo.

—Supongo que esos secuestros cuestan dinero, Selena, y por lo que me ha contado, Carlos Gómez es sólo el portero de un edificio.

—Guardia de seguridad. No creo que tuviera que pagar. Entre criminales se las arreglan entre ellos, se intercambian favores con favores. Gómez necesitaba silenciar a Marisol y seguramente quería vengarse de sus desaires. Era fácil para él hacer que la secuestraran en México, la llevaran primero a Guatemala y de allí la introdujeran por tierra a El Salvador, por eso no hay registro de su entrada al país —dijo ella.

—Eso no se puede probar, Selena.

—Acabo de recordar que cuando hablé con Carlos Gómez en mi viaje a El Salvador, él mencionó que Marisol tenía muy lindo pelo y se lo había cortado al rape. ¿Cómo lo supo? Ella se lo cortó al llegar a México, antes de abordar el tren. Gómez no puede haberla visto pelona, a menos que Marisol hubiera vuelto a su país. Si hubiera regresado por su propia voluntad, hubiera ido a casa de su suegra o de su hermano, pero nadie la ha visto allá. Ay, Samuel, me temo que Marisol esté en una de esas fosas. ¿Qué va a ser de Anita?

—De ella me encargaré yo mientras pueda —respondió Samuel—. Pero no nos adelantemos, hay que esperar que identifiquen los cuerpos.

—Hay algo más que no le dije antes, porque esto sí que es descabellado.

Y entonces Selena le contó la visión de su abuela, Dora Durán. Samuel no había oído hablar de ella antes de que Selena se la mencionara al describir a su familia, pero al enterarse de sus aciertos de vidente, le tomó respeto. Sabía que Selena la había llevado a conocer a Anita en Nogales y que la mujer sintió la fuerza psíquica de la niña. Él nunca había creído en fenómenos paranormales hasta que tuvo la extraña experiencia de ver al espíritu de su mujer. Había una explicación lógica para eso, como le aclaró el psiquiatra que consultó entonces: eran alucinaciones causadas por la edad y por una profunda depresión. La prueba de que el diagnóstico era acertado fue que las visitas de ultratumba de Nadine terminaron con una combinación de terapia y medicamentos, pero él no quedó totalmente convencido de haber sufrido disturbios mentales. Pensaba que el hecho de que algo no se pueda explicar, no significa que no exista, pero se abstuvo de discutir ese punto con el psiquiatra. Decidió darle el beneficio de la duda a Dora Durán.

—Marisol Díaz se le apareció en un sueño a mi abuela. Estaba bajo tierra y no estaba sola.

—Perdone, Selena, pero este es el caso clásico de la profecía después de los hechos —la rebatió él.

—Eso fue en junio, Samuel, mucho antes de que empezaran a

desenterrar a esas mujeres en el patio de Carlos Gómez.

Tal como Frank les comentó a Selena y Samuel cuando ese mismo día se comunicaron por Zoom, el sueño de una vidente en Los Ángeles no era de ninguna utilidad; podía imaginar la cara que pondría el juez si él lo presentara como argumento en la petición de asilo de Anita. Los crímenes de Chalchuapa en nada cambiaban la situación de la niña, a menos que se comprobara que su madre estaba entre las víctimas. Se puso en contacto de inmediato con su amigo, Phil Doherty, quien le dio toda la información disponible sobre los asesinatos. El acceso a la calle de los crímenes estaba restringido, ni la prensa podía acercarse, pero Doherty tenía contactos y sabía valerse de su condición de diplomático, respaldado por el poder de la embajada americana.

La atrocidad de lo sucedido convulsionó al país, a pesar de que la violencia era tan frecuente que la prensa publicaba a diario el número de víctimas del día. Debieron aislar a Carlos Gómez y sus secuaces en la cárcel para evitar que otros presos los masacraran. El presidente prometió justicia y anunció la creación de una unidad especial de la Fiscalía para atender los crímenes contra mujeres y niños. Eduvigis Cordero acudió varias veces a la policía a denunciar la desaparición de su nuera y el acoso que sufrió del presunto asesino en serie. Desde el siniestro hallazgo, la abuela era una más entre las personas que se apostaban desde el amanecer a esperar cerca de la casa del horror, como la llamó la prensa. Como ella, todos buscaban a alguien que había desaparecido. Los equipos forenses, cubiertos de pies a cabeza, como astronautas, excavaban con el cuidado de arqueólogos, porque los cuerpos estaban hacinados unos encima de otros y en muchos casos los huesos se habían mezclado. En las primeras excavaciones contaron veinte cadáveres y seguían apareciendo otros.

Selena convenció a Frank de que no podían quedarse de brazos cruzados esperando los resultados de la identificación de las víctimas. El proceso era lento y la prensa empezaba a especular con la posibilidad de que hombres poderosos involucrados en los asesinatos estuvieran tratando de enredar el caso. Esos días abrieron por fin el

aeropuerto de San Salvador, que había estado cerrado durante meses para los extranjeros por la pandemia, y de inmediato Frank compró los boletos para ambos.

En esa ocasión Selena se enfrentó a Milosz con la verdad: le anunció que iba a viajar por segunda vez con Frank Angileri, con quien mantenía una relación amorosa desde hacía varios meses. Se lo comunicó primero por correo electrónico y después se lo confirmó por teléfono, agradecida de que la pandemia le ofreciera un buen pretexto para no hacerlo personalmente. Temía la reacción de su persistente enamorado, pero comprobó que él ya sospechaba que algo así ocurría y estaba más o menos preparado. Se le había agotado la tolerancia y concluido que si ella lo quisiera en la misma medida en que él la quería, ningún obstáculo, ni siquiera ese maldito virus, habría impedido que estuvieran juntos. Podía entender muchas cosas, le dijo, pero nunca podría perdonarle que le mintiera y lo traicionara de esa manera, que lo tuviera engañado durante meses. La conversación fue tensa y breve. Al despedirse, Milosz le anunció que no deseaba saber de ella nunca más, había llegado el momento de dar vuelta a la hoja y olvidarla. Estaba profundamente herido; esta vez era en serio, dijo, no habría reconciliación, como antes.

Para Selena ese fue el fin de un noviazgo tumultuoso que la tenía agotada y la hacía sentirse culpable. Después de despedirse por última vez, se echó a llorar de alivio. Había soportado la presión de Milosz durante ocho años y recién en ese momento, cuando era libre, comprendió cómo le había pesado aquel amor obsesivo, que la había atrapado desde muy joven. No podía caer de nuevo en una situación similar con Frank. Lo amaba, era cierto, pero lo conocía poco y no iba a permitir que la apurara ni que la enredara en sus planes; necesitaba espacio y tiempo, como le había aconsejado Samuel. Por primera vez sentía que su futuro le pertenecía sólo a ella. Se dispuso a disfrutar del amor con Frank con liviandad, sin ataduras.

Al entrar en El Salvador, los pasajeros eran sometidos inmediatamente a cuarentena, pero Frank y Selena se libraron de eso porque Phil Doherty los esperaba en la puerta del avión y los llevó a una sala VIP del aeropuerto. Los atendió en privado un funcionario de inmigración, enmascarado y con guantes de goma, quien les timbró los pasaportes y les dio la bienvenida. Después Phil los llevó a su casa, donde su esposa les había preparado una habitación, porque allí estarían más protegidos del virus que en un hotel. A la anfitriona no se le ocurrió preguntarles si preferían habitaciones separadas, supuso que estaban casados.

Esa noche Selena y Frank hicieron el amor lo más discretamente posible, entre cuchicheos y risas sofocadas, pero los crujidos de la cama los delataron. No habían pasado una noche entera juntos desde junio, cuando se escaparon al lago Patagonia, y pudieron apreciar una y otra vez hasta el amanecer la diferencia entre un colchón mullido y un saco de dormir en una tienda de campaña.

Phil los condujo al día siguiente al Instituto Médico Legal, adonde iban llevando los restos de las fosas a medida que eran exhumados. También allí había gente esperando pacientemente. Entre ellos estaba Genaro Andrade, que los reconoció y les hizo señas desde lejos. Selena se le acercó.

—¿Sabes algo de tu hermana? —le preguntó.

—Nada. Llevo aquí dos días sin moverme. Somos varios los que venimos de lejos.

—¿Les dan noticias?

—Sí, cuando las hay. Ya identificaron a tres víctimas, publicaron sus nombres y sus familiares pudieron retirar los restos para darles sepultura. ¿A ustedes los van a dejar entrar?

—Eso esperamos. Si tenemos noticias de Marisol te avisaré de inmediato al celular.

El director de antropología forense los recibió en su despacho y les explicó el procedimiento habitual, aclarando que habían solicitado patólogos de otras ciudades para que ayudaran, porque el recinto estaba a tope. Carlos Gómez había confesado y dado los nombres de nueve cómplices, pero se sospechaba que había otros miembros de

aquel siniestro club de depravados. En su testimonio dijo que, según recordaba, había entre treinta y cuarenta cuerpos en su patio, no estaba seguro del número, porque algunos se encontraban allí desde hacía años y él no llevaba la cuenta. No daba muestras de estar particularmente arrepentido, más bien parecía saborear la notoriedad.

El director los llevó a las salas de autopsias, donde todas las mesas estaban ocupadas; otros cuerpos esperaban su turno en los refrigeradores. El primer impacto fue el olor a muerte y desinfectante que las mascarillas no conseguían disimular. Reinaban la limpieza y el orden. Los forenses actuaban con eficiencia y respeto, casi en silencio; parecían tan horrorizados como lo estaban Selena y Frank.

—Este es nuestro trabajo —les explicó el director—. Estamos acostumbrados a la muerte en todas sus manifestaciones, pero a veces nos quebramos. Lo peor es cuando nos tocan niños…

Se aproximaron a una de las mesas, donde se afanaban cuatro personas en torno a un cuerpo diminuto. Uno de los médicos les explicó que se trataba de una niña de dos años. Se le quebraba la voz y carraspeaba detrás de su doble mascarilla, tratando de contener la ira y el horror.

—Calculamos que el cuerpecito ha estado enterrado más o menos un año. Haremos las pruebas de ADN para la identificación; hay tres o cuatro familias que buscan a niñas desaparecidas, pero son algo mayores. Supongo que no desean saber cómo murió —les dijo en tono desafiante.

—No estamos aquí por curiosidad morbosa, doctor. Buscamos a una joven —respondió Selena.

—Cuánto lo siento… ¿Se trata de un familiar?

—Es la madre de una niña a quien estamos tratando de conseguirle asilo en Estados Unidos —le dijo ella, y procedió a resumirle el drama de Anita.

—Casi todos los restos que tenemos hasta ahora corresponden a mujeres jóvenes. ¿Tienen alguna forma de identificación?

Selena le mostró copias de las fotografías que le había facilitado Eduvigis Cordero y de la que figuraba en el informe de inmigración en Nogales.

—Se llama Marisol Andrade de Díaz. Como ve, doctor, llegó a Estados Unidos con el pelo cortado como hombre. También puede ver que tiene los dientes delanteros separados. Si está entre las víctimas, su cadáver es reciente, no más de nueve meses, porque yo hablé con ella por teléfono en diciembre del año pasado.

—Recibió un tiro en el pecho. La bala le pasó a dos centímetros del corazón y le atravesó un par de costillas. ¿Habría huella de eso? —preguntó Frank.

—Posiblemente. Voy a mostrarles los cuerpos que han llegado.

Los llevó a los refrigeradores, tres hileras sobrepuestas de cajones metálicos, y fue abriéndolos uno a uno. En algunas bandejas había osamentas y trapos podridos, pero en la mayoría los cuerpos estaban enteros, en diferentes grados de descomposición. Ninguna mujer se parecía a Marisol ni tenía el pelo tan corto como lo habría tenido ella. Selena tuvo que salir al aire libre, sostenida por Frank y Phil, porque se le doblaban las rodillas. Alcanzó a llegar al patio antes de vomitar.

—Siguen exhumando restos que irán llegando aquí en los próximos días. Si hay alguien con las características de Marisol, les avisaré —les prometió el director al despedirlos.

Phil Doherty puso a disposición de sus huéspedes un automóvil con chófer y un guardia de seguridad de la embajada para que se movilizaran. Consideró que un taxi rosa era pintoresco, pero no se hallaba a la altura de las graves circunstancias que estaban viviendo. De todos modos, invitó a Lola a tomar un trago a su casa esa misma noche y entre manhattan y manhattan le contaron la experiencia en el Instituto Médico Legal.

Al día siguiente Frank y Selena fueron a Chalchuapa a ver a Eduvigis Cordero. La encontraron envejecida y muy delgada, pero no se sentía deprimida, sino furiosa y dispuesta a la acción. Un grupo de activistas estaba organizando por las redes sociales una protesta masiva a nivel nacional. El plan era un día de huelga total de todas las mujeres, ninguna iría a trabajar ni realizaría labores domésticas, saldrían a la calle a manifestarse contra el femicidio. Eduvigis ya

había movilizado a sus amigas y compañeras del añil.

—Esta es una guerra contra las mujeres. Nos violan, torturan y matan con toda impunidad. ¡Basta! —exclamó la abuela.

Fueron con ella a la casa del horror. En el auto con patente diplomática pudieron pasar los cordones de seguridad y acercarse. Era una vivienda de buena factura, en un terreno grande, en las afueras de la ciudad. Eduvigis les dijo que no era cierto que se tratara sólo de crímenes antiguos, como había sugerido el Gobierno, la mayoría eran víctimas de violencia reciente.

—Ellas merecen justicia, lo mismo que los miles y miles de otras mujeres y niñas que mueren asesinadas sin que nadie pague por eso.

—Esperamos que no sea el caso de Marisol —dijo Selena.

—Nadie me va a quitar de la cabeza que a mi nuera la mató Carlos Gómez. Ya lo había intentado antes. Puede ser que no la encuentren en su patio, pero estoy segura de que ya no está en este mundo —replicó Eduvigis, enfática.

—Si no aparece, la situación de Anita es incierta —intervino Frank.

—Rezo mucho para que mi nieta vuelva a ver a su mama, pero también rezo para que se quede con su tía en el norte, en caso de que Marisol haya fallecido. ¿Qué le puedo ofrecer yo aquí? Mi cariño y nada más. No puedo protegerla ni darle una buena educación, no puedo operarla de los ojos. ¿Qué va a ser de ella?

—Haremos todo lo posible por ayudarla, Eduvigis, se lo prometo —le dijo Selena abrazándola.

—Y yo le prometo, señora, que si Anita se queda en Estados Unidos, yo mismo vendré a buscarla para que vaya a visitarla. La niña la echa mucho de menos —agregó Frank.

Justamente en ese momento un vehículo blanco salía de la propiedad y uno de los guardias les explicó que era una morgue móvil, donde mantenían los cadáveres congelados hasta que hubiera cupo en el Instituto.

—¿Usted alcanzó a ver el cuerpo? —le preguntó Selena.

—No. Ahí van dos víctimas. Lo único que sé es que también son mujeres —replicó el guardia.

Se despidieron de Eduvigis asegurándole que apenas tuvieran

cualquier noticia, ella sería la primera en saberlo. Volvieron al Instituto Médico Legal a esperar junto a las otras personas que lloraban a sus desaparecidas.

Unos días más tarde Selena y Frank llegaron al aeropuerto de San Francisco y de allí se fueron directamente a Berkeley. La casa de Samuel Adler, con su encanto innegable de mansión antigua, estaba medio sumergida en el jardín enmarañado, que ya daba muestras de entrar en el otoño. Era temprano por la tarde y la luz del sol se filtraba tamizada entre las nubes, dándole un aspecto teatral, con sus torrecillas y pilastras fantasiosas. La reja del jardín estaba sin llave y entraron anunciados por los ladridos de Paco. El timbre no funcionaba desde 1978.

Al oírlos, Anita se asomó a la puerta, agarrada al collar de Paco. Selena subió corriendo los cinco peldaños de la entrada y la estrechó largamente en sus brazos.

—¿La mama viene con ustedes? —les preguntó la niña.

—No, Anita —murmuró Selena disimulando la emoción.

Como si presintiera algo, la niña no insistió. Los llevó de la mano al interior de la casa y apenas les dio tiempo de saludar al resto de la familia, porque deseaba mostrarles la computadora con teclado especial para no videntes, la media docena de árboles de Navidad iluminados, que Leticia rociaba con un atomizador de pino y ella ubicaba por el olor, y otras cosas que no había podido compartir con Selena por Zoom. Todavía estaba muy delgada, pero tenía buen color. Les demostró cómo podía leer música con su lupa en las partituras que Samuel escribía en grande. Tenía poco entusiasmo por aprender braille, porque no quería ir a una escuela para ciegos.

—Me van a curar los ojos y voy a ir a una escuela normal, como la de antes —les anunció.

Por fin Leticia logró distraerla en la cocina para que Selena y Frank pudieran hablar con Samuel a puerta cerrada en el estudio.

—Tenemos algo que decirle, Samuel —dijo Selena.

—Me imagino que ha de ser importante. Al fin puedo conocerlo

personalmente, Frank.

—Esto no se lo podíamos anunciar de otra manera. No sé cómo empezar… —balbuceó Selena.

—No necesitan dar rodeos conmigo, estoy muy viejo para eso.

—Es… es sobre Marisol… Acabamos de estar en El Salvador, por los crímenes de Chalchuapa. Encontraron a Marisol.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Samuel llevándose las manos al pecho, porque de pronto sintió una patada de burro—. ¿Están seguros de que es ella?

—Sí. No estaba en las fosas comunes sino en un hoyo reciente en el otro extremo de la propiedad, por eso fue la última en ser exhumada. No hay ninguna duda de que son sus restos. Su hermano Genaro reconoció el cuerpo y yo también, por las fotos.

—En la radiografía apareció el impacto de la bala que recibió en el pecho —agregó Frank—. Murió hace sólo algunos meses, el cuerpo puede identificarse, aunque el clima caliente y húmedo aceleran la descomposición.

—Acompañamos a Eduvigis y Genaro a enterrar a Marisol. Samuel… Samuel… ¿se siente bien? —le preguntó Selena, alarmada.

—Sí… sí. Es mi taquicardia, que me hace pasar malos ratos. Nada grave… —replicó él, echándose una pastilla a la boca.

—Está muy pálido. Voy a llamar a Leticia.

—No, por favor. En un par de minutos estaré bien. Díganme todo lo que saben.

—¿Para qué le vamos a dar los detalles? Son atroces. Espero que Anita nunca sepa cómo murió su madre. Pero tendrá que saber que ya no volverá a verla —dijo Frank, emocionado, refregándose la frente.

—¿Quién se lo va a decir? Yo no soy capaz —murmuró Samuel, tembloroso—. Pero la niña no puede vivir esperando, como me tocó a mí más o menos a la misma edad. El golpe será durísimo para ella, pero es inevitable.

—¿Por qué no esperamos un poco? —sugirió Selena—. Anita todavía está muy frágil, necesita tiempo. A medida que se habitúe aquí en su casa, irá superando el trauma de todo lo que le ha pasado. Con cariño y ayuda psicológica…

—Está equivocada, Selena, el trauma no se supera, simplemente se aprende a vivir con él —la interrumpió el viejo.

—Yo tampoco puedo darle esa noticia ahora, Samuel. Recién está empezando a vivir con normalidad. Usted y Leticia le han dado una familia, tiene mucho afecto, pronto irá a la escuela, tendrá amigos… ¿Cómo le voy a decir lo de su madre?

—Si les parece bien, veamos cómo se resuelve la petición de asilo. Todo cambia con la prueba de que Anita es huérfana —sugirió Frank.

—Entretanto Leticia y yo podemos ir preparándole el ánimo de a poco. En verdad no sabría cómo hacerlo, pero lo intentaremos —dijo Samuel, que comenzaba a recuperar el color—. A ustedes les corresponde la parte legal. El resto es responsabilidad mía y de Leticia. Con nosotros Anita está segura.

Epílogo

Berkeley, enero de 2022, un año y cuatro meses después

Un sábado Samuel y Anita estaban tocando una sonatina en el piano cuando llegaron Selena y Frank a la casa encantada, como hacían a menudo. La pandemia no había terminado, pero como la mayoría de la gente estaba vacunada, la vida había recuperado cierta normalidad y era posible hacer visitas. Selena estaba viviendo en San Francisco y estudiando en la Escuela de Leyes Hastings. Había adoptado a Samuel, Leticia y Anita como miembros de su familia. A su vez, Samuel encontró en ella a la hija afectuosa que nunca tuvo en Camille. No podía quedarse con ellos en Berkeley, como le habían ofrecido en más de una ocasión, porque le quedaba muy lejos de la universidad.

La relación de Selena y Frank había resultado más profunda de lo que ninguno de los dos esperaba, pero ella insistía en mantener su independencia. No vivía en el amplio apartamento de Frank, alquilaba un cuarto en un barrio de estudiantes. Sabía que él podía ser tan dominante y celoso como lo había sido Milosz, aunque en un estilo más disimulado. «Te estoy entrenando y esto va para largo, porque te falta mucho por aprender», solía decirle, y él se reía, pero en el fondo entendía que no era una broma. Con la misma franqueza Selena había rechazado su sugerencia de montar un bufete juntos en el futuro. «No me conviene, Frank, yo terminaría haciendo todo el trabajo y tú te llevarías el crédito». El sábado era la ocasión semanal del *high tea* en casa de Samuel y tenían mucho que celebrar: el asilo de Anita, que por fin Frank había obtenido, y su operación. Leticia estaba en la cocina preparando el té de acuerdo con el gusto de su patrón, quien tenía ideas fijas sobre esa ceremonia de las cinco de la tarde; había

adquirido la adicción en Inglaterra y cincuenta y tantos años en Estados Unidos no lo habían curado. En una torre de tres bandejas, desplegaba en el orden prescrito una selección de bocadillos salados y varios pasteles; en otra presentaba los scones con crema fresca y mermelada. Nada de té en bolsitas, que Samuel llamaba «té en condones»; se usaban las tazas de porcelana de Limoges que Nadine había heredado de su familia y las teteras de plata, rescatadas de la buhardilla. Era un fastidio pulirlas, pero Anita la ayudaba, una tarea que no requería buena vista. Aprovechaban ese rato para dedicarse a la telenovela en español, porque Leticia se había puesto firme en que la niña debía mantener su lengua materna, si no ¿cómo se iba a comunicar con su Tita Edu?

Ese sábado Selena y Frank verían por primera vez a Anita después del trasplante de córnea. Le habían quitado la venda de los ojos, que llevó durante tres días. Según el médico, la operación fue un éxito y esperaba que no hubiera rechazo. Siempre habían visto a Anita en shorts y pantalones, pero esta vez los recibió con un vestido de fiesta que le había hecho Leticia.

—Tengo que andar con lentes y no puedo refregarme los ojos. En septiembre voy a ir a la escuela. No es de ciegos —les dijo Anita.

—Va a entrar en el cuarto grado, porque le corresponde por edad, pero tiene preparación académica para ir al quinto —agregó Samuel.

—Ahora veo nublado, pero después voy a ver bien —dijo la niña y se fue a la cocina a ayudar a Leticia, seguida de cerca por el perro.

Ni Samuel ni Leticia habían podido informar a Anita de la suerte de su madre, porque cada vez que lo intentaban les fallaban las palabras. En vista de eso, consiguieron una psicóloga, que iba a la casa dos veces por semana. Era especialista en niños con trauma, hablaba español porque había emigrado muy joven de México y comprendía que en ese caso no se podía usar el Zoom. Al principio Anita se negaba a hablarle, como si adivinara que era mensajera de desgracias, pero al cabo de tres o cuatro sesiones aprendió a relajarse con ella. La psicóloga tuvo la idea de traer a la abuela de El Salvador, para que los ayudara a decirle la verdad a la nieta.

Frank le consiguió una visa a Eduvigis en menos de veinticuatro

horas, gracias a su amigo Phil Doherty. La abuela viajó por primera vez en su vida. Llegó con tres maletas enormes cargadas de regalos: café, dulce de tamarindo, quesos, incluso una caja con piezas de pollo frito, que adquirió en el aeropuerto antes de embarcarse. Lola les mandó una botella de chaparro, el licor artesanal de maíz y azúcar, típico del país, que Eduvigis pasó por la frontera de contrabando. Tita Edu se instaló en una de las piezas de las antiguas damas de virtud ligera, que Leticia le había preparado con esmero, y se dedicó a mimar a su nieta durante una semana antes de ir dándole de a poco la terrible noticia sobre su madre.

Anita pareció asumir bien su tragedia, hasta que su Tita Edu regresó a El Salvador. Contuvo el dolor con un esfuerzo sobrehumano para que su abuela se fuera tranquila y después le dio rienda suelta. Pasó un período muy duro en que se alternaban los ataques de llanto con otros de furia, lanzaba platos y vasos al suelo, se escondía durante horas con el perro y volvió a orinarse en la cama, pero entre la terapia, la compañía permanente de Paco y la atención paciente de Samuel y Leticia, fue recorriendo las etapas naturales del duelo. Se apegó a Leticia, la seguía por la casa y dormía tomada de su mano, con su muñeca Didi en la almohada. La mujer tuvo que soportar que Paco también compartiera la cama, porque se cansó de mandarlo al suelo; el perro esperaba un rato y cuando calculaba que no había peligro, subía sigilosamente por el lado de Anita y se enrollaba a su lado. En los meses siguientes se fueron espaciando las pataletas de la niña, hasta que terminaron del todo.

Una tarde, durante ese doloroso período, Samuel les anunció a Anita y Leticia que tenía algo importante que decirles. Las convocó a su lugar sagrado, el salón de música, donde se sentaron en estrecho círculo con Paco a los pies, en la suave luz de las lámparas de vidrio pintado de Tiffany, rodeados de los hermosos instrumentos musicales que él había coleccionado. Samuel no tenía costumbre de hablar de sí mismo, era un hombre muy privado, sólo había compartido sus pensamientos y recuerdos más íntimos con su adorada Nadine, pero llevaba varias semanas presenciando el sufrimiento de Anita y llegó a sentirlo como propio. Las lágrimas de la niña acabaron con su

legendaria reserva. Aquella tarde memorable empezó a hablar con vacilación, pero pronto el dique que contenía sus penas más antiguas se rompió y salió a borbotones todo lo que había callado durante tanto tiempo. Les contó a la mujer y a la niña sobre su infancia traumática, la pérdida de su familia, el exilio en un lugar extraño y hostil, sobre ser huérfano, siempre solitario, siempre asustado, hasta que aparecieron en su vida Luke y Lidia Evans para brindarle consuelo y amor. Terminó sollozando y también Anita y Leticia lloraron. Finalmente abrió el estuche de su violín, extrajo su medalla y se la puso a Anita en la mano.

—¿Qué es? —preguntó la niña, palpándola con sus dedos sensibles.

—Es una medalla mágica. Le perteneció a un héroe de guerra, el coronel Theobald Volker. Me la dio en préstamo, pero se murió hace mucho tiempo y nunca tuve oportunidad de devolvérsela. La he tenido desde los cinco años.

—¿Por qué es mágica?

—Si la frotas, te da coraje. A mí siempre me ha dado buen resultado. Ahora es tuya, Anita. Puedes frotarla cada vez que lo necesites, su poder nunca se desgasta —le dijo Samuel prendiéndole la medalla en la camisa.

La psicóloga les advirtió a Samuel y Leticia que a pesar de que Anita empezaba a aceptar lo ocurrido y se había entregado al afecto que le daban, sería muy difícil que superara el temor a ser abandonada, porque había sufrido demasiadas pérdidas en una edad muy vulnerable. Sin embargo, Samuel era más optimista, porque la niña pasaba horas en el piano, perdida en las notas, y él conocía mejor que nadie el poder de la música. Eso había mitigado la angustia e inseguridad de su infancia y le había dado sentido a su existencia. Deseaba lo mismo para Anita.

Un día la chiquilla invitó a Samuel, con el mayor sigilo, a ir con ella a Azabahar. El viejo había oído ese nombre en los murmullos de Anita, cuando hablaba sola, pero ella nunca se había referido a ese lugar abiertamente con nadie, ni siquiera con Leticia. Comprendió que era un signo de inmensa confianza; iba a cruzar un umbral mítico de la mano con ella. Así fue como Samuel fue el único en conocer

Azabahar, la estrella de los espíritus, y en vista de que supo guardar el secreto, pudo ir allí a menudo. En el hospital, antes de que le pusieran la anestesia para la operación de los ojos, la niña le dio permiso a Samuel para revelarle el secreto a Leticia, Frank y Selena. Le prometió que pronto los iba a llevar a ellos también.

—Leticia me contó por teléfono que Anita ya no habla con Claudia —le comentó Selena a Samuel, mientras esperaban el té.

—Claudia no ha desaparecido, ahora está con su mamá en Azabahar, Anita también invitó a Nadine y cuando vamos, nos encontramos con las tres —replicó Samuel en tono casual.

—¿Qué está diciendo, Samuel? —le preguntó Frank, entre inquieto y burlón.

—No estoy senil todavía, no se preocupen —respondió Samuel sonriendo—. Yo creía que Azabahar era el refugio de Anita, el lugar adonde iba cuando necesitaba escapar de este mundo, pero ahora sé que es más que eso. Es el reino misterioso de la imaginación y sólo se puede ver bien con el corazón.

Agradecimientos

Johanna Castillo, por su amistad y su ayuda. Agencia Balcells, por el cariño y la lealtad. Jennifer Hershey, mi sabia editora en Ballantine.

Frances Ridley, mi traductora al inglés, que contribuyó a la versión final.

Jorge Manzanilla, como siempre.

Juan Allende, por revisar infinitos borradores.

Roger Cukras, por soportarme y quererme.

Nicolás Frías, por cuidar mi sanidad mental (y la de quienes me rodean cuando no estoy escribiendo).

Lori Barra y Sarah Hillesheim, por su trabajo con refugiados y migrantes en mi fundación.

Annie Toxqui López, por la valiosa información sobre El Salvador.

Elizabeth Subercaseaux y John Hasset, por leer el manuscrito con gran atención.

Cathy Cukras, por su ayuda respecto a la ceguera de Anita.

Cristóbal Basso, por su conocimiento sobre música para discapacitados visuales.

Sonia Nazario, por sus reportajes sobre refugiados y migrantes en la frontera sur de Estados Unidos.

María Woltjen y Olivia Peña, del Young Center for Immigrant Children's Rights.

Lauren Dasse, Gabriela Corrales y Lillian Aponte Miranda, del Florence Immigrant and Refugee Rights Project.

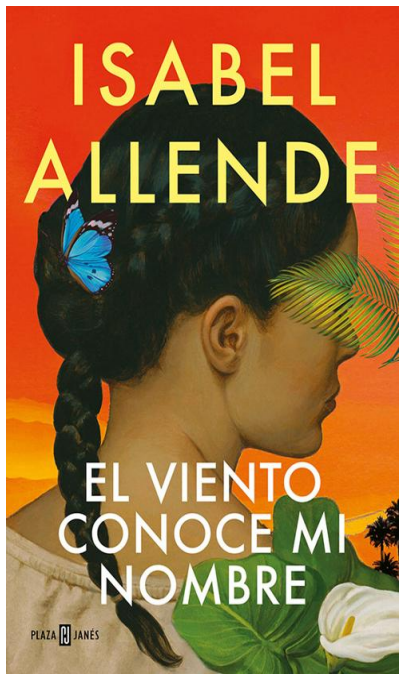
Wendy Young, de Kids in Need of Defense (Kind).

Susanne Cipolla y Kely Reynolds, de Olmos & Reynolds Law Group LLP.

Michael Smith y la hermana Maureen, de East Bay Sanctuary Covenant.

Sasha Chanoff, de Refuge Point.
Women's Refugee Commission.
Jacob Soboroff, por su libro *Separated*.

Una conmovedora novela de violencia, solidaridad, amor y redención, que narra las historias entrecruzadas de dos niños unidos por el desarraigo.



Viena, 1938. Samuel Adler es un niño judío de seis años cuyo padre desaparece durante la Noche de los Cristales Rotos, en la que su familia lo pierde todo. Su madre, desesperada, le consigue una plaza en un tren que lo llevará desde la Austria nazi hasta Inglaterra. Samuel emprenderá una nueva etapa con su fiel violín y con el peso de la soledad y la incertidumbre, que lo acompañarán siempre en su dilatada vida.

Arizona, 2019. Ocho décadas más tarde, Anita Díaz, de siete años, sube con su madre a bordo de otro tren para escapar de un inminente peligro en El Salvador y exiliarse en Estados Unidos. Su llegada coincide con una nueva e implacable política gubernamental que la separa de su madre en la frontera. Sola y asustada, lejos de todo lo

que le es familiar, Anita se refugia en Azabahar, el mundo mágico que solo existe en su imaginación. Mientras tanto, Selena Durán, una joven trabajadora social, y Frank Angileri, un exitoso abogado, luchan por reunir a la niña con su madre y por ofrecerle un futuro mejor.

En *El viento conoce mi nombre* pasado y presente se entrelazan para relatar una historia sobre los sacrificios que a veces los padres deben hacer por sus hijos, sobre la sorprendente capacidad de algunos niños para sobrevivir a la violencia sin dejar de soñar, y sobre la tenacidad de la esperanza, que puede brillar incluso en los momentos más oscuros.

Isabel Allende nació en 1942, en Perú. Pasó la primera infancia en Chile y vivió en varios lugares en su adolescencia y juventud. Después del golpe militar de 1973 en Chile se exilió en Venezuela y, desde 1987, vive como inmigrante en California. Se define como «eterna extranjera».

Inició su carrera literaria en el periodismo, en Chile y en Venezuela. En 1982 su primera novela, *La casa de los espíritus*, se convirtió en uno de los títulos míticos de la literatura latinoamericana. A ella le siguieron otros muchos, todos los cuales han sido éxitos internacionales. Su obra ha sido traducida a cuarenta idiomas y ha vendido más de setenta y siete millones de ejemplares, siendo la escritora más leída en lengua española.

Ha recibido más de sesenta premios internacionales, entre ellos el Premio Nacional de Literatura de Chile en 2010, el Premio Hans Christian Andersen en Dinamarca, en 2012, por su trilogía «Memorias del Águila y del Jaguar», y la Medalla de la Libertad en Estados Unidos, la más alta distinción civil, en 2014.

En 2018, Isabel Allende se convirtió en la primera escritora de lengua española premiada con la medalla de honor del National Book Award, en Estados Unidos, por su gran aporte al mundo de las letras.

Primera edición: junio de 2023

© 2023, Isabel Allende
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: adaptación de la portada original de Ballantine Books / Penguin Random House Grupo Editorial / Yolanda Artola
Ilustración de portada: © Pierre Mornet

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento,
promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a
CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-03201-1

Compuesto en La Nueva Edimac, S. L.

Facebook: penguinebooks
Twitter: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

El viento conoce mi nombre

Los Adler

El violinista

Samuel

Leticia

Selena

Anita

Samuel

Anita

Selena

Anita

Leticia

Anita

Mister Bogart

Anita

Selena y Samuel

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Isabel Allende

Créditos